

G A B R I E L A M O N T I L L A

# LO QUE EL HIELO OCULTÓ

*Las apariencias bonitas ocultan cosas horribles...*



LO QUE EL HIELO  
OCULTÓ

GABRIELA MONTILLA

## Sinopsis

Lauren se encuentra en la primavera de su vida, hasta que un video arruina su futuro como patinadora artística y se ve obligada a irse de la ciudad que la vio nacer.

En la nueva ciudad no tiene cómo empezar de nuevo, tampoco tiene deseos de ello. Solo tiene alguien que llama su atención: Roger Bernard, un enigmático cirujano de treinta y tres que vive a dos casas de ella y que tiene unas salidas extrañas los sábados por la noche. Cuando se le da la oportunidad, no duda ni un segundo lanzarse en una aventura romántica con él.

Fría. Con una calma revolucionaria, por momentos, desconcertante.

Aun así, los verdaderos cambios se dan cuando Lauren descubre el Lago Cisne. Nada vuelve a ser igual.



## Nubes oscuras

Estaba lloviendo, cuando conocí a Roger Bernard estaba lloviendo, y parecía como que las nubes negras nos avisaran que elegimos el peor día para ir a la consulta con el cirujano.

Era inicios de noviembre. Las calles de Múnich estaban mojadas por la lluvia y había ráfagas de viento que movían las solapas de nuestros abrigos. Aun así, nuestros zapatos no estaban tan mojados al entrar al edificio del hospital.

Cuando vi por primera vez los ojos de Roger Bernard me quedé sin habla. Sus ojos eran verdes, pero tan claros que parecían amarillos. Supe que de alguna forma él revolucionaría toda mi vida.

¿Qué es una revolución? Cambiar todo lo que antes era por un sistema totalmente nuevo. Cambiar mi vida por una completamente diferente.

—Bienvenidas, tomen asiento.

No le respondí, quizá si respondía a su bienvenida él me volvería a mirar a los ojos, pero extrañamente el sacó lo tímido en mí; y yo no lo era. En ese entonces yo no sabía que había personas allá afuera que podían cambiar mi forma de ser.

Roger Bernard tenía ese aire de tranquilidad en el rostro y esa cara de que siempre había tenido de todo y que nada le había faltado. Sus ojos no se apartaron ni un segundo de los ojos de mi mamá mientras ella le explicaba lo de mis verrugas.

Esa misma tarde, Roger me pidió que fuera a la otra habitación y me acostara en la camilla de la otra habitación con la blusa levantada. Yo me levanté, y cuando entré allí sentí pánico, cosa poco creíble cuando desde hace meses tu cuerpo semidesnudo está siendo exhibido en el internet.

Me quedé quieta unos segundos meditando en eso. No duró mucho; los pensamientos volvieron a él.

Era como un tragaluz. Ese tipo de personas que no se te olvida nunca, que te deja sin habla y con miedo a hacer el ridículo. Me gustaba, fue un flechazo. Yo no sabía nada de él, pero no era un obstáculo ese hecho. Solo no quería mostrar esa parte de mi cuerpo que desde unos meses atrás me daba asco.

A pesar de mi resistencia momentánea a mostrar mis costillas, me quité la blusa, aunque solo me pidió que la levantara, y me acosté en la camilla con

solo mi pantalón y mi sujetador.

No voy a mentir, sí quería impresionarlo.

Él entró unos minutos después con guantes de látex. Me ofreció una sonrisa mientras se acercaba y en voz baja me dijo: —Bien, veamos esto.

Sus dedos tocando mi piel no se sintió como nada, porque yo estaba incomoda. Además lo que sentía no era las fisuras de sus dedos, sino la goma del látex. Cuando reaccioné, ya me pedía que me levantara, que podía irme.

Siendo honesta, nunca me habían molestado antes las verrugas. Las tenía desde bebé. De lejos parecían lunares, pero cuando las personas que vieron mi video filtrado las empezaron a ligar con una enfermedad de transmisión sexual, comenzó a molestarme al punto de ponerme incómoda.

Solo teníamos tres semanas viviendo en Múnich. Ese fue el único sitio en que podíamos empezar de nuevo y poder dejar atrás a Friburgo, y con ello, mi antigua escuela y la academia de patinaje artístico en la que me encontraba. Mis sueños y mis oportunidades de hacer lo que amaba se quedaron allí.

No conocíamos a nadie en Múnich, pero tampoco teníamos más familia en Alemania. La razón por la que la elegimos fue porque la empresa para la cual mi mamá trabajaba tenía sede allí y pudieron transferirla. La opción de volver al país donde mi mamá había nacido era tan lejana e inverosímil como drástica.

Éramos solo mi mamá y yo, siempre había sido así desde que tenía memoria. Aun así, esas primeras semanas las pasaba sola. Ella trabajaba de contable en la empresa y yo estaba forzada a quedarme en la casa porque aún no conocía el lugar.

Escondida, esperando que llegara mi época favorita en todo el año para así tener un escape, o más bien, esperando la aprobación para iniciar la docencia en la escuela a mitad de noviembre aunque las vacaciones navideñas estaban tocando la puerta.

En una de mis tardes solitarias, cuando iba de comprar comestibles en la pequeña tienda que se encontraba a cinco cuadras, una camioneta negra se parqueó dos casas al frente de la nuestra. El conductor se bajó, y vi que su cabello dorado brillaba con el sol, que coincidentalmente, había decidido salir ese día como si no le diera vergüenza el hecho de que habíamos tenido tres días consecutivos de lluvia intensa si un solo rayo de sol.

Él miró hacia atrás como si sintiera que yo lo observaba, y me notó, porque yo era la única en medio de la acera mirando hacia él como si había visto agua después de una terrible sequía.

Mis pies avanzaron hacia él, mis ojos se entornaban para estar segura de que esa figura era mi cirujano. Podía escuchar el sonido de mis botas de cuero marrón contra el cemento de la acera mientras más me acercaba.

Alzó su mano, saludándome, confirmando el hecho de que me había reconocido. Me alegré.

Apresuré el paso, crucé la calle, y llegué a frente de él.

—Doctor Bernard. —Tendí mi mano muy rápido, torpemente.

Él la tomo suavemente.

—Lauren, —Recordaba mi nombre también, vibré de la emoción—. ¿Cómo le va?

—Toda va de maravilla, usted hizo un excelente trabajo.

Asintió, soltó mi mano y eso me molestó, lo miré abrir la puerta de atrás de su camioneta.

—¿Y tú mamá?

—Tuvo una semana dura, está durmiendo en casa. —Señalé hacia atrás.

—No me digas, ¿vives por aquí? —Una sonrisa de medio lado amistosa, su cara con interés, observé la botella que había sacado.

—Sí, nos mudamos hace más de una semana. —Me tambaleé en mis propios pies. Me percaté de que no quitaba mis ojos de la botella en sus manos y me puse nerviosa, lo miré a los ojos—. Somos nuevas en la ciudad, nos estábamos quedando en un motel que pagaba la empresa de mi mamá hasta conseguir donde vivir.

—Vaya.

Bajé mi mirada al piso al darme cuenta que quizás hablé demasiado. Tenía la mala costumbre de contar de más cuando estaba nerviosa, por el solo hecho que no quería dejar un espacio vacío en la conversación que la hiciera terminar con un adiós.

Él me gustaba, mucho, el flechazo había perdurado desde la primera vez que lo vi a sus ojos claros.

—Somos vecinos entonces. —Afirmé, sin creerlo. Me sentí con suerte, aunque no sabía que debía sentir todo lo contrario a “suerte”, desdicha, infortunio.

—Sí. Me saludas a tu mamá.

Me miró por unos segundos antes de darse vuelta y dirigirse a su casa. Me pregunté si vivía solo, me pregunté si era casado, tenía tantas preguntas y él se iba.

Tal vez, si no le decía nada y dejaba que él se fuera, nunca más hubiésemos

cruzado palabra, pero mi boca se abrió de impulso, y el pánico que sentía con la posibilidad de que todo se resumiera a esa única conversación hizo que mi voz saliera más desesperada de lo que hubiese querido sonar.

—Doctor.

Se detuvo, se volteó un poco y, al darse cuenta que había sido yo quien había sonado así, se volteó por completo. Me miró desde la puerta de su casa.

—¿Sí, Lauren? —preguntó despacio, me miraba a la cara.

Yo no supe que responder al instante, no sabía cómo hacerlo, no sabía cómo lograr si quiera coquetearle. Cerré y abrí las manos, sudando frío. Quizás el sudor frío era otra señal, debía alejarme de él.

—Me gusta su camisa. —A continuación, mordí mi labio y le sonreí.

Él se quedó perplejo, solo un segundo, se miró su camisa, después miró la botella en su mano, luego me miró a mí.

Me sonrió.

—Gracias Lauren, me gustan tus botas.

Creo que fue el inicio de todo, más o menos, pero cabe decir primero, que el inicio no fue como una pesadilla, fue como uno de esos sueños dulces de los cuales no quieres despertar, pero que, súbitamente, se convierte en algo amargo y todo lo que deseas es hacerlo.



# Capítulo 1

## Lo que el hielo ocultó: intriga

El uniforme de señoritas de la escuela Baviera era tan osado como arcaico. Consistía en una camisa manga larga amarilla con una falda de estrictamente siete tachones de tela negra. La falda podía ser corta, pero se debía usar obligatoriamente medias pantis gruesas. Había un saco negro que se utilizaba opcionalmente, pero los lunes era necesario.

Al verme en el espejo, no sentí nada; como odio a lo que me estaba pasando o las cosas que debía enfrentar ahora, sino que solo me vi con ese uniforme de pollito amarillo.

Mi mamá entró a la habitación y besó la parte de atrás de mi cabeza.

—Lauren, ya sabes que todo estará bien.

—Claro. —Musité—. Es mi último año, voy a sobrevivir.

Ella me miró.

—Bien Lauren, he estado nerviosa sobre esto. No quiero que te rechacen o que siquiera te reconozcan de... eso.

Asentí. Entendía su temor, yo lo tenía también, muy dentro de mí y no lo demostraba.

Al llegar a la escuela, después de tomar el metro, nadie me recibió o me dio un pequeño tour por el recinto. Yo solo me quedé allí, con mi lazo amarillo en el cabello y mi mochila de lado.

La escuela era inmensa y su arquitectura era sencilla. A la entrada tenía una gran rejilla que te dejaba ver dentro, y al entrar te encontrabas con un gran patio. A la derecha había un pequeño parque con bancos de piedra y a la izquierda había una casa que parecía una capilla. El espacio vacío estaba rodeado de edificios, los cuales eran las aulas, y al fondo estaba la cafetería al aire libre.

No había lugar donde esconderse, en cualquier punto que estuvieras cualquier persona te podía ver desde uno de los edificios de tres plantas.

El centro vacío de la escuela estaba lleno de chicas vestidas iguales a mí. Ni un asomo de un chico cerca. Ninguna me miró, o notó mientras caminaba

familiarizándome con el lugar, lo cual agradecí. Cuando encontré mi aula no me presentaron, tomé las clases como si siempre hubiese estado allí.

En el receso, me senté en una banca sola, con el panecillo de mantequilla que había comprado en la cafetería.

El parque me gustaba, era mejor que cualquier otro salón con sillas plásticas y abanicos de techo. Las chicas hablaban y reían pero solo podía oír el murmullo. Gracias a Dios, ninguna parecía reconocermme.

Entonces, una chica se paró al frente de mí, era de estatura mediana y aunque cargaba con libras de más el uniforme le quedaba bien. Tenía las mejillas rosadas, naturalmente por el frío que estaba empezando hacer, y el cabello lo tenía rubio en una trenza de lado. Me miró con los ojos entrecerrados, yo la miraba de vuelta con el ceño fruncido.

—¿Lauren, usted, la del video?

—¿Tú quién eres? —pregunté, lista para saltar a la defensiva.

—Primero, —me detuvo emocionada—, ¡Amé su video! ¿Estudia danza de vientre o algo así? ¡Es mi inspiración! ¡Mire! —Me señaló una funda hermética con manzanas en trozos— ¡Este es mi desayuno, por usted, quiero lucir como usted!

—Está bien...

—Tendría que teñir mi cabello a castaño oscuro.

—No te preocupes, me teñiré de rubio la semana que viene. —No era mentira, yo estaba pensando en hacerlo desde que había cumplido los dieciocho unas semanas antes de filtrarse mi video.

—Y para tener ese tono anaranjado en la piel, ¿Cómo lo logró? Su bronceado es perfecto.

Me miré el final de la camisa en mis muñecas, seguro bromeaba.

—No es un bronceado, es el color de mi piel.

—¿En serio? —Se sentó a mi lado—. También se me hacía que era extranjera. Luce más diferente, no por eso, sino porque como que usted tiene...

—Mi mamá es brasilera, de ella el color, mi papá la trajo a vivir a Alemania.

—Wouh. —Se tapó la boca—. Si me está contando su vida quiere decir que somos como amigas, ¿cierto? —No le respondí—. Lauren Lambert, yo a usted la amo tanto, es mi heroína, y me encanta Brasil.

La miré, yo ni siquiera conocía Brasil porque nunca lo había visitado, era alemana de nacimiento, pero igual le sonreí en simpatía.

—No se preocupe Lauren, yo seré su amiga aquí. —Me miró, y después

susurró—: las chicas aquí pueden ser pesadas, que si yo fuera usted aceptaría mi amistad. Quizás es la única que obtendrá.

Asentí.

En mi antigua escuela no tenía amigas, solo un amigo llamado Gary. Pero en la escuela de patinaje tenía varias amigas, una de ellas, Kristal, con la cual hice el video que después envié a Gary para que nos dijera que tan bien lo hicimos. Él mismo después subió el video a internet, donde fue catalogado como erótico.

Le sonreí a la chica desconocida, sí, necesitaba una amiga. Ya no las tenía. Kristal estaba herida y enojada conmigo por lo del video, porque la obligué a salir en él, y Gary, mi mejor amigo, me había traicionado. No importaba mucho, yo estaba muy lejos de ellos iniciando una nueva vida. El daño estaba hecho.

—¿Tu nombre entonces?

—Rosemary para ti. —Abrió la funda de manzanas—, ¿gustas?

—Claro que sí, Rosemary.

○

Cuando bajé del metro, el primer pensamiento que pasó por mi cabeza fue el del doctor Roger Bernard. Tenía la necesidad de verlo y aunque sea saludarlo. Mientras me adentraba al vecindario donde vivíamos notaba las puertas cerradas y todas las personas recogidas dentro de sus casas. Esa era una de las mejores cosas: la forma en que nadie se metía en tus asuntos, la forma en que todo el mundo siempre estaban en sus casas y no les importaban las nuevas vecinas que vinieron de la nada.

No sabían mi historia de fondo y eso me dejaba respirar.

Cuando llegué a la casa me quité el uniforme y el sujetador. Me deslicé una blusa sin cuello y por encima me puse una camisa.

Uno de los mayores escándalos al verse mi video fue el hecho de que yo no llevaba sujetador. Me gustaba sentirme libre y usualmente no utilizaba el sujetador debajo de la blusa, pero al parecer, eso era un pecado capital el de llevar blusa sin uno de esos asesina espaldas.

Pasé toda la tarde tirada en el sofá hasta que el hambre atacó mi estómago y me levanté.

El sonido del jamón quemándose me zumbaba los oídos. Podía oler el sabor quemándose y ya sabía que había inundado toda la casa. Sabía que

mamá se enojaría, ella me pedía siempre que calentara el jamón en el horno pero a mí me gustaba la forma en que se cocinaba a sartén.

Mientras sacaba el jamón, el sonido de un motor afuera hizo que soltara la cuchara y que esta cayera al piso; aunque no la vi caer porque ya yo estaba viendo por la ventana en el casi punto ciego desde donde podía ver a su casa. No había camioneta negra, él no había llegado y esa era la séptima vez que me corría a la ventana a ver si lo veía sin tener éxito.

Me quejé, la puerta de la casa sonó. Y en vez de apagar la estufa me dirigí a abrir la puerta. Mamá estaba del otro lado, con su uniforme y un abrigo encima pues el frío había llegado de repente.

Mi rostro no ocultó mi desilusión.

—Yo también te amo mi amor. ¿Cómo te fue en tu primero día?

Mordí la pared de mi mejilla y la seguí hasta la cocina. Mi boca se abrió cuando vi el sartén quemado y el humo del jamón hecho carbón. Mamá se volteó para verme la cara después de ver el desastre.

—¡Lauren!

—¿Mami?

No esperó más tiempo y apagó la estufa, abrió las ventanas y empezó a toser exageradamente.

—¿Eso quiere decir que si no decido venir temprano te hubiese encontrado calcinada?

Me eché a un lado para darle el paso, se quitó el abrigo y la camisa solo quedándose en su franela. La miraba perpleja, con hambre todavía.

—¿Lauren?

—Mami me fue bien en la escuela, inclusive hice una amiga. Nadie me dijo: oye, eres Lauren Lambert, la tipa de las verrugas. —Le sonreí.

Ella me miró con ceño fruncido, y los labios en una línea recta.

—Lauren, por el amor de Dios.

—Lo siento mamá. Lo siento. Es que solo... mami, tenía que abrirte la puerta.

—¡No! —me reprochó—. Estabas en la ventana, te vi Lauren, —Lucía más calmada—, Lauren, si no te cuidas ti misma y yo no estoy cerca, nadie va cuidar de ti. Por favor, no enciendas la estufa si no estarás para atenderla.

Asentí. Me besó la frente.

—Me alegro de que tengas una amiga, ¿Cómo se llama?

—Rosemary.

Me sonrió sin mostrar los dientes, palmeó mi cabeza y volvió a entrar a la

cocina. Recogió la cuchara del suelo y la echó al fregadero. Botó el jamón quemado en el zafacón y echó el sartén sucio al fregadero. Se pasó la mano por la cara y negó para sí misma. Después abrió la alacena.

—Está bien Lauren, ve a tu cuarto, voy a prepararte algo de comer.

Me rasqué la cabeza.

—Bueno... —empecé, tratando de buscar una forma de que no piense que me quiero aprovechar de lo buena que es conmigo—. Tenemos ya un mes viviendo aquí, dijiste que cuando empezara la escuela podría salir a conocer los lugares y familiarizarme con el entorno.

—Lauren...

—Mami, necesito encontrar una pista para patinar, dijiste que podía buscarla cuandouviéramos un mes viviendo aquí y...

—Lauren, búscalos en el internet. No vas a salir sola a esta hora, ¿por qué no saliste más temprano? —Se recogió el cabello—. Además, son casi las siete de la noche, está oscuro.

—No me dejas usar el internet, ¿recuerdas?, por las críticas y eso que pueden hacer que tu hija entre en depresión. —Le voceé camino a mi habitación.

No la veía, pero sé que le dolía. Ella había sufrido las críticas y todo lo que eso trajo. Para nosotras estaba bien el bailar, pero al parecer, en donde estábamos no estaba bien hacerlo. Era solo un video hecho en casa que no se suponía debía llegar a las redes nunca.

Respiró profundo, la escuché desde donde estaba.

—Puedes ir a la tienda, compra un mapa Lauren. Vuelve antes de las ocho.

No celebré, para no desafiarla a cambiar de opinión. Solo entré a mi cuarto y me puse las botas que Roger Bernard había dicho eran lindas y me coloqué otra blusa encima de la blusa y camisa que ya tenía. Encima de todo eso me puse un abrigo y cogí mi mochila.

No era la mochila de la escuela, era una mochila con cosas importantes, banditas por si me caigo, agua, monedas para el metro o el bus, una barra de chocolate, un cuaderno y lápiz. Me gustaba cargar con cosas porque recordaba que cada vez que veía una persona en la calle con algún bulto o cartera pensaba que iban a algo, salían a algo, no solo deambulaban por las calles sin rumbo específico. Yo quería dar la misma impresión.

Caminé por la acera con audífonos puestos escuchando el sonido del vacío. Me detuve frente a la vitrina de la única tienda que conocía y miré hacia dentro, no había casi nadie. Al abrir la puerta una campanita sonó

anunciándole a la dueña que alguien había entrado a su tienda.

—Oh, Lauren —me saludó.

La última vez que había visitado la tienda me preguntó mi nombre. Esa señora decía que tenía la habilidad de memorizar el nombre de todos sus clientes y que no era capaz de olvidarlos. Así que tenía razón, recordó mi nombre. Yo le saludé y me paseé por la tienda en busca de un mapa de Múnich.

—¿Puedo ayudarte? —Me preguntó después de que yo estuviera cinco minutos dando vueltas en la tienda.

—Un mapa de Múnich.

—Oh, sí, claro. —Salió del mostrador y luego volvió a entrar. Se bajó unos segundos y después se levantó, me pidió que me acercara—. Aquí no vendo mapas Lauren, pero para tu suerte tengo uno aquí. Toma, te lo regalo. —Puso el mapa encima del mostrador.

—Hmm... gracias, pero... eh, no podría aceptarlo.

—Penélope es mi nombre.

—Penélope, gracias, pero no podría aceptarlo gratis, traje un par de euros, deja que te los dé.

Negó repetida veces y entonces se sentó a ver el televisor escondido debajo del mostrador.

Allí parada le sonreí a nadie, porque ella no me podía ver. Doblé el mapa y lo entré en mi mochila, abrí la puerta y me dispuse a salir. Volví a recorrer el mismo camino de vuelta a casa, pero sin los audífonos puestos.

Al regresar vi su camioneta. Sin pensarlo, corrí hacia ella. Sacaba un par de bolsas marrones del baúl cuando llegué a su lado. Me paré allí mirándolo.

—Hola.

Levantó la vista y me miró. Dejó las bolsas abajo.

—Lauren, hola. —Alcancé a ver una sonrisa. Echaba unos papeles dentro de un sobre manila mientras las bolsas marrones estaban todavía en el borde del baúl. Las tomó, y después me miró como el que espera algo, me di cuenta que solo estaba parada allí, mirándole sin decir nada más.

—Eh... —reaccioné—. ¿Cómo ha estado doctor?

—Bien. —Cerró el baúl. Después caminó hacia la puerta de su casa y yo le seguí.

—¿Tiene mucho tiempo viviendo por aquí? —Le pregunté, el volteó y me miró, dejó las fundas en el piso y sacó las llaves de su casa.

—Bueno sí, desde antes de graduarme de medicina, en la universidad.

—Oh, ¿eso es mucho tiempo?

Abrió la puerta de la casa, se recostó del marco de la puerta y me observó unos segundos antes de responder.

—Once años.

—Wow, esa es la mitad de mi vida. —Alcé las cejas mirando hacia otro lado, volví a mirarlo.

Él se provocó con eso. Pero no me respondió, yo quería que la conversación siguiera fluyendo.

—¿Sabe usted de algún lago que esté cerca o por los alrededores?

Entrecerró los ojos mientras me miraba. Negó suavemente.

—Eh, no.

Me froté los brazos, soplé un poco porque moría de frío.

—Bien, bien.

Él recogió las fundas marrones y se dirigía hacia dentro, dejando la puerta abierta. Yo tenía ganas de entrar, pero no sabía quién más vivía allí; no conocía a ninguno de mis vecinos.

—¿Vive solo usted?

Asintió. Me miró de arriba abajo rápidamente, estaba empezando a ser incómodo, como si él tuviera mucho apuro en estar en su casa y cerrar la puerta.

—Debo irme, doctor. —Moví el pie derecho ansiosa.

—Roger, me puedes llamar Roger. Me saludas a tu mamá.

Quizás le gustaba mi mamá. Eso pensé, quizás Roger Bernard le gustaba mi mamá y por eso no captaba mis señales.

—Espero verle luego.

—Yo también. —Me sonrió después de responderme al instante.

Me mordí el labio tratando en pensar en algo más que decir, acomodé mi mochila y me di vuelta sin decir nada más.

## Capítulo 2

### Lo que el hielo ocultó: preocupa

Rosemary suspiró por tercera vez consecutiva, esta vez, levanté mi vista de la galleta de avena que comía, y le ofrecí.

—No, no quiero. Lauren, es que quiero decirle, o más bien, preguntarle algo. —Sonó apurada. Se mordió el labio—. No quiero que malinterprete las cosas y vaya a dejar de ser mi amiga.

La miré a la cara, después a mi galleta de avena.

—¿Tiene que ver con el video verdad? Dime Rosemary, no me voy a enojar.

—Ah... —Abrió la boca.

—No tengo ninguna enfermedad, de hecho, mis verrugas fueron removidas quirúrgicamente. —Miré a los lados y me alcé la blusa para que viera mi costado. Ella miró. Y antes de que ella tocara me bajé la camisa y la puse dentro de la falda—. ¿Era eso?

—No... —respondió quieta—. Pero gracias por la aclaración. Solo le quería preguntar cómo es para usted todo esto, ¿cómo se siente?

Mi mirada todavía estaba clavada en el centro del patio mientras masticaba el pedazo de galleta en mi boca. ¿Cómo se siente qué? Me pregunté a mi misma. Recordé el sudor frío en mis dedos, el corazón saliéndoseme del pecho, el dolor de cabeza, el dolor de estómago, todas esas reacciones físicas y mentales que ocurrieron cuando vi que alguien me dejaba un mensaje con el link a mi video colgado a una página amateur de pornografía. Al principio, yo iba a fingir que no sabía de él. Ni siquiera iba a luchar por saber quién lo subió. Pero cuando se volvió viral que todos mis amigos lo vieron, tuve que buscar una alternativa.

A los dos días mi mamá se dio cuenta, y ella quería mover el internet abajo. En realidad, ella fue la única persona que entendió que el video no tenía fines eróticos y que yo solo me estaba divirtiendo. A fin de cuentas, siempre bailaba por toda la casa y me grababa. Ella los veía. Que el primer video que había hecho con una amiga se filtrara fue solo cuestión de



infortunio.

¿Cómo se siente ser traicionado, a eso se refería?, ¿Qué se siente ser humillado por algo que amas a hacer, eso quería decir?

—Dios, se ha enojado conmigo.

—No, no... —susurré, porque aun andaba perdida en mis pensamientos—. Es solo que no entiendo tu pregunta, ¿Cómo se siente qué?

—Ser famosa. —Soltó con un suspiro alegre—. Miles de personas le aman Lauren, alrededor de todo el mundo. Hay páginas de usted y la gente habla de usted.

La miré, tenía mi boca abierta y las cejas alzadas, me metí el otro pedazo de galleta en la boca.

—¿Ah sí?

—Sí... ¿no lo sabía?

Incliné la cabeza.

—Mi mamá no me deja usar el internet porque no quiere que salga herida por las cosas feas o inapropiadas que dicen de mí.

—Cierto. —Estaba cabizbaja, comió un trozo de pera—. Sí dicen cosas feas y algunas fuera de lugar, pero pasará. Vendrá un tiempo en que solo será pasado.

—Entonces cuando pase seguro podré ver las cosas lindas que dicen de mí en el internet. —Le sonreí.

Ella me miró a los ojos y sonrió.

Ese día hacía mucho frío. Faltaban tan solo días para que fuera diciembre y los días se la pasaban grises, sin sol. Ella llevaba su chaqueta negra, pero yo no, y lo había lamentado.

—Señorita. —Una mujer de cabello gris se paró al frente de nosotros. Me miraba fijamente para que supiera que hablaba conmigo, pero yo no respondí—. Señorita Lambert, por favor, venga conmigo.

Miré a Rosemary y me levanté del banco de piedra. Le dejé mi bolsa con galletas y me alisé la camisa. Caminé detrás de la señora a través del patio hasta llegar a la esquina del fondo. Allí había una edificación incrustada al edificio.

La mujer se dio media vuelta y me miró de arriba abajo.

—Usted señorita tiene tres días viniendo a la institución y no se ha pasado por aquí a saludar.

—Lo siento. —Me crucé de brazos.

—De igual forma la razón por la que está aquí es porque su maestra nos

dijo que no llevaba puesto un sujetador.

Yo pensaba que no se notaría.

La señora caminó hasta detrás de un escritorio y después me tendió una chaqueta negra de las del uniforme.

—Que no se vuelva a repetir señorita Lambert. Puede seguir recreándose.

Tomé la chaqueta y me la puse sin decir nada más, ni siquiera que dicha chaqueta me quedaba grande y que no sabía quien la había usado antes que yo.

Al llegar a casa me tiré en el sofá mirando hacia el techo alto de la casa por horas. Quería hacer algo y no encontraba nada que hacer. Fui a mi habitación y abrí el armario, allí estaba mi antiguo traje de patinar y mis patines blancos. Deseé tanto encontrar el lago en ese momento, que me abrigué y salí a la calle, sin encontrar nada otra vez.

○

Cuando me desperté esa mañana de sábado no pude salir, la puerta estaba totalmente estancada con la nieve.

—No entiendo mami.

—¿Qué no entiendes? —me respondió desde su cuarto.

—Empezó a nevar ayer en la tarde y ya hoy está lleno de nieve, ¿es una tormenta?

—Anunciaron una nevada. —Salió a la sala—. No te preocupes, la lluvia la derretirá.

—Si llueve. —Bufé al tratar de abrir la puerta de nuevo. Era una posibilidad, traté de ser optimista.

Me resigné mirando la puerta. Una idea vino mi cabeza al ver la ventana.

Cogí la sal que tenía en mis pies previamente, porque lo iba a usar para la puerta, y abrí la ventana. Salí por allí. Todo el vecindario estaba cubierto con nieve. Esta se amontonaba en los techos y en las aceras. El patio delantero de nuestra casa había sido cubierto y ya no se podía ver la poca grama verde que debajo había.

—En Friburgo no se veía esto. —Me quejé aunque mi mamá no pudiera escucharme dentro de la casa.

Abrí el pote de sal y comencé a rociarla en la nieve, yo quería que se derritiera al instante como un truco de magia, pero era tanta que no se veía la diferencia. Empecé a quitar la nieve estancada en la entrada. Ahí fue que entendí porque todas esas casas tenían un pequeño techo encima de la puerta.

Medida de prevención para evitar semejante desastre.

—¿Estás echando sal? —Una vez conocida me preguntó, me volteé.

Roger Bernard estaba parado en la acera frente a mi casa, con pantalones marrones y un abrigo negro, tenía sus manos protegidas con guantes y usaba unas botas negras. De pronto me dio frío y mis manos empezaron a congelarse, no solo por la presencia de él sino porque solo llevaba mi pantalón de pijama y un abrigo de algodón finísimo, ni siquiera llevaba guantes.

—Eh, ¿sí?

—Lauren, está prohibido usar sal por los daños ecológicos que causa al medio ambiente.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Bajó los hombros—. ¿Necesitas ayuda?

—Sí, sí, la puerta está trabada. —Me hice a un lado.

Él camino hacia mí y me pasó por el lado. Se agachó junto a la puerta y después se levantó. Tomó la perilla de la puerta y después empujó con su hombro. La puerta se abrió después de un sonido sordo.

—Ya está abierta. —La nieve se quedó marcada con el diseño de la puerta. Él la pateó y se desmoronó.

—¿Lauren? —Mi mamá salió de su habitación—. Doctor Bernard, —Me miró a mí—, ¿pasó algo?, ¿Qué hace usted por aquí?

—Vivo a tres casas. —Señaló con su pulgar hacia atrás.

—¿En serio? Yo no lo sabía.

—Le dije a su hija, la vi la semana pasada.

Mi mamá me miró y yo no supe que responder.

—No, pero no me dijo.

—Bueno, ya no importa. —Me alcé de hombros.

—¿Y entonces? —Mi mamá seguía con el ceño fruncido—. ¿En qué puedo ayudarle doctor?

—No... yo, —señaló hacia atrás de nuevo—, la puerta estaba trabada y quise ayudarles a abrirla. Su hija Lauren estaba usando sal pero no es bueno para disolver la nieve, por el daño que hace la fauna.

—Solo en grandes cantidades. Estábamos atrapadas en la casa, ¿qué quería?

Roger miró a mi mamá y notó que estaba molesta.

—Claro, lo que sea.

Salió de la casa, pero antes se detuvo unos segundos en frente de mí, incluso pude sentir el calor que su cuerpo emanaba y me quedé clavada

mirando sus ojos claros.

—Adiós —susurré, pero ya era muy tarde, se había ido a su casa.

—¿Quién se cree?

—Nos estaba ayudando mami... —musité mientras dejaba el pote de sal encima de la mesa.

Esa noche mamá había hecho un pastel tradicional y yo tomé un pedazo y lo envolví en un papel plástico, salí a la calle y me dirigí a la casa de Roger Bernard. Cuando alcé mi mano para tocar, él abrió la puerta. Llevaba un gorro en la cabeza y un abrigo que le llegaba a los tobillos color gris, debajo de eso llevaba unos pantalones del mismo color y una camisa de leñador. Iba a salir.

—Le traje un pedazo de pastel.

—Gracias. —Lo tomó de mi mano tocando mis dedos. Cuando volvió desde dentro yo seguía allí parada. Él se mojó los labios, tal vez tratando de buscar una forma de que me quite de en medio de la puerta para que él pudiera salir.

—¿Va a salir doctor?

Asintió.

Me llevé los dedos a la boca, y observé sus botas negras. —Escuché que caería granizo.

—No voy a estar al aire libre.

Me quité del medio y él me pasó por el lado, se devolvió.

—Creo que deberías ir a casa a Lauren, gracias por el pastel.

Volvió a dirigirse a su camioneta.

—Mami quería pedir disculpas por su actitud de esta mañana, y yo quería darle las gracias por remover la nieve esta tarde. Me acabo de dar cuenta de lo último.

Asintió, se subió a su camioneta, y en unos segundos de encenderla, se marchó.

—¿A dónde te diriges Roger? —Me pregunté a mi misma en voz alta mientras veía su camioneta alejarse. Miré mi reloj de mano. Eran las nueve y media de un sábado en temporal. Las calles estaban congeladas y las principales estaban intransitables hasta que los camiones recogieran toda la nieve amontonada.

Entonces, en vez de volver a casa, caminé hasta que su camioneta dobló y no la pude ver más. Me mordí el labio de arriba aunque sabía que, según el espejo, yo lucía horrible cuando lo hacía. Me abracé a mí misma cuando un viento frío vino de la nada. Me voltéé y volví a casa, quedándome en el sofá.

Dormí allí. Al despertar vi en la mesita del frente un chocolate tapado y un pedazo del pastel. Mi cuerpo estaba cubierto por una frazada y debajo de mi cabeza había una almohada. Me tomó varios segundos salir del sueño en mi cuerpo que no me dejaba levantarme. Sentía nostalgia, como si algo muy triste me había ocurrido y por eso no quería parar de dormir.

Me levanté con la frazada encima de mis hombros y caminé por la sala hacia la ventana. Busqué la camioneta del doctor pero no estaba allí. Volví al sofá y me bebí el chocolate frío.

Miré sin mirar el reloj, porque no podía ser capaz de mirar la hora, sino solo mirar ese pedazo de plástico cuadrado pegado a la pared. Jugué con el aza de la taza mientras pensaba en Roger Bernard, y entonces, volví a mirar el reloj, pero esta vez observando la hora: eran las dos y media de mañana. Y me preocupé.

Estaba preocupada como si fuera un familiar perdido en medio de una tormenta de nieve. Mi mente hizo miles de escenarios, ¿y si tuvo un accidente? Quería salir a la calle y encontrarlo, quizás debía haber pedido su número de celular.

Dejé la taza en la mesa y me tapé la cara dejándome caer en el sofá. Pero no dormí, en vez de eso volteé mi cara a la pared y observé como el tiempo se iba. Estuve sumergida allí en la semi penumbra de la sala y el silencio invernal de la noche hasta que dieron las cuatro de la madrugada y mi cuerpo no resistió el sueño.

## Capítulo 3

### Lo que el hielo ocultó: ilusiona.

Ese lunes ya llevaba tres días sin verlo, así que estaba muy preocupada todavía. Incluso la profesora de matemáticas me pidió que prestara atención y todas las chicas de camisas amarillas voltearon a mirarme como si había cometido un crimen.

En el receso Rosemary no se acercó a mí. No lo había hecho desde que la señora de pelo gris llamara mi atención. Así que estaba sola en la última semana que tendría de clases por ese año.

Los exámenes de la siguiente semana no los podía tomar pues los había tomado en mi antigua escuela y me los convalidaron.

Mientras bebía mi jugo de fresa imaginaba que Roger Bernard tenía una segunda casa, pero no me tranquilizó ese pensamiento sino que sentía mi estómago revolverse de miedo por una extraña razón no conocida.

Ese día nos dejaron ir al medio día, por el temporal que no se había ido bien de la ciudad y porque estaba iniciando las épocas de examen. Tomé el metro y, en vez de quedarme en la parada para llegar a mi casa, seguí el recorrido hasta el corazón de la ciudad.

Las personas me observaban sospechosa porque llevaba uniforme y todavía eran horas de estudios, ellos, estaba segura, pensaban que yo me había escapado. Considerando lo apartado que estaba el escuela Baviera del centro de la ciudad y que no podían ver a más personas vestidas como yo y relacionarlo a una excursión escolar.

Caminé dos esquinas desde la parada. Me quité el jacket de la escuela y lo metí en mi mochila. En frente mío estaba el hospital más grande de toda la ciudad de Múnich. Antes de entrar, lo pensé muy bien, ¿Qué le iba a decir al doctor Roger Bernard si lo encontraba?

«Estoy muy feliz de que esté vivo. Estuve tan preocupada por usted.»

Alguien me chocó el hombro, volteé a ver quién era pero la persona no volteó a pedir disculpas. Suspiré y entré.

Tomé el ascensor hasta el piso diez y seguí el mismo recorrido que

habíamos recorrido mi madre y yo el primer día que fuimos a consulta. Las personas no me miraban, todo el mundo estaba atento a su asunto. Algunas enfermeras preparándose para dejar la tanda y almorzar, y uno que otros pacientes esperando su turno.

Me acerqué a la recepción de ese piso, la señorita que estaba sentada detrás alzó la vista de la pantalla.

—Buen día, ¿en qué le puedo ayudar?

—Vine a ver al Doctor Roger Bernard.

—¿Tiene cita?

—No, pero yo... —Me perdí. ¿Yo qué?, ¿Soy su vecina? —. Tengo asuntos que hablar con él.

La señorita de ojos grises me miró de arriba abajo. Yo era una uniformada y no me tomó en serio.

—Lo siento. Si quiere una consulta con el doctor tendrá que venir con su mamá o con su autorización previa, además de que deberá hacer una cita antes, y, señorita...

—¿Lauren?

Me volteé con la boca abierta al escuchar su voz. Roger Bernard salía de su consultorio con un abrigo marrón que le llegaba por la mitad de las piernas encima de su bata blanca de doctor.

—Hola. —Fue lo único que me decidí a decir

—La señorita no tiene cita y quería verle. —La recepcionista comunicó a Roger en cuanto lo vio.

Él asintió.

—Ya veo, ¿tiene que ser en el consultorio o me puedes acompañar a almorzar al frente?

Pestañeeé sin creerlo. Roger Bernard me estaba invitando a almorzar. Y no caí en cuenta de que esa sería nuestra primera cita de varias.

—Está bien, puedo acompañarlo. —Me alcé de hombros y miré a la recepcionista.

—Bien. —Le pasó unas llaves a la recepcionista y caminó por el pasillo hacia el ascensor.

Volteó a verme, yo seguía allí parada.

—Corre, no tengo mucho tiempo hoy para almorzar.

Sonreí y mi cara se calentó.

—Bah —murmuró la recepcionista, con los ojos pegados a la pantalla.

Quería sacarle la lengua, así de infantil a veces era, pero solo me acomodé

la mochila y le dije—: Tengo dieciocho, no necesito a mi mamá para hacer una cita.

Me largué a correr detrás de Roger Bernard. Nos subimos en el ascensor con dos personas y una enfermera. Al salir del edificio cruzamos la calle y nos sentamos en una cafetería. La calefacción estaba encendida así que le dejó su abrigo a la mujer de los percheros.

Allí estábamos, el vestido de lo que era, un cirujano, yo uniformada, una estudiante.

—¿Y bien, qué te preocupa Lauren?

Alisé mi expresión y levanté la mirada de mis manos.

—Quería verle.

Mantuvo su mirada clavada en la mía. Me miraba a los ojos por educación, y yo lo malinterpretaba.

—¿Para qué?

—Porque quería. No lo veía desde el sábado, yo estaba un poco...

La camarera nos dejó los menús, y el no dejó que se fuera, pidió ahí mismo. Yo pedí agua, porque no tenía hambre.

—¿Estabas un poco? —Me preguntó despreocupado retomando la conversación. Se sentaba con las piernas abiertas, una mano encima de la mesa y la otra encima del espaldar de la silla. Como si no guardaré las apariencias o no le importara en lo más mínimo que pensarán de él.

—Solo quería saber de usted. —Mordí mi lengua para liberar tensión que yo sentía.

—Bien, aquí estoy. —Se sentó derecho. Sus dos manos encima de la mesa y sus ojos mirando a los míos. Me mojé los labios casi por inercia, de pronto estaban secos.

Y lo observé, sin decir nada y él tampoco, gracias a Dios que no habló.

Me rasqué la rodilla con mucho nerviosismo y se les hizo un rasguño a las medias que yo llevaba puesta.

—Uh, que idiota.

—¿Qué? —Se inclinó más cerca.

—Me digo a mí. —Señalé mi rodilla—. Rompí las medias.

Nos trajeron el pedido. Él empezó a comer.

—Siento lo de tus medias. —Habló con la boca llena.

—Está bien. Compraré unas nuevas. —Miré por la ventana del local y froté mis brazos.

—Lindo uniforme, ¿Estudias en Baviera?



—Sí.

Asintió repetida veces mientras masticaba.

—Es una buena escuela.

—Creo. —Hice un sonido de molestia, sin querer, al notar pequeños átomos de nieve cayendo del cielo, otra vez.

—¿No te gusta la nieve? —me preguntó mirando la ventana, como si adivinara la causa de mi molestia.

Lo miré y él volvió a mirarme.

—Me gusta la temperatura baja porque los lagos se congelan y puedo patinar en ellos.

—Ah, ¿te gusta patinar? —Alzó las cejas fingiendo sorpresa.

—Sí, estaba en una academia de patinaje artístico desde que tenía doce años. Tenía oportunidades de ir a las olimpiadas.

Se limpió la boca al terminar de comer, yo ni siquiera había tocado mi agua. Tomó el vaso de té frío y bebió de él hasta dejar solo el hielo.

—¿Y qué pasó?

—Me expulsaron. —Solté. No sabía si decirle la razón exacta, pero le dije —: por un video bochornoso.

Se levantó de la silla sin previo aviso.

—Debo irme Lauren, nos vemos después. —Dejó cien euros encima de la mesa, aunque la cuenta era menos que eso—. Y si preguntas donde queda el museo central y alguien te lleva allá, justo al lado, hay una pista de patinaje.

—No tengo dinero para pagar ni siquiera una hora patinando, o alquilar patines, uno no puede llevar sus propios patines...

—Es gratis, es una pista pública. Ve.

Exhalé ruidosamente cuando se había ido. Dejó la mitad de su comida, y el vaso vacío. Halé su plato para ver qué había pedido exactamente: unas salchichas blancas y mostaza dulce, además de unos cuantos pretzel. También había una ensalada de patatas casi completa.

Me lo comí. No tenía mucha hambre, pero tampoco me sentiría bien desperdiciando toda esa comida. A pesar de todo eso, comí lo que dejó porque era su comida. Algo de una niña-obsesionada.

Al llegar a casa busqué el mapa que la señora llamada Penélope me había regalado. Ubiqué el museo y armé mi viaje.

Antes de que mi mamá llegara del trabajo le dejé una nota diciéndole que iba a patinar en una pista al lado del museo y que me llamara cualquier cosa por mi teléfono celular.

Tomé el tranvía hasta el museo. Me dejaron en el mismo frente, no supe ni siquiera a donde dirigirme. Ajusté mi gorro y busqué algún letrero que dijera «paraíso» prácticamente. Pero no podía verlo.

Caminé hacia el sur, alejándome un poco del museo, llegando a creer que me había engañado Roger. Entonces me detuve en el banco de una parada de autobuses a como cinco cuadras del museo. Un señor se sentó a mi lado. Hizo una seña con la cabeza en forma de saludo.

—Hola —respondí— ¿Sabe dónde queda la pista de patinaje pública?

El hombre pensó mi pregunta.

—Al lado del museo, el local que parece un edificio color plata, pero no es un edificio.

Me levanté del banquito, y le dije gracias. Volví corriendo allí y como por arte de magia lo pude encontrar.

Entré, y pude ver mucha gente, la mayoría muy abrigada, y también menores a los trece años. Llenaban toda la pista y sus padres los veían sentados en las gradas. Las gradas estaban rodeadas de sitios con comida rápida. El olor a salchichas y pretzel que había comido al medio día llenó mis fosas nasales. Caminé por el lugar hasta encontrar el lugar donde se alquilaban los patines.

—Hola.

—Buenas tardes, ¿en qué podemos servirle? —Una chica me preguntaba. Muy neutra, sin ánimos en el rostro.

—Vine a alquilar unos patines.

—Claro, ¿Para quién?

Miré a los lados.

—¿Para mí? —Sonó a una pregunta, aunque era respuesta.

Me miró con burla.

—Claro. —Negó con la cabeza y se metió a un cuarto. Volvió con unos patines rosa pálido, que seguro fue rosa normal algún día, y me los dio—. Cerramos a las cinco en punto, a las cuatro y cuarenta y cinco tiene que traerme los patines, denos su identificación en lo que usted disfruta de nuestra pista.

Procesé lo que me dijo, saqué mi carnet de estudiante.

—Lauren Lambert. —Tanteó mi nombre y me miró con ojos entrecerrados—. Puede irse ya.

Me quedé unos segundos más mirándola. De seguro sabía quién yo era, estaba segura que era una de los muchos que habían visto mi video. Tomé los patines y pasé al área de las gradas.

Las personas me miraban porque obviamente yo lucía mayor que todos los que patinaban allí. De todos modos, no era mi culpa que ningún adulto se animara a patinar y solo sus hijos pequeños fueran los que estuvieran haciendo el intento de deslizarse por el hielo.

Tal vez simplemente había elegido el día y la hora equivocados.

Me quité las botas y las puse al lado de mi mochila. Me dejé las medias para no causarme lesiones con los patines y me los puse. Me deslicé por la pista del hielo con tanta facilidad que unas niñas pararon a observarme, pero yo me olvidé de ellas, la sensación de patinar me llevó a las nubes, pronto le había dado varias vueltas a toda la pista.

Las niñas trataban de imitar mis trucos, hasta que di un giro al revés y una niña intentó hacerlo igual, se cayó y se golpeó el trasero con el duro hielo de la pista.

La madre entró, recogió a su niña y me dijo algo que no entendí. Me alejé de ese lugar y seguí patinando hasta que sonó una bocina. Miré a todo el mundo recogerse y salir de la pista, más allá, en la cabina donde había tomado los patines, las personas devolvían los que habían alquilado.

Salí de la pista también, fui al lugar donde creí haber puesto mi mochila y mis botas, pero no las encontraba. Estaba a solo un paso de entrar en pánico. Busqué por todas las gradas con los patines alquilados en mano y mis pies solo cubiertos con las medias.

—¿Ha visto una mochila marrón y unas botas negras de nieve? —Le pregunté a la señora conserje. Negó con la cabeza.

Tuve que sentarme a pensar... mi mochila, junto a mis cosas que tenía en ella incluyendo mi dinero, desapareció. Además, estaba descalza y lejos de casa.

No pude creer mi infortunio, ¿había valido la pena esa media hora de patinar? Voy a arriesgarme a decir que es claro: sí. Patinar. Desde pequeña era mi vida y cada minuto en que lo hiciera valía la pena. Ahora bien, eso no quiere decir que estaba a gusto con que alguien me hubiera robado mis cosas.

—Pss. Pss.

Volteé a ver quién hacía el sonido, la señorita de la cabina de patines me llamaba, caminé hacia ella.

—Me robaron mis cosas.

Ella tenía su mano tendida hacia mí, entendí que quería que le devolviera los patines que colgaban de mis manos. Se los di y ella me devolvió mi identificación de estudiante.

—¿Señorita? —pregunté cuando vi que se iba.

—¿Qué? —Apagaba las luces y cerraba todo con llave. Pronto salió de la cabina hacia el lugar donde estaba yo, era mucho más baja de lo que se veía, con abundante cabello marrón y lacio.

—Me robaron mis cosas —repetí.

—Lea allí. —Me señaló el letrero encima de la cabina.

En letras pequeñísimas se leía: no somos responsables de objetos perdidos en las gradas.

—¡Estoy descalza! —Señalé mis pies.

Ella miró mis pies y después me miró a la cara.

—Tenías que haber guardado tus cosas en los casilleros de la entrada como todo el mundo que viene sin compañía.

Me indigné.

—Por favor ayúdeme, ¿no vio a nadie con mi mochila?

Negó.

—¿Y no hay cámaras aquí?

—Desista, por favor. Adiós.

Se fue caminando después de ponchar su dedo en la salida. Las luces de la pista fueron apagadas y la señora conserje me comunicó que debía salir. Así que, derrotada, salí del local a la calle, descalza (aunque con las medias), con los pies congelados. Caminé varias calles hasta donde creía estaba mi casa, las personas miraban mis pies sin disimulo. Amaba patinar, pero de ninguna manera volvería a esa pista llena de infantes.

Debía encontrar un lago. Con la temperatura que había en Múnich debía haber un lago tan congelado y perfecto para patinar como deseaba, era solo que no lo había encontrado.

Caminaba con la cabeza cabizbaja cuando choqué contra alguien. Me golpeé la nariz con la espalda de la persona y aun me dolía cuando se volteó. Era un chico rubio de ojos marrones que juraba había visto antes. Me pidió disculpas y yo asentí, una chica se bajó del auto que estaba al lado del chico.

*Rosemary*, respiré de alivio.

—¡Lauren!

Todos ellos, todo el grupo de cuatro personas, se volteó a mirarme, incluyendo el rubio que había golpeado sin querer mi nariz con su espalda.

—Hola, *Rosemary*.

Ella me abrazó, y después se despegó con sus manos aun en mis brazos.

—Él es mi hermano Vid, y ellos son sus amigos.

—Hola —le dije a ellos.

—Lauren Lambert, la reina del twerking. —Vid miró a su hermana—. No le creía cuando me dijo que estudiabas en su escuela.

—Bueno...

—Vid se masturba viendo tu video todos los días. —Un chico pelirrojo dijo riendo.

—Serás tú, idiota —respondió a la defensiva.

Yo no respondí nada, solo me quedé mirándolos algo incomoda por el comentario.

—Han asustado a la pobre chica. —El otro chico rubio dijo.

—No estoy asustada, siempre me ha gustado hacer feliz a las personas.

Ovacionaron ante mi respuesta, sonreí por eso y Rosemary se rió.

—¿Y a dónde vas, dónde vives? —Ella señaló hacia un edificio detrás de nosotras—. Nosotros vivimos aquí.

—Eh... —Empecé a decir.

Miró mis pies en medias.

—¿Lauren, tus pies?

—Estaba patinando y dejé mis cosas en las gradas, me robaron todo al parecer.

—¡Dios! —Rosemary no lo pudo creer. Se acercó al único chico que no había hablado—. ¿Podemos llevarla a su casa?

Se alzó de hombros indiferente.

Ella se volteó y dijo—: Vamos, sube.

—No, está bien, seguro hacían algo.

—Íbamos a un bar...

Vid golpeó al pelirrojo para que dejara de hablar.

—Cállate, Warren. —Vid me miró—. No te preocupes, antes de que tu cara golpeará mi espalda...

—Tu espalda golpeará a mi nariz —corregí moviendo los pies cuando sentí mis plantas congeladas.

—Lo que sea, —Alzó una ceja después de una pausa de analizar lo que dije—, íbamos a entrar al auto para dar un paseo, llevarte a tu casa sería parte del paseo, ¿al menos que me quieras hacer feliz en una habitación de mi casa?

—Señaló hacia atrás.

Rodé los ojos.

—Es el turno de ustedes hacerme feliz llevándome a mi casa.

Rosemary me haló del brazo y me entró al auto. Al lado de mi se sentó el

pelirrojo y por ultimo Vid, el hermano de Rosemary, delante, se sentó el niño callado castaño y el rubio en el lado del copiloto.

Los dirigí a mi casa.

—Linda casa. —El rubio de delante dijo.

—Gracias —respondí cuando ya estaba en la acera—. Y gracias Vid por el masaje en los pies, ya no los sentía de lo congelado que estaban. —Moví los dedos de mis pies—. ¿Pero me devuelves mis medias?

—¡No! —gritó—. ¡Amo el olor de tus pies Lauren Lambert! —Vociferó.

—Asqueroso. —El rubio dijo al voltearse a verlo con mi media de colores en su nariz.

—Tú no entiendes Albert —respondió molesto.

Rosemary estaba roja, porque estaba avergonzada.

—Ya vámonos. —Golpeó al castaño para que se moviera el auto—. Adiós Lauren, le amo.

El auto arrancó.

Y yo corrí a la casa porque mis pies volvían a doler por el frío. Antes de entrar, me fijé en la casa de Roger Bernard, y su camioneta estaba ahí, pero él no estaba afuera. Sentí ganas de darle gracias por la comida, por lo que sobró de los cien euros y por decirme sobre lo de la pista, pero entonces sentí que sería demasiado molestar por un día, tomando en cuenta de que había ido a su consultorio sin avisar, ¿pero era un país libre, no?

Me di un baño de agua caliente y me senté en el sofá a esperar a mi mamá, pero no la pude ver, porque me dormí.

El otro sábado él hizo lo mismo, desapareció a las ocho de la noche y no lo volví a ver hasta el martes en la tarde. Estaba consternada, porque necesitaba saber a dónde iba él los fines de semana.

El siguiente sábado lo vi salir a las nueve y media otra vez y me quedé en el sofá. Mamá salió de su habitación a la una de la madrugada y se sentó junto a mí. Yo le hice espacio.

—¿No duermes en tu habitación los sábados?

Estaba mirando el reloj, y la miré a ella con una ceja alzada.

—¿Sabías que el doctor no duerme los sábados en su casa?

Mamá frunció el ceño.

—¿Ah no?

—No, y los domingos nunca está. Llega los lunes.

—Mhm. —Pensó un rato—. ¿Qué te pasa con él, Lauren?

—Nada. —Me alcé de hombros y miré otra vez el reloj—. Solo me resulta

interesante.

—¿Te gusta el doctor?

Me mordí el labio. Y sin pensarlo bien, asentí.

—Oh Lauren, muy mayor para ti, quizás el doble de tu edad.

—No tiene treinta y seis años, mamá.

Me abrazó sorpresivamente.

—Él no es para ti. Olvídate de eso. —Palmeó mi espalda—. Ahora deja de perder sueño y ve a tu habitación.

Porque quería obedecerle, me levanté del sofá con mi frazada y fui a mi cuarto. Es que al menos tenía que obedecerle en algo, irme acostar, pero no en el hecho de que Roger Bernard no era para mí. Yo sentía que lo era, que éramos almas gemelas separadas al nacer.

Desearía haberme llevado de mi mamá, después de todo, ella sabía todo de mí y de todo el mundo, tenía un sexto sentido, yo debía pasar de lado a Roger Bernard, pero no lo hice.

○

El sábado me quedé en el auto gris que la empresa de mi mamá le había facilitado para moverse. Era tipo escarabajo, marca Chevrolet. Estaba encendido con el aire templado mientras yo esperaba que él saliera de su casa.

Escuché el sonido de un motor y dejé de recostarme del sillón para inclinarme hacia delante con mis manos en el volante. Entorné los ojos y a una cuadra pude ver su camioneta ponerse en marcha. El carro de mi mamá estaba parqueado calles más atrás para que él no lo viera. Empecé a seguirle a una distancia prudente.

Había aprendido a manejar a los quince años de edad, fue más una obligación que un deseo de aprender. No tenía una licencia de conducir, pero sí un carnet de aprendizaje vencido hacía dos años. La suerte era, que era de noche, y ninguna poli me iba a detener.

Roger parqueó frente a un local con luces fluorescentes verdes y amarillas. El lugar se llamaba Baviera Bar. *Baviera*, igual que mi escuela. Pensé en Rosemary, otra vez jugaba el juego de no sentarse conmigo en el receso, incluso después de haberme ayudado cuando estuve descalza en las calles del centro de Múnich. Seguro estaba avergonzada porque su hermano mayor se quedó con mis medias.

Dejé la frazada con la que dormía en el auto, y también mi abrigo. Tenía un

suéter negro y unos pantalones jeans apretados, debajo, unas medias hasta las rodillas y las botas marrones que le gustaban a Roger.

Antes de entrar me pidieron identificación, y se las mostré, el portero me miró de arriba abajo y me haló del brazo para que mi oído quedara a la altura de su boca.

—De este lado solo personas mayores de veintiuno, vaya por aquella puerta. —Me señaló, más allá, la entrada a una especie de restaurante al aire libre de la misma casa.

—Es que no vengo a comer. Quiero entrar por este lado.

Asintió pensándolo.

—Solo porque me caes bien. —Sonrió con sus dientes excesivamente blancos.

—¿Le caigo bien? —pregunta incrédula.

—Sí. —Siguió asintiendo. Y yo meforcé a sonreírle y desaparecer de su vista cuando me soltó el brazo.

Sentí unos escalofríos de los malos; huye. Pero no, el deseo de encontrarlo era más fuerte.

Al entrar por el pasillo aterciopelado el calor me azotó. Llevaba tanto tiempo sin sentir un calor así que casi me apretaba del pecho. Era más grande de lo que imaginaba, y deduje que me tomaría tiempo encontrarlo, ¿Qué hace un cirujano en un sitio así los sábados?, ¿A dónde iría?

Había una pista de baile, prácticamente lo primero que se veía en la primera planta. Había balcones grandes en una segunda planta, donde la gente estaba sentada comiendo ligero y bebiendo cocteles. Entorné mis ojos más arriba, la tercera planta estaba cubierta por un vidrio transparente, y se podía ver que había personas dentro.

Busqué la parte tranquila, me atravesé por el grupo que bailaba y sentí que alguien me había agarrado el trasero. Me volteé enfadada y el culpable sonreía sin mostrar sus dientes. Estaba borracho, y sentí la urgencia de golpearlo, pero analicé la situación: estaba yo, en un bar de personas mayores de veinte años, sin dinero, con un suéter y nada más que una franela debajo (fue un mal momento el de olvidármeme usar sujetador...) y un pantalón jean con botas de nieve, en ese lugar que parecía estar ubicado en otro mundo; tenía todas las de perder. Así que solo me alejé de allí.

Subí a la segunda planta, donde todo era más calmado.

Personas buscando un poco de descanso. Me sentí mejor, porque nadie me miraba y me ignoraban como en las calles, quizás, en ese lugar del bar Baviera



ningún hombre me tocaría sin permiso.

Me paré en la barandilla mirando hacia abajo, buscando entre todas esas personas a Roger Bernard, pero no tuve éxito.

Me dirigí a la barra de bebidas, un tanto decepcionada.

Yo lo reconocí por su cabello rubio debajo del gorro negro de lana que siempre usaba. Estaba sentado allí de espaldas hacia mí como el que espera a alguien.

Volteó.

Yo volteé al tiempo. Me dirigí a otro lado, mi corazón latiendo fuerte. ¿Qué le iba a decir? Me puse de puntillas para ver hacia donde estaba, había girado la cabeza de nuevo a su bebida. Me pasé la mano por la cara en un intento de mantener la calma y caminé hacia donde él. Me senté a su lado.

—Hola —dije al poner mis manos sobre el mostrador.

Me miró con una sonrisa.

—Lauren, ¿tú por aquí?

—Yo podría preguntarle lo mismo.

Se alzó de hombros.

—Oh, ¿esperas a alguien?

—¿No eres muy pequeña para estar aquí? —Me preguntó susurrando.

—Tengo dieciocho años, doctor.

—Roger. —corrigió—. Oiga, una igual que la mía. —Ordenó al batender. Después se volteó hacia mí y acercó su silla a la mía—. ¿Bebes? —me preguntó.

—Claro.

Yo pensé que Roger Bernard estaba borracho esa noche, pero una persona como él no se puede dar el lujo de perder la sobriedad. Una persona con tantos secretos no puede dejar que el alcohol le duerma la lengua y el sentido de la razón.

El batender me dio mi bebida; cerveza blanca, y Roger Bernard dejó de mirar mis labios beber solo cuando su teléfono sonó.

Bebí de la cerveza mientras lo escuchaba hablar, pero no podía entender lo que decía aunque si hablaba nuestro idioma. Colgó el celular y me miró de nuevo.

—¿Estás bien?

Él quería saber si estaba borracha por solo medio vaso de cerveza, y Dios, yo quería estarlo, porque veía sus intenciones por encima de la ropa, emborrachar a la muchachita esa que de seguro nunca había bebido.

Pero entonces yo era buena bebiendo, lo hacía desde los quince, Gary me había enseñado a beber e incluso a hacerlo sin perderme a mí misma en el intento.

—Sí, ¿bailamos?

Miró su bebida.

—No sé bailar.

Me alcé de hombros inocentemente.

—Yo tampoco.

Agarré su mano, como si la timidez producida por él, en primer lugar, se había marchado, y bajamos a la primera planta. Allí, nos metimos a la pista, entonces me dije: ésta es mi oportunidad.

Puse sus manos más por encima de mi cintura, y entrelacé mis manos detrás de su cuello. La música era sin letra, un tipo de tempo ritmo que la gente podía bailar como quisiese.

Al principio, solo nos balanceábamos de un lado a otro, ambos un poco incómodos. Después moví mis caderas, eliminando el espacio de cortesía que no separaba, para bailarle de cerca. Mi boca se movió a su cuello mientras seguía moviéndome pero sin tocar su piel con mis labios. Sus manos bajaron más debajo de mis caderas y me pegaron más a él, poniendo además su pierna izquierda entre mis piernas. Aún más cerca uno del otro.

Era excitante. Casi me desmayo porque fue intenso, quería saber si él lo sentía así o era yo la única afectada de esa forma.

Ese había sido mi mayor movimiento, si con el baile ya él no se daba cuenta de que estaba mal por él y no captaba mi mensaje, entonces no sabría que debía hacer; como si serle directa y decirle claramente lo que me ocurría con él.

Cuando la música terminó y empezó otra, Roger Bernard me tomó por el codo y me sacó del bar Baviera. Afuera, me acorraló con la pared del bar y me puso las manos en la cintura. Acercó su cara a la mía y me besó casi con violencia.

Yo dejé que me besara, pero yo no hice nada. En realidad, no sé por cuánto tiempo me besó así, como si quisiera desquitarse conmigo. Yo solo sé que dejé que lo hiciera, sin responderle el beso pero con mi boca entreabierta.

Hubo un momento en el que se detuvo, y me miró a los ojos. Cerró la boca, y quitó las manos de mi cintura. Se iba y me iba a dejar sola en medio de una calle de Múnich.

Lo halé de la camisa.

—Quiero volver a verlo.

—Ve a casa Lauren.

—En serio quiero volver a verle, Roger.

Me plantó un beso en los labios y cerré los ojos, pero esta vez cuando los abrí no estaba allí.

Me quedé unos segundos parada. Las rodillas débiles, sintiéndome abrumada. Entré al auto de mi mamá y grité de alegría. Me sentía afortunada. Sin creérmelo todavía. Queriendo más de él... Llegar al fondo para después ahogarme.

## Capítulo 4

### Lo que el hielo ocultó: desilusiona.

Casi a la mitad de diciembre hubo una reunión en la escuela. Había un gran auditorio con el diseño de un teatro, el cual era utilizado para actividades como esa. La reunión se trataba sobre el calendario del próximo año escolar.

Me encontraba sentada por los asientos del medio y a ambos lados de mí no había nadie, pero yo estaba tan feliz, que se me había olvidado el hecho de que estaba sola en esa escuela sin amigas reales. Esa sonrisota la había tenido todo el tiempo desde el sábado.

—Me tiene que decir qué le pasa, es que parece que a usted le dieron un premio enorme. —Rosemary se me acercó ocupando el asiento a mi derecha.

Podía reclamarle el ignorarme por todas esos días, pero como dije, yo estaba muy contenta por lo del beso y no pude borrar la alegría de mi cara.

—Nada.

—Sí claro, como diga —exhaló pesadamente prestando atención vagamente a lo que decía el director—. Ay Lauren, quería pedirle disculpas por el comportamiento de mi hermano, ¿lo perdona?

Le asentí, poniendo mi mano en mi pecho.

—Ay gracias a Dios del cielo, le juro que estaba tan asustada que no me pude acercar a usted.

Le ofrecí una sonrisa.

—Pero Lauren, en serio dígame, ¿Qué le ocurre?

Suspiré.

—Nada Rosemary, desiste.

Se quedó en silencio fingiendo mirar al frente, estaba inquieta. Yo dejé de mirarla y escuché a la mujer del pelo gris dar los pormenores del año que estaba al llegar. Después de que la directora de la escuela dejara de hablar, Rosemary se volteó y me topó el brazo.

—Mi hermano quiere que nos acompañe la próxima semana, en víspera de navidad.

Me quedé sin habla, tratando de responderle. Su rostro se distorsionó con

preocupación.

—¡Lo siento, está bien si no puede!

—¡Puedo! —De pronto me encontraba feliz por tener a personas de mi edad con quien pasar navidad—. ¡Claro que puedo!

Ella me abrazó olvidándose que estábamos en una reunión de la escuela. Una de las profesoras puso su dedo índice en la boca mientras nos miraba seria.

Nos reímos.

—Pero tengo que preguntarle a mi mamá, ¿está bien?

Sonrió sin mostrar los dientes.

—Sí. Bien. ¿Deme su número?

Me sentí triste de repente.

—Robaron mi mochila con mi celular.

Rosemary se lamentó.

—¿Y en su casa, no hay teléfono?

Negué. No podíamos pagar una línea residencial, más si solo éramos mi mamá y yo.

—Bueno, pero sé dónde vives, capaz conozca a su madre y le pregunte si le dejaría pasar noche buena con nosotros.

La noche de navidad, ¿y mi mamá entonces? Me mantuve sonriéndole y presté atención a lo que decían, aunque el pensamiento seguía en mi cabeza.

Cuando llegué a casa, mi mamá hablaba por su celular en polaco. Ella sabía muchos idiomas, la verdad era que mi mamá se había preparado bien y al parecer la empresa para la que trabajaba estaba muy encantada con ella.

Me senté en una de las sillas del comedor a esperar que terminara.

—Bien, dime lo que me querías decir Lauren. —Vino hacia mí.

—Eh...

—No, espera, tengo algo que decirte. —Se acercó a mi muy entusiasmada—. ¡La empresa hará una fiesta en víspera de navidad!

Siempre la hacían. Todos los años.

—Yo quería decirte que mi amiga de la escuela me invitó a la cena que se hará en su casa en víspera de navidad.

Ambas nos quedamos serias mirándonos a los ojos.

Hizo una mueca y empezó a asentir, se paseó por el comedor, y después volvió hacia donde mí.

—¿Y entonces?

—Quiero ir. Sería muy emocionante eso de pasar una navidad tradicional

que no sea...

—¿Qué no sea?

Me pasé la mano por la cara en frustración.

—Anda Lauren, dime, ¿pasar una navidad que no sea qué?

—Olvídalo, iré contigo, como todos los santos años. —Salté a la defensiva y me dirigí a mi habitación.

—Lauren Lambert vuelve aquí. —No me devolví—. Lauren, vuelve, ¡ni siquiera te estoy obligando a ir!

Cerré la puerta de mi cuarto.

—Lauren, —susurró tras la puerta—, mi amor, no tienes que ir conmigo, no es necesario.

Rodé los ojos y abrí mi closet, saqué un par de pantalones jeans, busqué mis guantes y una bufanda.

—Sé que te desagrada pasar navidad en la empresa, es la primera vez que te invitan a algo así y sé que no quieres dejarme sola, pero de verdad, ve.

No había forma de que la dejara sola, no sé cómo no se me ocurrió cuando Rosemary me preguntó. Salí de la habitación.

Ella me detuvo y me miró dulcemente.

—Lauren...

—Mami, saldré a jugar con la nieve.

Asintió después de unos segundos de mirarme el rostro. Seguro trataba de contener las preguntas sobre: ¿no estás muy mayor para jugar con la nieve? Pero si me lo hubiese preguntado yo le hubiese respondido con: ¿Qué más hay para hacer? Era en serio, ¿Qué más había? En Friburgo tampoco teníamos televisión por cable, pero en las tardes yo iba a la pista de patinaje hasta la noche, no disponía de tiempo libre y no conocía la palabra aburrimiento.

Caminé a la puerta y me detuve antes de abrirla. Me giré hacia atrás.

—Me refería a que sería lindo pasar una navidad que no sea con gente que no conozca. Pero, prefiero estar contigo sobre eso porque tú siempre has querido estar conmigo y aunque tuvieses elección, siempre me eliges.

—Porque soy tu madre Lauren, pero ahora, es una obligación, iras con Rosemary.

Su voz se apagó cuando cerré la puerta. El barrio seguía cubierto de blanco y desde que Roger Bernard me había besado no lo había visto de nuevo. Habían pasado cinco días y parecía como si me estuviese evitando.

Está bien, cinco días era poco tiempo para definir si me estaba evitando o no.

Me senté en la nieve, en el pequeño jardín frente a nuestra casa. El abrigo que llevaba puesto era tan grueso que sentía sudor correr por dentro, aunque la temperatura estuviere bajísima.

La camioneta de Roger Bernard se estacionó frente a su casa y un apurado Roger se desmontó, vestido de doctor, y entró a su casa.

Sentí ganas de levantarme e ir hablar con él, hablar sobre el beso y lo que significaba, pero no podía convencer a mis pies de que eso era una buena opción. Abandoné la idea después de unos minutos. Me recosté de mis manos y extendí mis pies, olvidé lo del sudor, de hecho, ahora me estaba congelando.

—Lauren, entra ya, te vas a enfermar. —Mamá abrió la puerta y yo me levanté. Llevaba casi veinte minutos y mi trasero estaba congelado.

—Ya voy.

Comencé a quitarme la nieve del pantalón. Ella entró a la casa y cerró la puerta. Volteé hacia la dirección de la casa de Roger, por la acera, veía un hombre con un gorro negro en la cabeza y cabello rubio sobresalir, pero andaba a pie.

—¿A pie, en serio? —me pregunté a mi misma en voz baja. Esta vez no pude resistir el impulso, metí la cabeza por la puerta de la casa y le voceé a mi mamá que volvía enseguida. Ella ni siquiera tuvo tiempo de responderme. Corrí hasta alcanzarlo.

—¡Roger! —Miró hacia atrás, sin dejar de caminar.

—Lauren. —Me saludó.

Lo alcancé y caminé a su lado. Mi respiración agitada por correr. Incluso me había calentado un poco.

—Juraría que me has estado evitando, tengo tiempo sin verte.

—Quizá estés en lo correcto.

Yo me quedé mirando al frente. Desconcertada.

—Wow. —Metí las manos en mis bolsillos—. Lindo de escuchar.

Seguimos caminando con la boca cerrada.

—Y bueno, ¿Qué pretendes, fingir que no pasó lo del sábado? —pregunté con evidente molestia en mi voz.

Se detuvo, yo me detuve.

—Lauren lo siento, no estoy en la disposición para esto. Tengo treinta y tres años de edad y tú apenas eres una cría que todavía va a la escuela.

Me sentí ofendida, no, estaba ofendida.

—Tengo dieciocho años.

Bufó y se tambaleó en medio de la acera mientras se reía de mí, como si no

me tomara en serio.

—¿Seguir esos juegos dices? —Pregunté con una ceja alzada con evidente frustración porque no dejaba de reírse—. Me invitó una bebida alcohólica, bailó conmigo y después me sacó del bar sin decir nada y me besó, no sé, después me dices que me vaya a casa, y me ignoras, y eres grosero conmigo, disculpa, el único que juega a algo aquí eres tú.

—Otra prueba de que tan solo tienes dieciocho años. —Murmuró y siguió caminando. Yo seguía al lado de él sin saber cómo rematar a lo que había dicho.

Pensé: buena esa Lauren, sonaste muy inmadura. Supuse que los adultos no eran tan melodramáticos con la cosas, yo tal vez tan solo debía ser directa con lo que quería, ¿y que quería yo? Le di mente, ¿Qué quería yo de Roger Bernard?

—Tú me pareces interesante.

—¿Interesante? —preguntó con ambas cejas alzadas provocando que se formaran líneas de expresión en su frente.

—Como pareja, me atraes —le comuniqué mientras cruzábamos una calle.

—¿“Me atraes”? —Se burló de mi juego de palabras.

Él iba a decir algo más, pero me adelanté:

—Sí.

Exhaló fingiendo estar aliviado. Su boca dejó salir una neblina de respiración.

—Es cierto lo que dices, la diferencia de edad es de quince años, pero esos números no me importan. Yo realmente desearía que nos pudiéramos conocer y ver si es posible algo entre los dos. —Imaginariamente me veía a mí misma con un arco de madera lanzando una flecha directamente hacia él.

—¿Qué quieres decir con conocernos mejor? —Ladeó su cabeza serio, mirando el camino.

—Tener citas.

Asintió mirando ahora al frente.

—No sería tan molesto, soy mayor de edad —le recordé por centésima vez —, y puedo entrar a la mayoría de bares.

Roger Bernard y yo habíamos caminado tanto que habíamos llegado a uno de esos pequeños parques que delimitaban un área verde de la ciudad de Múnich. Yo me senté en uno de los bancos de madera casi congelados.

—Además, ¿qué le importaría a usted si tengo dieciocho o no?, —Alcé mi quijada señalándolo—, ¿acaso le importó mientras bailábamos o mientras



metía su lengua en mi boca? —pregunté en voz alta que retumbó entre nosotros dos.

—Tienes razón. —Apoyó su pie del banco y me miró a los ojos—. No me importa.

No le respondí, solo me quedé mirando su rostro despreocupado.

—Entonces conocernos —continuó hablando ahora mirando mi abrigo unos segundos, después mi cara.

—Sí.

—Empieza. —Me miró a los ojos por unos segundos y después se sentó a mi lado con la vista en la calle.

—No hay mucho que contar sobre mí —dije.

Miré su cabello rubio sobresalir del gorro que llevaba puesto, después su nariz y labios rojos por el frío.

—Tampoco de mí. —Le creí. Creí sus palabras: no hay mucho, pero era verdad, no solo mucho, había un montón, había muchísimo.

Nos quedamos en silencio. El mirando hacia la otra acera y yo alternando mirada entre mis pies con botas y su cara.

—¿Y entonces?

—Saldremos a una cita, pero solo con una condición, Lauren.

—Tengo que saberla antes de aceptar, ¿no crees? —Me volteé hacia él.

Sonrió de lado mientras también se volteaba para verme a la cara.

—Que ahora vayas a casa y me dejes continuar solo.

Él siempre parecía querer estar solo, yo debí dejarlo solo, pero para siempre.

—Puedo hacerlo. —Me alcé de hombros.

—Cuatro días antes de noche buena, en el cine a cinco cuerdas del museo, te veo a las siete. —Se levantó y con sus labios congelados besó mi mejilla, muy lejos de mi boca, pero aun así sentí un escalofrío en la médula.

Yo no tenía idea de qué cine ni de nada, quise llamarlo, pedirle más detalles, pero él se alejó rápido de la escena y yo me quedé allí sentada mucho rato pensando en nuestra conversación.

Cuando caí en cuenta de que me le había declarado grité y me tapé la cara llena de vergüenza. Lo que era un poco fuera de lugar porque hacía tiempo se había ido. Sin embargo, quise con todas mis fuerzas construir una máquina de tiempo y deshacer el hacer semejante cosa. Quise, de alguna forma, que él dijera que yo le gustaba y que me había besado por eso y no por otra razón.

Me cruce de brazos, pero con una de mis manos tapando mi boca.

«Tienes razón... no me importa»

Yo no le importaba. Tal vez era que simplemente yo no le gustaba a él.

Simple y normal.

Entonces mi sonrisa se borró y caminé a casa enojada, también me sentía un poco humillada y tonta.

Tomé una decisión, lo dejaría plantado.

## Capítulo 5

### Lo que el hielo ocultó: invita.

El día antes de navidad había amanecido helado. Ni siquiera podía conciliar el sueño porque la calefacción no funcionaba del todo bien en mi habitación.

En la tarde Rosemary había ido en mi búsqueda y mi mamá preguntó su dirección y el número de sus padres, incluso los llamó para confirmar si eran verdaderos.

Después de media hora de rigurosa investigación por parte de mi madre, nos fuimos en el auto de la vez pasada con el mismo conductor castaño que no se preocupó en saludarme o si quiera devolverme el saludo.

Pronto descubrí que era el novio de Rosemary. A la vez me sorprendí porque no pensé que alguien como ella pudiera si quiera tener novio. Lo cual me hizo reprenderme, porque estaba prejuzgando a Rosemary.

Warren estaba allí, y el hermano de Rosemary, Vid. El papá de Rosemary era quien cocinaba mientras nosotros estábamos en la sala del departamento socializando. O al menos ellos hablaban y yo escuchaba, porque no encontraba qué hablar. Yo no tenía nada muy importante que decir sobre mí que no involucrara mi vida en Friburgo.

Mucho antes de la hora de la cena, mi estómago estaba haciendo sonidos y se revoloteaba como si estuviera haciendo malabares. Tenía tanta hambre y el olor era tan rico.

Traté de distraer a mi subconsciente del hambre que azotaba mi estómago mirando las decoraciones en todo el lugar; todo muy cálido y hogareño, todo muy cariñoso: angelitos de papel, un árbol de navidad con esferas rojas y verdes, estrellas doradas y plateadas de papel entre otros adornos para la época.

Dios mío, tenía dieciocho años de edad y nunca en mi vida había pasado la noche buena así, me sentía alegre y el espíritu navideño tocaba la puerta de mi vida.

Vale, eso suena un poco exagerado, pero el impacto fue exagerado.

La hora de la cena había llegado y la mesa estaba puesta. Era una mesa larga y espaciosa pero con solo seis sillas de espaldar ancho, y nosotros, casualmente, éramos seis. Después de haber cenado pavo relleno de especias y puré de papas, nos sentamos en la sala a reposar y fui sorprendida con un plato de dulces navideños.

○

—Y este regalo —dijo Rosemary con el último regalo en su mano—, es para usted Lauren, de verdad que le amo mucho y en tan poco tiempo se ha convertido en una amiga. Lo mejor ha sido que haya venido aquí a Múnich.

Me sentía alagada y solo pude sonreír. También tenía un poco de culpabilidad porque no había comprado nada para ellos; solo había ido con las manos vacías. Pero al menos, solo estábamos nosotros cuatro porque los padres de ellos se habían ido a su habitación.

Me senté junto a ella en el suelo y le di un abrazo después de coger el regalo de sus manos.

—Pero ábrelo. —Warren pidió.

Vid aplaudió ruidosamente.

—¡Sí! Ahí está el regalo de nosotros tres.

—Shh. —Rosemary pidió que hiciera silencio colocándose un dedo en la boca, también estaba riendo por lo bajo—. Tus padres están durmiendo cavernícola, no los querrás despertar.

Ladeé la cabeza y rompí el envoltorio, luego abrí la caja, lo primero que vi fue una bufanda de lana azul.

—Oh, muy linda, gracias. —Alcé la vista esperando saber quién había sido el autor del regalo, pero ellos no me dijeron. Después saqué un brazalete con una «L» que colgaba de él—. Hermoso —susurré sorprendida.

Al fondo de la caja de regalo había un sobre blanco, y lo abrí, era un boleto para un pequeño paseo por el río Isar, además de una boleta para entrar al Museo de historia y ciencias alemana—. ¿Para Deutsches Museum?, ¿yo sola?

Rosemary sacó un sobre de debajo de sus piernas y le dio uno a Warren, y a su hermano.

—¡Los cuatro! —exclamó entusiasmada—. No invite a Albert, saben lo celosa que es la novia, ¿pero qué importa? —Hablaba del otro rubio.

—¿Qué hay de tu novio? —pregunté.

—Ah no le gusta estar con desconocidos.

Me quedé mirándola sorprendida, claro, yo era una desconocida, quizás por eso se había ido.

—Seguro se fue por mí hoy.

—No se fue por ti, tenía que cenar en familia.

Yo miré al pelirrojo, pensando: ¿tú no tienes familia?, pero me acordé de mí, yo también estaba allí en esa casa.

—¿Y Warren? —pregunté.

—Warren es nuestro primo.

Asentí mirando las boletas.

—¡Es una belleza, te juro! Hay un puente magistral, y miles de cosas en exhibición. —Warren me prometió.

Vid se levantó. —Oh, al Deutsches Museum von Meisterwerken der Naturwissenschaft und Technik.

Rosemary rodó los ojos. —No te preocupes, el solo quiere impresionarte porque se sabe el nombre completo. Bah.

Sonreía a ellos con mis tres regalos sobre las piernas.

Esa noche llegué a casa faltando cinco minutos para navidad, y seguía estando igual del frío que en la mañana. Mamá me esperaba despierta, y como había sido la misma mamá de Rosemary que me llevó a casa, ella no me reprochó nada.

○

En el día de navidad quería ver a Roger Bernard, pero su camioneta negra no estaba en casa. Creí no haberla visto desde el veintidós de diciembre, y aunque me quise preocupar mucho, no sucedió, solo estaba muy curiosa por saber cómo se sentía al saber que yo lo había plantado.

Pero entonces, el treinta de diciembre, cuando volvía de caminar, porque me gustaba darle vueltas a la cuadra para mantenerme en forma, ya que ya no me estaba sometiendo a los ejercicios en la escuela de patinaje y mi cuerpo se empezaba a oxidar, me lo encontré recostado de su camioneta negra. Igual que siempre, un abrigo grueso de lana forrado con cuero, un gorro cubriendo su brillante cabello rubio y las manos en los bolsillos, mirando al frente, la casa que nos quedaba al lado.

Mientras me acercaba, solo me quedé mirándolo, cayendo en cuenta que

había durado más de una semana fuera de casa, entonces miró hacia donde mí y yo no aparté la mirada por unos segundos, después seguí dirigiéndome a casa sin mirarlo.

—Lauren —me llamó—. Volteé a verlo, la calle en medio de nosotros dos —. Ven aquí, por favor.

Crucé la calle y me paré en frente de él con los brazos cruzados.

—Feliz navidad, linda bufanda.

—Gracias —respondí entre dientes—. Feliz navidad para ti también.

—Pero a menos de que no te la envuelvas... —Tomó la bufanda que descansaba abierta en mi cuello con delicadeza y me la puso de nuevo, colocando la punta dentro de mi abrigo.

No era la gran cosa, cada quien utilizaba las fundas como quería.

—¿Sí?

—No la uses sin amarrar, no sabes lo peligroso que es una bufanda suelta.

—Puso las manos en mis hombros. Lo miré atenta.

—Claro.

Soltó aire y miró a su derecha, donde estaba mi casa. —Quería pedirte disculpas por no haberme presentado en el cine, sé que me esperabas.

No me tomó nada de tiempo saber que me había dejado plantada, pero no en realidad, porque yo lo había dejado plantado a él primero. Ni siquiera me presenté. En ese momento me dije en la mente: bien, ¡Bien, Lauren! Evitaste hacer el ridículo, que bueno que no te presentaste tampoco.

Pero en vez de sacarlo de apuros, me alcé de hombros haciendo una mueca de desinterés con los labios.

—No me importa.

—Mañana en la plaza harán la cuenta regresiva para el próximo año, ¿te gustaría ir conmigo? —Lo observé. Sus ojos casi amarillos en ese instante.

—Voy a pensarlo Roger Bernard. —Me di la vuelta y caminé a casa.

—Espera. —Me llamó y entonces caminó hacia mí dejando una tarjeta de presentación—. Me llamas, para saber tu decisión.

Yo no iba a ir, pero entonces, mi mamá se estaba arreglando, un treinta y uno de diciembre, y yo estaba sorprendida.

—Tengo una cita. ¿No ibas hoy a ir con tus amigos también?

Me quedé en silencio. ¿Una cita, mi mamá? Yo no estaba lista para aquello. Digo, yo nunca estuve lista para ver a mi mamá saliendo con otros hombres. Desde pequeña, como a los siete, recordaba que mi madre me dejaba tres horas donde una nana mientras ella salía a citas con un nuevo interés amoroso

y al cabo de unos meses tan solo eran un intento fallido.

No eran tan a menudo, quizá el hecho de que tuviera una hija hacía que sus relaciones terminaran, porque no le gustaba dejarme con la nana ni pasar de las nueve de la noche en ninguna de esas citas.

Nunca conocí a mi papá, bueno, por fotos.

—Lauren, mi amor, ¿vas a salir con tus amigos hoy también? —Me preguntó de nuevo, más directamente, colocándose unos pendientes de perla.

Tenía las manos en los bolsillos y me alcé de hombros con desinterés.

—¿Para qué quieres saber?

—Porque si no tienes con quien pasar año nuevo me quedaré contigo, como todos los años.

No me daría el lujo de arruinar su cita como lo hacía antes, porque cosas, como el video, me hicieron recapacitar en muchas cosas, como el hecho de que mi mamá vivía por mí y tomaba decisiones peligrosas por mí, y el hecho de que yo solo pensaba en mi bienestar casi siempre (porque yo creía que mi bienestar también era el de ella).

Algo así como arruinando sus posibilidades de que tuviera un novio. Como la vez que le mentí diciéndole que una de sus parejas me pidió, mientras ella no estaba cerca, que me sentara en sus piernas. Ella lo dejó sin darle una explicación.

«Porque somos tu y yo, mi amor, contra este mundo, y siempre debemos estar unidas.» me decía cada vez que le rompían el corazón, ya sea por mi culpa, o por algo que estuviera fuera de mis manos. Me decía que no necesitaba a hombres porque me tenía a mí, y con esa declaración yo me sentía muy feliz.

Yo tenía doce años, demasiado joven con demasiada maldad y egoísmo acumulados (sin saberlo, porque recién me empezaba a dar cuenta a los dieciocho años de edad).

Así que le dije:

—Claro que sí, no te molestes en llamar a los padres de Rosemary, ellos están en unas cortas vacaciones.

Entrecerró los ojos. —Claro.

Salió de la casa en plena tarde vestida de gala, hermosísima. Muy alegre. Quizás este era muy importante, era el primero después de más de siete meses, no pude evitar sentirme ansiosa con ella, aunque eso no era lo que quería.

Yo no tenía teléfono celular para llamar a Roger, y su camioneta no estaba allí. Así que caminé con un par de monedas en el bolsillo hasta una cabina

telefónica a unas cuantas cuadras de mi vecindad y lo llamé.

—Buenas fiestas, le habla Roger Bernard.

Un pequeño revoltijo en mi pecho, y mis manos frías otra vez.

—¿Hola? —preguntó él, porque yo no respondía.

—¿Roger? Sí, claro, lo dijiste hace un momento... eh, soy Lauren. Lo pensé, y bueno, si quiero pasar año nuevo contigo.



## Capítulo 6

### Lo que el hielo ocultó: provoca.

Pasar el año nuevo con Roger Bernard había sido algo impulsivo y quizás fuera de lugar, pero no me arrepentía. Claro, lo conocía solo hacía un mes y dos semanas, nuestras conductas pasadas habían sido precipitadas de igual forma.

Pero en esta cita en particular se había portado como un caballero. Primero, me había llevado a cenar a un restaurante y haló la silla para que me sentara. Nos trajeron agua y después pidió por mí.

Me llevó a una plaza al aire libre, donde esperaríamos el año nuevo. Estábamos apartados, yo recostada de la verja de la plaza y él a mi lado. Sonaba música navideña al fondo y todo el entorno me hacía sentir en las nubes. Muchas luces, muchas personas, mucha alegría en el aire. Un tipo de emoción extraña, nunca había vivido un final de año así.

Roger agarraba mi mano y me contaba sobre sus navidades pasadas, sobre qué hacía, al parecer, todas sus navidades se la había pasado soltero, porque no mencionaba a ninguna chica. Después de ese pensamiento uno más rápido y con más lógica tomó el lugar del anterior: evitaba mencionarlas para ser educado.

En esta cita, no parecíamos pareja, sino muy buenos amigos, a pesar de la cercanía. Hay quienes podrían pensar que él era mi padre, si no hubiera tantas diferencias entre nosotros: desde el color de la piel hasta el color del cabello. Pero yo tampoco me parecía a mi padre, además de algunas facciones.

Cuando había iniciado la cuenta regresiva su mano seguía en la mía, y no pude evitar contar con todos los demás.

Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco...

Él no contó.

Cuando empezaron a explotar los fuegos artificiales, Roger Bernard tomó mi quijada con su mano derecha y me besó fugazmente sin decirme nada. Yo le deseé un feliz año nuevo.

Así que, Roger Bernard sabía cómo volver a una chica como yo el doble de enamorada por él. Aunque yo no sentía amor en ese punto, sino pura atracción y curiosidad.

Los primeros días de enero los había pasado en casa, encerrada, porque había una nevada, no valía la pena salir a la calle y las clases no habían iniciado.

Cuando volví a clases ese día, Rosemary hablaba con una chica de pelo castaño muy claro y ojos azules que era más alta que nosotras dos. Nunca la había visto con esa chica. Admitiré que me sentí excluida, ella se había pasado todo el día con ella así que ese día no habló conmigo. Al otro día, se acercó a mí como si nada. Y yo la dejé, porque no tenía a nadie más. Además nuestra expedición al museo seguía en pie.

○

—¿Cuándo me contarás más de tu galán?

Esa pregunta tomó a mi mamá de sorpresa, lo sabía por la forma en que se volteó a mirarme antes de entrar a su habitación.

—Ya te dije, un compañero de trabajo. —Mantuvo la sonrisa y se alejó hacia su habitación.

Media hora después escuché que habían tocado la puerta; mi boca se quedó abierta porque por un segundo pensé que eran para mí.

—¿Para quién son? —pregunté al hombre de la floristería.

—Laura Soares.

—Wuah. —Puse la mano en mi pecho—. Gracias, soy yo. Adiós. —Después de quitarle el pequeño pero coqueto ramillete de rosas rosadas al hombre, le cerré la puerta en la cara sin esperar que diera la vuelta.

Tomé la carta que estaba entre las flores mientras caminaba a la sala. La tenía en una mano mientras con la otra mantenía el ramillete a salvo de no caer al piso, o al zafacón.

—Laura Soares, —Empecé a leer en voz alta—, nunca en la vida había finalizado el año de una forma tan agradable, —rodé los ojos, y me dejé caer en el sofá—, y tampoco había iniciado un año de una forma tan magnífica, —Mi mamá salió de su habitación y me vio con el ramillete entre mis dedos y la carta en mi otra mano, seguí leyendo—: Usted es una mujer maravillosa, estoy esperando con ansias volver a verle. —Mi mamá se acercó a mí rápidamente para arrebatarme las flores y la carta, me levanté del sofá y corrí hacia la

cocina—. Sus besos se han quedado grabados...

Me tumbo al piso, pero antes me había quitado la carta.

Me tomó segundos despertar de mi aturdimiento al ser empujada hacia el suelo, para después darme cuenta de que había caído encima del ramillete de flores que ahora era solo rosas maltratadas.

Me las arrebató también.

—No puedo creer lo impertinente que puedes llegar a ser Lauren.

—Perdón. —Me sentí mal, luego se me pasó—. ¿Este suena muy enamorado?

Mi mamá ojeaba las flores con mucho cuidado.

—Tal vez, Lauren, esto es de adultos, no te metas.

Me reí ante su evidente nerviosismo.

—Y parece que a ti te gusta...

Se alzó de hombros, dejó las flores encima del desayunador, y abrazó la carta a su pecho. Yo la volteé hacia mí y ella estaba sonriendo con todos los dientes. Se veía tan tierna, como una niña enamorada. Ella era joven todavía. Cuando mi papá la embarazó tan solo tenía veinte años; era una joven ingenua que solo buscaba lo mejor para sí misma.

En Brasil las cosas estaban mal, al menos, mi mamá me había dicho que era así. No conseguían para mantenerse, mi abuela había tenido siete hijos y las cosas estaban feas. Pero entonces, mi mamá me dijo que ella conoció a un alemán que visitaba el país. Dijo que fue amor a primera vista. O bueno, ella se enamoró de él. Y él le prometió muchas cosas, como sacarla de Brasil y darle una mejor vida en Alemania. Y se casaron. En unos meses había alejado a mi mamá de su familia hacia el otro lado del mundo.

Cuando mi mamá salió embarazada de mí dos años después él la abandonó, le dejó una casa y una camioneta en no muy buen estado. Ella la vendió y terminó sus estudios. Cuando solicitó trabajo la aceptaron porque estaba embarazada. Y entonces, cuando descubrieron que hablaba tres idiomas se sorprendieron, era un buen material, y desde entonces ha estado trabajando para la misma empresa.

Cuando yo tenía cinco años nos mudamos a Friburgo, la empresa estaba expandiendo sus horizontes y necesitaban personal confiable. Mi mamá solo me tenía a mí y podía mudarse sin problemas.

Nunca me hizo falta él, nunca supe porque no me quería. Pero tampoco es que deba importarme, mi mamá y yo habíamos hecho las cosas bien solas. Aunque algunas veces me preguntaba si mi papá habría visto mi video, si

reconocería mi nariz igual a la suya, o el color de mi cabello. Me preguntaba si me extrañaría, si desearía conocerme.

—Lauren, déjame ir ahora. —Seguía con la sonrisa en su cara.

—Lo que quieras, después no te quejes cuando yo tenga un novio igual.

—Jajá, —se rio—, gracioso, después de Derek no has conocido novio. Buena esa. —Desapareció por la puerta.

—Ya verás. —Hice una mueca con los labios.

○

Rosemary se había sentado conmigo en las clases de matemáticas y eso me había hecho un poco feliz esa mañana. Hacía frío, mucho, y encima de mi jacket común de la escuela llevaba un abrigo azul pardo. Era lunes, el segundo lunes del año 2007. Yo pensé que porque había empezado un nuevo año Roger Bernard dejaría de desaparecer los fines de semana, pero me había equivocado, todo seguía siendo igual.

Después de año nuevo, nos habíamos visto tres veces y solo nos saludábamos con la mano, de lejos.

La última vez me pidió que lo acompañara a almorzar el segundo lunes del año.

Rosemary tenía su cabeza recostada de mi hombro mientras se quejaba porque la señorita Anette, que nos daba clases, siempre llegaba muy tarde.

Unos minutos después, la profesora y la señora de cabello gris había llegado junto a la castaña con quién había visto a Rosemary hablar unos días antes.

—Señoritas, —La señora de cabello gris habló—, a su compañera Tania se le perdió unos pendientes de oro esta mañana, en el receso. No importa si son muy costosos...

—¡Lo son! —Lloriqueó.

—Está bien, —La reprendió con la mirada por interrumpirla—, yo sé que en este escuela están las señoritas más educadas y perfectas de toda Alemania, y que aquí no hay ladrones, porque nunca hemos tenido este tipo de inconvenientes. Sin embargo, la señorita Anette, revisará mochila por mochila para “ver” si no se extraviaron allí dentro, ¿bien?

—Bien —respondieron todas al tiempo, yo me quedé atrás.

Había un fino murmullo mientras la señorita iniciaba por las filas de la derecha, yo estaba en el otro extremo, y Rosemary estaba en la butaca de al lado.

Miré a la víctima del robo, y ella me miraba. No aparté la vista, su mirada

me transmitía algo. Entonces, tuve un presentimiento horrible y fui a abrir mi mochila, justo delante de mis cuadernos brillaban unas argollas.

—Dios, están aquí —dije con la voz temblorosa y lo saqué de mi mochila tirándolos hacia el piso. La señorita dejó de buscar en las mochilas y ahora todos me miraban.

—¿Puede explicar esto señorita Lambert?

—No, no puedo explicarlo.

—Es una ladrona. —La chica me acusó.

—No —la desafié—, yo no soy ladrona, pero tampoco tengo pruebas para demostrarlo.

—A la oficina, con su mochila.

No respondí. Sabía que no podía responderle a ella de una forma irrespetuosa. Simplemente caminé despacio hacia la salida del aula, a esperarla afuera.

Sorpresivamente la chica salió unos segundos después y me empujó a la pared. Me quejé por el dolor en mi espalda al chocar con la pared de concreto.

—¿Por qué fue eso? —murmuré confusa—. Sabes que yo no robé esas argollas, ¡tú las pusiste ahí!

—¡Sí!, para que no te vuelvas a juntar con Warren. ¿Está bien?

—¿Warren?

—¡Vi las fotos de navidad! Oye zorra, todo el mundo sabe que eres una que se vende, pero no te metas conmigo. —Hundió su dedo en mi pecho.

Yo la empujé, y entonces le di un bofetón, cuando levantó la cara, tenía la marca de mis cinco dedos en su pálida piel.

—Imbécil.

—¡Haré que te expulsen Lambert! —respondió agarrándose el rostro por donde la había golpeado.

—Señoritas Bascal, Lambert, basta, ¡las dos a detención!

Nos miramos a muerte. Y entonces, fuimos enviadas a un curso vacío, a pasar ahí hasta las cuatro de la tarde solas. Lo cómico era, que después de ese encuentro la castaña y yo seríamos amigas.

○

Cuando salía de la escuela un flash pasó por mi mente:

Roger.

«No-no-no-no-no-no-no-no.» me repetí mientras corría a la estación del metro, corría las cuerdas hacia el hospital y subía por el ascensor hacia el

piso de su consultorio. No recordaba el hecho de que mi escuela salía a la una y media de la tarde regularmente, y además, una hora y media más por la detención.

La misma recepcionista de la otra vez estaba ahí, y le saludé antes de siquiera llegar a una distancia cercana a ella.

—Hola.

—Buenas tardes. —Miró mi uniformé otra vez—. ¿Puedo ayudarte?

—¿Puede ver si el doctor Bernard puede recibirme?

—Un momento, ¿apellido?

—Lambert.

Marcó una extensión y entonces después de unos segundos murmuró algo en el teléfono.

Colgó.

—Solo unos segundos, está atendiendo a alguien.

La miré para comprobar que no mentía, después suspiré y me senté en uno de los sofás de la sala de espera.

○

—Hola. —Entré tímidamente a su consultorio.

—Lauren, ya almorcé. —Se levantó de su asiento.

—Tuve un problema. Lo siento. —Me alcé de hombros, y dejé la mochila en el asiento frente a su escritorio.

Asintió mientras daba la vuelta hacia donde mí.

—Hablemos entonces, en lo que llega el tiempo de irme.

—Bien. —Lo miré, sin respirar, no sé por qué.

—Te gusta bailar. —En ese punto no estaba segura si era una pregunta o una afirmación, así que simplemente afirmé.

—Sí.

—Mhm... —Colocó sus manos en mi cintura y me empujó suavemente hacia atrás, hasta que mi trasero chocara con su escritorio y me apoyara en el mismo —. Lo haces bien. —Mis orejas ardieron al recordar la forma en que bailamos esa noche.

Yo quería con él, pero su comportamiento ese día no me dejó con la guardia baja. Simplemente porque no era la forma en que quería nuestra relación. Yo quería algo serio, con citas y cosas bobas como escaparnos a un hotel.

Sin embargo no lo detuve cuando sus manos se posaron en mis hombros ni cuando me quitó el jacket negro de la escuela. Sus dos manos recorrieron

desde mis hombros hasta el inicio de mi falda, y después volvió a subir como para comprobar si era cierto que solo llevaba la camisa puesta, supongo.

—Besas bien —murmuré, mientras sus manos estaban en mis piernas, porque me sentía en deuda con él por no haberle dicho que cuando me besaba me dejaba como gelatina.

—El placer es mío.

—Igual. —Rápidamente respondí, casi por encima de su respuesta—. Deberíamos volverlo hacer.

—¿Qué cosa? —preguntó con una sonrisa. Sus manos agarrando mis rodillas que temblaban, y como no respondí siguió subiendo sus manos por debajo de mi falda, cuando casi llegaba al tope de mis muslos, la puerta sonó. Yo solté la respiración ruidosamente.

—Vaya —susurró, pero sus manos no se apartaron de mi cuerpo, sino que se posaron otra vez en mis debilitadas rodillas.

—¿Qué es lo que haces? —pregunté con valor.

La puerta sonó de nuevo.

Su mano se deslizó en mi cintura y me acercó a su cuerpo, a punto de tocar sus labios con los míos.

—¿Qué estoy haciendo? —Me preguntó, su respiración fría.

Yo me reí nerviosa. Aun no sé por qué, si lo único que quería era borrar el diminuto espacio que nos separaba y besarnos.

La puerta sonó por tercera vez. Él se alejó, y yo me bajé del escritorio y me senté de espaldas a la puerta en uno de los asientos.

—Le están esperando los doctores para el seminario, —la recepcionista avisó—, llegará un poco tarde.

Roger saltó de la puerta hasta detrás de su escritorio, sacó su maletín negro con ruedas, y se puso la bata blanca, se peinó el cabello mientras buscaba un papel en su escritorio.

—Cierto, cierto, ¡se me hará tarde! —Encontró los papeles, era un folleto color azul. Arrastró su maletín y se bajó hacia donde mi para plantarme un beso en los labios. Tan rápido que ni siquiera lo sentí.

Me quedé sentada allí unos segundos esperando que la recepcionista se marchara, ya que Roger ya lo había hecho, pero no lo hizo. Así que, arreglé mi camisa por dentro y me levanté, tomando mi mochila.

Le pasé por al lado, con rodillas temblorosas, y sentí vergüenza delante de ella.

Fue la primera vez que Roger me tocó de una forma sexual, en su

consultorio, y sí, era totalmente bajo mi consentimiento y estaba sintiéndome feliz por eso, porque quería ser tocada por un hombre que además me gustaba, pero ahora, ¿Qué cosa podía hacerme cambiar de opinión de forma tan drástica como para que desearía que nunca me hubiese puesto un dedo encima?

○

—Tania es una amiga.

—Claro, entiendo —le dije a Rosemary mientras subíamos las escaleras hacia su departamento—, seguro no le agrado.

—No, es que ella piensa que le quieres robar a Warren y se siente amenazada, porque también ha visto el video.

—Ah, claro, el video —asentí como si entendiera todo, el video era la razón para acusarme de robo y empujarme hacia una pared de concreto. Claramente.

Ella abrió la puerta, y cuando lo hice me encontré con Tania, y todos los chicos. Quise devolverme pero Vid se levantó para darme la bienvenida.

—¿Te dijo ya mi hermana?

—No... —respondí sospechosa—. ¿Qué debo saber?

—Vendimos las boletas del museo para ir al castillo del rey loco.

—Bien.

—Es menos dinero y podemos ir todos. —Warren me dijo, y yo miré a Tania, quien me miró, pero no me dijo nada.

—El viaje en tren son solo veintiocho euros por cabeza, y la entrada al castillo son veinticuatro. Empacamos algunos bocadillos y listo.

—Suena genial Rosemary. —No lo podía negar, yo estaba entusiasmada. Aunque no lo aparentara.

De todas formas, el cambio de planes dio inicio a la tragedia.



## Capítulo 7

### Lo que el hielo ocultó: descubre.

Roger Bernard estaba sentado frente a mí, mientras yo sentía que el aire frío congelaba mis mejillas. El río parecía arrullar al fondo, aunque más adelante me daría cuenta de que solo había sido un espejismo eso de escuchar ese sonido debajo del puente. Bebíamos cerveza marrón en silencio. Él muy pensativo, con esa calma que siempre emanaba de él.

Honestamente, él parecía un ángel. Tenía ese aire de simpleza y tranquilidad de galán que te llamaba. Sus ojos claros me derretían y lo que más quería era otro beso de él, o que me tocara.

Sin embargo, no voy a mentir, estaba actuando un poco más tímida después de lo que había pasado en su consultorio. Pensé que el malinterpretó eso pensando de que yo no estaba lista para la relación, pero lo estaba, lo único que no estaba tan lista para irnos de repente a la parte sexual.

Yo tranquilamente podía conformarme con su compañía y con que me dejara observarlo a él mirar el lugar, la forma en que veía su perfil si miraba a otra parte, su manera de beber del vaso de la cerveza, y la forma en que su barba muy corta lo hacía lucir misterioso.

Me serví un poco más de cerveza, y me limpié la garganta.

—¿Tienes hijos?

Bajó la cerveza.

—No.

—¿Pero sí has estado casado?

Levantó la vista.

—Sí, una sola vez.

Asentí, más curiosa.

—¿Y qué le pasó, se divorciaron?

—Lamentablemente.

Nos quedamos en silencio. Repasé su respuesta miles de veces: *¿Lamentablemente?*, *¿Cómo me decía eso así sin más?*, *¿Cuánto tiempo hacía de eso?* Me hice esas preguntas. Me mordí el labio y después bebí más

cerveza.

—Te vas a emborrachar tanto que tendré que llevarte a casa en los brazos. Sonreí mostrando los dientes.

—Eso me gustaría, Roger Bernard.

—Lo que me recuerda, hay algo que me debes.

—¿Sí? —pregunté alzando las cejas—, ¿Qué será?

—Bailar para mí.

Yo me reí, pero él no, supuse que era en serio. Y me dejé de reír.

Caminamos fuera de la cafetería con las manos agarradas. Las personas, algunas, nos miraban curiosos pero tratando de disimular que no nos miraban, yo deseaba que él no lo notara.

Nos detuvimos en un pequeño puente que se encontraba encima de un pequeño arroyo, a una calle y media estaba su camioneta negra. Nos recostamos de la barandilla, y mientras él miraba al cielo gris yo miraba al arroyo.

—Parece como si no se moviera.

Roger quitó una pinza que mantenía mi pollina lejos de mi cara, lo que hizo que cubriera casi mis ojos por completo, y la lanzó al arroyo pero no se hundió, sino que quedó en la superficie.

—¡Congelado! —Me reí, feliz; ya había lugares con agua congelada, quizás desde diciembre. Tenía la idea de seguir el arroyo hasta el final, pero era muy estrecho como para patinar en él.

Me devolvió la sonrisa, aunque quizás no entendía del todo mi felicidad, más adelante lo sabría con más detalle y, él, o el destino, se aseguraría de cambiar eso de dulce a agrio.

Esa noche, la tercera semana de enero, cuando volvía a casa, tuve que utilizar la llave que se escondía en uno de los tarros de las plantas secas de afuera porque nadie me abrió después de estar más de diez minutos tocando. Y sabía que mamá estaba allí porque su auto lo estaba.

Las luces de la cocina estaban encendidas pero las de la sala no. Las encendí y miré al sofá. Allí estaba mi mamá sentada junto a un hombre blanco de cabello negro. Él llevaba un traje gris a combinación de sus ojos y una corbata morada, le llevaba un par de años a mi mamá, se notaba.

Me limpié la garganta, estaba seca. Me sentí un poco incómoda.

Ambos se levantaron al notarme, cuando lo hicieron la diferencia de altura llamó mi atención, era de la misma altura que Roger Bernard, rondando el metro noventa y algo más, con una estructura delgada pero firme, en buena

forma a pesar de los años representados en las canas escondidas en su cabello.

Yo iba a hablar, pero las palabras no salían. Negué un poco confundida, abriendo los ojos, y me devolví a la habitación.

—Lauren.

—Madre. —le saludé de espaldas y a continuación cerré la puerta de mi habitación. Tenía un radio muy viejo que funcionaba con pilas y un video casete de música clásica el cual puse al más alto volumen posible hasta que dieron la una de la madrugada. No sé a qué hora se marchó el novio de mi mamá.

○

El día en que íbamos al Castillo Del Rey Loco no estaba tan entusiasmada como cuando me habían dado la noticia, la razón no era por nada malo en específico, más bien por lo que ellos trataban de hacer.

Rosemary estaba con su novio Vladi, y Warren estaba con Tania, Albert estaba con una chica que no recordaba su nombre o siquiera haberlo sabido en un principio, y entonces Vid, estaba detrás de mí. Quiero decir, cuando nos subimos en el tren, Rosemary estaba en el asiento que daba el frente de nosotros dos, y Warren y Albert estaban en los asientos de adelante.

Me sentía incomoda porque, yo podía haber salido en una cita con Vid, pero no sin saberlo desde un principio.

Él estaba sentado junto a la ventana, mirando perdidamente por ella y lucía un poco nervioso. Rosemary estaba mirando la rodilla de su novio mientras este le contaba algo en el oído. Lucía concentrada. El tren empezó su camino y me quedé quieta

Miré hacia el techo del tren el primer minuto, y después tiré mi regazo encima de las piernas de Vid y me fijé en el paisaje cubierto de nieve. Podía sentir el pecho de Vid contraerse y expandirse de una forma nerviosa.

Vid era lindo, igual a su hermana, no entendía como seguía soltero y no creía que yo le gustara más allá de solo querer tener sexo conmigo por el video. Cualquiera sea la razón, él no era para mí, porque yo estaba muy convencida de que el indicado era Roger.

«Lago Cisne» se leía en un pequeño letrero. El tren siguió su recorrido y subió por una pendiente, entonces, entre los arboles llenos de nieve podía ver un hueco en el centro.

—Lago Cisne —repetí.

Vid tocó mi espalda, me arreglé y lo miré.

—¿Lago Cisne, dijiste?

—Sí. Acabamos de pasar cerca ¿Es privado ahí?

—No, no es de nadie. Solía ser lindo, según mis padres.

Asentí. Vid pasó su mano por mi hombro y Rosemary le levantó el pulgar, ella pensó que yo no vi, pero si la había visto. Estaba tan enojada con ella por engañarme así.

Sin embargo, cuando el tren nos dejó que nos subimos a un bus que nos dejó frente al sitio donde se compraban las entradas, yo parecía haber olvidado mi molestia, porque andábamos en grupo. El autobús para subir al castillo no se podía usar, así que subimos a pie. La mitad de la excursión todo el mundo desapareció, lo bueno era que Vid sabía que yo estaba molesta, y estaba tratando de ser educado, lo que me pareció dulce de su parte.

○

—Es compañero de trabajo... —Empezaba a decir.

—Y de cama...

Mi mamá se sorprendió ante mi comentario.

—No te pases de lista, Lauren.

—Lo siento. —Alcé las manos—. Ni siquiera me presentaste a mi nuevo papi, ¿eh?

—No nos vamos a casar, no seas tan pesada Lauren, nos estamos conociendo.

—Lo que sea. —Caminé a la puerta de salida. Estaba con mi uniforme de la escuela, incluyendo el jacket. Salí y tomé el bus hacia la escuela.

En la entrada Vid estaba dejando a Rosemary. Yo no me detuve a saludarlos. En la hora de receso Rosemary se sentó a mi lado en el banco de piedra, y me ofreció una galleta que olía a canela.

—No, gracias.

—¿Por qué, está enojada?

—Que descarado tienes al preguntar. Me engañaste Rosemary, me invitaste a un museo, luego a un castillo en el medio de la nada, por las montañas, después, te vas con tu novio y me dejas sola con tu hermano como si fuera una cita en la que yo no tuve elección más que continuar, ¡porque no me quedaba de otra y estaba en medio de la nada con un grupo de desconocidos!

—¿No confía en mi hermano?

—¡No es eso! Es que no me gustan las cosas de sorpresa, si me lo hubiesen dicho desde un principio yo tal vez hubiera aceptado, pero nadie me dijo que iríamos a una cuádruple cita, ¿captas?

Asintió repetida veces.

—Entonces estuvo mal, ¿fue muy patán mi hermano? De verdad le digo que él es un oso panda apapachable, es buena persona.

—No digo lo contrario Rosemary, pero no me gustan las sorpresas.

Se mordió el labio.

—Ah, entonces no sé qué pensará pero yo quería que nos acompañara al festival de febrero, que compramos unas entradas, y...

Llevé mis ojos hacia detrás de mis parpados y me levanté, dejándola sola en el banco.

Lo de que no me gustaban las sorpresas era sintomático, depende de cómo me sentía, honestamente, cuando abrí la puerta con una mochila al hombro, mis patines dentro y súper abrigada, que vi a Tania al frente de mí, me sentí un poco rara. Ella estaba allí, mirando a sus pies y con las manos agarradas.

No creí haber escuchado la puerta ser tocada y podría adivinar que llevaba tiempo allí, pero, como sea, ¿Por qué la chica que me acusaba de ladrona y roba novios estaba parada en frente de mi casa?

Retrocedí.

—¿Tú?

—Lauren, ¿Cómo estás? —Su tono de voz era amable.

—Ve al grano. —Abrí los ojos y alcé mis cejas. Mi voz un poco alarmada.

—Pregunté a Vid donde vivías porque quería pedir disculpas.

Asentí, aunque no entendía.

—Rosemary se la vive pasando hablando de ti y el vídeo, y Warren hizo unos comentarios que no me gustaron. Yo pensé que te le habías lanzado, Rosemary me dijo que te trajeron a tu casa y que subiste tus piernas en su regazo mientras en el otro extremo Vid masajeaba tus pies.

Claro, sonaba mal si lo decía así.

—Perdonada, puedes irte. —Cerré la puerta de mi casa y caminé hasta la vereda cubierta de nieve, ella me siguió detrás.

—Parece pesada tu mochila.

Volteé a mirarla.

—Quizá, ¿vas a coger un bus?

—No, mira Lauren, vine a hacer las paces, no a que salgas de mi tan

rápido. Me voy a pasar el día contigo para darme cuenta si me perdonaste.

La miré mientras ella hablaba.

—Está bien Tania, yo voy a coger el bus hacia la última estación del tren. Después me voy a meter en un bosque pinoso que vi, si quieres puedes venir, no quería venir sola.

Asentía mientras me escuchaba. Tenía porte de modelo, quiero decir, era alta, pero no tan alta como para ser una realmente. Su cabello marrón me hizo acordar de que quería teñirme el cabello de rubio.

Caminamos hasta el bus, y nos quedamos en la última parada. Ella me contó que vivía cerca, que era una coincidencia graciosa y yo pensé que era una espeluznante.

Lo gracioso era que mientras seguíamos las vías del tren, que iba por encima y nosotras por debajo en la carretera, sentí que lo que ella me hablaba era interesante, y le estaba prestando atención. Era muy diferente a Rosemary, sin embargo no sabía si era de mucho fiar.

A unos cuantos metros, después de caminar quince minutos, pude ver el letrero de “Lago cisne”. No estaba enganchando, sino tirado en el suelo y oxidado, casi cubierto por la nieve. Había sido un milagro que lo viera desde arriba en primer lugar. Corrí para acortar el camino más rápido y quité la nieve del letrero.

«Prohibido el chapuzón, reserva natural»

—¿Este es el lago que te interesa ver?

Asentí pensando en el hecho de que *nadie* querría nunca darse un chapuzón en un lago que pasaba la mitad del año congelado.

—Pero no sé dónde exactamente está, solo veo arboles de este lado. —Yo dije. Al otro lado, teníamos la carretera con nieve en el borde, y de vez en cuando pasaba un auto a velocidad prudente, sin preguntarse qué hacían dos jóvenes allí en casi el medio de la nada.

—Ven por aquí —me avisó, y se adentró por un caminito que carecía de vegetación y nieve.

Unos minutos después salimos de allí para encontrarnos con como el bosque se abría como una boca para dejar ver ese lago en su esplendor. Era inmenso, el doble de la pista de patinaje, o hasta donde yo podía medirlo. El hielo estaba totalmente seco y lo suficientemente duro. Lo golpeé con mis manos para estar aún más segura.

—Está totalmente congelado.

—¿Cómo sabemos si es el lago? —pregunté yo.

—Bueno, Lauren, mira que se nota por el lugar, todos los arboles parecen estar mirando hacia el centro, el lago.

Había motitas de nieve encima, pero no lo suficiente para hacerme tropezar y caer. Saqué los patines de mi mochila y Tania observó cómo me los ponía.

Empecé a patinar, un poco precavida, probando el lugar y su seguridad. Me alejé un poco de la orilla, hacia el centro, patiné todo el lugar que se me permitía. Y me sentí como en el aire. La sensación que me daba patinar era inexplicable, porque además de libertad me daba satisfacción, era todo lo que sabía desde pequeña, me había criado con ese sentimiento, y en la academia de patinaje artístico me habían inculcado a amar al hielo, amar la pista de hielo o cualquier superficie en la que pueda moverme con libertad en unos patines.

Tania me aplaudió al yo saltar exitosamente y recordé su presencia.

—Hermoso, Lauren.

Di otra vuelta y luego fui hacia donde ella, me senté a su lado y nos miramos a los ojos por unos segundos, luego ella sonrió.

—Perfecto.

—Sí. —Aparté la vista ahora viendo el lago—. Esto es lo mejor que pude haber encontrado.

Tania se recogió el cabello. —¿Cómo descubriste este lugar?

—El domingo cuando íbamos por el tren pude ver la señal del lago, estaba loca por encontrar un lugar así, he planeado el viaje para acá desde entonces.

—¿Por qué no pediste a nadie que te acompañara?

—Me gusta patinar sola, —La miré—, pero también me gusta la compañía, más aquí, que luce inhóspito y si da un poco de miedo, ¿no crees?

—Un poco. —Miró a su alrededor—. Pero en este sitio no hay vida, ni siquiera animales, creo. —Sacudió la cabeza, como si hubiese tenido un escalofrío en la médula, no le dije, pero yo tuve uno parecido que hizo que mis dientes rechinaran. Había sido un viento frío que venía soplando desde el este.

—Es hora de irnos. No querrás estar metida aquí en la oscuridad. —Me quité los patines vertiginosamente, y los metí en la mochila.

Caminamos otra vez a la orilla de la carretera, volteé hacia atrás, mucho más allá atrás un auto gris estaba averiado. Se lo hice notar a Tania.

—Sí, bueno, somos mujeres Lauren, no podemos ayudarlo a cambiar las gomas.

—No, no te dije que le ayudaríamos, ni siquiera puedo divisar quién es.

Me pidió que la acompañara a casa y conocí a su familia de la que me

había hablado. Tenía una hermana de seis años igual a ella, que no era muy decente, por lo que me cayó un poco mal. Me acompañó después a la parada del autobús y me dijo:

—Me alegra haber ido hoy, para que no hubieses ido sola. Cualquier cosa me llamas, para acompañarte, disfruto verte patinar.

—Gracias. —Tomé el papel de su mano y no le comuniqué que no tenía teléfono celular todavía—. Me alegra hacer las paces contigo.

—Mientras no te acerques a Warren. —Se puso seria, y después se rio—. Es broma.

Yo no compartía su sentido del humor.

○

—Tania me dijo que usted y ella salieron antes de ayer, ¿es cierto?

Yo seguía sin hablar con Rosemary, así que cuando me sorprendió en las escaleras del edificio uno mientras bajaba para irme a mi casa, me asusté por unos segundos. Luego me calmé. Había sucedido algo, después de ir al lago tuve un mal sueño, lo peor del mal sueño era que no recordaba que había pasado con exactitud, pero sí que me helaba la sangre y me daba náuseas.

—Sí, fue como una tregua.

Siguió caminando a mi lado hasta que salimos por el portón de la escuela. Afuera, a unos cuantos metros del otro lado de la calle, estaba la camioneta de Roger Bernard, y segundos después sonó la bocina de la misma, y yo salté, no sé si por emoción o porque no me lo esperaba.

—¿Quién será? —preguntó Rosemary con el ceño fruncido.

Yo no le respondí.

—Quería invitarle a mi casa Lauren, ¿mañana?

—Veré.

Y entonces crucé la calle y me paré delante de la puerta del conductor, él bajo la ventanilla.

—Hola.

—Roger. —Saludé—. Hola, ¿Qué haces aquí?

—Vine a llevarte a casa.

Asentí. En nuestra última cita no habíamos quedado en nada.

—Sí quieres, claro está —continuó. Yo miraba a Rosemary mirar hacia donde nosotros con una gran signo de pregunta en su cara—, pero tienes que decidir de prisa.



Di la vuelta y me subí sin mirar hacia donde Rosemary. Condujo a casa, y al detener el auto, se volteó a verme.

—¿Todo va bien?

—Sí. —Asentí sonriendo—. Ando feliz porque ya encontré donde patinar.

Él se pasaba el dedo por su labio inferior, y después sin previo aviso se inclinó sobre mí, y acarició mi cuello con su mano mientras sus labios estaban cerca de los míos. Entonces yo lo besé, y él me devolvió el beso instantáneamente. Con calma, cálidamente. Las otras veces, que habían sido tres, yo no le había besado, la primera, porque en el bar estaba muy confundida, y las otras dos veces porque habían sido solo un toque en los labios.

Cuando se alejó yo lamí mis labios con los ojos cerrados.

—Hm. ¿Nos volveremos a ver?

Abrí los ojos y vi como salía de su camioneta. Yo levanté la espalda de mi asiento, y después salí. Honestamente, yo metía la pata, no podía besarlo y después actuar como si se me había olvidado mi nombre y de cómo actuar normal, de alguna forma, debía romper ese nerviosismo que me ocurría con él.

Estaba caminando a la entrada de su casa, y yo cerré su camioneta. Me reuní con él en la puerta principal.

Me recogí el cabello hacia atrás.

—Que te jodan Roger Bernard, tú me confundes.

Me acomodé la mochila al hombro.

—¿Mañana estás libre? —Me preguntó ignorando mi humor.

—No, pero puedo el viernes, o sábado.

Lo vi negar para sí mismo.

—El viernes.

Abrió la puerta y se quitó el abrigo, después la camisa blanca que decía su apellido con *cirujano* delante. No vi más porque me fui, dejándolo con la puerta abierta y la invitación a pasar en el aire.

## Capítulo 8

### Lo que el hielo ocultó: persuade.

Eran las seis de la tarde y no había rastro de él. Estaba desesperada, de alguna forma decepcionada, fui a mi habitación para desmaquillarme. Con el algodón en las manos me paré frente al espejo. Casi me dieron ganas de llorar, ¿pero por qué llorar por él, si éramos todavía desconocidos?

Me miré a los ojos. Estaba bien. Simplemente debía olvidarme de él.

En ese mismo instante, o segundos después de proponerme olvidarme de cualquier chance para empezar una relación con él, el timbre de la puerta sonó.

Eran las 6:30pm. Una hora y media después de lo pactado. Sentí ganas de cerrarle la puerta en la cara, pero su cara de esa forma, y la barra de chocolate en la mano, me hicieron esperar por su excusa.

—Tuve inconvenientes.

Me besó la mejilla mientras depositaba el chocolate en mi mano. Después me miraba.

—Entiendo. —Miré el chocolate de envoltura dorada en mi mano. Me dijo que se había detenido en un quiosco solo para comprármelo como regalo de disculpas.

Le creí.

Paseamos por la ciudad de Múnich. Las luces poniendo un sentimiento melancólico en mí y el hecho de que estaba en una cita de noche con él, con Roger Bernard. Las cosas me habían salido tan genial, pensaba, él me gustaba, me estaba haciendo caso, yo realmente me sentía bien. Nada me estaba preocupando excepto el hecho de que él seguía saliendo los fines de semana, pero ni siquiera le prestaba tanta atención a ese hecho.

El mes de febrero fue el mes en donde perdí toda la modestia con Roger, fue el mes en donde él me llevó a hacer cosas que yo nunca me imaginé haría, pequeñas dosis, de apoco, y después las altas.

Nosotros estábamos oficialmente saliendo, no éramos novios, sino saliendo, casi novios, yo era *su querida*.

Después de comer un sándwich parquedados en frente al lugar donde lo habíamos comprado. El me preguntó:

—¿Te sientes lista?

Yo dije que sí, y no sabía exactamente qué era, aunque me hacia la idea. El metió su camioneta en el subterráneo de un edificio color bronce, que en realidad se veía así por las luces, y tomamos el ascensor hasta un pent-house. Y yo, que nunca había visto tanto lujo en mi vida estaba maravillada solo con la habitación principal del departamento gigante. Me llenó los ojos solo con eso, que tenía un departamento de lujo, que quizás ahí pasaba los fines de semana.

Besó mis hombros, y después me pidió que bailara. Yo estaba muerta de nervios, pero ansiosa de hacerlo. No porque él quería, sino porque *yo* quería hacerlo.

Yo quería. Debía convencerme de eso, el hecho de que después me haya arrepentido es otra cosa, pero esa primera vez, cuando bailé en frente de él, me había sentido tan volátil, porque el solo hecho de que él me mirara así mientras lo hacía había sido todo lo que necesitaba.

Cuando acabé, dejé escapar una sonrisa nerviosa. Él se levantó, y puso su mano en mi cintura, muy cerca de mí.

—Perfecto.

«Perfecto, bien, excelente, bien hecho, puedes mejorar», yo estaba acostumbrada a esas expresiones cada vez que hacia un movimiento bien en la academia de patinaje, así que la misma sensación de satisfacción que sentía cuando hacía algo bien en el entrenamiento o en la pista, la sentí en ese momento, pero el doble de intenso, y con otra sensación más ligada al deseo que sentía por él.

Todo eso fue interrumpido por el sonar de mi nuevo celular.

Era una basura, solo servía para recibir y hacer llamadas, su sonido era estruendoso y molesto. Sonaba en el abrigo que había dejado encima de la cama.

Roger me miró los labios y después me dijo:

—Anda, tómalo.

Entonces, con un poco de vergüenza, o furia, tomé el celular y me calmé, como cuando te echan un balde de agua fría. Mi mamá estaba preocupada, eran las diez de la noche y no estaba en casa. Le pedí a Roger que me llevara, y así lo hizo.

El domingo fui a patinar con Tania, ella estaba sentada en una roca

incrustada al suelo cubierta de nieve, y yo estaba en el centro, dando giros y volteretas, de a momento bailaba mientras me deslizaba por el hielo.

Me dirigí a la orilla, Tania le acababa de dar un mordisco a una barra de granola, después de masticar, me miró.

—¿Me explicas lo de tu video?

Yo rodé los ojos mientras me paraba en la orilla.

—Todo el mundo siempre está hablando de eso, me tienen cansada, ¿sabes?

—Lo siento. —Tomó otro mordisco—. Ayer lo vi, te veías más niña.

—¿En serio? —pregunté—, fue hace meses, que digo, como en solo un par de meses cumplirá un año, tenía diecisiete, creo, no recuerdo ahora.

Asintió, quitando la envoltura por completo.

—¿Quién era la otra chica?

—Mi amiga más cercana, se llama Kristal. —Me reí—. Ella no quería bailar...

—Ah, se nota —me interrumpió rodando los ojos y después mirando lo poco que quedaba de su barra de granola, después me miró a mí—. Quiero decir, tú lucías profesional, ella la pobre intentaba demasiado, como a esas nerds que siempre viven atrapadas y se les concede libertad por primera vez en la vida.

Yo ante eso me reí, alto, me dio un genuino ataque de risa, en parte era cierto, Kristal y yo éramos una de las mejores en la academia, pero ella no sabía menearse apropiadamente.

—Te queda lindo el rubio —me dijo de repente.

Miré las puntas de mi cabello. —Gracias.

Me había teñido el pelo el sábado, un día después de ver a Roger Bernard, la verdad era que estaba muy reciente y el color estaba vivo y lindo todavía.

—Bueno entonces hicimos el video y lo vimos varias veces, —Me alejé de la orilla y empecé a deslizarme suavemente por el hielo otra vez, sintiendo cada deslizamiento como un ave que aletea sus alas después de mucho tiempo de estar en el nido—, concluimos que era muy divertido, nos gustaba.

Tania abrió los ojos, pero no en una forma de sorpresa, sino para darme a entender que me escuchaba.

—Lo vimos una y otra vez, y yo estaba muy orgullosa, digo, llevaba desde los trece haciendo videos de mí bailando pero nunca uno había salido tan... bien.

Movía las manos mientras patinaba y miraba a los arboles cubiertos de nieve. Mi rostro expresaba confusión, cambié la mueca y la dirección.

—¿Hay más videos como esos? —Tania parecía sorprendida mientras se levantaba para quitarse la nieve del trasero.

—Los había. Mi mamá tomó las videocasetes y los destruyó, —Me alcé de hombros—, dijo que no quería correr riesgos.

Tania abrió los brazos con las palmas extendidas, y al mismo tiempo alzó sus hombros mientras con una expresión de obviedad y confusión me preguntó:

—¿Para qué subiste ese video?

Yo me detuve en la orilla de nuevo.

—No lo hice yo, se lo envié a mi amigo, y él pensó que era muy bueno, y lo subió a una red social, en donde se volvió viral hasta que la red eliminó la publicación por violar la guía de contenido. Pero era muy tarde, alguien lo había subido a una cuenta de porno amateur, lo describieron como un video para masturbarse y esas cosas.

Un silencio entre las dos.

—¿Escuchaste eso? —me preguntó ella. Yo no había escuchado nada, así que negué con la cabeza—, creí haber escuchado algo, olvídale.

—Si... eh, bueno, fue algo exagerado, ¿no crees?

—Tal vez... —Ella estaba inquieta, miró el reloj de su mano—, seis de la tarde, es hora de irnos.

Yo me tiré en la nieve, a quitarme los patines.

—Crearon una página exclusivamente para mí, los muchachos de la escuela. Allí ellos decían que las verrugas de mis costillas eran por una ETS, ¿viste que estaban visibles en el video?

—¿Es... en serio? —Se estaba abrazando a sí misma—, wow, que gente.

—Sí, las cosas donde vivía se llegaron a poner muy feas, todo por una estupidez, el video no es erótico, que un montón de gente sin vida esté muy necesitada no es nuestro problema.

—Bueno... —Se movió un poco—. Tal vez sí es un poco subido de tono, Lauren...

Yo me levanté con mis botas y mis patines en mi mochila, así emprendimos el viaje de regreso. Alcé mi vista al cielo, el cual estaba lleno de nubes y se veía infinito, más allá, en lo profundo, ¿Qué había?

—¿En serio lo crees?

Tania no me respondió al instante, tenía las manos en su chaqueta, y después de recoger su cabello a un lado asintió.

—Quiero decir Lauren, cualquier persona dentro de sus cabales sabe que el video es medio erótico, no sé por qué no lo has aceptado.

○

—Está bien Lauren, usted me tiene que decir ya, pero ya, en serio, me tiene que decir ahora mismo quien es ese hombre que vino por usted el miércoles, ¿me dirá? —Rosemary llevaba una de sus trenzas de lado, estaba tejido en tres y tenía mechones marrones y rubios ligados—. Oh Dios mío, tu cabello, es hermoso.

—Gracias —Me pasé la mano por él—, te dije que sería rubia como tú.

—Parece una de esas estadounidenses que viven en California con un súper bronceado pasado del horno que a cada rato veo en el internet.

Me reí, otra vez lo mismo.

—También me dejó plantada esperando por usted el miércoles.

—Lo siento Rosemary, tuve otros planes.

—Quiero que me lleve con ustedes la próxima vez que salga con Tania. — Alzó el mentón luciendo indignada.

Asentí porque no podía responder, el maestro acaba de entrar al aula.

○

—Dios, no puedo... —murmuré.

—Oh vamos, quiero que vayas elegante.

Ser la *querida* de un cirujano como Roger traía sus ventajas. Era soltero y no tenía hijos. Sus gastos eran mínimos y su cuenta bancaria de clase media decía que podía darse lujos de vez en cuando; como comprarle a su querida un par de joyas de verdad, y no de fantasía, para que le acompañara a un aniversario del hospital en que trabajaba.

Me había invitado para ir como su pareja, yo. Y me sentía en las nubes.

—¿Nos puede ayudar aquí señorita? —preguntó él.

La joyera procedió a sacar los cofres con las joyas y me las mostró. Yo no sabía que elegir porque valían miles de euros, eso principalmente me frenaba de hacer cualquier decisión.

—¿Tiene idea de con qué se lo va a poner?

—Sí, mire, me pondré un vestido color crema sin mangas —le expliqué.

Ella me miraba a los ojos, pero cuando yo miraba hacia las joyas sé que nos miraba como pareja, sé que hacía perjuicios en su mente sobre que llamábamos la atención porque yo era joven y se notaba. Que mi cara aún

estaba libre de arrugas o de signos de edad, y que a Roger se le formaban pequeñas arrugas en los ojos. Me veía como si lo estuviera estafando a él, como si la mala de la historia era yo.

—Esto es perfecto —me enseñó un collar delicado, al conjunto de unas piedras de zafiro para las orejas.

○

Roger volvió a desaparecer esa noche, porque era sábado, y ni siquiera me dijo hacia donde iba. Como estaba sola bajé a la casa de Rosemary, pero me encontré con la sorpresa de que no estaba allí y no había nadie en el lugar.

Al volver a llegar a mi casa, cuando tocaba la puerta, una gran armada blanca se detuvo frente al jardín. Creí haberla visto antes. Justo cuando el desconocido nuevo novio de mi mamá se bajó de ella supe que él día que la había visto había sido el viernes de la última semana de enero.

Caminó hasta la puerta, y viéndome ahí, sonrió.

—Hola.

—La señora no ha querido abrir, así que tendrás que esperar. —Toqué la puerta otra vez, con el doble de molestia.

—¿Si no me equivoco, Lauren? Pues sí, eres muy parecida a ella.

—Gracias, supongo, —Lo miré con los ojos entrecerrados—, y bueno, ¿desde cuando salen ustedes dos? —Me volteé hacia donde él.

Él se limpió la garganta.

—Tu mamá me dice muchas cosas lindas de ti, —Me tendió su mano—, soy Herman, es un placer saludarte apropiadamente.

—Sí, la última vez no lo fue, para nada.

Mi mamá abrió la puerta, primero me observó, o más bien, observó lo que llevaba en la mano (una bolsa con las cosas que había comprado dentro) y después a su pareja.

—¿Ya se conocieron?

—Más o menos. —Entré a la casa y me metí a la habitación.

Al otro día mi mamá me dijo que saldría, pero yo no le presté atención. Yo solo quería que se marchara y me dejara para poder arreglarme e ir a mi cita pública con Roger.

Estábamos a mediados de febrero, nuestra relación era a semi-escondidas, no nos escondíamos, pero no se lo decíamos a nadie. Ni siquiera lo había conversado con mi mamá, porque yo simplemente estaba aventurando. Era

como si por fin le mostraríamos a todos que éramos una pareja, pero sin decirlo realmente.

Roger me recogió y nos dirigimos al lugar de la celebración. Había un pastel gigante en forma del hospital y un barril de cerveza al lado. Él me presentaba: *es mi novia*. Y yo le sonreía a sus colegas, un poco cohibida, porque no sabía que lo éramos hasta esa noche, ya que nunca me preguntó: *¿quieres ser mi novia?*

Los amigos cercanos de Roger sonreían o hacían comentarios morbosos, y las otras personas simplemente no decían o hacían nada, porque no era su asunto.

Pero a mí no me importaba lo de sus amigos y colegas, todo lo contrario, me gustaba el hecho de que llamáramos la atención, el hecho de que pensarán: *solo miren; el doctor se ha conseguido una jovencita*.

Me pasé parte de la velada asida a su brazo, y él con su mano en mi cintura, sin quererse pasar de la raya porque era un caballero. Conocí a tantas personas que no recordaba ni la mitad de ellos a diferencia del hijo del fundador del hospital, quien era un poco obeso y con cabello lleno de canas, y solo por esas características se me quedó grabado en la mente.

Hubo un momento en el que Roger se inclinó para recoger un brochure de conmemoración por los setenta y nueve años del hospital y devolvérselo a una joven mujer. Una mano delicada me volteó, y me sorprendí al ver a Herman.

—¿Lauren? Yo pensé que eras Laura.

Roger se nos paró al lado, y Herman me soltó. Ambos se saludaron, como si se conocieran, tan cálidamente.

Herman se quedó en un silencio, y me miró sospechoso.

—Tu madre se me perdió hace unos segundos.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —pregunté.

—La empresa ofrece seguros al hospital, —se rió, como si yo debía saberlo al ser la hija de una de las contables—, ¿Cómo no estar aquí?, ¿No te dijo tu mamá?

Negué. En ese instante mi mamá llegó de la nada, me observó de arriba abajo, miró a Roger, y entonces me pidió que la acompañara. Le pedimos excusas a nuestras citas.

Me agarraba la muñeca con brusquedad, al llegar afuera me soltó de golpe.

—Tú y yo tenemos tanto que hablar. —Se pasó la mano por su cabello rizado— ¿por qué viniste aquí?

—¿Qué? Yo no sabía que estarías aquí. —Me alcé de hombros.



—¿Estás con ese hombre? —susurró con la cara preocupada—, en serio hablaremos de esto en casa Lauren, no me importa la edad que tengas, hablaremos de esto.

—Es una “cita”, solo hemos estado saliendo.

—¡Pero yo no lo sabía! Mira cómo estás vestida... —Señaló mi ropa. Era un vestido sin mangas que caía como cascada, sencillo, sin nada de brillo. Solo era atrevido porque me dejaba los hombros desnudos. También me lo había comprado Roger, decía que le gustaban mis hombros.

Rodé los ojos.

—Ya lo sabes, estamos saliendo. —Me agarré las ganas de llorar—. Yo no sabía que estabas saliendo con Herman, ¿y te hice yo este show? Me humillas mamá delante de todos.

—¿Todo esto es sobre hacerle la competencia a tu mamá? —Se cruzó de brazos—, Lauren, hija, tienes mi atención.

—¡No, porque me gusta, te dije!

Ella se me acercó.

—No grites Lauren, ¿no ves dónde estamos? —Ella respiró profundo, y se calmó—. Sabes que, ¡lo que sea, Lauren! Haz lo que quieras, pero cuando ese hombre te rompa el corazón yo estaré para ti, ¿claro lo tienes?

Aunque sus palabras eran dulces, yo la miraba con furia.

—Quiero que te vayas Lauren. Eres mayor de edad, pero no quiero estar en la misma fiesta con mi hija. No quiero verte con ese hombre, es más debería castigarte por ocultarme esto.

Se me salieron lágrimas mientras seguía mirándola a los ojos. Ella me las limpió.

—Entiende que no se ve bien, —Me tomó la cara—, preciosa, ve a casa ahora.

Asentí.

Antes de volver a entrar me dijo que lo hacía porque me quería. Que nadie me querría nunca como ella. Pero entonces cuando Roger salió con esa cara de que comprendía todo lo que estaba pasando y cruzó su mano por mi hombro y condujo a su casa, yo olvidé todo eso.

«*Cuando ese hombre te rompa el corazón yo estaré para ti...*» ¿Qué tal romperme el alma en mil pedazos mami...? ¿Estarás para mí y recogerás esos pedacitos diminutos? Cuando mi vida se vuelva sin sentido y frágil pero con la voluntad tan fuerte como un roble de vivir, ¿me ofrecerás tú mano o ya te habrás olvidado de mí?



## Capítulo 9

### Lo que el hielo ocultó: avergüenza.

—No entiendo como alguien querría divorciarse de ti... —le dije mirando la lámpara que estaba colgando del techo.

La habitación de la casa de Roger se sentía vacía, algo faltaba, como retratos o vida, quizás eso. Pero no por vacía me refería a que no tenía trastes y ajuares, porque los tenía. Una gran cama, un lujoso closet, espejo, un gavetero, lámparas y un juego de cortinaje color caqui cubriendo las ventanas, era lo poco que podía mencionar o que al menos recuerdo del momento.

—A mí tampoco.

Me reí de su respuesta, él terminaba de beberse una copa de vino tinto y yo me quitaba los pendientes.

—No es juego, hablo en serio.

—Yo también —respondió. Se acostó a mi lado con su ropa puesta. Volteé el rostro hacia la mesita del otro lado y puse el collar y los pendientes encima de ella.

—Lo que sea. —Lo miraba ahora y él me devolvía la mirada. Lucia relajado—. ¿Por qué te dejó, Roger?

Se alzó de hombros indiferente.

—No lo sé, el divorcio llegó a mi consultorio y ya era muy tarde para todo.

Torcí la boca en una mueca.

Nunca fue incómodo, al menos para mí, el hablar de su esposa. Sentía que al hablar de ella daba a demostrar que no me interesaba y, que él al hablar de ella con esa dejadez, me demostraba que ya no le afectaba en nada.

Me incliné sobre él, y lo besé, besos cortos en los labios, en la quijada.

Me reí entre dientes.

—Tú mamá estará enojada cuando se entere de que estás en mi casa besándome a la fuerza. —Se burló.

Seguí sonriendo.

—En realidad no. —Me enderecé otra vez en la cama, me arreglé el

vestido—. Ella seguro ni amanecerá en casa, seguro está haciendo travesuras.

Ambos nos reímos.

Dejé escapar un suspiro después de unos segundos.

—Bueno, tú papá lo haría.

Iba a buscar mis zapatos pero antes de que mis pies tocaran el suelo, Roger me haló suavemente hacia su lado.

—¿Qué es un papá, Roger? —Le pregunté en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —Me pidió, una de sus manos estaba debajo de mi cabeza.

—Que no tengo papá, así que no te preocupes por eso.

—Ah... —Alzó la quijada, y se acomodó.

Volví a besarlo.

Es justo ahí donde radica uno de mis puntos en mi relación con él y donde está la razón de por la cual un hombre maduro como él me atrajera: estábamos los dos en esa cama, en su casa, siendo casi las once de la noche, y él no intentó nada.

Un chico de mi edad en esa misma situación hubiese intentado meterse en mi ropa interior. No era que en el futuro Roger no intentaría lo mismo, era que primero él se ganó mi confianza.

Como cuando encariñas a un pajarito con un poco de ramillas secas y después lo encierras en una jaula.

Roger mantenía sus manos a la vista y solo atendía a besarme, porque yo lo estaba besando. No apresuraba el beso ni lo hacía muy lento, sino normal. Pasé mitad de la noche sobre su regazo, besándole, separándome para sonreír y después besándole las mejillas y los labios.

Me lo encontré mágico, quería decirle a mi mamá: *mami, estuve en la casa de Roger Bernard y el no intentó tener relaciones conmigo*. Quería decirle que todavía existían caballeros, que te abrazan, que saben besar, que te acompañan a casa a las doce de la noche y se aseguran de que estés bien antes de marcharse, que dicen que te entienden, que te besan la mejilla, muy cerca de la esquina de la boca, aunque ya te habían besado la boca, y te dicen:

—Te veo mañana.

—Tendrás que resolver las cosas, digo, con mi mamá.

—No creo que sea prudente, —Arrugó la frente—, pasa buenas noches  
Lauren.

Mi mamá puso la jarra de jugo encima de la mesa y se sentó pesadamente.

—Me siento traicionada.

Atendí al pedazo de ternera en mi plato y empecé a comer.

—Fuimos donde ese doctor porque no los recomendaron, nos dijeron que era profesional...

—Lo es, ¿acaso llevo una cicatriz? —Solté los cubiertos—. No mamá, no metas su carrera en esto.

—Se supone que los doctores tienen un código de conducta, no pueden ir por ahí enamorando jovencitas y comprándoles joyas de miles de euros, ¿te encuentras eso bien?

Respiré profundo.

—No lo mires así. Somos vecinos, y mamá, él me gusta.

—Claro, para mí se está aprovechando de eso, de que te gusta. Tú no entiendes el morbo de los adultos hoy en día. Solo te estoy protegiendo.

Rodé los ojos.

—Aún recuerdo como hace un mes te quejabas porque yo no tenía novio, que decías que Derek me había dejado traumada y que por eso no salía con un chico. —Hice un movimiento con ambas manos—. Ahora, estoy saliendo con un brillante chico, es doctor, me gusta, tiene buena vida, ¡deberías estar feliz!

—¿Un chico?, ¿Siquiera sabes su edad?

En ese momento se me había olvidado.

—Más joven que tú si es.

No le prestó atención a mi insulto, en cambio se pasó la mano por la cara.

—Si fueras normal Lauren, pero no lo eres...

Exhalé por la nariz, llené mi boca de carne y después tragué, volví a repetir lo mismo porque quería dejar mi plato vacío y levantarme de la mesa.

—Creo que te gustan los escándalos, digo, haces un video y lo subes a internet, ahí tienes, atención, ahora sales con un hombre que te lleva ventaja en la edad y te presentas a la misma fiesta que tu mamá, ella sin saberlo, totalmente sorprendida, su hija es la novia del cirujano que la trató hace unos meses... ahí lo tienes, más atención... —Dejé la comida y la miré—. Mi amor, hago lo posible para mostrarte que estoy aquí para ti.

—Primero: no subí el video, —conté con mis dedos—, segundo: no sabía que estabas allí, tercero: aprecio mucho todo lo que haces por mí, pero mamá, necesito un novio y por eso tengo un novio. —Me paré de la mesa—. Nada malo me va a pasar, te lo prometo. Tener una relación con él es mejor que

tener una relación con un gánster, velo de esa forma. Además me sorprende como juzgas a alguien solo por su edad. —Soné ofendida apropósito.

Me acerqué y besé su mejilla. Me marchaba a mi cuarto.

—¿Lauren?

—¿Sí? —Me di vuelta.

—No funciona, aún estoy preocupada por ti y me siento traicionada por ese hombre.

Me pasé la lengua por los labios. Yo sentía que mi mamá estaba exagerando todo a niveles astronómicos.

—Te voy a vigilar Lauren, y ten en mente que quizás yo no pueda ver todo lo que hagas, pero Dios sí. —Volteó a mirarme, y yo seguí mi camino ante su amenaza que me engrifó los vellos de los brazos.

«*No hay nada oculto en la tierra que no haya de ser revelado...*» eso fue lo siguiente que dijo. Esas palabras eran tan reales; yo realmente no quería ser parte de la revelación.



Tania estaba picoteando el ruedo de la falda que llevaba puesta con una tijera de niños, mientras Rosemary tarareaba y me hacía una trenza pegada al cráneo, una como la de ella.

De pronto a la habitación azul (porque casi todas las cosas eran azules) de Rosemary entraron Vid, Warren, y Vladi detrás, ubicando inmediatamente a Rosemary.

—Hazlo —retó Warren.

Vladi se movió hacia mí, pero realmente hacia Rosemary, agarró su rostro y la besó con apego. Yo me quedé embelesada mirando como compartían saliva cuando escuché a Vid hablar.

—Qué asco, mi hermana besando a un vagamundo.

—Tu turno. —Vladi dijo. Su voz era demasiado gruesa, como que asustaba, yo inclusive temblé.

Cuando salía del trance de escuchar su voz los labios de Vid fueron aplastados con los míos mientras Vladi agarraba mis brazos, el sonido de un clic de fotografía lo alejó de mí.

—¡Maldita sea, sí! —gritó triunfador mientras yo me limpiaba la boca—, lo siento mi dulce de primavera, era una apuesta.

Rosemary me miraba, corrección, todos me miraban esperando mi

reacción. Yo me sentía ultrajada... la forma brusca y rápida en que todo había sucedido me hizo sentir como si yo fuera vulnerable. Allí, mirándolos a ellos cinco, me pregunté: ¿realmente conozco a esta gente con la que me junto?, si en ese momento fue un beso, después, ¿Qué harían?

Me limpié la boca de nuevo y escupí en el tapete.

—Maldición. Maldición. —Me levanté. Warren me agarró el brazo, yo le di un puñetazo con mi otro brazo—. No me toques tú.

Tania se levantó.

—Oye, calma los humos, era un juego de ellos.

Rosemary me observaba, ella sabía que había estado mal. Es que, todos ellos allí sabían que agarrar a una chica a la fuerza mientras otro la besa contra su voluntad y otro deliberadamente toma una foto está mal. Y más cuando esa chica soy yo, Lauren Lambert, con una reputación por los subsuelos, ¿por eso habían pensado que estaba bien hacerme eso?

—Métanse el juego por el culo. —Volví a escupir.

Estaba tan molesta que solo cuando bajé las escaleras me recordé de la foto. Volví a subir y toqué la puerta con furia. Warren la abrió.

—Borra esa foto.

—No —respondió en queja.

—Borra ya la maldita foto, Warren. —Vid salió de la habitación, él lucía más molesto que yo.

—¿Ha decidido volver? —Preguntó Rosemary en voz baja a su hermano, después de haber salido de la habitación.

—Oye Rosemary, —la llamé—, dile a tu amigo que borre esa foto o...

—¿O qué?, ¿realmente piensas que puedes venir a imponer reglas después de ser grosera? Lárgate de aquí. —Warren me desafió.

—Lárgate tú, —Rosemary se enojó, incluso lo había tuteado—, Lauren es familia aquí.

—¡Yo soy tu primo! —Acusó.

Entonces empezaron a pelear muy alto, Rosemary se puso roja, como si fuera a explotar, y Warren no se le quedaba atrás.

Yo me sentía mal, así que me di la vuelta y los dejé con la foto.

De todas formas, ¿Qué me importaba una foto?

○

—¿Has visto mi video?

—No.

—¿Sabes de qué hablo?

—No realmente, pero no he visto ningún video tuyo.

—¿Ah sí? Que se hizo muy famoso...

Sus dedos pasaban casi por encima de la etiqueta de los precios. Varias botellas de vino se exhibían frente a nosotros. Lucia concentrado, al parecer no había encontrado el de su preferencia.

Yo continué—: Hablo de algo viral, creo que salió en las noticias.

Asintió, entrecerrando los ojos mientras leía una de las etiquetas de la botella. Me ajusté el abrigo crema.

—Creo que deberías verlo.

Sacó una botella de vino blanco.

—¿Tú quieres que yo lo vea? —Me observó unos segundos, dejando de prestar atención a la bebida en su mano.

—Sí, ¿por qué no? Cientos de miles lo han visto, tú deberías también.

—Creo... —Observó las otras botellas y la que tenía en su mano, después volvió a mirarme a los ojos—. Haré lo que me digas, Lauren.

Después de pagar la botella de casi mil euros, caminábamos al estacionamiento. Roger hablaba sobre ir a un paseo en canoa en plena noche, o simplemente a su casa, yo le dije que fuéramos a su pent-house.

Allí se sentía como un segundo hogar, sentados, en el sofá negro del lugar, acurrucada en sus brazos mientras él bebía un poco y se escuchaba la emisora local comentar sobre temas polémicos de fondo. Sin hablar. Solo... dejar que el tiempo pase. Dormir allí sin miedo a que algo me pasaría mientras estuviera durmiendo. Simplemente... tranquila.

○

El video empezaba así: Kristal aparecía de primero, estaba sonriendo y su cabello rubio estaba en una coleta. Tenía un pantalón muy corto, y una blusa de tiro de escote profundo. Su cuerpo torneado por el deporte y el ejercicio en las pistas de patinaje ocultaba muy bien su edad. De fondo solo estaba la pared de mi habitación, la cámara se mueve, y aparezco yo. Tengo un crop top verde oscuro, la tela deja ver que no llevo nada más debajo, llevo unos jeans cortos, y estoy descalza, como Kristal. Ella se va a detrás de la cámara, y yo bailo, yo voy detrás de la cámara, y ella baila. Se escuchan risas, el ciclo se repite, el video se acaba con el sonido de la puerta de entrada. Kristal es lo último que



se ve.

Me lo sé de memoria. No hacía falta verlo con Roger de nuevo, así que, en vez de torturarme por la estupidez del video, simplemente hundí mi rostro en la almohada por los dos minutos de duración del video. Supe que acabó cuando la música que usamos, que ahora odio, dejó de sonar.

—No me digas nada... sé qué piensas. —Me adelanté a decir.

Tal vez estaba tratando de asfixiarme con la almohada, o lo que yo realmente quería era borrar las lágrimas.

Nunca había llorado por el video en todo el tiempo que llevaba en la web, seguro era el momento, hay momento para todo.

Roger acarició mi cabello sin decir nada por un largo rato.

Desearía que todo se hubiese quedado como estaba. Que nada hubiese cambiado, su forma conmigo, nuestra relación. Yéndome más allá desearía no haber llegado nunca a Múnich. Nunca haber hecho el video. Nunca haber aprendido a bailar.

Pero estando allí, con Roger acariciando mi cabello, y posteriormente mi rostro diciéndome que estaba bien, que el video era lo mejor que había visto y que no necesitaba sentirme culpable, o avergonzarme de ello. Con todo eso, nada me importaba. Nada de eso era relevante. Todo era un sueño.

○

—¡Corran, corran, corran! —La profesora de educación física gritaba.

Nosotras corríamos hacia el fondo, volvíamos, y después íbamos de nuevo al fondo. Llevábamos pantalones deportivos y un suéter amarillo pastel. Aunque hacía frío y el suelo estaba cubierto de nieve, yo estaba sudando toda la espalda.

Nos dieron un receso, me doblé y me apoyé con las manos en las rodillas para retomar el aire.

Rosemary y Tania se acercaban a mí, rodé los ojos y me moví hacia otro lado.

—¡Ya basta! —Pidió Tania y agarró mi brazo con fuerza.

Me sacudí para que me soltara, les di el frente.

—No me toques, ninguna de las dos.

—Basta con esto Lauren, solo fue un beso, mi hermano está muy arrepentido. —Rosemary tenía el ceño fruncido—. En serio implora su perdón, yo también, lo siento mucho Lauren, por mi hermano, se portó muy

fuera de lugar, pero no fue mi culpa, recuerde eso.

—Además enloqueciste. —Tania dijo—. Pero va, en serio, ¿te quedarás sin amigos solo por un beso en plan de broma?

—El novio de Rosemary me sostuvo los brazos mientras su hermano me besaba a la fuerza y tu novio tomaba una foto de ello, ¿dime como fue eso solo un beso? No me gusta la violencia. Yo no me siento segura alrededor de ellos. Los tres son unos salvajes.

—Lauren, por favor, razone un poco, ¿Qué más podemos hacer además de pedir disculpas por millonésima vez? —Se me acercó, yo retrocedí—, no deje que ese error dañe nuestra amistad.

—Tengo una idea. —Les sonreí a ambas—. Desaparezcan de mi vida ustedes dos, y tu hermano, tu novio, y el tuyo. Desaparezcan. Así los perdonaré.

Me di la vuelta y caminé a la cafetería para comprar agua. A los lejos las veía, me miraban, pero no se acercaban más.

○

Estaba cayendo nieve y había neblina, tanta, que casi no podía ver al bajar del metro. Al caminar mis zapatos negros de cuero dejaban marcas en la nieve. Estaba tan abrigada que parecía como si no tuviese cuello. Quizás, no era un buen día para patinar. Me detuve en la estación a pensarlo, mirando el camino hacia la carretera, donde estaba el lago Cisne.

Empecé a caminar hacia allá. Mientras lo hacía, sentía pasos detrás de mí, pero aun así no volteé, si alguien caminaba detrás de mí no quería saber quién era, si alguien me seguía no me interesaba, pero cuando me adentré más, que ya iba a entrar por el sendero hacia el Lago Cisne y dejaría la carretera atrás, me volteé.

Muy cerca de mí estaba el novio de Rosemary, su cabello castaño estaba cubierto de nieve, porque no llevaba gorro como yo. Tenía unos ojos verdes oscuros, como los míos, me miraba y yo a él. En mi cara se formó una mueca de incredulidad. Moví mis manos tratando de preguntar qué estaba haciendo.

—No es lo que piensas.

—¿No?

—Iba saliendo de la casa de Tania.

Alcé las cejas.

—Tampoco es lo que piensas. Estaba con Warren.

Me crucé de brazos.

—¿Hacia dónde vas con esa mochila? —Señaló a lo que colgaba en mis espaldas.

—No es tu asunto. Desaparece anormal.

Sonrió de lado. —Lo siento, pero estoy aquí para pedirte disculpas.

—Oh. No aceptadas, puedes irte.

—Escucha, Vid es un chico un poco problemático, desde que te hizo enojar ha estado muy mal. Le haría bien que lo perdonaras, aunque no seas igual con él, como antes.

—¿Por qué lo haría? —pregunté.

—Porque te hablé. —Sonó irritado— ¿Sabes qué? Olvídalo. Es una pérdida de tiempo. —Se dio la vuelta, yo le seguí.

—¿Bueno, y? ¡Gran cosa que seas, me hablaste, wow!

—Me importa tanto el estado de ánimo de mi amigo que te hablé. Oye, tú no me caes bien, las chicas como tú. Pero Vid ha tenido muchos problemas, problemas que nosotros, sus amigos, tratamos de suprimir, y entonces vienes tú y volteas todo, le estas causando daño. Si no fuera porque Vid está muy mal y ha recaído nunca me hubiera dirigido a ti. Pero esa actitud que tienes ahora solo demuestra que yo tenía razón, eres peor de lo que imaginé. Vuelve de donde saliste, *anormal*. —Copió mi palabra.

Siguió caminado y yo me quedé allí parada. Nunca había recibido tanto rechazo por una persona además de con Tania. Aunque su odio parecía real, no me permití sentirme mal por eso. Si él se sentía irritado por mí yo me aseguraría de hacerlo sentir como en el infierno, aunque nunca tuviese la oportunidad para aquello, sino él a mí; y no lo hizo.

—¡Yo no elegí ser la cura de tu amigo enfermo! —Le voceé. Y entonces me adentré al sendero cubierto de nieve.

Si nuestra relación de amistad hubiese sido distinta, ¿mi suerte hubiese cambiado, aunque sea un poco?

No lo creo.

Hubiese sido el mismo final.

## Capítulo 10

Lo que el hielo ocultó: asusta; el conejo en el lago.

—Déjame ver tus hombros. —Se sentó en el sofá.

Me quité la suela que los cubría, quedándome solo en una franela y mis pantalones caquis.

—¿Ya estás feliz mi amor? —Me senté a su lado, el pasó su brazo por mis hombros.

—Siempre estás tan abrigada. —Se quejó.

Me reí. Él siempre estaba tan abrigado igual, incluso lo estaba en ese momento. Pero como sea, en la sala de operaciones tuvo chance de verme la piel, y yo no a él.

Se echó hacia delante y cogió uno de los pretzel. Después tomó otro para mí. Yo tomé mi taza de té.

—Esta tormenta es horrible —pensé en voz alta mientras soplaba el té. Roger lo bebía como si no estuviera caliente.

Miré el líquido marrón por unos segundos. Lamentablemente, mi mente no estaba en paz. Estaba pensando en Vid, que tenía problemas, que yo había hecho que los problemas volvieran, ¿Qué tipo de problemas?, ¿psicológicos? Eso no me había dejado dormir en las noches. Yo no quería ser la causante de que él estuviera mal aunque haya actuado así con Vladi.

Tal vez era algún tipo de depresión crónica, desorden de la personalidad, algo raro, algo inusual que no puedes detectar a simple vista.

—¿Qué tienes en el brazo?

Me miré el brazo, tenía un pequeño moretón no muy notable en mi piel.

—Nada. —Me alcé de hombros.

—¿Segura?

Lo miré a los ojos, después bebí el té y me quemé la lengua. Suspiré.

—Un chico me sostuvo los brazos de una manera brusca. Sí, sé que mi piel es difícil ver ese tipo de contusiones, pero se me marca todo, —Me reí—, no fue tan malo como parece, era un juego.

Él estaba serio, mirándome.

Dejó la taza en la mesita del frente.

—¿Un juego dices?, ¿Por qué te sostuvo así?

—Para que otro me besara. —Desvié la mirada.

—¿Quiénes son esas personas? —Lucía consternado, como si fuera a tomar cartas sobre el asunto, pero de alguna forma sentí que decirle quien había sido no era buena idea.

—Ya no importa. No lo volverán a hacer.

También dejé la taza de lado.

Solía sentarme en sus piernas, a veces a horcajadas, otras solo para que me abrazara. Me sentaba en sus piernas y le besaba el cuello, la quijada, las mejillas, los labios, era un momento muy especial para mí, muy íntimo que creamos.

Yo no estaba lista aun para tener ningún tipo de contacto sexual, como de desnudarme frente a él, o que él lo hiciera frente a mí.

Roger era muy astuto, porque él no me presionaba tampoco. Simplemente acariciaba mis muslos mientras yo le daba cariño, o sus manos más debajo de mi cintura, como si no se diera cuenta de donde tenía sus manos; pero si lo sabía.

Siempre fue cariño. Todos mis besos, la forma en que yo encajaba mi cuerpo en el de él a pesar de nuestros pantalones acolchados para el frío o la cantidad de jackets o abrigos encima. Mi cuerpo encajaba, como un rompe cabezas.

Yo no sé si Roger Bernard me llegó a amar, pero cada vez que me sentaba en sus piernas, y besaba su boca, él cerraba los ojos como si yo lo volviera loco.

Aun creo que no fingía. Me arriesgo a decir con certeza que esa chispa en nosotros era verdadera, ¿En qué momento fue que todo empezó a salirnos mal?

—Esa boquita tuya... —Me detuvo, su dedo índice en mis labios, su mirada fija en los mismos, observando, con su otra mano en mi cintura, pegándome a él más de lo que estaba—, quiero ser el único que la bese.

Yo asentí.

—Eres, *hasta ahora*, hasta que me canse de ti, el único que me besa. —Él sonrió por mi picardía—. Esa boquita tuya, —lo imité, agarrando su labio superior con los míos, me alejé y lo miré a los ojos—, quiero ser la única que la bese.

Roger agarró mi rostro antes de que lo siguiera besando. —Lauren, ¿tú

conoces quien soy yo?

Yo miré sus ojos. Eran extraordinarios. Esos matices verdes, ese amarillo intenso que lograba mezclarse. Yo estaba muerta por él, totalmente cegada.

—¿Tú me conoces? —repetí yo, volviendo a lo de antes, eso de besarlo mientras me movía encima de él.

Debí haberlo tomarlo más en serio, ¿le conocía? Ni siquiera un poco. Nada en lo absoluto.

○

Toqué la puerta dos veces, y esperé. El papá de Rosemary me abrió la puerta. Se dirigía al trabajo. Ellos tenían una tienda de vender antigüedades. Me saludó y después llamó a sus hijos. Mientras estuve en la sala, esperé de pie sin sentarme en sofá que tenía al frente.

Vid salió de su cuarto en pijamas, eran las ocho de un sábado, finales de febrero. Al verme corrió hacia mí y me apretujó en sus brazos, casi asfixiándome. Me repetía «lo siento».

Él era suave, y más alto que yo.

Nos separamos.

—Lauren, lo siento.

—Estás perdonado —Le sonreí. Él besó mi frente.

Yo no entendía, él era igual de hermoso que Rosemary. No entendía porque tendría problemas consigo mismo.

Rosemary salió de su cuarto en la misma pinta, al verme chilló y me abrazaron los dos haciendo un sándwich conmigo en el medio.

Cuando decidieron soltarme, Vid se sentó en el suelo y Rosemary conmigo en el sofá.

—Me alegra tanto verle Lauren. —Ella decía aun con una sonrisa.

Vid estaba un poco serio, y me preocupaba.

—Yo siento mucho haber reaccionado así. No fue lo adecuado. —Miraba a Vid. Había sido lo adecuado, lo correcto, pero el problema consistía en que yo quería hacer sentir mejor a Vid, aunque tuviera que mentir a costa de ello.

—¿Olvidemos esto, sí? —propuso Rosemary.

—No trataré de besarte de nuevo —prometió Vid.

Warren salió de la habitación, pero vestido normal.

Alzó su mano un poco avergonzado.

—Está bien chicos, yo los extrañé.

Una sola línea más y terminaba. Era eso todo lo que había en mi cabeza. Mi dedo pulgar me dolía porque era la página número cuarenta y uno. En el instante en que solté el lápiz la puerta se abrió tras unos rápidos toques. Mi mamá llevaba una bata blanca y el cabello rizado recogido en un moño.

Me saludó con su mano.

—Hola, buenas noches, ¿hace mucho llegaste?

—Sí, hace poco. —Miró mi habitación cubierta en penumbras, después observó la lámpara que tenía encendida y el cuaderno encima de mi pequeña mesa de estudio—. No sabía que estabas aquí, yo pensaba que habías salido.

—No, no. He estado muy ocupada para rendir el examen parcial, y además me dejaron de tarea un vasto trabajo sobre la historia de nuestra política interna.

—¿Te va bien en la escuela? —Se sentó en mi cama, con su pie derecho debajo de ella.

—Sí. —Le di vuelta a la silla hasta poder verle bien el rostro.

Se mordió el labio.

—Nos hemos estado alejando mucho... —sonrió mirando al suelo—, me hace mucha falta hablar contigo.

Sonreí sin mostrar los dientes.

—A mí también. —Me senté al estilo yoga en mi cama, frente a su perfil—, mucho, pero ese apuesto hombre te ha capturado para él, y solo para él, nada para mí. —Yo dije sonriéndole.

Ella me miró, con su sonrisa todavía.

—Él es muy bueno conmigo. Tan... galán.

—¿Sí? Cuéntame más.

—Ay... —se quejó como una quinceañera—, ¿Qué te cuento?

—¿Es bueno en la cama?

Abrió los ojos ante mi pregunta. Mi madre y yo éramos abiertas en esos temas, así que no me estaba pasando, al menos no tanto.

—Es broma, solo dime como se conocieron.

—Me quedé tarde a trabajar... él entró a mi oficina, luciendo nervioso, me habló disparates y después se despidió.

—¿Se conocieron así?

—Había dejado encima de mi escritorio una invitación a un almuerzo. Y

Lauren, nosotros tenemos una *química*... me la pase muy bien. —Sonrió y subió el otro pie a la cama copiando mi posición—. Me gusta mucho, creo que es él indicado, quiero decir, en serio lo siento aquí. —Tocó su corazón.

—Mamá... —rodé los ojos confundida—. Lo conoces hace... ¿dos meses?

—No —respondió avergonzada—, hace ocho meses. Él fue quien me consiguió el traslado aquí.

—¡No...! —grité sin creerlo—, ¡me lo ocultaste! —Golpeé suavemente su hombro mientras me reía—, ¡no puedo creerlo, me ocultaste esto!

—Lo siento, —Se acomodó en el lugar—, estaban pasando muchas cosas caóticas en nuestras vidas.

Fruncí los labios.

—No puedo creerlo.

Después de ambas reír, nos quedamos en silencio.

—Cuéntame de ti.

—Bien. Roger y yo vamos bien. Voy bien en la escuela. Me siento bien.

—¿Es bueno en la cama? —A diferencia de cuando yo le pregunté, sabía que tenía que responder. No era una pregunta jocosa, estaba seria, era una pregunta de doble filo. Era mi mamá después de todo.

—No lo sé. No nos hemos acostado. —Me eché en la cama—. Él es tan galán mamá. —Le copié—. Y caballeroso. Besa como los ángeles. Al salir a la calle toma mi mano, las personas nos miran curiosos... —Me pasé la lengua por la boca—, sí, algunos lo hacen porque llamamos la atención, pero eso no me importa. Mami él me *gusta* tanto.

—Lauren... debí haber tomado en cuenta tus sentimientos, quizás él no es tan mala persona.

No le respondí.

—Solo espero que no hagas lo mismo que con Derek, deberías esperar a ver cómo van las cosas, o si te pide matrimonio. —Hubo un tono de chiste en su voz.

—¿Matrimonio? —repetí en voz alta. Nunca lo pensé, casarme con Roger. Él se había divorciado una vez, realmente no creía que él querría entrar en un matrimonio otra vez. Y yo, tal vez era mayor de edad y en meses terminaría la escuela, pero el matrimonio me asustaba, yo no quería dar ese paso tan rápido—. Él momento llegará, y cuando llegue será especial —recité.

Ella se acostó a mi lado.

—Siempre y cuando no te arrepientas.

—No lo haré...



—Claro, no es que te la des mucho. —Me tiré en la cama a boca arriba, a sabiendas de que mi falda se había deslizado por encima de mis rodillas hasta mis muslos.

—No, claro que no. —Había parado de reír—. En otra ocasión una mujer iba a terapia laser para una cicatriz en las piernas. Ella se quedaba en ropa interior siempre era clara, quería que viera siempre su excesiva humedad.

—Ay va, sí, claro Roger. Tú eres el *más* apuesto de todos. *Todas* las mujeres se derriten al ir a tu consultorio. Te acosan. Estoy *tan* celosa — bromeé.

—No lo estés, —me respondió rápidamente—, en serio algunas son muy descaradas, otras muy tímidas, otras son normales. Cuando eres doctor te toca ver de todo, incluso si no eres atractivo.

Ignoré lo último que había dicho.

—¿Qué tipo era yo?

Me observó en silencio.

—Peculiar. Muy joven para su primera cirugía plástica. —Se me acercó—. Yo pensé que te harías el busto, —Puso una mano en mi seno izquierdo, la otra en el derecho—, pero pensé que ellos estaban bien.

—¿Sí? —pregunté con poco esfuerzo mientras dejaba mi cabeza caer en la almohada y él se inclinaba hacia mí.

—Sí —dijo en el momento antes de besarme, con sus manos aun tocando mis senos con delicadeza—, el perfecto tamaño.

Sus manos bajaron, tocando mi vientre, una se fue a mi muslo, y la otra a mi entrepierna acariciando mi ropa interior, y cuando mi cabeza se echó hacia atrás besó mi cuello, y lo hizo con más fuerza.

No podía pensar muy bien en esas circunstancias. Roger y yo llevábamos dos meses saliendo y, del baile el día en el bar Baviera y besos en la boca, no habíamos pasado. Así que todo era muy intenso y, aunque no sabía hasta donde llegaría todo, estaba disfrutándolo.

Roger quitó mi suéter. La falda de dobladillo escoces estaba subida hasta los muslos, cuando iba a volver a besarme, que se tocaba la correa del pantalón con su mano libre, la alarma de mi celular chatarra empezó a sonar en un volumen estruendoso que me espantó. Que si mi corazón latía rápido, las campanas de ese celular aumentaron la velocidad, transformando todo en

pánico.

—Espera, —lo detuve, él se movió y dejó que me levantara, tomé el celular. Marcaban las nueve de la noche—, es hora de irme ya a casa. —Mi voz tembló, porque estaba nerviosa.

Mis manos temblaban mientras tomaba el suéter de encima de la cama, y después de ponérmelo, me lo entré por dentro de la falda, me bajé para ponerme los zapatos negros.

—¿No podías esperar media hora más?

—No, no. Mamá está en casa ya.

Roger se levantó, y se puso sus zapatos. Después su suela negra.

Yo también ya estaba lista.

—¿No quieres ir al baño? —me preguntó.

Mi cara se calentó muchísimo, básicamente él acababa de hacer *eso*, y planeaba tener sexo conmigo y yo lo había defraudado. Pero entonces no lucía enojado conmigo, ni molesto. Solo normal, ¿quizás todavía me estaba probando?

○

Rosemary me tocó el hombro despertándome de mi ensueño.

—¿Escuchaste en qué se basa el juego? —Podía ver su aliento blanco al hablarme.

—Claro. Sé jugarlo.

—Bien, —se dio la vuelta hacia los demás—, vamos chicos, ¡a correr!

Los muchachos, Warren, Vid y Vladi empezaron a contar hasta el diez mientras Tania y Rosemary corrían por la llanura cubierta de nieve. Había pequeñas montañas las cuales simplemente eran arbustos cubiertos de nieve.

Me mandé a correr cuando iban por el seis, en el siete ya había divisado un arbusto, y cuando contaron nueve ya había aterrizado detrás de este. A continuación, un total silencio. Solo el sonido del viento frío traspasaba mis orejas. Todos estábamos tan abrigados que parecíamos muñecos gordos. El frío ululaba y debíamos protegernos si no queríamos quemarnos la piel, o congelarnos la nariz y las orejas. Yo misma en persona había conocido un caso severo, el proceso de descongelación era doloroso.

Cuando me levanté un poco pude ver todo limpio. Los muchachos se escondían y movían en silencio, buscando hallarnos y capturarnos en su reino. Solo necesitábamos que una de nosotras llegara al centro, donde estaba la

bandera azul, y la tomara, así el reino sería de nosotras y ellos serían lo que tuvieran que correr.

Me moví de un arbusto a otro y empecé a correr cuando escuché pasos detrás de mí. Al caer detrás del otro arbusto pude ver como Vladi capturaba a Tania, y después la llevaba a rastras sobre la nieve mientras ella reía histérica y gritaba por nuestro auxilio. Yo respiraba ruidosamente; no era justo, toda esa ropa no me dejaba correr con todas mis fuerzas. Mi objetivo era llegar a la bandera y salvarnos. Sentía como si era vida o muerte.

—¡Rosemary...! ¡Lauren...! ¡Ayuda, me capturaron! —El eco de su voz se expandía por el lugar. Eso me llenó de miedo. Era un juego, pero la adrenalina de moverse entre arbustos y tratar de que nadie te note parecía real. Era divertido, se sentía peligroso. Era el juego más emocionante en toda la historia.

Me senté en el suelo, veía mis guantes con rastros de nieve mientras esperaba que todo se calmara de nuevo. Cuando sentí la calma, me levanté, un poco inclinada, observando, luego empecé a correr hacia la bandera.

—¡Cuidado, Lauren! —La voz de Rosemary gritó.

Al voltear, Vid y Warren venían detrás de mí. Yo empecé a correr más duro, con el corazón saliéndoseme con cada zancada. Al volver a voltear Warren se había devuelto a capturar a Rosemary. Solo quedaba yo, era la única esperanza para nosotras. Hasta podía divisar la bandera azul a unos cuantos metros de mí. Tan solo un poco...

El sonido sordo del cuerpo de Vid y el mío cayendo desplomados a la nieve fue quien me hizo darme cuenta que perdí. Abrí los ojos, el abombado cuerpo de Vid estaba encima de mi abombado cuerpo, ambos tan abrigados que no se sentía ningún calor corporal de ninguno.

Él sonrió.

—¡Ganamos! —me susurró.

—Felicidades, nosotras pagamos el postre entonces.

—¡Y la pizza!

—No estaba en el trato. —Abrí los ojos.

Él se quedó tranquilo, aun encima de mí, pero no me importaba mucho, no se sentía tanto por lo acolchonados que ambos estábamos.

—Tienes unos ojos hermosos Lauren.

—Gracias. —Miré los de él, marrones claros, sus pupilas extendidas.

Se inclinó un poco y pegó sus labios fríos a los míos congelados. Se quedó así un tiempo, después separó mis labios y me besó.

Cerré los ojos instantáneamente. Nuestros labios fríos entraron en calor. Yo

sé... tenía un novio, Roger era *mi* novio. Pero entonces Vid era un niño bueno, Dios, yo no quería romperle el corazón. Yo no quería ser la causante de que tuviera otra recaída, ganarme el odio de todos ellos una vez más. Así que, bueno, dejé que me besara, le besé.

Todo estaba mal, en ningún momento debí darle falsas esperanzas.

Sostuvo mis mejillas al alejarse, y entonces, me besó la frente.

—Eres mi primer beso real. —Me confesó, y yo, claramente, no le creí. Pero antes de que le dijera lo que pensaba, los demás llegaron.

—¡Un pretzel! —Gritó Rosemary y lanzó su peso muerto sobre nosotros. Después, todos ellos se subieron encima de nosotros tres menos Vladi. Luego de enterrarme entre sus cuerpos, se tumbaron en la nieve.

—¡Ahora juguemos a que todos somos enemigos, y todos queremos la bandera! —Tania sugirió.

Vladi se balanceó en sus pies. —No, yo ya quiero mi pizza.

Rosemary se quejó en voz alta ante saber que habíamos perdido. Vid aún me miraba con brillo en los ojos.

○

—Tienes los ojos más lindos que he visto en mi vida —le dije, aunque no le estaba mirando. Estábamos en el puente de la vez pasada, el que estaba por el camino a la cafetería al aire libre.

El río estaba en hielo sólido, y ambos estábamos cubiertos de pies a cabeza, con guantes, gorro y bufanda. Él siguió mirando hacia el río, y más allá, los árboles cubiertos de nieve.

—¿Ah, sí?

—Sí —respiré hondo—. ¿Los míos son lindos? —le pregunté.

Él dejó de recostarse de la barandilla, se puso derecho y alzó mi quijada hacia él. Me observó los ojos con detalle.

—Son únicos.

Me mordí el labio.

—Gracias.

Él sonrió de lado, y volvió a mirar al río.

Me pregunté: ¿realmente me tuvo que mirar a los ojos para saber si eran lindos, porque nunca los había mirado en realidad?

—Lauren, quiero hacerte una pregunta.

—Sí.

—¿Nunca te has acostado con nadie?

—Sí. —Respondí al instante—. A medias. —añadí después arrepintiéndome por semejante estupidez, no se podía ser virgen a medias.

Alzó una ceja.

—¿A medias? Háblame de eso.

Abrí la boca sin emitir palabra. Hablar de mi vida sexual anterior con mi pareja actual me resultaba un poco incómodo. Ante mi falta de respuesta, se levantó de nuevo y me miró con los ojos entrecerrados.

—Estuve con mi novio a los quince. Era menor que yo. Así que fue una mala experiencia para ambos, no sucedió nada emocionante. Tanto que no lo he intentado de nuevo.

Asintió, aunque sé que no entendió del todo mi juego de palabras. Se quedó mirándome.

—Quiero decir, que no he tenido otras relaciones después de esa.

—¿No?

—No con contacto... —recordaba—, besos sí.

Se rió. Yo me sentí avergonzada, con mis orejas, a pesar del frío, ardiendo.

—¿De qué te ríes?

—Nada —respondió.

—¿Te molesta que no sea virgen?

—Para nada.

○

Fui a patinar el último jueves de febrero. Esa fue la segunda vez que fui sola. Patinaba con la boca cerrada pero en mi mente tarareaba una canción. El tiempo se fue volando. Además, como no andaba con nadie me perdí en mi propio mundo donde hablaba conmigo misma.

Pensaba en Roger y en nuestra conversación que se había llevado a cabo un día atrás. No podía parar de sentir electricidad en los dedos porque sabía lo que ella significaba.

La pista de patinaje, por su parte, estaba perfecta, lisa, me deslizaba como volando. Las volteretas me salían de maravilla. Hasta lo podía hacer con los ojos cerrados, y lo estaba haciendo.

Al dar una vuelta e impulsarme mal, abrí los ojos; en la orilla del lago observé una figura, más bien, un enorme conejo con dientes prominentes y una sonrisa de payaso. Me caí. Me golpeé las nalgas con el frío hielo y después de

quejarme por el dolor volví a mirar a la orilla del lago, pero no había nada.

Yo estaba segura que había visto un conejo. Claramente, era alguien disfrazado de conejo. Me pregunté si Tania o Vladi me querían jugar una broma.

Después de estar tanto tiempo allí sentada con un ligero miedo, concluí que todo había sido mi imaginación. Estaba oscuro y tenía hambre, además, ¿Qué haría un conejo disfrazado en medio de la nada?

## Capítulo 11

### Lo que el hielo ocultó: convence

Existía cierta tensión entre nosotros dos desde que habíamos hablado de mi vida íntima en aquel puente. Nos dejamos de juntar por unos días y, después, en nuestra siguiente cita, había cierta incomodidad, cierta pesadez en el aire, que aunque se hablara, el hielo no se rompía.

Recuerdo que esa noche lloré un poco. Había un tabú entre nuestra relación, y aunque joven y efímera, me encantaba, no quería que todo acabara allí solo por temor a dar otro paso.

Lo que más me angustiaba no era eso, sino el hecho de que a Roger parecía no importarle si nuestra relación se quedaba así, si se desvanecía en el aire.

Pienso ahora: todavía en ese punto había retroceso, todavía podía huir de él. Más, si ahora esa opción me parece la mejor, en ese momento de mi vida parecía la peor. Yo no quería dejar a Roger. Yo sí quería estar con Roger. Así que, en vez de esperar su invitación a una próxima cita, lo invité yo.

Después de cenar, volvíamos a casa temprano.

Le dije—: ¿No sientes eso?

—¿Qué? —me preguntó.

—¿No te gusto?

—¿Qué?, ¿piensas que yo saldría contigo si no me gustaras?

Suspiré.

—No lo sé. Pero parece que después de que te diste cuenta de lo que hablamos la semana pasada has perdido interés en mí.

—No he perdido interés en ti. Te estoy dando tu tiempo, no quiero forzarte a cosas que no quieras Lauren, después de todo, estás empezando a vivir.

—Ah. —Acordé, asintiendo.

—Si no quieres liarte con alguien de mi edad, te comprendo. Estoy siguiendo tu juego despacio, cuando me adelanto pasan cosas como la que ya han pasado.

—Si yo no quisiera hacer algo te lo diría. Como ahora te estoy diciendo que sí, que estoy lista. —Nos quedamos en silencio, estábamos llegando a casa—. ¿Tú que pensaste cuando me viste por primera vez?

—Que sería asombroso poder estar contigo.

—Mi corazón latió muy rápido.

—¿Y después?

—Que de seguro eras menor de edad porque andabas con tu mamá.

—Yo pensé que tú eras de ensueño —susurré.

—Me alegra que yo te guste, porque tú, Lauren, me gustas, y si tenía dudas, ese día en Baviera lo afirmó todo.

—¿Por qué no matas ya esas ganas?

—Porque no creo que tú quieras. —Justo en ese momento estábamos a cinco cuadras de mi casa.

—Por favor, sí quiero.

Entonces se devolvió, todo a partir de ese momento se convirtió en adrenalina.

Hay algo mágico en mi primera vez con Roger, creo que lo fue porque fue el último hombre que me tocó, y tal vez el primero, tomando en cuenta que mi primera vez había sido un intento fallido.

No sé qué era. Sabía tocar, sabía besar. Fue meticuloso, le gustaba las cosas calculadas.

Me entregué, no sé si él se entregó a mí. Allí sin ropa estaba completamente a la intemperie, sentía que él podía ver mis sentimientos e incluso tocarlos, pero no me sentí de la misma forma sobre él.

○

Me desperté con una sábana cubriendo de mi cintura hacia abajo. No reaccioné enseguida hasta que me levanté. Tenía a Roger en la mente y todas las cosas que me había hecho y yo había disfrutado. Antes de sonreír me tapé la cara, *que* maravilla, pensaba, de esto me perdía. Esto era lo que faltaba.

Roger tenía razón; yo empezaba a vivir. Para mi tener sexo era algo nuevo y maravilloso, para él tal vez era satisfacer una necesidad o una simple rutina. A la verdad, no podría juzgarlo, ¿Cómo saber si en verdad me quería? Tal vez sí. Tal vez sí me hacía el amor cuando nos acostábamos.

Sonreí.

Después me levanté.



Lo busqué en todo el departamento.

No lo encontré.

Pasé a vestirme, aunque primero me quería dar un baño. Por alguna razón, para mi ducharme sola en ese pent-house no era una buena idea.

Me sentí mal. Un dolor de cabeza comenzó a tomar protagonismo y ya ni siquiera podía pensar en él y en la forma en que se había ido.

Realmente quería despertar junto a él.

Enterré mi cabeza en mis manos mientras me regañaba a mí misma. Las imágenes en mi cabeza me enfermaban, esas imágenes iban arraigadas a las palabras de mi mamá: *él solo quiere acostarse contigo, después te dejará.*

Si Roger me hacía eso nunca lo perdonaría, pero pensándolo bien, hubiese sido lo mejor. Que me hubiese dejado de verdad.

Bajé en el ascensor hasta el último piso, no al subterráneo porque no tenía vehículo para salir por allí. Me abrazaba a mí misma cuando un portero me llamó. Volteé a mirarlo.

—¿A mí me llama?

Asintió.

—¿Dígame?

—El doctor Bernard le dejó esto. —Me pasó un sobre blanco.

Y yo lo abrí delante de él para después avergonzarme por su contenido. Era dinero, un par de euros. Un papel blanco cayó a mis pies.

«*Para el taxi*» en una grafía perfecta.

Sentí ganas de vomitar. Me di vuelta y salí del condominio con la mirada del portero a mi espalda. Por su mirada cuando me dio el sobre seguro pensó que yo era una de las zorras de Roger, que él hacía eso con todas, las llevaba a su pent-house, tenía sexo con ellas, y después de hacerlas sentir en la cama como las reinas del mundo, las abandonaba, y les pagaba mal; solo con un pasaje de taxi.

Caminé por la acera, abrazándome de nuevo. Quería borrar a Roger de mi existencia y él todavía no me había hecho nada.

Estaba pensando que cuando lo viera, rompería con él, si es que el sobre con dinero y el que me haya abandonado no significaba eso.

«*Solo había sido sexo Lauren*» me lo repetía. Para mí era mucho más. Yo creía que las historias de amor eran todas como un cuento de hadas, por eso me encontraba regañándome en voz alta, en portugués, así las personas no entendían que me estaba llamando ilusa y tonta en voz alta a mí misma.

Una maldición se escapó de mis labios después de recordar algo, eché la

cabeza hacia atrás, mirando hacia el cielo.

○

Me encontraba sentada en los escalones del departamento de Rosemary esperando su llegada, un poco nerviosa, sin saber claramente lo que le diría.

No fui a la escuela esa mañana, y tenía mi celular apagado porque las llamadas de mi mamá me ponían más nerviosa. Estaba cabeceando del sueño, porque casi no dormí.

—¿Lauren, qué le pasó?

—Nada. —Me levanté de las escaleras—. Bueno, algo, sí, necesito que me lleves a una farmacia, es que no quiero ir sola.

—Claro, —Se me acercó con el ceño fruncido—, ¿le ocurre algo grave?

—No. —Bajamos a la acera, ella aún estaba con el uniforme—, ¿Qué tal si subes y te cambias el uniforme? No quiero que nos vayan a juzgar solo porque estás uniformada.

—Claro.

Cuando estuvimos dentro del departamento, ella salió de la habitación poniéndose un abrigo encima de su suerte de lana.

—¿Qué vamos a comprar?

—La pastilla para el día después.

—¡Lo hiciste con mi hermano menor! —Se sorprendió tapándose la boca.

—¿Tu hermano menor? —repliqué confundida—. No, Rose... yo...

—Yo sabía que entre ustedes había algo, los vi besarse cuando estuvimos en los lares del parque...

—No Rosemary, no me acosté con tu hermano.

—Debería usar la inyección, yo la uso y no tengo problemas con Vladi.

Me pasé la mano por la cara, exhalando con suavidad.

—Está bien Rosemary, pero anoche lo hice sin protección. Y él se vino en mi... temo quedar embarazada. Yo ya hice los cálculos con el método del ritmo, por eso estoy preocupada.

Rosemary frunció el ceño y se sentó a mi lado en el sofá, yo me levanté al instante.

—Si no fue con mi hermano, ¿con quién fue?, ¿no eran ustedes novios? —Me miraba con duda.

—No, solo somos amigos.

—Pero él la besa en la boca cuando le ve, —Se quedó mirando al piso de

madera ahora—, lo pondrá muy mal saber que su relación no existe.

Yo la miraba con las cejas entrecerradas.

—En serio me urge Rosemary, ¿podemos irnos ahora?

—Claro.

En el camino iba en silencio. Aunque yo sabía que quería preguntar algo. Cuando exhaló pesadamente y me miró supe que ahí venía su pregunta.

—No piense que soy entrometida, ¿pero con quién se acostó Lauren?

—No es lo importante. —Me toqué el estómago, mientras entrábamos a la farmacia.

○

Tenía náuseas en la mañana, pero no era síntoma de embarazo o de una mala comida al cenar, tampoco sé si se trataba de un malestar real. Más bien creo que mi cuerpo inconscientemente me avisaba de que algo no muy bueno podría ocurrirme si me levantaba de la cama, y tal vez estuviera influenciada en el hecho de que estaba cansada, y de que aún no había hablado con Roger después de nuestro momento íntimo.

Temí que todo hubiera acabado tan rápido, ¿todo se trataba de acostarnos y dejarnos? Ese no era mi concepto al decirle que le quería conocer.

El día anterior había llegado tarde, y mi mamá estaba en su habitación durmiendo. Esa mañana no había escuchado movimientos de ella antes de irse a trabajar, supuse que mi mente estaba muy cargada como para notarlo.

Al salir de la escuela, la camioneta de Roger Bernard me esperaba, y sentí una sensación de incertidumbre en mi pecho. Cuando Rosemary reconoció la camioneta, se giró a mirarme.

—¿Fue con él? —Sonaba más a afirmación. No le respondí mientras yo miraba la camioneta, me topó el hombro—, ¿Lauren?

—No sé quién es —le respondí, y entonces seguí el camino con ella. Cuando Roger se dio cuenta que no iría con él, ya era muy tarde, me había subido junto a Rosemary en el auto que manejaba Vladi.

Cuando llegaba a casa, su camioneta ya estaba allí. Caminó hacia mí pero no le hice caso, agarró mi brazo y me volteó hacia él.

—¿Qué te sucede?

—Nada. —Y estaba a punto de llorar, entonces me solté y corrí a la casa. Respiré profundo al estar dentro y después de unos segundos me tranquilicé, no lloré.

Mi mamá llegó esa tarde temprano, le saludé y le comuniqué que tenía hambre, pero a ninguna de las dos cosas respondió. Pensé que no me había escuchado y me le paré al frente, ella me pasó por el lado.

Me estaba ignorando, aplicándome la ley del hielo.

Observé como entraba a la cocina y hacia chocolate caliente. Caí en cuenta segundos después: estaba enojada conmigo por amanecer fuera y no avisarle. Lucía despreocupada y tarareaba una canción en portugués.

—Você está com raiva de mim?<sup>[1]</sup>

Me lanzó una mirada enojada, la primera vez que me había mirado desde hace dos días.

No me respondió.

Yo entré a mi cuarto y salí segundos después abrigada, hacia la casa de Rosemary.

Allí en su sofá, en medio de la sala del departamento, con una galletas que la mamá de Rosemary nos brindó, le conté sobre Roger. Al menos un poco, lo necesario.

Al terminar ella solo me dijo:

—Siento que usted está jugando con mi hermano, entonces.

Y como si lo hubiésemos llamado, Vid llegó de sus clases de nado. Aunque el agua estaba solo a unos cuantos grados de congelarse en la piscina, los ponían a entrenar para que fueran los mejores.

Vid saludó a su hermana y me besó en la boca, cuando se alejó le sonreí, respondiendo a su saludo. Desapareció en la habitación y nos quedamos las dos en silencio.

—¿Lo ve?

—¿Warren no está aquí? —pregunté para cambiar el tema, y sacar de su mente la imagen que acababa de ver.

—Lauren, mi hermano sufre de problemas con el autoestima, y algunas veces no sale de su cuarto por días. Tan solo tiene diecisiete años. Hace varios meses que ha mantenido el rumbo, pero me temo que usted va a echar a perder todo nuestro trabajo.

—¿Diecisiete, dices? —pregunté sin creerlo—, es que es tan alto, ¿estás segura?

Rosemary no quitaba su rostro de preocupación.

—Le hablo en serio Lauren.

—¿Qué te preocupa?

—No quiero ver a mi hermano herido por su culpa. —Me tocó la mano—.

Ni a usted tampoco por lo que eso podría causarle.

Cerré la boca, porque la tenía abierta, y entonces después aparté la mirada.

○

Al llegar a casa había un ramillete de rosas rojas encima de la mesa.

—¿De quién son mamá?

Ella no dejó de hacer lo que estaba haciendo, siguió haciendo las cuentas en su página y cuadernillo. Maldijo al sacar un cálculo mal.

—Ese hombre, mami, creo que te ama.

Sin respuesta.

—¿Pero bueno, y hasta cuándo?, ¿hasta cuándo planeas no hablarme?, he intentado todo lo posible. No soporto esto. —Miraba las flores, un sobre blanco entre ellas. Eché un vistazo a lo que mi mamá hacía antes de abrir el sobre.

Su letra, la reconocí, tal y como estaba su grafía en su nota donde me había dejado el dinero con el portero del condominio.

«Cuando veas esto, por favor, llámame.»

Debajo estaba su número telefónico.

Tomé el arreglo floral y lo llevé a mi habitación para verlo todos los días hasta que se marchitaran.

Marqué el número y luego de unos segundos contestaron.

—Sí ¿Buenas?

—Soy Lauren.

—Ah, ¿Ya estás de mejor humor?, ¿puedes cruzar?, estoy en mi casa.

Le colgué. No estaba muy segura de si quería ir. Pero después de media hora, cuando las luces en mi casa estaban apagadas, me escabullí a su casa.

Cuando toqué la puerta, Roger estaba informal, con un cuchillo de mantequilla en la mano. Primero miré el objeto punzante y después su rostro.

—Ven, entra.

Entré. Le seguí a la cocina.

—Estaba preparando estos bocadillos.

Encima de la meseta de la cocina habían unas masas de panecillos, tenían queso azul encima, y un poco de mantequilla que untaba con el cuchillo en su

mano. Al final había siete de ellos, yo solo me comí dos. Bebimos cerveza marrón, porque era su favorita.

Después me guío a su habitación, me llevaba de la mano.

—¿Por qué estabas enojada? —me preguntó.

Me senté en su cama mientras él seguía de pie.

—No me gustó que me dejaras en el pent-house, —fui honesta—, no usamos protección, tuve que tragarme como seis pastillas de emergencia. Eres indiferente. Y todo eso había sido tan especial para mí. —Me había levantado de la cama.

—Entiendo.

—¿Lo haces? —pregunté—. Porque no me hace gracia. Me enoja.

Agarró mi cara y me besó tranquilamente.

—Calma, no quedarás embarazada de mí.

—¿No, por qué? —pregunté. Una pregunta tan sencilla, una respuesta no tanto, no lo sabría con claridad tan fácil.

Él me observó a los ojos.

—Tal vez debas ir a casa, es tarde.

Me quedé mirándolo unos segundos más antes de alejarme y salir de su habitación, posteriormente de su casa hacia la mía.

## Capítulo 12

### Lo que el hielo oculto: advierte.

En la madrugada, sentía una mano en mi cara, después unos labios besarme la frente.

—Te amo Lauren. —La voz de mi mamá salió de la oscuridad.

Temía abrir los ojos porque no quería que se fuera, la quería allí, a mi lado, dándome el cariño que de día no me daba porque estaba castigándome, de alguna forma, por amanecer fuera de casa. Esos recuerdos me harían fuerte después.

Ese sábado me dirigí a la casa de Tania, a las tres de la tarde, Warren la estaba visitando también. Nos sentamos en la sala de su casa después de que me dijera que hiciera silencio porque su mamá dormía en la habitación.

—¿Te gusta hacerme bromas? —Le pregunté.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—¿Bromas?

—¿Nada te llega a la cabeza?

Me miró a los ojos por un rato, tratando de descifrarlo.

—En serio no sabe de qué le hablas. —Me contestó Warren—. En serio que no.

—¿Dónde estuviste el último jueves de febrero?

—Salimos a un bar. —Warren respondió.

—Estaba hablando con ella —le sonreí sarcástica.

—Es la verdad. —Se alzó de hombros ella—. ¿Te pasó algo?

—No. —Me peiné el cabello hacia atrás—. Chicos, debo irme.

Tania se levantó, y me acompañó a la puerta.

—Cuídate —me dijo tranquila.

Asentí y después salí. Andaba con mis patines en la mochila, pero entonces tenía un poco de miedo, y por más que deseaba sentirme ligera mientras me deslizaba por el hielo, el recuerdo de la vez pasada seguía muy vivo, y aun no

estaba muy segura si había sido real o si solo había sido mi imaginación.

Tomé un autobús a casa. Al llegar me senté frente a la puerta de salida, que estaba cubierta solo con un poco de nieve porque había puesto el paranieves encima de la puerta para evitar quedarnos encerradas de nuevo. Con mi celular llamé a Rosemary para que viniera a mi casa. Le dije que la necesitaba porque moría del aburrimiento.

Quince minutos después el auto de Vladi se parqueó en frente de mí, Rosemary se bajó y Vid le siguió. Segundos después Vladi salió con una neverita.

—Vinimos a hacerte una fiesta mi amor. —Vid me besó frente a mi casa, agarrando mi cara y haciendo que me pusiera de puntillas. Cuando me soltó miré a la casa de Roger, su camioneta estaba afuera, pero a él no le veía.

Les sonreía a los tres.

—Bien, ¿entramos? Mamá está adentro, está organizando su habitación pero pueden saludarla.

—No, después. —Vid se sentó en el jardín delantero, que estaba cubierto de nieve, de la neverita sacó una botella de cerveza negra.

Vladi encendió la música de su auto, un tipo de rock contemporáneo. Rosemary cabeceó al ritmo de la música y se sentó al lado de su hermano. Yo me acerqué a Vladi, quien estaba recostado de su auto con una botella que Vid le había lanzado.

Crucé los brazos.

—Hola.

Vladi se dio un trago largo de la cerveza.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—¿Qué quieres?

—Anda Vladi, no sea necio. —Rosemary le respondió, porque estaba ignorándome de nuevo.

Me acerqué un poco más.

—Solo quiero saber algo.

Rosemary se levantó con una botella para mí.

—¿Qué quiere saber?

—Es algo personal Rosemary, pero nada malo. —Ella asintió mirando ahora a Vladi. Le agarré el brazo—. Puedes quedarte mientras pregunto. Vladi, ¿te gustan los conejos?

Por primera vez me miró.

—¿Conejos?



—¿Conejos dice? —Rosemary alternó miradas entre ambos.

Vid se levantó.

—¿Conejos? —Me agarró de la cintura y me pegó a él. Traté de alejarme un poco.

—Sí, los conejos, vaya, ¿Qué es lo raro? —pregunté.

Además de Tania, Vladi también sabía donde yo patinaba, y si no era Tania, porque ella ya tenía una coartada, entonces era Vladi. Estaba tan segura.

—Que no soy fanático de los animales...

—¿Me la permiten un momento?

Todos voltearon a ver a Roger de pie en la acera. Ni siquiera lo había visto venir. Rosemary, por su rostro, sé que lo reconoció, y me miró expectante por haberle mentado. El hombre que había ido a buscarme al escuela vivía frente a mi casa, después abrió la boca, como si hubiese descifrado algo más al yo quitar las manos de Vid de mi cintura; que el hombre parado delante nuestro era el *Roger* de quien yo le había hablado antes.

—Claro, es suya, si ella quiere ir —respondió Vladi, quien fue el único que no parecía sorprendido o confundido, como lo estaba Rosemary al descubrir que él era el hombre con quien me había acostado, como lo estaba Vid porque yo me había apartado de él, como lo estaba yo por la actitud que le veía a Roger en el rostro.

Me alejé de los muchachos, y cuando Roger agarró mi brazo la botella en mi mano cayó al suelo, pero no se rompió sino que la nieve se tinto de la cerveza.

Cruzamos la calle y me llevó detrás de su camioneta.

—¿Quiénes son esas personas?

—Amigos de la escuela. —Solté mi brazo de su agarre.

—Mentira, tu escuela es de solo niñas.

Solté el aire.

—Bueno, ¿y?

—No me mientas, me molesta que me mientas.

Me crucé de brazos.

—Uno es novio de mi amiga y el otro es su hermano, Roger yo no entiendo de qué va todo esto. Estaba aburrida y ellos vinieron a hacerme compañía.

—Yo no quiero que seas amiga de esa clase de personas.

Sentí un bajón justo en el estómago.

—¿Qué, por qué?

—Llegan a urbanizaciones, suben música ruidosa en medio de la calle y

planean emborracharse en un sitio donde debería haber armonía. —Señaló hacia allá—. A ese chico rubio le gustas, ¿dime?

Me di la vuelta, para irme y dejarlo con la pregunta en la boca. La verdad, nunca había tenido que lidiar con un hombre celoso, si era eso que tenía Roger, si realmente yo le importaba. Derek era un niño cuando éramos novios, y yo no tenía muchos amigos además de Gary y Kristal.

Roger me volteó hacia él y después agarró mi quijada con una sola mano para que lo mirara a la cara.

—Lauren no intentes ser lista conmigo, no pretendas que soy tonto.

Yo no sentí miedo, ni escalofríos, solo sentía mariposas porque en ese entonces todavía él me gustaba, y cualquier toque, aunque sea uno brusco como ese, enviaba partículas de electricidad a mis extremidades, especialmente a mis rodillas, quizás a mi cerebro que no me dejaba identificar la situación como una de peligro, más aun, como una advertencia.

—¡No! *Mi amor*, yo no te trato como tonto. —Me soltó la quijada.

Me la toqué todavía sintiendo sus dedos apretar mis mejillas y las paredes de mi boca molestar por el roce con los dientes. Yo creía que Roger exageraba, porque no tenía idea de que él había visto como Vid me besaba.

Yo le estaba engañando frente a sus narices, y de seguro se sintió traicionado. Pero hablo en serio, yo no quería engañarle, yo solo no quería romperle el corazón a Vid. No sabía cómo pedirle que no me besara. No sabía cómo explicarle eso a Roger.

Me mordí el labio.

—¿Vas a salir?

—Sí —respondió, luego se me acercó mirando mis ojos, y yo los de él, porque te perdías, como si fuera un sol que se cuele por las hojas de los árboles que están todavía tiernos.

Él puso una mano detrás de mi cuello, la otra en mi cintura y me besó allí en la acera. Cuando me soltó, echó mi cabello hacia atrás. Dio la vuelta, se subió en su camioneta, y se marchó.

Cuando la camioneta desapareció pude ver a los chicos al frente, del otro lado de la calle, en el jardín de mi casa todavía. Vid y Rosemary me miraban y Vladi se embizcaba la botella. Yo pedía dentro de mí que no hayan visto nada de lo que había ocurrido.

—¿Esta es su habitación? —preguntó Rosemary, en ese instante mi mamá entró con dos vasos de jugo natural. Segundos después le dijo a Rosemary que saldría, aunque sé que me lo quería decir a mí pero aún no me hablaba.

Era domingo, el primero de marzo. Rosemary seguía sentada en mi silla de estudio y yo estaba acostada en mi cama, con mi vaso de jugo en el suelo.

—Sí, un poco oscuro, lo sé. No me gusta abrir las ventanas.

—No, está cómodo. —Miró alrededor. Bebió del jugo e hizo una mueca de disgusto.

—Déjame adivinar, agrio, muy agrio. A Laura le gusta así.

—¿Laura es el nombre de su madre?

Asentí mientras tomaba los vasos de jugo y los ponía junto a la puerta, me volví a lanzar a la cama.

—No me tome de entrometida o chismosa, pero el hombre que le llamó ayer ¿es su pareja?

—Sí.

—Es como muy mayor para usted —habló sin pensar, luego corrigió—. Pero es buenmozo, su cabello es tan rubio como el de mi hermano, supongo que usted va por los rubios. Lo que me lleva a, mire, escuche Lauren, yo sé que usted no quiere dañar a mi hermano, pero no puede permitir que él le bese si usted ya tiene novio, a la larga le hará el doble de daño esta situación a los dos.

—Lo sé —respondí pensativa. Rosemary tenía toda la razón.

—Por lo demás no se preocupe, yo no le juzgo, el hombre se ve que es lindo.

—Y es bueno en la cama. —Me reí.

—Pero me dijo que no utilizaban protección, es un necio.

Me levanté de la cama, con las manos en mi cintura y tratando de ocultar una sonrisa.

—Me dijo que no quedaría embarazada aun así.

Rosemary hizo una mueca.

—¿Usted le cree?, ¿Se hizo vasectomía tan joven? Porque no es tan viejo para hacerse eso.

Me alcé de hombros y me volteé hacia el armario a mirar ropa porque me estaba aburriendo acostada en la cama.

—Yo no sé. Además no me he vuelto a acostar con él.

Rosemary se levantó a mi lado. Miraba mi perfil. Yo la sentía un poco dudosa.

—¿Por qué le preguntó a mi novio si le gustaban los conejos?, ¿planea buscarle un conejo?

—¿Qué? No. —Me reí—. No... —caminé hacia la cama y me senté, ella hizo lo mismo—. Voy al lago cisne a patinar.

—¿Ajá?

—Tania sabe dónde es, yo la llevé, y un día Vladi me siguió hasta antes de entrar por el sendero.

—¿Qué mi novio le siguió a usted?, ¿para qué?

—Me iba a hablar de Vid y de sus problemas.

—¿Problemas?

—Que había tenido una recaída por mi culpa, y cosas así.

Rosemary se rascó la cabeza.

—Solo ellos dos saben el lugar donde voy a patinar, yo pensé que me habían jugado una broma.

—¿De qué trató la broma? —Se volteó a mirarme la cara, ya que solo estaba mirando a la pared.

—Mientras daba una voltereta vi a un conejo blanco en la orilla del lago, sus ojos de plástico miraban directo a mí, y tenía dientes redondeados pero cuadrados, una sonrisa siniestra. Cuando me levanté del suelo, porque me caí, ya no estaba. No lo sé, pensé que uno de ellos quería asustarme.

—¿Pero por qué Tania y mi novio querían asustarle Lauren?

Medité en su pregunta. ¿Para qué querían asustarme? Tania ya no me veía como una amenaza, puesto que Warren se distanció de mi al saber que Tania no le agradaba mi cercanía, y yo le desagradaba tanto a Vladi que era hasta imposible que se tomara su tiempo para asustarme.

—Cuidado si fue una visión —sugirió—. Buscaré en el internet que significa soñar con conejos, puede darnos una pista de que los espíritus querían decirle.

—¿Espíritus, Rosemary? —pregunté, yo estaba en serio—. No fue una visión, estoy tan segura, lo vi con mis ojos, —Me topé los ojos—, y sé que me miraba. No sé cómo desapareció tan rápido, seguro se escondió entre la nieve, entre los arboles vestidos de blanco. Pero era real, quiero saber quién diablos quería asustarme.

—Dice que es un buen augurio, —Veía la pantalla de su celular—, déjeme leerle los más interesantes: los conejos de color blanco son promesas. Si este huye, es porque tiene el riesgo de perder algo de valor de forma súbita, pero que lo recuperará.

—¿Debo confiar en eso?

—Bueno, es interesante, promesa. Seguro una promesa de amor... Lauren, la cosa seguro va en serio con su novio mayor.

—Ese conejo no parecía amigable, no se veía como que me quería hacer una promesa de amor.

Rosemary escuchó mis palabras y después de temblar se levantó de la cama.

—Da un poco de miedo, mejor vayamos a mi casa, ¿sí?

Tomé el abrigo de encima de la mesa. —Claro, vámonos.

## Capítulo 13

### Lo que el hielo ocultó: aturde.

Contenía la respiración hasta que mi subconsciente avisó a mis pulmones que necesitaba respirar. Me reí. Él sonrió sin mostrar los dientes al ver mi derrota.

La puerta de su consultorio sonó, así que me levanté de su regazo, alisé mi uniforme y tomé mi mochila.

—Nos vemos después.

Él estaba sonriendo mientras se pasaba la mano por la barbilla.

—Está bien.

Abrí la puerta y la recepcionista avisó que había llegado la paciente vip que él había estado esperando. Salí mientras la mujer con gafas y apósitos en la nariz entraba al consultorio.

Era una mujer muy mayor, como de cincuenta años, que de lejos se veía era una mujer acomodada por su forma de caminar y su actitud. Me costaba adivinar qué era real en ella y que no.

Él trabajo de Roger era cambiar a las personas, transformarlas en algo que no eran para que fueran felices. Modificar sus cuerpos, sus rostros, las cosas que no le agradaban de ellos. Él era bueno en eso, y tenía una carrera exitosa por delante.

No puedo creer que alguna vez sentí tener suerte por estar con él, por ser su pareja.

Llegué a casa temprano. Era lunes y me tocaba cocinar. Cuando entré a la cocina ya había comida hecha encima del desayunador.

—Te traje un poco del pavo que cocinó Herman para mí. Hoy solo tuvimos medio día de trabajo.

Asentí mientras buscaba un cubierto para probar el pavo. Ella estaba detrás de mí.

—Dios mío Lauren, el jueves no dormí hasta las seis de la mañana esperando por ti, ¿por qué me asustas de esa forma?, ¿te molestaba tanto llamarme y decirme que pasarías la noche afuera?

—Lo siento.

Cerró los ojos, y luego los abrió y se acercó a mí para envolverme en sus brazos.

—Lauren las cosas han cambiado tanto. —Acariciaba mi cabello—. Casi no te veo en toda la semana, me estaba preguntado si el cambio te había hecho bien, si extrañas Friburgo.

—No extraño a Friburgo.

Me soltó y me agarró la cara.

—¿Segura?

—Segura.

—¿Ya te acostumbraste a las personas de aquí y todo?

—Sí, me acostumbré a aquí y a las personas de aquí y todo. —Le sonreí, inocentemente.

○

El día en que se cumplía ocho días de haber visto el conejo, volví al lago. Estaba abrigada, pero ligeramente. La noche andaba fresca, con mucho viento y pocas estrellas.

Mientras andaba por el sendero y el sol se ocultaba escuchaba unos golpes con pequeños intervalos de tiempo entre sí. Al llegar al lago una silueta gris se agachaba y se levantaba al compás de los sonidos de un martillo golpeando el hielo. Fruncí el ceño.

—¡Oye, Tania, Vladi!, ya basta, ¿por qué destruyen mi pista de hielo? —Voceé indignada.

La silueta se volteó. Un conejo gris con cara de confundido, diferente al blanco de la otra vez. Soltó el martillo a un lado y caminó hacia mí a paso lento. Yo retrocedí.

—¿Tania? —pregunté en voz baja—, ¿Vladi?

A unos cuantos pasos de mí extendió su mano.

—¿Por qué destruyes mi pista de hielo?

No me respondió pero seguía caminando hacia mí. Saqué mi mano de dentro de mi mochila y clavé mi patín en su hombro izquierdo. El patín atravesó su disfraz de conejo y la persona dentro gritó de dolor.

Era un hombre, por la voz.

No recogí mi patín cuando se lo arrancó del hombro ni le pregunté si se encontraba bien, corrí de allí a casa, en cualquiera de los casos yo era quien

estaba en desventaja.

○

Miraba al cielo pintarse de negro. Creo que estaba recostada en una especie de capa de nieve sin poder moverme en lo absoluto. De pronto, en mi campo de visión entra un conejo, y lo siguiente que veo es que me golpea con un martillo.

Todo negro después.

Desperté, asustada. Estaba en medio de la oscuridad de mi habitación que a la vez era el lugar donde estaba a salvo.

Me levanté con mi sabana cubriéndome y caminé a la habitación de mi mamá. Me acurruqué en su cama. Ella estaba despierta haciendo unas cuentas para el trabajo, más no me dijo nada.

Traté de tranquilizarme, *todo* había sido solo un sueño, una pesadilla por mi sentimiento de culpabilidad al enterrarle el filo del patín en el hombro a ese conejo.

○

Roger tenía las manos realmente calientes y reconfortantes, aunque no podía decidir cuál de las dos sensaciones eran mejores; él de sus manos en mi cara o el de sus labios en los míos, pero me daban cosquillas, o no sé si eran las hormigas en mis rodillas.

—Ya basta. —Lo detuve.

—Está bien. —Me soltó, volvió a cambiar el canal de televisión—. ¿Ahora sí?

—Sí —asentí mientras quitaba su camisa en silencio. Él me volvió a besar, y yo le agarré el rostro esta vez.

—Dime algo, —Solté la respiración—, ¿No puedes tener hijos?

Negó lentamente, mirándome a los ojos.

Sus manos en mi cintura me hicieron cosquillas, y sus labios volvieron a los míos.

—Te dije ya basta. —Pedí en voz ahogada. Volví a respirar profundo—. ¿Por qué?

—Cosas que pasan.

Acaricié su abdomen con ambas manos mientras dejaba besos en su cuello,



sus hombros, hasta llegar a su mano y besarla.

—Me encantas. —Dejé un beso ruidoso en su mano derecha y seguí observándola, la tomé y la bajé por mi vientre hasta dentro de mis pantalones. Cerré los ojos ante la sensación.

Un recuerdo, parecido a un relámpago, vino a mí, y dejé de mover mi cuerpo.

—Roger vi un conejo extraño. —Él dejó de besarme el cuello y quitó su mano para ponerla en mi cintura.

—¿Un conejo Lauren?

—Eh sí, en un lago, creo haberlo visto, dos veces, una amiga dice que fue una visión, yo tuve una pesadilla hace unos días también. Es un poco espeluznante.

—¿Y dónde los viste?

—En un lago, Lago Cisne, ¿lo conoces?

—Claro. ¿Qué hacías allá?

—Voy a patinar algunas veces. Y me quedé hasta tarde ese día. La segunda vez volví y era uno diferente.

—¿Diferente?

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—Le clavé uno de mis patines. No he vuelto porque tengo miedo.

—¿Un patín?

—El filo del patín, —Toqué con mis dedos su pecho derecho—, aquí. —Su piel allí estaba lisa y sana, sin ninguna contusión o daño. Entonces, la sospecha de que podría haber sido él, la pequeña sospecha, desapareció por completo.

Él acarició mi cabello y después sus manos se quedaron en la parte baja de mi cabeza.

—Tan bonita —respiró profundo mientras agarraba uno de mis labios con su boca, respiré en la de él, perdiendo el aliento. Fue la primera vez que me llamó bonita—, seguro tenías mucha hambre, vamos, tú eres más inteligente que eso, ¿no creerás que fue verdad?

No le respondí.

—¿Lauren?

—¿Sí? —Yo tenía los ojos cerrados—. Dejé mi patín clavado en su hombro... era *real*.

—¿Puedo? —Ambas manos tuyas estaban en mis caderas, tocando el borde

de mi pantalón. Abrí los ojos lentamente para asentir.

○

Sí desperté junto a él, pero estaba vestido, alistándose para irse a trabajar. Le silbé para que se diera cuenta de que estaba despierta.

—Buenos días, bonita.

Sonreí pensando que sí, realmente era bonita e inteligente como para creerme que vería un conejo en medio de ese bosque. Y quizás un poco neurótica como para dejar un patín allí, creyendo que se lo había clavado a Tania o a Vladi como venganza por quererme asustar.

—Buenos días, Roger.

—Prepararé un desayuno, alístate para llevarte a casa.

Era muy temprano en la mañana, como las cinco. Mis parpados pesaban del sueño y realmente no quería levantarme. Me volteé para quedar bocarriba y mirar al techo.

—¿Roger?

—¿Sí?

—¿A qué edad te casaste?

—A los veintitrés.

—¿Y ella tenía tu edad?

—Un año menos, Lauren, ¿por qué te interesa tanto ella?

Me alcé de hombros apartando la mirada del techo, y lo miré.

—Por nada.

Roger se movió y tomó su celular de la mesita de noche.

—Date prisa. —Me pidió.

○

Roger y yo estábamos en un festival de cerveza que duraba toda una semana. En medio de la plaza había unas mujeres voluptuosas bailando encima de un escenario y había varios barriles dando cerveza gratis. Eran las seis de la tarde, y el sol había aparecido aunque aún había nieve.

Rosemary me saludó de la nada. Y después lo hizo Albert, a quien tenía mucho tiempo no veía, y su novia. Vladi no me saludó, pero cuando Vid llegó hacia donde estábamos me tomó la cara y me besó. Yo me perdí por unos segundos completamente.

De pronto, cuando abrí los ojos, Vid estaba en el suelo con la boca ensangrentada, incluyendo los dientes cubiertos de sangre, luciendo confundido mientras miraba su mano sucia del líquido espeso. Rosemary, Albert, y su novia miraban atónitos a Roger, y Vladi me miró a mí antes de bajarse a ayudar a Vid.

Todo eso paso en cuestión de segundos, porque no pude ni siquiera hablar. Roger agarró mi brazo y me llevaba hacia donde habíamos parqueado su camioneta.

Nos detuvimos en el lado del copiloto. Alcé la vista y entonces Roger empuñó su mano y me golpeó en la nariz con toda la fuerza que tenía, con la misma fuerza que de seguro golpeó a Vid. El golpe me dejó tan aturdida que ni siquiera me dolía en un principio, no caí al suelo porque su brazo me sujetaba y después me empujó hacia dentro de su camioneta.

Aun allí subida, y con ella en marcha, no podía pensar con claridad que estaba ocurriendo.

Entonces, poco a poco, mi nariz se empezó a calentar y el dolor a esparcirse. Un dolor tan fuerte que los ojos se me aguaron y mi mente por fin se esclareció para darme cuenta que la causa de mi dolor estaba a mi lado, conduciendo. Que Roger Bernard me había golpeado y había golpeado a mi amigo. Me quejé al sentir algo correr por mi nariz. Me tragué el dolor y las ganas de llorar, él me había golpeado y yo no quería darle el gusto de llorarle a él.

La camioneta se detuvo, Roger echó mi asiento hacia detrás, y alzó mi quijada. Sacó un pañuelo de una gaveta de la camioneta para limpiarme la sangre. Yo cerré los ojos ante el dolor, y perdí la lucha, una lágrima se me escapó por la esquina del ojo, y empecé a llorar sin poderme detener.

○

En la escuela tenía mucho apuro de mirar a Rosemary a la cara. Ni quería aclararle nada de lo que había ocurrido porque aun sabía que era mi culpa. Sin embargo ella no se apartó de mí, a la hora de receso se sentó a mi lado aunque no cruzamos palabras en todo los veinte minutos. De igual forma a la hora de salida caminó a mi lado hasta el portón de la salida, y después de observarme no responderle la mirada, se marchó en el auto de su novio.

Roger me llevo a un bar que se encontraba al otro extremo de la ciudad. El golpe estaba muy reciente, unos días atrás, así que estaba un poco sensible y

resentida. Incluso me había dejado el cabello suelto para que sea más difícil fijarse en mi cara, en la escuela y a mi mamá les había dicho que me caí y me había golpeado con una barandilla de metal en la calle.

Ellos me creyeron; al menos nadie indagó demasiado como para que llegara al punto de hacer que me desmoronara a llorar.

Cuando salimos del bar me llevo a caminar por la calle, con mi mano en su mano, mi rostro mirando hacia abajo. De pronto sentí que no podía fingir más que todo estaba bien, que no me había dolido, que todo estaba claro.

Me detuve y la mano de Roger me halaba suavemente para que siguiera caminando, como no lo hacía, él volteó a mirarme, acarició con su palma derecha mi cara.

—Ya pasó.

Asentí.

—Roger, perdón, pero... —Cerré los ojos—, no es lo que pensabas.

El quitó mi cabello de la cara y me observó. Yo estaba esperando sus disculpas por golpearme en la nariz, pero cuando veía sus ojos era como si sintiera que él no recordaba haberme agredido, como si esa situación nunca hubiera pasado.

En sus ojos no había culpa como la había en los míos. No había remordimiento o dolor. Era como si me estuviera mirando y estuviera pensando que era una cita normal y que ambos la estábamos pasando bien.

—Ya, ya —susurró.

Yo cerré los ojos y dejé que me abrazara. Más o menos un abrazo, sus manos ambas estaban en mi cintura y su cara descansaba en mi cuello, con su respiración calentándome y calmando mis nervios porque mi corazón latía rápido.

Las personas nos pasaban por el lado pero no se detenían a mirarnos, estábamos allí en medio de una acera, en una noche de invierno, tranquilos, en esa clase de abrazo. Intentando, de alguna forma enferma, empezar de nuevo y olvidar lo que había ocurrido.

Pero me fue imposible. Después de ese día me alejé mucho de Roger. Estaba en una completa desilusión y me sentía muy decaída. Él seguía buscándome, y me enviaba regalos a la casa, pero yo estaba muy ocupada ocultando el moretón en mi nariz como para hacerle caso.

Le odiaba tanto por golpearme. Le odiaba tanto por actuar sin culpabilidad, como si no recordara lo que había ocurrido. Le odiaba tanto, tanto, con todas mis fuerzas. Quería golpearlo también. Quería vengarme. Pero entonces con el

paso de marzo ante nuestros ojos las cosas fueron cambiando drásticamente.

Súbitamente, en la casa había una mudanza, poco a poco mi mamá llevaba su ropa a la casa de Herman y vendía los ajuares que teníamos. Observé como mi segundo hogar en toda mi vida se quedaba sin vida y solo quedaba la nevera, la estufa, el sofá, y nuestras camas.

Mi mamá me había contado a mitad de marzo que nos iríamos a vivir con Herman. Él tenía un hijo de siete años de edad que lo visitaba los fines de semana y que podía usar la habitación de él y, compartirla cuando él volviera, en lo que Herman acondicionaba mi habitación en su casa. Yo aun así no quería mudarme lejos de *Roger*.

Rosemary visitaba mi casa vacía, junto a Tania. Pero los chicos no.

—Quiero que termine con él. —Rosemary me pedía.

—No Rosemary, yo me lo busqué, sabía que pasaría. Yo no podía engañarlo en su cara. Y él no me ha hecho daño, parece como si eso nunca hubiese ocurrido.

—¿Acaso lo amas? —me preguntaba Tania.

Pero yo no amaba a Roger Bernard todavía.

—Lo quiero tanto.

—¿Ha seguido viéndolo?

Entonces yo asentía un poco avergonzada.

Porque lo seguí viendo después de dos semanas de evitarlo. Yo lo perdoné. Lo perdoné y me sentía libre de no mantenerle rencor. Y él me encantaba, y yo solía amanecer en su pent-house varias noches porque me negaba a ir a la casa Herman.

El golpe parecía haberse enterrado en el pasado, pero nada se entierra sino se descubre por completo. Debí haberlo sabido.

○

Una tarde cuando compraba galletas en el mercado que se encontraba en el centro de la ciudad con Tania, Vladi y Vid aparecieron.

Vid se puso nervioso, y Vladi me ignoró de la manera más cruel.

Nunca le pedí disculpas por que mi pareja le había golpeado, aunque sabía que era lo debido. Rosemary tampoco me comunicó si había tenido recaída o algo, porque me dijo cordialmente que no era mi asunto.

Rosemary nunca cambió su actitud conmigo. Aunque debió de hacerlo, sí al menos hubiese cambiado su actitud yo lo hubiese notado; que todo andaba mal

y que debía cambiar yo también.

Mamá dejó de preocuparse por hacia donde me dirigía cada vez que salía, porque estaba muy ocupada con asentarse a la nueva casa, que no era totalmente oficial porque mi habitación seguía en la vieja casa. Ella estaba estable, pero su hija, yo, no lo estaba.

Vladi me aborrecía más, cada vez que me veía con Rosemary o que la recogía en la escuela podía percibirlo. Yo no paraba de preguntarme si me aborrecía porque Vid había sido golpeado por mi culpa o porque le había clavado mi patín en el hombro mientras trataba de asustarme vestido de conejo. Yo quería comprobar la herida en su hombro, pero francamente, ¿Cómo le hacía para pedirle, hey, quiero ver tu torso desnudo? Sería, en todos los sentidos, inapropiado.

De igual forma no era ya tan importante, olvidé a Lago Cisne por todo ese tiempo. Me hice la idea de que, si era falso o no el conejo, no importaba, no valía la pena arriesgar la vida por patinar en hielo.

Desde que a mi casa llegó la carta de expulsión de la academia de patinaje debí haberme rendido, desde que mi foto y mi lugar de honor junto al de Kristal fueron quitados de la página oficial de la academia debí saber que nunca más podría patinar como un sueño. Que mi futuro se había perdido por completo, y que después de que terminara la escuela, ¿Qué me quedaba?

Yo dejé de patinar en el Lago Cisne, no solo por el conejo, sino por el cambio de estación que poco a poco venía, el arroyo debajo del puente que estaba cerca de la cafetería a la que Roger me llevaba los sábados en la mañana se estaba descongelado poco a poco.

El invierno terminaba, y mi pesadilla empezaba.

No sé en qué momento me enamoré de verdad, en que momento el sentimiento creció así. Que lo sentía dentro de mí, en mi corazón. ¿Cómo confundí el sentimiento de enamorarse con el sentimiento del miedo? La verdad es que los dos se sentían tan iguales.

## Capítulo 14

### Lo que el hielo ocultó: embosca.

Roger entraba a su habitación con un maletín, parecía de su consultorio, lo que me pareció extraño. Era sábado. No iría a trabajar. Notó que yo lo miraba y me sonrió, después de bajar los hombros se acercó a mí.

—Lauren, quiero que vengas conmigo a mi casa de retiro en el bosque.

—¿Tú casa del bosque? —pregunté un poco confundida.

—Me voy de licencia en verano, aunque constantemente vuelvo a la ciudad, son mis vacaciones.

—¿Cuándo será?

—Pronto.

—¿Por cuánto tiempo?

—Solo un mes.

Le sonreí.

—Me suena maravilloso. ¿Qué haríamos? —pregunté emocionada, sentándome en la cama.

—Tener mucho tiempo a solas, alejarnos un poco de la ciudad, paz, tranquilidad.

Fantaseé la idea solo unos segundos. A mí me sonó bien. Me levanté de la cama, me acerqué a él y le planté un beso en los labios.

—Iría donde sea contigo, Roger. —Lo miré a los ojos—. ¿Me crees?

Me besó.

—Te creo.

○

—Oiga Lauren, ¿entendió el repaso del examen? Yo la verdad no entendí ni pio.

Tania se nos paró al frente con la cara amarrada.

—¡Maldita sea!

—¿Qué te ocurre Tania? —Le pregunté.

—¿Ya escucharon? No nos darán el mes completo de vacaciones este año, y además tendremos que hacer un año de intercambio obligatorio, todo por la broma de la bomba de gas de las chicas eslovenas.

Me mordí el labio dentro de la boca.

—¿No les afecta?

—No mucho.

—Yo no sabía de esto, en mi antigua escuela solo nos daban una semana en abril. —Yo me excusé alzándome de hombros.

—Ah—, alzó el brazo para pasarse la mano por la trenza de lado que tenía —, el próximo lunes es la foto para el mural de la escuela. Tienen que venir, ya saben, como los lunes.

Seguimos caminando y ella se metió entre nosotras dos.

—Y Lauren, tienes que cubrir estas. —Me tocó el seno izquierdo.

Rodé los ojos.

—Lo que sea, ugh, ¿ni siquiera se nota?

—Si se nota Lauren, —Rosemary confesó—, pero usted es libre de hacer lo que quiera.

—Sí, pero la supervisora ya me ha visto y me llamó la atención —susurré. Después miré la mano de Tania aun en mi seno—. Ya puedes quitar tu mano.

Tania la quitó, y Rosemary y ella rieron.

—¿Qué? —pregunté con una sonrisa también.

—Nada, nada, es solo que, la expresión que usted hizo...

—Sí, fue como de...

Alguien me tocó el hombro y me volteé, al frente de mi estaba Herman, más atrás de él su automóvil blanco.

—Herman.

—*Herman*. —Repitió Tania interesada—, ¿me lo presentarás? —Lo miró a él y después a mí.

—Además de que no quiero que Warren me aniquile, Herman es mi probable padrastro.

Él se limpió la garganta.

—Hola señoritas. —Les dio la mano a ambas, después a mí—. Hola Lauren.

Nos quedamos en silencio, esperando, él reaccionó.

—Tú mamá me pidió que te recogiera.

—Gracias pero sé llegar a casa, no te lo tomes personal... —Yo miraba a Rosemary mientras hablaba.



—No, de eso voy a hablarte, deja que te lleve.

Me alcé de hombros y miré a Tania y a Rosemary, ambas lo miraban con demasiada atención.

—Chicas adiós —me despedí.

Mientras Herman conducía, la radio se escuchaba con interferencia, finalmente bajó el volumen a cero y se limpió la garganta de nuevo.

—Tú mamá movió tus cosas a la nueva casa, ya no hay nada allá.

Abrí los ojos y asentí.

—Vaya —exhalé. Pensé que los reclamos los reservaría para mi mamá, no para él.

—Quiero que te sientas como en casa.

—Bueno, no me había acostumbrado bien a la anterior de todas formas.

Sus dedos bailaron por el volante.

—Tú mamá estaba ocupada en la oficina y yo tenía tiempo libre así que me ofrecí ayudarla.

—Sí, creo que me lo dijiste. —Miré por la ventana y luego volví a mirar hacia delante—. Herman, ¿no cree que todo sea muy rápido? Digo, conoce a mi mamá y ya se la quiere llevar a vivir a la casa, sin saber cómo serán las cosas.

—Lauren —bajó la voz, sonaba entusiasmado—, yo conozco a tu mamá desde que tenías siete años, que ella tenía un tiempo de trabajar para la empresa en Friburgo, eras una pequeña y algunas veces te llevaba a la oficina y tú cantabas y todo el mundo se sentía feliz.

—¿Y por qué dejé de ir? —pregunté para ver si sabía. Yo recordaba perfectamente de que él hablaba. Yo iba a la oficina y cantaba y cantaba canciones en portugués y alemán. Un día mi mamá me apuntó en la academia de patinaje después de clases.

—Ingresaste a la Academia Hielo Azul, incluso eras una de las mejores —sonrió.

Supuse que él sabía del video también. Pero él no lo mencionó.

—Hace unas semanas se cumplió un año de nuestra primera cita, Lauren, tú mamá es lo que yo había estado esperando. Ambos... —Se quedó en silencio, hizo una mueca con la boca—, ambos tuvimos mala suerte en el amor.

—Ajá, claro.

Volteó a mirarme.

—Creo que es nuestro momento de ser felices, y quiero que tú seas parte de esto. Quisiera ser el padre que...

—Wow... —Me eché hacia atrás, pegando mi quijada hasta mi cuello.

Se rió.

—¿Muy rápido?

—*Muy* rápido. —Me acomodé en el asiento—. Mira yo no conocí nunca a mi papá, no tienes ningún estándar para seguir. Yo no quiero un papá, pero no es que te esté rechazando, tu puedes ser mi padra...stro.

—Hasta podemos ser amigos.

Rodé los ojos divertida.

—¿No has visto mis amigos? Mi grupo no es el de viejos, lo siento.

—Cierto, esos son tus intereses amorosos.

Abrí la boca sorprendida. Riéndome le dije—: Oh, okay, bueno es cierto.

—El doctor y yo somos amigos.

—No sé qué responderte.

El automóvil se detuvo, el quitó la llave.

—Llegamos.

○

La casa de Herman era espaciosa pero modesta. Mi habitación estaba en el ático, pero ya no parecía un ático. Había grandes ventanales cubiertos de nieve, y la calefacción al menos servía. Además, tenía mi propio baño. No volví a salir hasta la noche, cuando mi mamá tocó la puerta y después entró.

—Me dijeron que querías hablar conmigo.

Le conté sobre irme con Roger.

—¡De ninguna manera!

Después pasó a decirme las miles de razones de por la cual no debía irme con él por un mes. Pero yo realmente no escuché.

○

—Me agrada tenerte así en casa. —Roger susurró a mis espaldas, dejó un beso en mi mejilla y siguió a la cocina. Veía su espalda desnuda, solo llevaba puesto ropa interior gris. Yo igual estaba en ropa interior. Estaba encorvada en la silla de la isla mientras miraba a la ventana, pensando.

Me mordí el labio.

—¿Puedes creerte eso? me llevó a vivir en la casa de él. Y no sé qué decirte, Herman me cae bien. Pero no me agrada tanto, tanto. Al menos

debieron salir por dos años más. Además, si ellos querían vivir juntos para acostarse todas las noches me podían dejar a mí en la casa fácilmente sin llevarme a la de él.

—¿Y tú mamá pagar un gasto innecesario? —Me preguntó dándose vuelta —. ¿Lauren?

Levanté la vista a sus ojos.

—¿Distraída? —Sonrió con maldad.

—Tú me distraes. Gracias.

Se rió y después se me acercó para abrazarme por detrás.

—¿Qué me dijiste de venirte conmigo?

—Me gustaría, a mami no le agrada mucho la idea.

Dejó de abrazarme para darme el frente.

—¿Y tú que piensas?

—No lo sé.

Me besó. Cerré mis ojos.

—¿Y ahora?

Los abrí lentamente.

—Uhm. No, no lo sé.

—Ven acá. —Me levantó de la silla. Me besó de nuevo, por más tiempo.

Mantuve mis ojos cerrados—. ¿Lauren?

—No te detengas —dije después de que parara de besarme.

—¿No volverás a la casa de tu padrastro esta noche?

Negué como si estuviera hipnotizada, lentamente abrí mis ojos para ver su rostro de satisfacción.

○

Una semana después nos tomamos la foto para el mural de la escuela, todas perfectamente alineadas con el uniforme de la escuela colgadas en la pared. Días después, el día ocho de abril tomé una decisión, me fui.

Al final, ya, ahí me iba con él.

## Capítulo 15

### Lo que el hielo ocultó: golpea.

—Es muy bonita —dije finalmente. La casa era acogedora. La fachada afuera era de madera pero dentro era una cabaña con inclusive techo de hormigón. La cocina era moderna y la sala también, era más pequeña que la casa de Roger y que su pent-house.

Era bonita y chiquita.

Dejé mi maleta con la ropa en la sala, y me tiré en el sofá a observar como él se quitaba la ropa pesada y dejaba las llaves de su camioneta encima de la mesa de madera.

La camioneta se había quedado atrás, a unos cuantos metros estaba la casa. Ese primer día descubrí la vitrina con vinos que tenía Roger. Me emborraché y me dormí temprano, porque me sentía mal por haber dejado a mi mamá atrás sin haberle dicho nada.

Cuando me levanté en la madrugada Roger no estaba a mi lado, pero la verdad es que no tenía ganas de levantarme en la oscuridad, con la penumbra que envolvía la casa, a buscarlo, porque estaba muy cansada por el viaje y todo el alcohol tratando de diluirse en mis venas.

Me levanté temprano y me pesaban los parpados, mi boca sabía amarga. Yo estaba muy entusiasmada por las actividades que podíamos hacer. Se me hacía la idea de acampar, pero todavía estaba muy frío. También se me ocurrió explorar los alrededores, caminar juntos, como hacíamos los viernes cerca del río que atravesaba la ciudad, después, cuando intenté buscar más ideas sobre qué hacer, no llegaron más. Estábamos en una casa en medio del bosque nevado, y las actividades eran pocas.

—¿Qué tan grande es esta propiedad?

—Solo un poco —respondió mientras servía un pedazo de carne en mi plato, y después uno en el de él. Había un tazón con puré de papas entre los dos.

—Bien, ¿Qué haremos?

—Hoy voy a salir —me anunció.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunté sirviéndome un poco de puré.

—Tú no iras. Te quedarás aquí.

Le observé esperando que dijera que estaba bromeando, pero siguió comiendo. A mí el apetito se me fue.

—¿Qué haré yo aquí sola?

—No lo sé Lauren, tú quisiste venir.

Siguió comiendo, y yo me levanté de la mesa porque quise llorar por su actitud seca. Él nunca había sido así conmigo, yo realmente no sé qué tenía el clima de esos lares que lo hizo cambiar así, ¿o siempre fue así y no me di cuenta?

Estaba en la habitación poniéndome medias cuando escuché la puerta cerrarse. Saqué mi maleta de debajo de la cama y saqué un abrigo largo de allí. Me dirigí a la puerta. Cuando intenté abrirla, descubrí que estaba cerrada por fuera. No podía creerlo, ¿por qué dejarme encerrada?

En mi corazón estaba esa mala sensación, ese sabor amargo. Ya me había arrepentido y quería volver a casa. O volver a la casa de Herman. Simplemente sentí que había hecho una mala decisión y miles de pensamientos malos tomaron posesión de mi cabeza, sin embargo ninguno nunca se asemejó a lo que sería la realidad.

Le di la vuelta a la casa, en vez de quedarme sentada en el piso con la mirada perdida pensando en a dónde había ido y por qué me había dejado... Había una sola habitación, un solo baño, una cocina, y sala comedor, la casa era cómoda pero solo para una pareja.

En las gavetas había fotos de una mujer con cabello castaño y piel pálida. Tenía ojos azules y le estaba sonriendo a la cámara. Intenté encontrar más fotos entre los papeles sin importancia, pero no encontré.

Observé la foto por mucho tiempo, la mujer, en sí, no era tan linda. Su cabello lo llevaba corto y su quijada era muy fina, pero sus ojos, si solo mirabas sus ojos te olvidabas de las cosas que le restaban belleza y era como si descubrieras que era llamativa. Esa mujer me hizo sentir débil con solo su mirar, y la pregunta latente en mi cabeza de quién era, además de mi resaca por el alcohol, me había hecho doler la cabeza.

Cerré los ojos con la foto en mi mano. Estaba sentada en una silla acolchada de la habitación, cuando los volví a abrir ya no estaba sentada, sino acostada en la cama, arrojada, sin la foto en mi mano.

○

Roger estaba sentado en el comedor, con un pantalón deportivo y un suéter de lana. Encima de la mesa estaba su computadora portátil, y mientras usaba lentes tecleaba algo en la computadora.

—¿Qué haces?

Él apartó la vista de la pantalla, y me miró de arriba abajo, sonrió.

—Nada, solo ultimaba detalles con mi secretaria sobre las citas que estoy aplazando por mis vacaciones.

—¿Tienes cobertura aquí?

—Sí. ¿Tú tienes?

—No he revisado mi celular, pero sabes que mi chatarra casi no funciona.

Él se levantó y agarró mi cara.

—Te voy a comprar uno nuevo. —Besó mis labios.

—No hace falta —respondí en voz baja.

Respiró por la nariz y después continuamos el beso. Viajó hasta mi cuello y sus manos bajaron de mi cara a mis caderas.

Cerré los ojos, algo andaba mal.

○

Roger volvió a salir esa noche, y yo creo que esas salidas eran más perturbantes que las de los sábados, pero en sí me daba tiempo para explorar más la casa.

No me importaba si él me había hallado con la foto de la mujer en mis manos, y no me había mencionado nada. Eso lo vi como bandera blanca para poder husmear en toda la casa, pero la verdad es que no había nada. Nada más. Daba vueltas por todas partes, inclusive bailaba, aunque me prometí que nunca más lo haría de esa manera en toda mi vida. Me tiraba en la cama, a mirar al techo y desear estar de vuelta en Múnich, hasta extrañaba a Rosemary y quería darle un abrazo a Vid. Incluso extrañaba a Vladi. A todos.

Esa noche cuando desperté en la madrugada, estaba acostada de lado y Roger me abrazaba. Él estaba frío, supe que acababa de llegar de afuera. Me mantuve con los ojos abiertos un largo rato, hasta que su cuerpo se calentó.

Al otro día me la pasé sola de igual forma, pero con una diferencia, Roger me había permitido usar su computadora portátil. No había nada muy

interesante, tenía su cuenta de usuario privada y yo estaba utilizando una de invitado.

Lo único que me provocaba hacer en el internet era entrar a la página web de la academia y ver mis videos estrella que no habían sido borrados todavía, y que tal vez nunca lo serían, por lo que significaban para la academia a pesar de mi error con el video filtrado.

Me mostraban a mí con mí vestido corto, amarillo pastel, mis patines blancos y una cola alta, bailando una melodía, totalmente perdida en ella. Ese día había ganado una medalla de plata, porque Kristal hizo el triple giro que a mí me había salido mal. Podía recordar la adrenalina del momento y el hecho de que no me sentí mal por haber ganado el segundo lugar.

Teclé mi nombre completo en el buscador y aparecieron un par de noticias sobre el video, y en última instancia mis redes sociales abandonadas. No entré a ningún link, sino que solo ojeé por encima. Esa noche me acosté temprano.

Sentí unos labios besar mi frente y me desperté con un escalofríos. Roger estaba de rodillas frente a la cama, su mano después la puso en mi mejilla. Acababa de llegar de la calle.

—Deja de irte y dejarme —susurré.

Él no me respondió.

—Al menos no me encierres como si fuera una prisionera.

—Solo te estaba protegiendo por si alguien intenta entrar a la casa y hacerte daño.

Me quedé mirándolo, se acercó y me besó.

—Quiero pasar tiempo contigo —interrumpí el beso.

—Creo que estás cansada.

—Mi mamá me estaba llamando, no le contesté la llamada —le anuncié. Se levantó del suelo.

Entrecerró los ojos.

—¿Tu teléfono funciona aquí?

—Sí, entran llamadas, algunas veces.

Pensó en eso.

—Lauren, ¿Dónde está tu celular?

—En el bolsillo delantero de mi maleta. ¿Quieres hacer una llamada?

—No.

Se quitó la ropa pesada, se acostó a mi lado, pero sin tocarme, me volteé a mirarlo. Empecé a acariciar su cara, y después dejé mi mano en su pecho. Me dormí.

Tecleé: «Roger Bernard».

Pero me aparecieron varios perfiles en redes sociales, busqué Roger Bernard cirujano. Aparecieron noticias sobre él y la clínica, había recibido un premio por ser uno de los más jóvenes cirujanos con miras al éxito en Múnich.

Hablaban muy bien de él y del hospital donde trabajaba. Las historias eran del año pasado, y no había nada muy reciente. Apoyé mi cabeza de mi puño mientras observaba y ojeaba.

Yo no sabía nada de Roger, estaba “enamorada” de un hombre que no conocía.

«Roger Bernard esposa», escribí. Aparecieron nuevos resultados.

*«Georgia Alexandra Koch fue encontrada muerta en su departamento, su madre dice que después de que las personas hayan preguntado por su ausencia en el trabajo, ella decidió ir a ver qué le ocurría. La policía tenía como primer sospechoso a su ex-esposo del que se había divorciado meses atrás, pero una coartada y varios testigos lo librarían de todos los cargos. Además de que, el hombre es un cirujano...»*

Salí de la página. Entré en otro resultado, entre líneas pude entender la historia que databa de años atrás: Alexandra fue asesinada en su departamento meses después de haberse divorciado de Roger en 1999, el matrimonio solo había durado dos años. Ella era hija de unos banqueros, quienes habían culpado a Roger del asesinato. Pero él tenía una coartada: estaba en una reunión del hospital. Las cámaras lo grababan a él hablando con los colegas y el dueño del hospital mientras su ex-esposa estaba siendo estrangulada.

La puerta sonó repetida veces. Me asusté y dejé la computadora.

No había nadie afuera. Me devolví a cerrar la portátil y empaqué de nuevo mis cosas: quería ir a casa.

Algo no estaba bien, es más, todo estaba mal. No podía esperar los tres días que faltaban para regresar, quería volver justo en ese instante.

Roger llegó cuando yo arrastraba la maleta a la sala.

—¿Qué haces? —me preguntó dejando una bolsa de cartón con comida.

—Trayendo mi maleta a la sala.

Se acercó a mí.

—¿Por?

—Me quiero ir.



—Sí, pero nos vamos en tres días.

—Me quiero ir ahora.

Lució confundido, como si no entendiera nada.

—¿Por qué, si la estamos pasando bien? —Pasó sus manos por mis hombros.

—Serás tú, porque yo me la paso aquí encerrada —escupí las palabras con rabia.

—Estar aquí es más seguro, es mejor, tienes todo lo que necesitas.

—¿Seguro de qué? ¡Roger estamos en medio de la nada, no hay nadie más aquí, solo tú y yo, nadie me va a hacer daño si salgo a dar una maldita vuelta y más si es contigo! —Abrí los brazos mientras articulaba con ellos, la maleta cayó de lado—. Es tú propiedad, se supone, es privado, nadie puede entrar a hacerme daño... —Levanté la maleta del suelo, y la volví a apretar con mi mano—. Quiero irme a-ho-ra, ¡ahora! No más días, ahora. —Grité, y me alejé de él. Me haló bruscamente de vuelta al lugar donde estaba.

—¿Hay algo más?, ¿Qué fue lo que te ocurrió mientras me fui? —Habló muy cerca de mí.

—¿Qué me va a ocurrir en medio de la nada? ¡Es por eso que me quiero ir, estoy aburrida, quiero la civilización! Esto no es lo que yo imaginaba que sería, no eran mis planes. Extraño a mi mamá, y a mis amigas, es todo, yo quiero que me lleves a casa.

—Mi camioneta saldrá de aquí el miércoles, si quieres volver para estar con el rubio que te roba besos tendrás que esperar a que te lleve yo.

No había soltado mi brazo.

—¿Para qué?, ¿para que me golpees y luego a él? ¡Te odio! —Le escupí en la ropa en un deliberado acto de repulsión. Se me escaparon las lágrimas de la rabia. Fue exactamente como si todavía sintiera la impotencia de cuando me golpeó de tal manera en la que me había dejado casi inconsciente. Descubrí algo: lo odiaba. Lo repudiaba tanto por haberme golpeado, porque nunca nadie se había atrevido a ponerme un dedo encima de esa forma—. Te odio, ¡quiero ir a mi casa, quiero volver! ¡No me puedes mantener aquí en contra de mi voluntad!

—¡La maldita puerta está ahí! —Me gritó de vuelta.

Mi corazón se detuvo unos instantes del miedo. Lo observé y luego me solté de su brazo. Estaba temblado todo mi cuerpo cuando caminé a la puerta. En ese momento estaba dispuesta a caminar y caminar hasta encontrar un viaje a casa en el medio de la nada. Pero antes de poder abrir la puerta, su mano

agarrando mi cabello y echando mi cabeza hacia atrás me detuvo.

—Nos vamos el miércoles. —Murmuró en mi rostro—. Necesito que guardes tu histeria para después.

Me soltó el cabello. La mueca de dolor se fue de mi cara, y después me quedé seria, mirándolo unos segundos conteniendo la respiración: yo había buscado esto, no había otra respuesta.

Me tranquilé en su habitación sin decirle nada más. Decidí que me quedaría allí hasta el miércoles sin siquiera salir un segundo. Al llegar a casa rompería toda relación con él. Esta vez yo estaba decidida de que iba a ser para siempre.

○

Sé que Roger desapareció esa noche también, por eso salí de la habitación por comida. Mientras cenaba, el miedo que sentía me daba náuseas. Deseaba tanto salir de allí que me levanté y probé la puerta a ver si estaba abierta. Volviendo a la cocina, me lavé las manos, entonces vi la ventana. Y como por impulso, la empujé: estaba abierta.

No miré hacia atrás, solo sé que salí de la cabaña. Supe que todo sería más difícil. Yo no tenía idea de donde me encontraba yo.

Estaba oscuro, las luces de la cabaña alumbraban solo un poco a su alrededor, pero mientras me fui alejando, solo las penumbras me rodeaban. Sin embargo, con los minutos pasando, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. La nieve era más escasa que antes, y los árboles daban espacio a la claridad de la luna.

Agradecí estar bien abrigada, porque el frío era insoportable. Yo tiritaba y me abrazaba a mí misma. Escapar de noche no era una buena idea, pero de día, con él ahí, ¿Cómo lo haría? Según yo escapar había sido la mejor idea que había tenido en meses.

Una voz femenina chilló. Fue algo tan repentino y corto que no estaba segura si había sido real. Eso había hecho que me detuviera tratando de no hacer ruido. Me tranquilicé a mí misma; seguro no había sido nada, y seguí caminando.

Llegué al sitio donde los árboles se abrían y estaban de cara a un espacio vacío. Me pareció conocido, unos segundos después y recordé: el Lago Cisne, pero al revés. Yo entraba del otro lado, pero ahora estaba en el lado opuesto.

Sentí felicidad, estaba tan cerca de casa. Tan cerca.

Otra vez el grito, y aún más cerca de mí. Visualicé a una figura peluda otra vez, e iba a huir, hasta que vi que forzaba a alguien. Había un hueco en el lago, y cuando enfoqué un poco mejor, descubrí que estaba ahogando a una mujer en el agua.

Grité y luego me tapé la boca con la mano derecha, pero la criatura estaba tan concentrada en la mujer que mantenía debajo del agua que no se percató de mi presencia.

Me alejé de allí con las manos temblándome, en realidad, todo me temblaba, desde las rodillas hasta las manos. No sabía qué hacer, pero no dejaría que Roger asesinara a otra mujer como lo había hecho con su esposa.

Busqué entre las ramas secas, entre la nieve, algo con que golpear a la criatura, pero no había nada, nada que pudiera usar. Me alejé un poco más, pero podía escuchar a la mujer luchando por su vida. Encontré un palo de metal parecido al de las palas para remover la nieve en los caminos, lo tomé y caminé hacia el lago.

—Hey —llamé, la criatura, un conejo dentado, volteó a mirarme. En ese momento actuaba debajo de los efectos de la adrenalina pura—. ¡Ya basta! —Lo golpeé con el palo de metal, la cabeza del disfraz cayó al suelo y reveló el rostro debajo de ella: era un hombre con los labios rojos del frío, cabello oscuro y ojos azules. No era Roger, no era nadie que yo haya visto jamás, y eso me paralizó la respiración. La verdad es que aun no entiendo porque pensaba que si Roger estaba debajo del disfraz las cosas serían mejores.

El hombre me miró confundido, después fue a recoger su cabeza del disfraz que había caído a unos cuantos metros alejado de nosotros, como si yo no le atemorizara.

La mujer era castaña, tenía los labios morados y los ojos rojos. Estaba paralizada por el miedo y temblaba incontrolablemente.

Con su ropa mojada y dientes castaños empezó a tartamudear algo, pensé que estaba teniendo un ataque de hipotermia por el agua congelada. Cuando me arrodillé para acercarme, algo me noqueó por detrás y caí al hielo.

Mis ojos se cerraron, pero por unos segundos pude sentir el segundo golpe en mi quijada antes de perder el conocimiento totalmente.

## Capítulo 16

### Lo que el hielo ocultó: traiciona.

Lo único que estaba en mi cabeza además del fuerte martillar en mi sien era una sola pregunta, dolorosa, irritante, que me angustiaba: ¿por qué no podía sentir mi cuerpo?

Si así se sentía la muerte, pues era muy perturbadora. Pero todavía no había pasado por prácticamente nada.

Cada vez que pensaba si podría ser peor, efectivamente, lo era.

Durante esos minutos que estuve despierta mientras no me podía mover y todo estaba oscuro, trataba de reconstruir qué me había pasado. Pero me era imposible. Mi cuerpo se rindió, y volví a dormir.

En la otra ocasión abrí los ojos de golpe, como si de una pesadilla se tratase. Vi el techo de cielo raso color blanco. Al bajar la mirada e inspeccionar el lugar, desde donde estaba pude darme cuenta que me encontraba en una habitación pequeña, tendida en una cama unipersonal. Levanté mi mano hacia mi quijada, lastimándome en el acto.

Me quejé del dolor mientras tocaba mi cabello con algún líquido secado en el. Mi mano cayó de golpe a mi lado. Estaba tan agotada que solo mover un musculo me causaba fatiga.

Así que me era muy fácil dormir. La tercera vez no desperté sola, una figura me despertaba. Me ayudó a sentarme en la cama y recuerdo que al mirar hacia atrás solo pude quedarme viendo el aura roja donde estaba acostada. Había sangre allí y no tenía idea de donde había provenido, ¿era mía o era tan solo una broma cruel?

La figura me guio casi cargándome por un pasillo hasta una habitación de baño, escuché el sonido de cuando abría la llave. Me ayudó a entrar a la bañera.

Sentía mareos y ganas de vomitar.

—Es una anestesia local —dijo—. Ya se te pasará.

Escuchaba el agua caer y más luego mojarme todo el cuerpo. Con mi mirada en el piso pude ver como el agua que bajaba por el drenaje era roja. Me quedé quieta unos segundos.

Cuando salí de la bañera, miré a la persona que me sostenía del brazo, era Roger, y sentí un alivio en mi pecho, pero aún no era capaz de hablar. Él acarició mi mejilla y después quitó mi ropa mojada y manchada de sangre, me vistió con un vestido sencillo, color crema, sin mangas, sin nada más debajo.

Me cargó hasta la cama donde antes estaba, sin decirme nada, y me dormí.

○

Estaba meditando con los ojos cerrados desde hacía más de media hora. Sabía que Roger estaba sentado en una silla de guano frente a mi cama, pero mirando hacia mis pies.

Quería decirle: ¿es esto un sueño?, despiértame, por favor. Pero después el dolor en mi quijada me decía lo contrario. Yo pensé que, Dios, gracias que Roger me había encontrado y me había salvado de una muerte segura.

Vi al conejo, escuché los gritos de la mujer, sentí el golpe en la cabeza, todo en unos segundos recordando. Abrí la boca para hablar, pero entonces, la puerta de la habitación se abrió. Miré de reojo un hombre de ojos azules y cabellera negra entrar.

Mi corazón se detuvo unos segundos y sentí que mi alma se iba con cada respirar. Mantuve los ojos cerrados.

—Entonces tu novia no solo clava patines a desconocidos sino que ve cosas que no debió ver, y le perdonas la vida. ¿Para qué? Va a morir.

—No.

—¿No?

—No. Lauren *no es* parte de esto. Seguro no recuerda nada.

—¿Y si recuerda? Dime, ¿Quién nos salvará?

Se quedaron en silencio.

—¿Qué haremos con ella?

—Estoy pensándolo.

—“*Estoy pensándolo*” —Lo mofó—. Maldita sea cabrón, ¡cómo se te ocurre traer a esa adolescente acá?!

Ninguno habló por unos segundos.

—Todo fue un malentendido. Ella no encaja.

—No encaja —repitió, escuché pasos—. *No encaja.* —Después lo

siguiente que escuché fue la puerta cerrarse.

El nudo en mi garganta tenía el tamaño de una inmensa bola de nieve. Suprimí las ganas de llorar, de reclamar, de pelear por mi vida. Yo no iba a hundir a nadie, yo no hablaría nada. Solo quería salir de allí y estar en casa, que todo acabara sin siquiera iniciar.

Lloré sin poder contenerme más. Tenía mis ojos cerrados, sé que él me observaba.

—¿Te sientes bien?

—No... —negué—. Quiero ir a casa, no entiendo qué pasa aquí... por favor Roger.

Se acercó y me tocó el cabello que ya se había secado después de la ducha.

—Necesito que descanses un poco —me pidió en voz baja.

Volví a negar, esta vez abriendo los ojos para verlo cara a cara.

—Quiero ir a mi casa, ahora. —Las lágrimas empezaron a salir de mis ojos. Él se sentó en la cama, se recostó de la pared y después se me acercó.

—Tranquila. —Silbó a mi oído—. Todo saldrá bien.

○

—Despierta, —me tocó el brazo—, vamos, necesito que despiertes.

Me sentó en la cama un poco mareada, muy rápido.

—¿Cuánto tiempo crees que has estado aquí?

—Semanas... y creo que es suficiente Roger —murmuré tapándome el rostro.

El quitó mis manos de la cara.

—Tengo que volver a casa, volveré en unos días por ti.

—No —respondí rápidamente—, llévame a casa también —susurré, agarrando su rostro como si mi vida dependiese de ello—. No hablaré con nadie, no saldré de allá.

—Aquí estás más segura —me respondió en el mismo tono—, solo pórtate bien, quédate quieta aquí, volveré. —Besó mi frente.

—¿Por qué no puedo regresar? Por favor.

—Estás lastimada, tienes que curarte aquí. —Me tocó la cabeza. Sentí cuando me tocó una herida, algo faltante. Subí mi mano al lugar, en la parte izquierda de mi cabeza, en un pequeño cuadrado sin cabello, podía sentir la sutura de la herida. La toqué repetida veces.

—¿Quién me golpeó? —pregunté con voz quebrada—, ¿Quién me curó la herida?

Yo sospechaba que la respuesta a las dos preguntas estaba frente a mí, pero él no lo diría.

—¿Con quién me voy a quedar?

En ese instante, el hombre que le gustaba vestirse de conejo y ahogar a personas entró a la habitación mirando a Roger, y después a mí, Roger me miró y después bajó la mirada para levantarse.

—Vuelvo en una semana o menos.

—Esto está fuera de los planes, Roger.

—Kay, todo irá bien. —Le comunicó antes de salir.

Kay se quedó mirándome. Yo cerré mis ojos.

¿Cuántos días habían pasado del golpe? Traté de hacer cuentas con los ojos cerrados. Roger se iba casa, volvería en una semana, o era miércoles o jueves, quizás martes. Tenía una de esas fechas para volver a casa. Si tan solo yo no me hubiese escapado esa noche estuviera volviendo a casa con él para dejarlo definitivamente, en cambio, estaba lastimada allí con una sutura en la cabeza.

## Capítulo 17

### Lo que el hielo ocultó: lastima.

Sé que era de noche. Era la segunda noche sin Roger en ese lugar. Estaba oscuro. La puerta se abrió y encendieron las luces. Era Kay. Me traía la cena, puré de papas sin nada más. En su otra mano traía agua.

—Levántate y come. —Dejó las cosas en el piso.

—¡Espera! —pedí.

Se volteó en espera de mi pregunta.

—¿Cómo está ella?, ¿está viva? —Me refería a la mujer. Llevaba horas pensando en ella, solo quería saber si había valido la pena o no mi intento de salvarla.

No me respondió. Yo observé las papas, y pensé que su propósito era acabar con mi vida, así que no las comí. No me comí ninguno de los alimentos que me traía, y me estaba muriendo del hambre.

Él no me rogaba que comiera, ni tampoco parecía importarle que me consumiera en vida.

Al quinto día me levanté de la cama con dificultad. Fui directo a la puerta, y, como si se tratara de la respuesta a una súplica, la puerta estaba abierta. Salí al pasillo, y no sé cómo lo hice o de dónde sacaba las fuerzas. Arrastraba mis pies por una alfombra roja que estaba a todo lo largo del pasillo oscuro. Al final se escuchaban unas voces, donde estaba la luz amarilla.

Kay estaba parado frente a un sofá, sonriendo, mientras un hombre agarraba la cara de la chica castaña y le hablaba al oído, ella chillaba y su expresión era de terror. La chica me miró directo a los ojos, y yo no sabía que decir o hacer. Miré a mis lados, estábamos juntas en esto y de alguna forma teníamos que salir.

—Déjenla en paz. —Había un cenicero encima de un estante color madera, lo tomé y lo escondí detrás de mí—. ¿Qué le hacen? Déjenla tranquila.

Kay volteó a mirarme, yo estaba descalza, aun con el vestido que Roger me



había puesto, el cabello se había rizado al secarse, y mientras la mitad estaba rubia, la otra mitad estaba castaña.

El hombre soltó a la mujer, y se burló de lo que yo había dicho. Me volvió a dar la espalda, y golpeó con un dedo la nariz de la mujer, ella hizo una mueca y se tapó la cara.

Yo le lancé el cenicero a la cabeza. Él era rubio, más oscuro que Roger, me observó con su mirada helada, como si no hubiera sentido el golpe. Kay me estaba mirando con incredulidad, y la mujer se quedó quieta en el sofá, aunque el hombre no la tenía aprisionada ya.

Caminó hacia mí rápidamente.

Kay dijo—: No, Mayer, ella...

Entonces, Mayer, el hombre rubio, me golpeó en la cara y caí al piso de espaldas, con la vista negra por unos segundos. El dolor se intensificó y se regó por el golpe de la quijada y la sutura en mi cabeza. El dolor de cabeza empezó a martillar mi sien como la primera vez que desperté en ese horrible lugar. Sentí como una clase de deja vu, cuando Roger me había golpeado. Lloriqué y traté de volver a donde estaba, pero ya ni siquiera tenía fuerzas para mantenerme despierta y no colapsar.

○

—Necesito usar el baño —voceé por quinta vez—. Por favor, necesito usar el baño...

La puerta se abrió de golpe. Kay agarró mi quijada bruscamente, lastimándome en el acto, solo para que lo mirara.

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito usar el baño... —respondí con una mueca de dolor.

—Llévala. —Mayer pidió al pararse frente a la puerta de entrada—. Mira cómo está la chica —exhaló—. ¿No dijiste que era su pareja?

—¡Después de que tú le dieras un brutal golpe en la cara!, ¡casi le sacas el ojo!

—¡La perra me lanzó el cenicero en la cara!

Kay sacó una navaja de sus pantalones y cerré los ojos mientras rompía la soga con la que me había amarrado los pies para que el episodio de hace dos noches no volviera a suceder. Kay me cargó al baño, y se quedó de pie allí hasta volver a llevarme a la habitación.

—Muerdo de hambre.

—¿Mueres de hambre? —preguntó sarcástico—. Pues hazlo y ya.  
—O al menos necesito beber agua... —Se fue, dejándome con la palabra en la boca.

○

—Por Dios.

Esa voz, cuando escuché esa voz sentí que despertaba de una pesadilla. Otra vez tenía muchas lágrimas esperando por salir. Abrí los ojos. Roger estaba en frente mío, me miraba con horror.

—Está amarilla.

—No come desde que te fuiste. Solo ha bebido agua como cuatro veces —comentó Kay.

—Maldita sea, vete.

Kay se fue. Roger me levantó.

Empecé a llorar en silencio, de alguna forma quejándome con él por todo lo que yo había pasado mientras él no estaba.

—Shh... ya. —Me tocó el ojo, el que estaba morado porque Mayer me había golpeado.

Me pasó la mano repetida veces por la cara. Y, aunque yo estaba en tal estado, me besó la boca y después la frente. Me cargó a una habitación que estaba después del pasillo y después de la sala, y me ayudó a tomar un baño largo, que estaba necesitando.

Me envolvió en una frazada color marrón y me acostó en la cama de esa habitación. Se quedó a mi lado, abrazándome por mucho rato, de a momentos besaba la coronilla de mi cabeza, yo mantenía mis ojos cerrados, con lágrimas silenciosas escapando de ellos.

○

Esa misma noche me trasladó a la habitación con la cama unipersonal. Llegó minutos después con comida rápida. Refrescos y pan con carne.

Había bajado notablemente de peso por mi negación a comer de la mano de Kay o de Mayer. Generalmente me sentía débil, y con frío de más. En medio de mordiscos a la comida formulé una pregunta—: ¿Cuándo volveré a casa?

—No lo sé.

—¿Pero volveré? Tengo que ver a mi mamá, para que no se preocupe por

mí —le dije despacio.

—Tranquila. —Me pidió, me agarró el rostro para besarme—. Sigue comiendo.

○

—Que me gustan tus ojos... —Rozaba mis labios por su cuello—, la forma en que me miras con ellos, —levanté la cabeza para observarlo—, así, así... —Me reí, lo besé—. Me gusta tú cabello, me lo tinté por ti... ¿sabías? —Pasé la mano por su cabello, el cerró los ojos a mi caricia, tragó en seco y echó su cabeza hacia atrás, besé debajo de su quijada—. Me gusta besarte aquí —susurré mientras besaba su cuello—. Y que me toques —susurré a su oído—. ¿Roger, yo te gusto?

Lo miré de nuevo a los ojos, estaba encima de sus piernas, a horcajadas, el abrió sus ojos, y me observó antes de decirme con voz quieta—: Me encantas.

—Vamos. —Esa misma voz era la que me despertaba. Desperté de mi sueño, —*que realmente era un recuerdo, de cuando las cosas andaban bien*—, con Roger a mi lado, me pedía que me levantara. Que debíamos salir.

Por primera vez salí de ahí. Yo realmente me sentí con esperanza de que por fin volvería a casa.

Estar encerrada era el peor de los castigos, no había forma de que me acostumbrara a aquello nunca. Pero claro, ellos no estaban buscando que me acostumbrara a ello. Mi estadía allí era temporal. Tampoco ese era el peor de los castigos.

Afuera estaba la mujer, con una soga amarrando sus manos y Mayer detrás de ella. Kay sostenía dos cabezas del disfraz de conejo. Y tenía una en su cabeza. Le tendió una Roger pero él no la aceptó. Nunca la usó conmigo, nunca me di cuenta de cómo era, de si le pertenecía a él en realidad.

Entonces Mayer empezó a caminar con la mujer, quien se negaba a cooperar. Eso me frustraba, porque la maltrataba por no querer caminar, y yo pensaba: *si tan solo cooperara, no la estuvieran maltratando*. Pero yo no fuera de cooperar tampoco si Mayer o Kay me llevaran de esa forma.

Roger iba unos pasos más adelante que yo y me llevaba por el brazo. Iba rápido, y yo me esforzaba para seguir a su ritmo y que no me lastimara su agarre.

Ella y yo tan solo teníamos vestidos de tela fina y el frío era tortuoso. Temblaba. Recuerdo que temblaba y mis pies descalzos se dormían y no los

podía sentir. Sabía que ella se sentía como yo, o incluso peor, quizás yo me sentía de la peor forma. Ellos en cambio, estaban bien abrigados, Mayer y Kay tenían el traje afelpado y Roger estaba muy cobijado.

Habíamos llegado al Lago Cisne. Kay se quitó la cabeza.

—Ella primero. —Mayer ordenó.

Roger se dio la vuelta y cruzó miradas conmigo.

—¿Qué sucede? —pregunté, pero no me respondió la pregunta.

—Acuéstate en el suelo.

Me quedé inmóvil.

—Lauren, acuéstate.

Miré a los dos hombres observarme, y a la mujer con la mirada de alivio, volví a mirar a Roger.

—No. ¿Para qué?

Él puso presión en mis hombros, mis rodillas se debilitaron y caí al suelo. Kay amarró mis pies y después mis manos. No grité, estaba muy aturdida como para siquiera usar mi voz. Solo sé que cerré mis ojos porque sentí que me golpearían ambos, y no quería ver nada. No quería sentir.

Me alzaron y caí dentro del agua del lago con agua helada. Abrí mis ojos de golpe, presa del pánico. Sentí que el agua me había congelado en un instante. Traté de mover manos y pies pero estaba imposibilitada. Grité, pero agua helada solo entró por mi tráquea y después a mis pulmones. Me sacaron. Tosí agua mientras temblaba incontrolablemente. No podía entender lo que ocurría, ni siquiera mantener los ojos abiertos.

Sentí unas manos tocar mi cara, alguien me miraba muy de cerca porque podía sentir su respiración fría.

—Otra vez. —La voz de Kay pidió mordazmente—. Por más tiempo.

Yo negué como pude, empezando a llorar.

—Po-por favor, no-no. —Tartamudeé. No estaba hábil para luchar, la zambullida había matado mis ganas de pelear, toda mi fuente de calor.

Volví al agua, esta vez sí sentía una mano agarrando mis brazos para mantenerme estable debajo del agua.

Cerré los ojos mientras estaba dentro. Trataba de soportar el dolor helado que martillaba mis articulaciones y quemaba mi piel.

Me sacó.

Yo temblaba, esta vez ni siquiera podía abrir la boca. Solo tosía y temblaba, temblaba, temblaba, sin control. Sentía el dolor de cabeza empezar, moría del frío, sin poder pensar bien.

Roger me recogió de allí. Me observó unos segundos, yo podía verlo hacerlo aunque estaba muy oscuro y solo la luna nos alumbraba. Se quitó su abrigo que le llegaba a los tobillos, arrancó la ropa mojada de mi cuerpo dejándome desnuda por segundos y después me cubrió con su abrigo. Me abrazó.

No me dijo nada. Yo solo me aferré a la fuente de calor que en ese momento era su cuerpo en medio de toda esa hostilidad.

Podía escuchar a la mujer gritar y suplicar que no le hicieran lo que me habían hecho a mí, pero mi corazón se endureció y, cada grito de ella, lo escuchaba a lo lejos y me traía tranquilidad, porque no era yo quien estaba sufriendo bajo el agua helada, era ella.

Estar sumergida allí era la cosa más horrible que viví, sientes que vas a morir, sientes que todo acabó allí y el dolor carcome tus huesos. Pero después, en ese instante en los brazos de Roger, temblando y castañeando los dientes, me sentía salva.

Tal vez porque la hipotermia había nublado mis sentidos y no me daba cuenta, de que, quien me estaba dando calor era quien me había hecho daño en un principio, que debía odiarlo con todas mis fuerzas restantes.

Yo ya no quería salvar a ninguna desconocida, me quería salvar a *mí* misma.

## Capítulo 18

### Lo que el hielo ocultó: te marca.

—Está delirando. —Una voz masculina decía a otra—. Está hablando con su mamá, diciéndole a una tal Rosemary que no quiere galletas de avena y a un Vid que sus ojos son bonitos también.

Nadie respondió.

—Su temperatura está muy alta. Se está cocinando viva, Roger.

Yo solo moría de frío. Mucho frío. Alguien arrancó la frazada que me cubría, y abrí los ojos. Recibí agua que provenía de una cubeta, que mojó toda la cama y me empapó por completo.

Abrí la boca para poder respirar. Roger se me acercó y me cargó. Yo enredé mis piernas en su cintura y escondí mi cara ardiente en su cuello. Ni siquiera grité, estaba tan caliente y me sentía tan mal que ni siquiera cuestioné nada.

Roger me llevó a la habitación que me había llevado antes y me explicó que el agua había sido para que mi cuerpo dejara de calentarse.

Lo demás no puedo recordarlo, simplemente mi mente lo borró. La fiebre estaba acabando conmigo.

○

—Roger, ¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunté.

—Aun no lo sé. —Lo sentí respirar por la nariz. Mi estómago se encogió.

—No quiero volver al lago. —Le tomé la cara—. Haré todo lo que me pidas, pero no me lleves ahí. Por favor. Ya tienen a esa chica y yo no puedo soportar el agua del lago.

—Te gusta mucho el Lago Cisne, venías siempre, nunca me dijiste antes. Yo te pude haber advertido.

—Ya no, lo odio. —Mi voz vibró—. Por favor, yo no quiero morir. —Traté

de sostener las lágrimas, pero no pude; me desmoroné a llorar mientras le decía que necesitaba vivir.

—¿Por quién quieres vivir?

—Por mí, ¿por quién más? Quiero vivir.

—¿Qué más? —preguntó mientras tocaba la punta de mi cabello y mi ser se estremecía.

—Quiero seguir creciendo, quiero ir a la universidad tal vez, quiero casarme y tener hijos, quiero ver a mi mamá...

—¿Quieres tener hijos? —me preguntó cuidadosamente.

No pude creer que hubiera dicho eso en primer lugar.

—Roger... —sollocé—, te dedicaría toda mi vida solo si me dejas vivir, renunciaría a todo lo que tengo, a todo lo que sería.

—Tu mirada... —Tocó mis parpados—. Nunca vi lo que estoy viendo en tus ojos en nadie más. Tú eres tan especial.

Ladeé la cabeza, apretando los labios para retener el llanto.

—Lauren, seguro mi esposa tenía esa misma mirada tuya.

—Tú la mataste —lo acusé, horrorizada, sin poder moverme.

—Cuando la estrangulaban por el cuello. —Puso sus manos en mi cuello, pero no apretó—. Tenía los ojos como tú, llenos de vida, gritando por miedo pero cubiertos de ganas de vivir. *Ah, Lauren...* —Me soltó el cuello, puso sus manos en mi cintura y me pegó más a él—. Que en serio me encantas, ¿te lo dije antes? Eres incluso mejor que ella. Pero cuando me casé debías haber tenido algunos nueve años de edad...

—Yo no quiero morir.

Acercó su boca a mi oído.

—No la maté. Nunca le haría daño... —susurró—. A ella la mataron, ¿sabes por qué? Porque estaba sola, ¿por qué estaba sola? Por dejarme, si tú me dejas, estarás sola, y te harán daño, o peor, morirás.

—Quiero volver a casa, por favor, puedes volver conmigo. Puedo mudarme en tu casa y convertirla en nuestra casa. Y ninguno de los dos estaremos solos, te lo juro.

Besó mi quijada, después bajó a mi cuello.

—No puedes hacer eso si no me amas —murmuró.

¿Llegué yo a amar a Roger en algún momento de nuestra relación? A veces sentía que sí, otras que no, vagamente recuerdo, cuando estábamos en el puente cerca de la cafetería donde teníamos citas, un día de febrero, yo le estaba mirando el perfil, pensando en que él era tan hermoso que me atrevía a pasar

toda la vida con él, y, entonces, traté de pensar en los atributos invisibles, en su interior, pero yo no conocía mucho de él, y el no conocía mucho de mí.

Era hermoso por fuera, pero estaba podrido por dentro.

Tal vez si hubiese prestado atención, con mucho cuidado hubiese encontrado respuesta, o tal vez, si hubiese sido lo suficientemente despistada no hubiese hallado cosa alguna, porque el que busca, halla, y una vez que descubre no puede cerrar los ojos y borrar dicho descubrimiento.

Si hubiese sido más lenta, estaría con Roger, en casa, y no sabría nada de su otra vida, y mi vida no correría peligro.

Estaba segura de una sola cosa, y esa era que, si yo llegaba a salir con vida de ese lugar me alejaría de él. Iba a desaparecer, como una motita de polvo, que se suelta al aire, transparente. No lo iba a hundir, ni iba a buscar represalias, Dios, yo solo iba a estar agradecida por dejarme vivir, tan agradecida, tan agradecida.

—Pero te amo, déjame vivir.

Subió el suéter que llevaba puesto hasta quitármelo. Me dieron ganas de llorar.

—Shh, deja de llorar, —Limpió las lágrimas que salían de mi cara, y después me besó, dejándome debajo de él—, solo demuéstreme que aún me amas.

○

De una sola patada la puerta se abrió, me sobresalté.

Las cosas habían cambiado, un poco. Él colchón se había secado y mi fiebre se había ido. Roger, después de esa noche en la que estuvimos juntos, me confesó algo: me iba a sacar de ahí, porque yo era especial, porque lo amaba.

Pero yo no lo amaba, yo le tenía miedo, terror, lo odiaba tanto. Pero no podía decirle o demostrárselo. Se supone que yo debía besarlo como si no estuviera en contra de mi voluntad en ese lugar, y eso me marchitaba el alma.

Kay entró con una escopeta a la habitación, y solo la miré, al mismo tiempo mis labios empezaron a temblar. ¿Hasta ahí llegaría?

—Te esperamos aquí afuera.

Roger me levantó. Caminamos detrás de Kay.

—¿Ahora qué?

—Tranquila —me susurró—. *Tranquila.*



Afuera había una fogata encendida. Todo había cambiado tanto en esa semana... la nieve había caído de los árboles y había un sol afuera, aunque rastros de nieve en algunas partes. Mayer recogía el cabello de la mujer en una coleta, y yo observaba los golpes en su cara. Ella no estaba cooperando, era muy rebelde. A mí no me importaba si lo era, no me importaba su presencia, o lo que sea.

Pasé a sentirme mal, Roger dijo que me sacaría de allí, ¿quién la sacaría a ella?

Había troncos alrededor de la fogata ardiente. En ese momento me sentí un poco cómoda y me confié demasiado por lo cálido del ambiente. Mi problema, al parecer, radicaba en lo fácil que era mi confianza.

—Acuéstate allí, en el tronco. —Kay me pidió. Yo miré a Roger en busca de información, él solo se limitó a asentir.

La muchacha se mecía con las manos abrazando sus rodillas desnudas, igual que las mías, porque ambas estábamos con el mismo vestido crema de tela fina de la otra vez. Debí adivinar que no íbamos a calentarnos simplemente frente a las ramas ardientes, que Roger era el enemigo, no un aliado.

Sin protestar, me acosté mirando al cielo con ramas de árboles que se metían en mi vista. Roger alzó mi vestido hasta mi cuello, revelando mi cuerpo debajo de este, mi ropa interior blanca y nada para cubrir mis senos. Intenté levantarme ante la reciente incomodidad.

—Shh. Tranquila.

—No, ¿Qué van hacerme? —Miré a los hombres que miraban mi cuerpo sin reservas—. No quiero...

—No, no te harán daño —me respondió en voz baja.

Aun así Kay se sentó en mis piernas, y yo grité con pavor. El sonido de mis gritos se perdía en el vasto bosque, se perdía junto con el eco, los árboles robaban mi voz y me regalaban el silencio.

¿Cómo podían ellos ser tan crueles?

Las manos cubiertas por guantes fríos de Kay agarraban mis muslos firmemente para impedir que me moviera. Después hicieron algo muy extraño: Roger agarró mis manos por encima de mi cabeza, y Kay echaba nieve en mi vientre, incluyendo mis pechos, y yo sentía como se me dormía la piel, y ahí dejé de gritar y de mover mis piernas. Me quedé tranquila, miré otra vez el cielo con ojos llorosos, intentando calmarme y parecerme al firmamento, en paz.

—Ya. —Roger avisó.

Mayer dejó a la chica, y aunque estaba libre, no corrió por ayuda, supongo que estaba muerta espiritualmente, que por eso no trataba de huir. Aun así me sentí traicionada por ella, y la forma en que me miraba, o miraba mi situación, sin siquiera inmutarse.

El rubio sacó una braza de la fogata que no había notado antes, tan caliente que se veía al rojo vivo. Al verlo dirigirse hacia mí, grité y pataleé otra vez. Roger echó su cuerpo sobre mí, cubriéndome el rostro, y me pidió que apriete los dientes mientras sostenía mis muñecas fuertemente.

Quitaron la nieve de encima de mi vientre y fue entonces cuando apreté los dientes y en seguida se aflojaron con un grito al sentir el hierro achicharrar mi piel.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Me eché a llorar, y la quitaron de mí. Kay se levantó de mis piernas, y Mayer ya estaba buscando la otra, para la mujer.

Alcé mi cabeza llorando, temblando, quería ver lo que habían hecho a mi cuerpo. Sin piel, sin color, se encontraba marcado el número “7”. No podía dejar de sollozar, el dolor era insoportable.

Sentí algo frío en mi vientre otra vez, Roger echó más nieve para congelar la quemadura de nuevo. No sé qué era peor, si la quemadura del frío o del fuego. Las dos juntas. Quizá.

## Capítulo 19

### Lo que el hielo ocultó: alumbra.

Abrí mis ojos justo antes de que Mayer me tocara. Kay me apuntaba con la escopeta y Roger me tendía mi teléfono celular.

—Habla con tú mamá.

—Escucha... —me habló Mayer— si te gusta la forma de tu cara, no dirás nada raro, ¿eh? A Kay le gusta matar perritas con su escopeta.

Roger no me defendió. Mi mano temblaba cuando tomé el celular de la suya. Marqué muy lento el número de mi mamá.

—Ponlo en altavoz. —Roger se pasaba la mano por el cabello.

Lo puse en altavoz y sonaba, sonó mucho, pensé que no contestaría.

—¿Aló?

Se me llenaron los ojos de lágrimas al escuchar su voz. Kay me pegó la punta de la escopeta en la frente y entonces, ahí estaba, no podía hablar, cerré los ojos, y colgué la llamada. Me tiré en la cama y me tapé el rostro, para que si me disparaban por no haber hablado, no lo hicieran en mi cara.

Mayer me levantó bruscamente y volvió a marcar.

—Esperen afuera —ordenó Roger.

—¿Alo?, ¿Lauren, qué pasa?, ¿Lauren?

Kay y Mayer se miraron, salieron de la habitación.

—¿Aló?

Roger me hizo una seña para que hablara.

—Hola mami —me mordí el labio, mi cara seguía mojada por las lágrimas que no habían cesado.

—Oh Dios mío, —Su voz era temblorosa, casi llorando—, Lauren, mi amor, ¿A dónde te fuiste? Perdóname, perdóname, Jesús, perdóname, sé que últimamente no te he estado dando la atención que necesitas, y Lauren, te amo, Dios mío, somos tu y yo en este inmenso mundo, y yo te amo, y nunca nadie te amaré como yo, necesito verte, necesito que vuelvas, no sé dónde te has metido, ¿Lauren?

Me tapé la boca, para detener los sollozos.

—¿Lauren, mi amor, estás ahí? mi amor... ¿te fuiste con el cirujano? Le pregunté por ti la semana pasada, me dijo que no te había visto desde hace semanas, pero yo estoy tan segura que te fuiste con él.

Negué sin emitir palabra, pero qué tonta, ella no me veía. Roger me hizo seña para que respondiera en forma negativa.

—No, no me fui con él.

—¿Entonces dónde estás mi princesa?, ¿Dónde estás? Mira... prometo dejar a Herman, para que vuelvas, dejar el trabajo, dedicarte todas las horas de mi vida, pero vuelve, van más de veinte días, se suponía que debías volver a la escuela, pero mi amor, si la quieres dejar, no me opondré, quiero verte y abrazarte.

Roger me pidió que respondiera.

—Mami estoy bien, no te preocupes.

—*Pero quieres llorar* —Ella ya estaba llorando. Había notado que mi voz temblaba. Sé que podía percibir que yo estaba mal, peor aún, que yo estaba en peligro.

—Es solo que extrañaba escucharte —Se me quebró la voz—. Te llamé para escuchar tu voz y para decirte que estoy bien. —Me detuve, para parar de llorar—. Mami te amo, mami te amo muchísimo, muchísimo, muchísimo, y me gusta tu relación con Herman, te amo, ¿me oyes? Te amo.

—Te amo yo también, vuelve hija.

Roger colgó el teléfono.

Me quedé quieta unos segundos. Subí para ver sus ojos, me examinaba. Yo me eché en la cama bocarriba, porque en otra posición la quemadura dolía horrores.

—Yo no entiendo que hice para merecer esto... —dije, lagrimas saliendo de mis ojos, sonreí—, solo quiero verla y abrazarla por última vez...

Roger había salido de la habitación.

○

— Bien, relájense. —Mayer hablaba. El viento silbaba en mis oídos—. Tienen la oportunidad de hacerle lo que quieran a sus bellacos.

Roger estaba frente a mí, y me miraba, mientras yo escuchaba lo que Mayer decía. La mujer estaba frente a Kay, pero no lo miraba a él, sino que miraba sus pies.

—Ellos se quedaran quietos mientras ustedes expresan su ira, sin represalias. Ahora son libres.

Tragué en seco y miré a Roger. Yo estaba un poco débil, había sentido mareos y síntomas de la gripe. Además de que mi nariz estaba congestionada y debía mantener mi boca abierta para poder respirar correctamente. Estaba muriendo de frío y sentía que mis rodillas no podían sostenerme. Cabeceé y luego me desperté a mí misma de la somnolencia que hacía pesar mis ojos.

—Adelante.

Pero nosotras no nos movimos.

—Adelante —repitió Mayer.

Kay se rió.

—Cobardes.

Roger no habló, me miraba todavía.

—¿Un golpe en las bolas, escupir, arañar?, ¿no tienen nada? —Mayer preguntó. Hizo un círculo con la punta de la escopeta que tenía en el brazo. De pronto se airó—. ¡Juro que si no hacen algún movimiento les explotaré la cabeza a ambas con una sola bala!

La mujer sollozó. Yo volví a tragar, y esta vez me dolía la garganta. No tenía en mente que hacerle, ¿y de que valía?, ¿de qué valía golpearlo si iba a salir perdiendo?

Solo pensaba en la promesa de Roger. Era lo único que me mantenía con ganas de vivir. Él había dicho que me sacaría de allí, y como no tenía nada más, elegí creerle. Di unos pasos temblorosos, levanté mis brazos y los crucé por su cuello, me puse de puntillas para tratar de esconder mi cara en su cuello, y cerré los ojos.

Mi respiración pesada.

Escuché que se reían.

—Se me ha derretido el corazón... —expresó Mayer.

Después escuché a Kay gritar de dolor.

Aparté un poco la cara del cuello de Roger y pude verlo doblado. La mujer al parecer lo había golpeado en la entrepierna. Un poco asustada, ella tomó la escopeta que yacía a unos metros y lo apuntaba en la cara.

Sentí que Roger puso las manos en mi espalda, para devolver mi abrazo, pero no podía dejar de mirar lo que ocurría.

—Dispara perra, —Kay pidió con una sonrisa burlesca—, dispara preciosa —dijo más despacio, más bajito.

La mujer empezó a llorar y soltó la escopeta. Mayer le haló el cabello

hacia atrás y le golpeó el rostro con su escopeta. Me encogí de dolor, como si hubiese sido a mí. En ese momento Roger se dio cuenta que mis ojos no estaban cerrados, sino que podía ver lo que ocurría.

Kay se levantó del suelo y con la escopeta que la muchacha había dejado caer al piso le apuntó el cuello.

—Quieres aprovecharte, ¿eh? —Pateó una de sus piernas—. Voy a explotarle la cara.

Yo grité, y me solté de Roger.

—¡No le hagan daño!, ¡déjenla! —Roger me detuvo, me arrastró a su lado otra vez—, ¡Ustedes le dijeron que lo hiciera! ¡No le hagan daño! —les rogaba.

Mayer le hizo una seña a Roger, y Roger me cargó y me llevó de allí. En ese momento me encontraba histérica, y movía mis brazos y pies tratando de zafarme para poder ayudar a la mujer.

Había prometido que solo me salvaría a mí misma. Pero no era justo, no era justo que la asesinaran frente a mí y que yo no hiciera nada para evitarlo.

Roger me metió a la casa y cerró la puerta. Traté de salir, de tomar la perilla de la puerta, abrir y salir, ¿y después qué?, ¿Qué haría?, ¿Qué haría yo?

El sonido de dos disparos ensordeció mis oídos y me hicieron temblar, me quedé quieta unos segundos y después empecé a llorar. Roger me agarraba de los hombros y me volvió a abrazar mientras yo lloraba la triste y horrible muerte de la mujer. Aunque no sé si realmente la muerte era mejor que seguir siendo torturada.

○

—Mi nombre es Masha —me dijo ella en un tono apagado y decaído. Tenía ojos azules intensos, si solo miraba sus ojos, y me olvidaba de sus demás facciones, me recordaba la foto que había descubierto en la habitación de Roger.

Sé que esperaba que yo le dijera mi nombre, pero aún estaba paralizada, pensando que veía un fantasma.

—Luces tan joven. —Sentí que ella iba a llorar, y me dieron ganas de llorar a mí también—. Me acuerdas a mi hija.

Me pasé la mano por la nariz.

—Morir nunca estuvo en mis planes.

—No está en los planes de nadie —susurré. Me tapé la cara y sorbí mi

nariz—. Estos hombres están locos, tenemos que salir de aquí, tenemos que escapar.

Ella me miró triste.

—No creo que tengamos oportunidad. —Se echó el cabello hacia atrás—. ¿Por qué no corriste por ayuda en vez de querer salvarme?

—No lo sé, actué por instinto. —Me crucé de brazos—. ¿Qué crees que nos harán? —pregunté.

—No lo sé —suspiró—. Ya quiero morir. —Empezó a llorar—. Quiero morir ya...

Me acerqué para abrazarla. Ella escondió su cara en mi pecho.

—¿Cuántos años tienes? —susurré en voz muy bajita.

—Treinta.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—No lo sé —me dijo—. No lo sé.

Le acaricié el cabello.

—El día en que te golpearon por detrás, que después caíste inconsciente, el rubio se enojó.

—¿Mayer?

—No lo sé, el rubio que siempre está a tu lado, ¿lo conoces? —su voz había cambiado—. Él te trataba de despertar y te llamaba por tu nombre. Estabas sangrando mucho así que creí que ibas a morir. Me desmayé y no pude ver que pasó luego.

Ella se soltó de mi abrazo. Me miraba a los ojos con ceño fruncido. Estaba demacrada totalmente, como si la vida ya no existiera en ella. Temí que yo luciera igual.

—¿Por qué te trata diferente?

—No lo sé.

—¿Lo conoces?

Negué.

—¡No me mientas! —me gritó—. ¡Lo abrazaste, después de todo lo que nos ha hecho! —me empujó, y choqué contra la pared. Me dolió la espalda e incluso me lastimé la cabeza, donde la herida sanaba.

—Estoy de tu lado —me defendí, quejándome.

—¡Maldita perra! ¡Que te maten a ti! —Me haló el cabello y yo grité. Me dio un duro golpe en el estómago y yo sentí un intenso dolor, las lágrimas se me salieron y sentía que me caía.

Kay entró a la habitación y la separó de mí.

—Se les da libertad y se comen vivas. —Kay agarraba a Masha del cabello.

Yo mantenía mi mano en el estómago porque aún me dolía su golpe. Mi cabeza estaba al explotar, y seguían saliendo lágrimas de mis ojos sin parar.

Kay me sacó a la sala y me sentó en el sofá. Le gritó a Masha que ella no tenía autorización para golpear a nadie, pero no escuché que la hubiese golpeado.

Yo seguía llorando, incluso cuando ellos me dejaron sola en la sala, no podía moverme o levantarme, solo tenía fuerzas para llorar porque me dolía todo.

—Roger no está aquí —me dijo Mayer—. Voy a llevarte a tu habitación.

Se me acercó y me cargó. Continuaba con la cara llena de lágrimas incluso cuando me acostó en la cama. Luego me llevó un vaso de agua caliente. La bebí a penas, entre sollozos.

Él tenía el ceño fruncido, y estrelló la puerta al irse.

No me levanté de la cama y no comí por dos días. Estaba muy débil, y sentía que mi muerte era inminente, y, al igual que Masha, estaba ansiosa por llegar a ella.

Yo había estado llorando por tanto tiempo, que aun sentía como si tuviera lágrimas en mi cara aunque estuviere seca. Estaba en un estado en el que no sabía si soñaba, o si era real, si estaba muerta y era un infierno el que vivía por haber dejado a mi mamá en primer lugar.

Si me pellizcaba la piel no podía sentir nada, lo único consciente para mí era mi estómago vacío.

○

Cuando Roger volvió se deslizó en mi cama. Aunque yo pensaba que era un sueño, al otro día estaba conmigo. Me había traído ropa de la maleta que había dejado en su casa del bosque, y ver mis cosas me hizo sentir un poco más viva. Me guio a un baño para asearme y después vestirme con un par de jeans negros y todos los abrigos que pudiera cargar encima.

Todos nos sentamos en la mesa a desayunar, y también a almorzar, e incluso cenamos juntos. En silencio ella y yo. Pero ellos si hablaban en un idioma distinto, definiendo nuestro futuro tal vez.

Todo duró tres días. Estaba tan calmado que daba miedo, que me hacía dormir con un ojo abierto aunque Roger durmiera en mi habitación esas



noches.

Te hacía temblar, te hacía desear que dijeran algo, que hicieran algún movimiento. Pero nada, solo tratándonos mejor, por primera vez.

Roger se iba temprano, a las seis, a la ciudad, y volvía tarde a mi habitación. Pero el domingo no salió. Nunca se iba los domingos, Roger, nunca le pregunté, ¿todos los sábados iba al lago y volvía los lunes?

Era domingo, yo lo sabía porque el día anterior Roger me enseñó las llamadas de mi celular. Eran cientos de llamadas de mi mamá, y de Rosemary. Otros números que no conocía o restringidos. La fecha que decía mi celular era sábado. Estábamos en mayo, casi recibiendo la primavera.

Mayer peinaba el cabello de Masha en una cola de caballo, y después la sentó en sus piernas y le sacó flequillos.

Nos llevaron al lago, tal como lo había visto antes. Esa caminata fue angustiante. Macabra.

Con la primera zambullida, mis ojos se cerraron, y solo pude ver penumbras. Ni siquiera me moví o mi boca se abrió. Me sacó, el agua chorreaba por mi cuerpo y me recordaba el frío que sentía.

Con la segunda, aspiré agua por la nariz, lo que causó que esta me doliera. Con mis ojos cerrados no había penumbra, sino la primera vez que vi los ojos de Roger, pacientes, tranquilos, decentes, quería ser parte de su vida. La primera vez que su mano tocó mi piel, la primera vez que me besó, cuando me tocó en su oficina, cuando me llevó a su pent-house, cuando me desperté sola en el mismo, cuando me golpeó la nariz, cuando me pidió que lo acompañara a su casa en el bosque, todas esas cosas, todos esos momentos, se reproducían ante mis ojos, como si toda mi vida se hubiese reducido a esos meses. Como si el pasado no hubiese existido y la historia de mi vida hubiese empezado con él.

Empecé a toser. A respirar a grandes bocanadas, pero no tenía fuerza ni siquiera para gritar, o para escuchar los gritos de nadie, ese momento se redujo simplemente a mi contacto con el agua helada y la forma en que se me iba la vida.

Él dijo que me sacaría de allí, tenía razón, debajo del agua no estaría nunca más en sus brazos.

Pero yo no quería morir, no todavía, *no todavía*. Cuando dejó mi cuerpo encima del hielo, que pude abrir solo un poco los ojos, podía ver el manto negro sin estrellas devolverme la mirada, y temblando, con dolor de cabeza, sentí que estaba llorando, que estaba a un segundo de perderlo todo.

—Si hay alguien allá, ¿ayúdeme?

Alguien tomó mi barbilla y me miraba de cerca.

Una luz brillante venía del firmamento, y se me acercaba, al parecer yo iría al cielo. Sentí que lo merecía, sonreí mientras la luz alumbraba mi cuerpo casi congelado. Más luces llenaron el lugar y convirtieron el lago en una hermosa pista de patinaje, como en la academia, patinaría por toda la eternidad. Ni siquiera era un castigo. ¿Importaba a quien yo dejaba a atrás? Ciertamente no.

—*Manos arriba* —Una voz distorsionada.

Roger se quitó su abrigo y me cubrió con él. Me cargo entre sus brazos, mientras yo temblaba.

—Manos donde las pueda ver. —la voz por el megáfono volvió a repetir. Luces blancas y rojas tintineaban por el lugar, mientras hombres vestidos de negro iban hacia donde nosotros.

Por fin las luces romperían el silencio del lago, y me salvarían.

—Tengo a una de las chicas. —Volteé la cara para ver que estaba a nuestro frente, unos oficiales apuntaban a Roger.

—Bájela —ordenaron.

—No puedo.

—Bájela —repitieron—. ¿Quién es usted?

—Soy Roger Bernard, mi casa de retiro está a unos cuantos metros de aquí, escuché unos gritos y vine a ver qué ocurría. Acabo de sacar a esta chica del agua, no puede caminar, tiene hipotermia. Soy doctor.

El oficial tardó en entender lo que le había dicho. No bajaba el arma.

—¿No hay más personas aquí?

—Cuando llegué aquí dos hombres emprendieron la huida y encontré a estas dos mujeres. La otra está en mejores condiciones, pero será mejor que llame una ambulancia. Yo fui quien los llamé hace unos minutos. Pueden rastrear la llamada. No he hecho nada malo.

Los oficiales bajaron la guardia. Fueron a socorrer a Masha, mientras yo buscaba fuerzas para decir que el enemigo estaba frente a sus narices, que no le podían creer.

—¿A dónde cree usted que han ido los dos presuntos prófugos? —Uno de los oficiales preguntó.

Los policías nos habían alcanzado. Uno de ellos guio a Roger hasta el vehículo de la policía, le abrió la puerta para que él se subiera en la parte de atrás conmigo en sus piernas. Me abrazaba y besaba mi frente repetida veces.

—Niña, niña, ¿recuerdas como lucían los hombres? —Un oficial me

hablaba. Roger me acarició el cabello, y yo tuve miedo, y no hablé. Escondí mi cara en el abrigo de Roger, tratando de calentarme porque estaba perdiendo todo calor en mí.

El auto se puso en marcha, y aun no sabía qué estaba ocurriendo.

De pronto se detuvo, podía escuchar a uno de los oficiales hablar por teléfono. Abrieron la puerta de atrás y le pidieron a Roger que saliera, y yo agarré su abrigo para que no me dejara, pero le insistían.

Entonces, mientras cerraba los ojos en la parte de atrás, podía escuchar unos grilletes sonar, y es todo lo que recuerdo antes de que un oficial gritara:

—¡La muchacha tiene sangre!

Y una luz blanca me cegara y perdiera el conocimiento.

## Capítulo 20

### Lo que el hielo ocultó: prueba la vida.

El 8 de mayo del 2007, a la media noche, una llamada interrumpió los servidores del servicio de emergencia de la ciudad de Múnich. Un hombre, que vivía en la zona boscosa de las afueras, reportó gritos y advirtió que saldría a investigar. Pidió la ayuda de la policía.

La siguiente fue la cronología de los hechos:

1:00am: Oficiales encontraron a dos mujeres y un hombre en el Lago Cisne.

1:30am: Los mismos oficiales encontraron el cadáver de un hombre maduro, tez blanca, y cabello negro. Presentaba un disparo en la boca que explotó su cabeza en trizas.

1:45am: El cirujano Roger Bernard es apresado como sospechoso, en mitad del camino, mientras llevaba a una de las víctimas en sus brazos.

7:30am: Se le asigna el caso a Lucas Baum, cuarenta y siete años de edad, veintitrés años de experiencia.

El escritorio de este último estaba lleno de papeles, sin embargo, lo único que tenía sobre el caso son las cronologías precitadas que no llenaban bien un sobre de manila marrón.

La mujer encontrada tendida encima del lago en descongelación fue reconocida como Masha Endler, reportada como desaparecida el veintitrés de noviembre del 2006. Masha Endler, madre soltera, la madre de la misma tenía la custodia de su hija pequeña. La mujer tenía un trabajo de stripper en un bar de Múnich que quedaba por las afueras. No se le conocía novio fijo, y el dueño del bar dice que se prostituía.

En cuanto a la otra chica, no se sabía nada. En la base de datos de desaparecidos de la policía de Múnich no había ninguna denuncia con sus características, ¿Quién era ella y por qué el presunto sospechoso la llevaba en sus brazos?

El sospechoso se llama Roger Bernard, es un cirujano plástico quien supuestamente escuchó gritos desde su casa de retiro, y fruto de salir a investigar, encontró a las mujeres primero que los oficiales. ¿Lo había hecho

él?, ¿Tendría razones?

Pero para entender el móvil del crimen había que entender el génesis del asunto. Ir mucho más allá.

¿Quiénes en realidad eran las dos mujeres y los dos hombres?

○

Roger Bernard se encontraba en una celda provisional en lo que se investigaba su participación en el caso. Llamó a su abogado la misma noche. Mientras lo esperaba observaba la ventana de la celda. Estaba tan alta. Se pasó el labio inferior por los dientes.

Uno de los oficiales le pidió que saliera. Afuera lo esperaba su abogado.

—Explícame, Roger. —Su abogado murmuró.

—Yo no lo sé, que te expliquen ellos. —Roger se alzó de hombros.

El abogado se acercó a él para susurrarle al oído, como si temiera que le escucharan—: Escucha, no sé en qué lio te has metido, solo... un investigador llamado Lucas Baum hablará contigo. Tienes que responder, pero si sientes que es una trampa, puedes elegir omitir la pregunta. Te está esperando.

Roger no llevaba esposas en sus manos cuando el oficial lo escoltaba a la sala donde se encontraba Lucas Baum. Al entrar, pensó que lucía muy ordinaria como para ser una sala de interrogatorios.

—Señor Bernard, un placer, mi nombre es Lucas Baum, pero puede referirse a mi simplemente por Lucas. Tome asiento por favor.

Roger se sentó en la pequeña silla de metal.

—Usted está detenido desde ayer, porque encontró a dos mujeres en el Lago Cisne, la primera, Masha Endler, una stripper de un Bar de Múnich, y la segunda, con identidad aún sin conocer...

—Se apellida Lambert, Lauren Lambert —respondió despacio.

Lucas lo apuntó rápidamente en una página de su libreta. La libreta estaba apoyada de la mesa liviana de la sala de interrogatorios.

—Después de encontrarlos a ustedes, se encontró el cadáver de un hombre muy cerca del lugar de los hechos... —Algo lo distrajo. Eso era el nombre de Lauren Lambert escrito en su libreta—. Eh... bien, antes de seguir, quiero saber, ¿Cómo sabe cuál era una de las víctimas?

—Es mi novia.

Lucas entrecerró los ojos. Apuntó ese dato.

—¿Usted encontró a su novia casi muriendo en el Lago Cisne?, ¿Cómo me dice eso sin que le pase por la mente el que yo piense que usted era quien le estaba haciendo daño?

—Estoy contando la verdad; yo no le hice daño.

—Tengo razones para creer que usted sí trató de hacerle daño.

—Sí usted tienes pruebas, está bien, mientras tanto, solicitaré a mi abogado que procure mi libertad. Yo conozco mis derechos, señor Baum.

Lucas tensó la quijada. Sabía a lo que se refería el doctor Bernard. Sin en veinticuatro horas no había acusación, la prisión era ilegal. Aun no tenían nada para acusarle. Así que, efectivamente, el cirujano fue puesto en libertad.

○

Lucas Baum a través de la red de póliza de seguros encontró a varios con el apellido Lambert en todo Múnich, pero, como por coincidencia encontró a Laura Soares, quien tenía dentro de su plan a una hija, llamada Lauren Lambert, al entrar, la foto reveló lo que quería saber.

Laura Soares volvía del trabajo, cuando, al entrar a la sala de su casa vio que su prometido estaba sentado en la sala con un par de oficiales. El corazón le bajó a los pies y las lágrimas afloraron sus ojos.

Eran noticias de su hija.

—Han encontrado a Lauren.

Laura se tapó la boca, dejó caer su bolso al piso.

—¿Dónde está?

Herman se levantó a su lado, pasó la mano por su hombro suavemente.

—Está en el hospital —comunicó el oficial.

—Sí, ¿pero qué le pasó!?

—Si viene con nosotros le podremos explicar mejor. Hasta ahora solo le puedo decir que fue encontrada en el Lago Cisne. Tiene un mes y medio de embarazo.

Empezó a llorar sin digerir bien la información.

—Alguien intentaba asesinarla.

○

El cadáver del hombre había pasado toda una semana en el laboratorio de

la forense. Por su registro dental se descubrió que su nombre era Kay Kugler, un agente de remesas.

Aun así, no se sabía quién era él en el rompecabezas del caso, ni porque se encontraba muerto.

Lucas Baum estaba estancado, porque las dos mujeres seguían en una delicada situación y no podían acusar a nadie. Él único que podía dar una luz al caso era Roger Bernard, pero él había sido puesto en libertad. El doctor Bernard, era un cirujano de renombre, incapaz de cometer tal atrocidad para algunos. Sin embargo, Lucas Baum buscaba lo que sea que pudiese sostener una acusación y volverlo a encerrar en prisión.

○

### *Semanas antes*

Vid se miraba en el reflejo del auto de Vladi. Un monstruo le devolvía la mirada y se apoderaba de lo que él era. Cerró los ojos fuertemente para borrar las acciones cometidas hacia unos segundos, pero no desaparecía, se quedaba, y se atragantaba con su vida.

—Anda, muévete. —Albert comandaba, la novia de Albert, Katia, echaba ambientador dentro del auto—. Anda, muévete. —Volvió a repetir.

Vid miró a Albert con los ojos abiertos, paranoicos, sus labios rojos y sus ojeras pronunciadas.

—Vid, Dios mío, quítate. —Katia lo empujó y el cayó al piso. Ella abrió la puerta de los asientos de atrás, y sacó la funda negra. La abrió, y empezó a echar piedras en ella.

Albert observaba, mientras Vid mantenía el ceño fruncido.

—Rosemary va a hacerme daño.

Cuando Katia terminó de echar las piedras en la funda, gateó hacia Vid. Le acarició el rostro.

—Ella te entenderá, entenderá que lo hiciste por tu bien, porque ella te ama. Y porque si él seguía aquí, significaría el no verte más a ti.

Vid asintió. Albert tomó la funda y la lanzó al lago.

○

Lucas Baum se tocaba la barbilla mientras su mente se encontraba lejos. De

pronto, una mujer de piel morena y cabello recogido entró a la sala del hospital. No le tomó mucho tiempo el darse cuenta que aquellos ojos eran iguales a los de la muchacha que yacía luchando por su vida y por la de la criatura que en su vientre había, a unas cuantas puertas más allá.

Lucas alcanzó a la mujer, quien andaba con un hombre blanco, alto, con cabello negro y ojos claros que también lucía preocupado, pero no parecía el padre de la muchacha.

—Señora Soares.

La señora se dio vuelta, impaciente.

—Soy Lucas Baum, encargado de la investigación del caso de su hija. Tengo unas preguntas que hacerle señora.

—Yo voy a ver a mi hija —contestó apurada, se iba.

El hombre que andaba con ella, la detuvo.

—Laura, esperemos lo que tiene que decir.

La señora respiró profundo, y todo su cuerpo tembló. A la verdad, ella se veía joven, tal vez no llegaba a los cuarenta años de edad.

Lucas tomó una bocanada de aire, y después formuló la primera pregunta.

—¿Reportó a su hija como desaparecida?

Exhaló negando.

—No.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El siete de abril.

Lucas apuntó en una libreta.

—Usted no reportó que estaba desaparecida, aunque llevaba un mes y días sin saber de ella, ¿acaso sabía dónde estaba?

Se puso a llorar.

—Creí que se había ido con su pareja... unos días antes me había pedido ir a una casa en el bosque que tenía su novio, y yo le dije que no podía ir, entonces, desapareció de la casa, cuando le iba a llevar la foto grupal de su escuela, su habitación estaba vacía. —Se tapó la cara—. Yo pensé que estaba desaparecida, fui a la policía para hacer la denuncia, me hicieron preguntas iguales a la que me hizo usted, me dijeron que mi hija lo más probable se había fugado. Entonces de pronto me llamó una tarde, yo creí que estaba bien, *ella* me dijo que todo estaba bien, que me amaba.

—¿Quién es la pareja de su hija?

—El doctor.

Herman miró a Laura y después a Lucas.



—Se llama Roger Bernard.

Laura y Herman se marchaban de nuevo hacia la habitación donde Lauren se encontraba, pero Lucas les alcanzó.

—Una pregunta más, —Alzó el dedo índice y el del medio juntos—. ¿Cree que la pareja de su hija le ha hecho esto?

Laura miró a Herman, y Herman le devolvió la mirada. Que no tenían idea, no se iban a lanzar a acusar desde la nada.

○

Laura conocía a su hija de pies a cabeza, cada tonalidad, cada curva de su cuerpo, las facciones de su cara, su cabello, el color natural de sus labios, y la forma en que sus piernas siempre estaban en forma. Ella le conocía todo. Era su hija. Sin embargo, al verla en esa condición se quedó lejana. Ciertamente no se parecía a su hija, había perdido una increíble cantidad de peso, y su cabello estaba rizado y enredado como a su hija no le gustaba. Tenía los labios amarillos y ojeras debajo de estos.

Se retuvo de tocarla mientras se le escapaban lágrimas silenciosas. Agradeció que Herman se hubiese quedado afuera de la habitación y agradeció que ella fuera, además de los doctores y enfermeras, la única que viera a su hija en tal condición.

Se acercó y besó su frente. Fría, helada, la respiración de Lauren era muy pausada, y apenas la sabana se levantaba con cada inhalación. Laura miró a los lados, una enfermera observaba los movimientos de ella, para que no hiciera nada que afectara la estabilidad de la joven.

Entonces, Laura se le acercó.

—Quiero ver su vientre.

—Señora, mire, —Señaló una pantalla que estaba justo al lado de otra, con la misma línea que subía y bajaba—, son los latidos del bebé.

Laura se tapó la boca cuando sintió ganas de llorar otra vez. Su hija estaba embarazada, y alguien había intentado asesinarla, ¿por estar embarazada o no lo sabían? Se lo preguntaba mientras miraba los únicos signos de vida de su hija.

La enfermera cuidadosamente bajó la sabana. Debajo de ésta Lauren tenía una bata blanca del hospital, porque su ropa estaba enchumbada de agua y cubierta de sangre. Posteriormente fue guardada para pruebas.

Laura tocó el vientre de su hija.

—Tiene mes y medio, casi no se notará.

Laura acariciaba el vientre, y siguió subiendo la mano, hasta tocar algo rasposo, una costra en la piel de su hija demasiado grande y con forma rara. Alzó la bata hasta el inicio de sus costillas... fue ahí cuando gritó de horror.

La marca del número siete apenas sanaba en la piel expuesta de Lauren.

○

Según lo que se había encontrado en la casa campestre de retiro del cirujano, había pruebas de que la joven Lambert había estado allí. Se buscó rastros de lucha o de sangre, también ADN de la otra víctima, pero la casa estaba tan limpia como el baño de la Reina. No había nada.

Al parecer, la pareja se había ido de fuga, eran *amantes* según las sabanas. Así que la requisita a la casa fue un fracaso, y a la redonda no había otra propiedad registrada además de miles de hectáreas de bosque silvestre.

Según testimonio de la madre de la víctima, el doctor Roger Bernard era novio confirmado de su hija, por esas razones solicitó al juez de la corte penal un auto para apresar a Roger Bernard por sospechoso en intento de asesinato en primer grado.

○

—No entiendo por qué estoy otra vez aquí.

—Verá doctor Bernard, yo quería tenerlo tras las rejas desde que lo vi. Pero no tenía pruebas para una acusación, por lo que fue puesto en libertad. Después, quería apresarlo por ser el último en ver a Lauren antes de que desapareciera, por el testimonio de su madre que dice que la joven quería ir con usted a una casa del bosque y por haber sido quien la encontró, pero estaba costándome mucho conseguir el auto. Luego, un golpe de buena suerte: un chico muy nervioso llegó a mi oficina. Estaba temblando y confesó un delito: que sabía dónde estaba Lauren Lambert todo este tiempo, y que si le enseñaba fotografías podía identificar a los culpables, que los había visto con sus ojos. Así que le presenté la foto de un cadáver que se encontró en el área. El hombre estaba desfigurado, pero el muchacho juró que era él. Como yo no tenía a nadie más, él me dijo: y su novio, el cirujano. Un testigo Bernard. Un testigo que confesó haber asesinado al novio de *su* hermana porque se negaba a guardar el secreto de lo que habían visto.

Roger lo miraba serio, no aparentaba emoción.

—Yo no sé usted, doctor, pero ese testigo es escalofriante, acaba de hundir a muchas personas, en su lugar doctor, estaría cagándome de miedo. Porque, lo juro, va a pagar por lo que le hizo a esas jóvenes.

Roger tocaba las paredes de su boca con la lengua.

—Soy inocente.

—Eso, —sonrió—, ya lo veremos.

○

Vid nunca había estado tan incómodo. Tenía las manos debajo de su espalda mientras miraba al cielo de su camarote. Gris, con franjas como grilletes de celda. Lo veía borroso, estaba llorando por los recuerdos.

—Ella solía patinar aquí. —Rosemary había dicho señalando al lago—  
Dividámonos.

—Bien. —Vladi le contestó.

Tania se unió con Rosemary a buscar por el oeste. Vladi y Vid por el sureste, y la novia de Albert, Katia, junto a Albert, por el noreste. Warren se había quedado en su casa porque tenía viruela.

—¡Lauren!, ¡Lauren! —Se escuchaba a lo lejos, muy lejos.

Vid se abrazaba a sí mismo.

—No sé porque la estamos buscando, nadie ha dicho que está desaparecida.

Vladi se arregló el abrigo.

—Yo tampoco, a la verdad. Pero Vid, su mamá nos pidió que hiciéramos esto. Solo terminemos y será suficiente.

—¡Creo que *nosotros* estamos perdidos! —Habló un poco fino, culpa de la pubertad.

—Tranquilo. Calma, solo tenemos que dar vuelta y volver. De todas formas, ¿Qué haría esa tipa en medio de árboles?

Vid y Vladi se rieron mientras se devolvían por el camino, escucharon unas ramas romperse. Unas risas, unos golpes, unos quejidos. Lo siguieron. Vieron a Albert y a Katia mirar desde detrás de un árbol, Vladi se acercó para ver lo que ellos veían, estupefacto, veía como un hombre pelinegro tapaba la nariz de una mujer vestida muy ligero para el clima, y como ella tenía la cara roja y las manos amarradas, al mismo tiempo otro rubio recogía ramas y las amontonaba.

—¡Creo que no puede respirar! —Vid se acercó a los hombres

inocentemente, sin detenerse a analizar lo grave del asunto.

Vladi salió de detrás del árbol para sacar a Vid del embrollo, y también lo hicieron Katia y Albert, por razones distintas.

Cuando Albert salió, el hombre rubio le miró interrogativo.

—¿Qué es todo esto? —Mayer miró a Albert.

Albert sintió nervios, acababa de meter la pata, pero entonces, pensó.

—Es solo que les conté lo que hacíamos, y ellos solo quieren divertirse.

Vid abrió los ojos mientras miraba a Vladi, y después a Albert. No se estaba dando cuenta que sellaba su futuro.

Cerró los ojos. Ahora él había visto mucho, ahora tendría que pagar el precio de ver.

## Capítulo 21

### Lo que el hielo ocultó: cuestiona.

Rosemary se sentía avergonzada; sus padres hablaban con la mamá de Lauren, explicando cosas que ellos no entendían como por qué Vid confesó haber sido testigo del asesinato de un amigo, o de cómo él creía que esos dos hombres eran culpables.

Rosemary trataba de entender a Vid, pero no podía. Su hermanito menor estaba tan convencido que hace tres días su novio estaba muerto que daba escalofríos. No había podido hablar con Albert ni con Katia, y desde que Vid desapareció el miércoles no había podido preguntarle nada.

—Lauren... desearía tanto que usted despertara y aclarara todo esto... — Pasó la mano por el cristal. Se pasó la mano por debajo de la nariz—. Diga que mi hermano no le hizo daño...

—Ya Rosemary, nos vamos a casa. —La mamá de Rosemary le avisó y entonces Rosemary se quitó de la ventana sin mirar a atrás a la mamá de Lauren.

○

¿Quién es Roger Bernard? Se preguntaba. No es simplemente un cirujano, un doctor en sus treintas que salía con una muchacha joven, ¿Quién es él?

Se había casado a los veintitrés, y a los veinticinco ya estaba divorciado. Su esposa murió estrangulada a manos de un hombre borracho que interrumpió en su casa, y después de tratar de robarle, intentó violarla y la mató. ¿Pero fue eso lo que en realidad pasó? A los ojos de la policía. Sí. A los ojos de él, no estaba muy seguro.

¿Por qué se separarían dos jóvenes en tan poco tiempo?, ¿producto de los celos, de la infidelidad?, ¿Existe la posibilidad de que la muerte de la joven muchacha haya sido un crimen pasional por parte de un amante?

Roger Bernard, según sus compañeros de trabajo, según sus amigos, es un hombre tranquilo, pacífico, que actúa con calma y precisión. Que le ha ido

bien en la vida después de heredar la tierra a las fueras de Múnich de parte de su padre. Su madre vivía al otro lado, muy vieja como para llevarle al rastro de todo lo que hacía su hijo.

○

—¿Usted está consciente de que esta conversación está siendo grabada, y que todo lo que usted diga puede ser utilizado en su contra?

Katia asintió.

—Bien, ese hombre de allí es un testigo de esta conversación. Y la señorita escribirá su declaración. Señorita Katia, ¿sabe por qué está aquí?

—Mi novio tiene un amigo psicópata.

Lucas Baum miró a la pelirroja.

○

—Joven, ¿está usted al tanto de por qué está aquí?

—No. No estoy seguro, yo no entiendo.

—Usted tiene un amigo, llamado Vid. Él vino el pasado martes y nos confesó que había visto como usted mataba a su otro amigo, Vladimir Dinte, porque supuestamente él quería confesar lo sucedido el lunes, después de que se dieran cuenta de que Lauren Lambert había sido encontrada. Que tú, tu novia, Vid y él, sabían de una mujer que había sido secuestrada, creemos que era Masha Endler, y que ustedes observaban como era maltratada por dos hombres.

○

—Eso es completamente falso. Oiga, escuche, Vid Wolff es un niño con problemas, escúcheme bien, pro-ble-mas. Se inventa cosas. A él le gustaba la chica que desapareció, es por eso que piensa que sabía de ella. Pero no. Háganle investigaciones, verá que el muchacho tiene desequilibrios mentales.

La chica rodó los ojos cuando terminó de hablar, Lucas Baum asintió.

○

—¿Qué encontraron una funda con cosas de Vladi? —preguntó él a Lucas,

él le asintió suavemente—. No sé qué decirle señor oficial, no sé.

—Albert, solo dime la verdad.

○

—Le voy a decir la verdad. —Katia un poco impaciente empezó, tocaba la mesa con sus dedos—. Le mentimos a Vid. Queríamos engañarlo, pregúntele a quien sea, Dios, ¿han encontrado el cuerpo de Vladi? ¡No!, ¿sabe por qué? ¡Porque él está vivo!

○

—Joven Albert, ¿por qué querían ustedes asustar a Vid simulando la muerte de su amigo?

—Para que no fuera flojo.

—¿Flojo con qué?

—Con la lengua. —Se tocó su lengua.

—¿Qué escondían?

Albert alzó la vista hacia Lucas. Lo miraba con una mirada enojada.

—¿Qué escondían, Albert, que era tan horrible como para asustar de muerte a su amigo discapacitado para que no hablara? —Se le acercó.

○

—¡Íbamos a decirle que era una broma el miércoles!, ¡lo juro!, maldición. Vladi está en casa de su tía, en Hamburgo, él volverá. ¡No le crean a él! Vladi solo lleva cuatro días de haberse ido, vive solo en un apartamento cerca de la casa de Rosemary, solo le queda su tía. Antes de ayer le hubiésemos contado a Vid que era una broma, sí, queríamos asustarlo para... —Se calló lo que iba a decir—. Nunca mataríamos a un amigo. —Katia empezó a llorar.

—Katia, escúchame bien, solo escúchame tú ahora a mí, ¿por qué querían atemorizar a Vid?

Katia se mordió el labio y negó varias veces con lágrimas mojando sus ojos.

—Katia...

—No quiero perder mi vida en la cárcel. No quiero ir a la cárcel.

—Katia... —susurró Lucas despacio—. Dos mujeres fueron injustamente

maltratadas, y ellas necesitan justicia, si tú cooperas, yo cooperaré contigo y ayudaré a que se te reduzca la pena.

Ella le miró.

—No quiero ir a la cárcel.

—Si aceptas testificar en el juicio, te lo prometo, te ayudaré a que se te baje la pena. —Le repitió.

Ella tragó en seco.

—Y a mi novio por favor, se lo ruego. —Sollozó con la cara echa un desastre.

Lucas lo pensó.

—Haré lo que la justicia me permita. Pero primero tengo que ver a su amigo con vida.

○

—Hola, este es el teléfono de Vladimir Dinte, si está escuchando esto, no puedo contestar la llamada, deje su mensaje y le contestaré cuando se me pegue la maldit... pii.

—Hola Vladi. Oye, las cosas salieron mal. Ven pronto a Múnich, Vid y Albert están presos, estoy en libertad provisional. Hay tremendo lio. —La voz de Katia murmuraba al teléfono.

○

—Vid, que bonito nombre.

—Gracias —respondió seco.

—¿Cómo estás? —Lucas preguntó despacio.

—Bien. —Miraba sus zapatos.

—Vid, —Lucas se acercó más a la mesa—, háblame de Lauren.

A Vid se le aclaró el rostro. Como si tan solo su nombre le produjera dicha y felicidad.

—¿Es hermosa, no es así?

—Sí. Lo es, muy hermosa. —Vid sonrió—. ¡Muy hermosa!

Lucas le sonrió.

—¡Te gusta mucho!

Vid asintió.

—¿Y qué más?



—Ella es... no sé cómo decirle, vi un video de ella bailando. Me obsesioné con su persona, y la amo. Es tan carismática y buena gente. —Se tocaba la barbilla mientras hablaba. Lucas Baum apuntó “Video, Lauren” en su libreta—. En mi casa todos las amamos, desde mi hermana hasta yo. Que viniera a Múnich fue un regalo de los cielos.

—No creo que ella piense lo mismo. —Lucas dijo más para sí mismo que para Vid—. ¿Cómo es su relación?

—Ella... —suspiró—, yo no le gusto.

—¿Cómo lo sabes? —frunció el ceño.

Vid imitó su acción.

—No es mi novia, sino de otro hombre.

—¿Y eso te enoja?

—Un poco.

—¿Qué harías con ese enojo?, ¿Cómo lo canalizas?

—Yo no le hice daño a Lauren. Ella me hizo daño a mi señor, ¡oyó! —le gritó.

—Calma.

—No, ¡ella me engañó!, ¡éramos novios, ella me besaba!, y después ese hombre me partió la nariz en frente de todos, ¡me humilló! —Se estaba sobresaltando.

—Te entiendo. —Lucas asintió.

—¡No, usted no me entiende!, ¡Rosemary me dijo que él la golpeó!, maldita perra, ¡siguió con él!

Lucas anotó eso. Se pasó la mano por el cabello rojo vivo.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—En su habitación, debajo de la tierra, estaba como drogada, y olía a sudor, un olor desagradable.

—¿Cómo desagradable?

—Como si no se hubiese dado un baño por días —respondió, y sonrió—. Pero lo juro señor, aun así era hermosa, hermosa.

—¿Qué hacías allí?

—Un hombre pelinegro me dijo que podía usarla si yo quería. —Se acercó a Lucas—. Un hombre me dijo que podía tener sexo con Lauren. —Mostró los dientes en una sonrisa siniestra.

—¿Y qué hiciste?

Vid se rió.

—¿Qué cree usted que hice?

○

—Explícame esto Roger, ¿Por qué un muchacho dice que te vio con la desa'parecida? Dime la verdad.

Roger se alzó de hombros tras las celdas.

—Maldita sea, eres mi cliente, pero escúchame bien, sino me dices la verdad no pondré defenderte, Lucas Baum y la fiscalía iniciarían un juicio contra ti, ¿escuchaste?

—Yo soy inocente, y Guido, debes creer en mí hasta el final.

Guido golpeó la celda.

—¡Creo que tu final es claro ya! Maldición, Roger Bernard, yo renuncié a esta mierda, ¿escuchaste? ¡No bajaré el nombre de mi firma de abogados por defenderte a ti cuando no me eres honesto!

Roger se alzó de hombros.

—¡Lo lamentaras! ¡Podía lograr que se te bajara la pena!, ¡eres un tonto!

Roger se acostó en su cama, y cerró los ojos, ignorando a su furioso ex abogado.

○

—Al parecer Vladimir Dinte no está muerto. Esa versión corrobora con las cámaras de seguridad del metro que lo graban subiéndose a éste. —Lucas Baum soltó la grabadora encima de su escritorio. Le preocupaba como el testimonio de Vid se iba deteriorando, casi dejándolo sin pruebas para arremeter contra el doctor Bernard, porque si Vid había mentido sobre la muerte de su amigo, ¿sobre qué más había mentido?, ¿Qué tan en serio puede tomar el testimonio de un chico con problemas?

Minutos después se encontraba entrando a la sala de interrogaciones, donde Roger le esperaba relajado, aunque se acababa de quedar sin defensor, y estaba solo contra todo lo que se le culpaba.

—Un placer verlo de nuevo. —Lucas Baum no le respondió a su voz sarcástica—. ¿Cómo va todo?

Lucas se acomodó en la silla.

—Me mantuve pensando: ¿Cómo logró usted atrapar a Lauren Lambert? — Lucas hablaba fingiendo desinterés.

—¿Atraparla? Yo no he atrapado a nadie.

—Usted no me entiende, quiero decir, la joven es toda una belleza, ojos verdes color jade, labios contorneados, cabello rizo brillante, de tez estrambótica. Tiene un bonito cuerpo, con dones muy particulares, y es que vi un video, doctor, ¿Cómo logró tal belleza bajo sus garras?

—Yo no me quedo atrás tampoco. —Roger sonrió.

Lucas rió de esa declaración.

—Si es así, todos los hombres en esta sala somos atractivos.

Roger miró a Lucas Baum, que quizás cuando no era tan viejo poseía más galantería, pero supone que cualquier mujer puede sentirse atraída a un pelirrojo cuarentón que juega al policía bueno.

—Pero somos más de lo común, donde sea que mires verás a un hombre como tú o como yo, pero aquí en Múnich, una belleza como Lauren, es en serio doctor, ¿Cómo la conoció?

—Ella fue mi paciente. Le gusté. Ella es muy ligera al presentar sus emociones.

—Y usted tomó ventaja de eso.

—No, yo sigo una ética profesional. No me ligo con pacientes.

Lucas asintió riendo por lo bajo y alzando las cejas.

—Ellas se mudaron dos casas al frente de mi casa. —Roger se inclinó a la mesa.

Lucas se interesó más con la historia.

—Lauren no sabía que yo vivía allí, hasta que un día me vio, y me fue a saludar.

—¿Lo fue a saludar? —preguntó sin creerlo.

—Sí. Y dijo que le gustaba mi camisa, siendo muy obvia con sus métodos de seducción.

—¿Y que usted le dijo?

—Que me gustaban sus botas.

Lucas se acomodó en la silla, se puso serio.

—No nos salgamos del tema, ¿Cómo inició la relación que usted dice tenía con ella?

—Un sábado Lauren, en el auto de su mamá, me estaba siguiendo, y me detuve en el bar Baviera.

—¿Sí?

—Me senté y esperé.

—Lauren Lambert tiene dieciocho años de edad, ¿Cómo logró entrar? —preguntó Lucas, quien conocía el bar Baviera y su restaurante del frente. Sus

reglas y la edad que había que tener para ingresar.

—Una buena propina al portero...

Lucas asintió.

—Se me sentó al lado, y le invité una cerveza. Después me invitó a bailar, y después, —Roger sonrió—, bailamos, claro está.

—Veo que lo hizo bien. —Lucas frunció el ceño—. A juzgar por su sonrisa.

—Me provocó. Eso me molestó un poco.

—Suena complicado. ¿Qué le hizo entonces?

—Tenía opciones, —Juntó las manos—, ir con ella a los baños traseros o dejarla ir. Todo tenía su contra, además no estaba seguro si ella quería o no, toda parecía más una muchachada... así que la dejé ir. De todas formas, si mostraba interés ella se echaría hacia atrás.

—¿Y ella volvió?

—A buscarme, todo el tiempo.

○

—Vladimir Dinte. El muerto viviente.

Vladi no respondía.

—Estoy tratando de tejer estas cuerdas juntas, pero no he encontrado el sentido, ¿por qué fingir una muerte? —Lucas se impacientó porque no respondía—. Si usted no habla, serán peor las consecuencias.

—Vid quería contar lo que vio. Se sentía culpable.

—¿Culpable de qué?

—De ver sufrir a la mujer y reírse de ello. Solo eso, vamos, solo estábamos curiosos. Es como ver a un hámster siendo atacado, indefenso, te causa morbo. Pero después encontraron a la mujer, Vid entró en pánico y quería confesar, pero solo me dijo a mí. Yo les dije a Albert y Katia lo que ocurría. Fue así como se nos ocurrió el plan de fingir mi muerte. Para que él creyera que si hablaba, moriría. Simplemente. Ya. Somos inocentes todos.

—¿Tienes idea de todos los delitos que has confesado justo ahora Vladimir Dinte?, tienes suerte si sales de aquí sin canas. —Lucas bromeó con él.

Vladi lo miró con una mueca en el rostro, no compartía su sentido del humor.

○

—Mi niña... —susurró tomando la mano de Lauren y poniéndosela en su mejilla mojada—. Sé que te he dicho incontable veces que solo somos tu y yo contra este mundo, pero me siento tan sola y devastada, seguro tú también te sentías así, lo siento tanto, te dejé sola. Te dejé sola y te hicieron daño. —Se limpió la garganta—. A veces desearía que mamá estuviera aquí, ella me apoyaría, pero estoy sola contigo aquí. Nunca te ha visto Lauren, por favor, quiero que te vea con vida. —Se acercó más a la cama, tocó el vientre de Lauren—. Quiero que vea la criatura. No estoy enojada porque estés embarazada, te juro bebida, no estoy enojada contigo por nada, por nada, solo quiero que me hables. —Se rió—. Me estoy volviendo loca bebida, loca...

Herman tocó la puerta antes de entrar. Laura se limpió los ojos y las mejillas, se acomodó en la silla.

—Hola.

—¿Cómo está ella, y cómo estás tú?

—Ambas estamos bien. —Laura intentó sonreír—. Quisiera estar un momento a solas, con ella por favor.

Herman se acercó a Laura y besó su frente, después agarró su cara con ambas manos, acariciando con sus pulgares debajo de sus ojos.

—Cariño, necesitas comer algo y descansar un poco también. Vamos a la cafetería. Lauren estará bien. Si te vas a descansar yo cuidaré de ella.

Laura miró a su hija.

—No tengo hambre, no estoy cansada.

—Solo un café, ¿Qué tal eso?

—Tráemelo, me lo beberé detrás de aquella ventana. —Se soltó de las manos de Herman, y recostó su cabeza de la cama de Lauren mientras la veía respirar despacio—. Mi bebida... ella me necesita a su lado, todo el tiempo.

Herman salió de la habitación a buscarle el café. Entró el doctor, quien llevaba el progreso de Lauren.

—Señora Soares.

Laura se acomodó en su silla, después se levantó para darle la mano.

—Hola doctor.

—Estuve hablando con el doctor que monitorea el embarazo de su hija y nos preguntábamos cuál era su decisión en cuanto al bebé.

—¿A qué se refiere? —Laura frunció el ceño.

—¿A que si lo mantendrán o no?

Laura observó a Lauren.

—Quizá el niño sea deseado, pero si fue producto de una violación puede

que la señorita no quiera saber del pequeño. Así que todo queda en sus manos.  
—El doctor le dijo a Laura.

—No puede quedar en mis manos, no soy la madre del bebé. —Miró a Lauren—. Lo siento, cuando despierte, ella decidirá si convertirse en madre o en asesina. —Le miró a los ojos con los labios apretados.

○

Roger se molestaba sus uñas de la mano derecha con la mano izquierda cuando sintió que alguien se paró justo al frente de su celda, alzó la vista. Un hombre alto, vestido de traje, le sonrió. Tenía ojos grises y cabello castaño claro muy corto.

—Doctor Roger Bernard, soy el abogado de la firma Neisser. Su antiguo abogado ha estado divulgando secretos sobre usted; “*que usted el culpable de todo lo que se le imputa*”, pero yo doctor, creo firmemente en su inocencia, y durante todo este mes he estudiado el caso y el acta de declaración de todos los testigos. Si acepta mi ayuda estaría encantando de sacarlo de esta celda con su libertad y su nombre en limpio. Mi nombre es Eike Neisser.

—Neisser, Irina Neisser, la pequeña niña que fue a mi consultorio hace dos años —recordó Roger. Tenía la tarjeta de este abogado encima del escritorio de su consultorio.

Eike tragó saliva.

—Exacto. Usted me hizo un favor que yo y mi hija le estamos eternamente agradecido, yo le haré un favor ahora.

Roger sonrió.

—Bien, porque el abogado de oficio es un incompetente. —Roger se levantó y pasó la mano a través de la celda—. Acepto.

Estrecharon manos.

—Lo primero que haré será conseguirle un traslado de esta celda tan oscura a una más cómoda, después, usted y yo tenemos cosas que hablar sobre las declaraciones de los testigos. Desde ahora le digo, si no lo sabía: “*entre usted y Lauren Lambert no había otra cosa más que una relación amorosa*”

—Y es la verdad. —Roger le sonrió mostrando los dientes.

## Capítulo 22

### Lo que el hielo ocultó: cambia.

El juicio a Roger Bernard tuvo tres etapas significativas: el testimonio de los testigos, el brillante escrito de defensa del Licenciado Eike Neisser, y el testimonio de Roger Bernard. Como un bonus, estuvo el testimonio de Masha Endler, que cambió todo. Pero antes de ese giro trascendental, de ese giro inentendible, pasaron varias cosas.

Las pruebas que se tenía hasta el momento que inculpaban a Roger Bernard eran, primero: el brazalete que estaba en su cabaña el cual combinaba con el dije en forma de “L” que se encontró cerca del lago, pero, como decía la defensa, ese hecho no significaba nada, puesto que “su cliente había dicho que su novia sí se encontraba en su cabaña por unos días, *antes* de desaparecer”.

Segundo: El testimonio de Vid Wolff, que estaba en duda por su inestabilidad emocional, y las sospechas de que este padeciera de trastorno límite de la personalidad, así como también las sospechas de que su testimonio en contra de Roger Bernard se basara en la represalia y el “odio y dolor que tenía hacia él por quitarle su amada”.

El hecho de que la chica era su novia, que estaba media muerta en sus brazos al momento de encontrarla y que él haya sido el último que supuestamente la había visto consciente, no implicaba que haya sido él el culpable.

Si bien era cierto que Roger Bernard era sospechoso, no había una certeza o prueba contundente de parte de la fiscalía, no había ningún testigo fiable, y la víctima estaba en estado de coma, sin saber si sobreviviría. La defensa comandada por Eike Neisser, como único miembro, se defendía con el planteó el principio «In dubio pro reo»<sup>[2]</sup>.

En cuanto a Masha Endler, Roger Bernard no se hallaba vinculado a ella. No existía ningún lazo que los uniere. Se planteaba que Roger Bernard no había tocado en ningún momento a Masha Endler. La fiscalía había echado la

culpa al hombre que se había encontrado muerto. Y ese era Kay Kleger, el abogado culpable de lo que le ocurrió a Masha Endler.

En la primera audiencia, Rosemary asistió para testificar en contra de Roger Bernard, según le había instruido el fiscal, (pero le dijo que dijera la verdad).

Tania y Warren le observaban desde el público. En segundo plano el testimonio de Rosemary Wolff se utilizaría para saber sobre su amistad con Lauren, para saber más sobre la relación que existía entre la chica y Vid y, si había un chance que el chico hubiese cometido el hecho.

—¿Conoce a Lauren Lambert?

—Sí, la conozco.

—¿Era su amiga?

—Sí, lo es.

—¿Muy cercana?

—Soy su única amiga aquí en Múnich.

—¿Pero ustedes son muy cercanas?

Rosemary asintió.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Éramos, *somos*, amigas, y ya.

—¿Lo suficiente amigas como para saber de sus otras relaciones, con otras personas?

Rosemary lució confundida.

—No sé a qué se refiere.

El fiscal se le acercó un poco más. —¿Sabía si su amiga tenía pareja, o amigo, fuera del círculo donde se movían ustedes?

—La vida privada de Lauren era un enigma para mí, pero si lo que quiere saber es si conocía a la pareja de Lauren, pues sí, ella tenía un novio mayor que ella, yo me sorprendí, pero después le dije que su pareja era atractivo.

—¿Está diciendo que entre el doctor Roger Bernard y Lauren Lambert había una relación amorosa?

—Sí, la había. Le estoy diciendo. Ella se le veía enamorada de él.

—¿Lauren le contaba sobre como era su pareja con ella?

—No, no. Lauren no me contaba sobre su relación íntima, porque yo no le preguntaba. Pero en últimas instancias apareció con un golpe en la nariz, —se tocó la nariz—, dijo que se había caído, y su actitud cambió un montón.

—¿Usted cree que ese hecho está relacionado a su pareja?



Rosemary se alzó de hombros.

—¿Señorita?

—Tal vez, pero no lo sé con seguridad. Señor, ya le dije que ella me dijo que había sufrido un accidente, yo solo le estoy diciendo que Lauren cambió su actitud después de ese accidente.

—¿Y qué pasaba con su hermano?

—Lauren era amiga de mi hermano, pero mi hermano creía que Lauren era su novia. Él ama a Lauren con locura. Él la idolatra, créame, nunca le haría daño. Nunca. Mi hermano no es violento.

—¿Sabía Lauren que su hermano creía que eran novios?

—Sí, yo le dije: Lauren usted debe de parar a Vid antes de que esto le haga daño, pero ella solo sonreía o se alzaba de hombros. Ella no quería herir a Vid y por eso dejaba que él le besara en los labios y le diera largos abrazos, sin avisar.

—No tengo más preguntas señores jueces.

El abogado de la defensa, Eike Neisser, se levantó.

—¿Sabía su hermano de la existencia de la pareja de Lauren Lambert, el doctor Roger Bernard, o lo ignoraba?

—No sé si lo sabía.

—¿Nunca, *nunca*, se conocieron?

Rosemary negó.

—¿No? —cuestionó de nuevo.

—No. Vid no sabía que Lauren tenía una pareja, porque *él pensaba* que ella era su pareja. No conocía al doctor.

—¿Y entonces porque su hermano, Vid Wolff, en un acta de declaración hecha entre el doce y trece de mayo del 2007, —Presentó el papel al panel de jueces, tres en total—, declaró que “el hombre (en este caso la pareja de Lauren) le había golpeado en la cara en medio de todos en una feria de la cerveza” y que “Lauren le había engañado con ese hombre porque ellos eran novios”? señorita Wolff, ¿no implica esto que Vid Wolff conocía de la existencia de la pareja de Lauren Lambert, aunque no supiere el nombre?, y por lo tanto, que ya se habían conocido previamente?

—Espere. —Se tocó la sien, frunciendo el entrecejo—. Un día en la feria Lauren andaba con el señor, y Vid tomó a Lauren de sorpresa y le besó, entonces el señor tomó a Vid y lo golpeó en su boca, causándole que le brotara sangre. Se llevó a Lauren de allí. Vid estuvo muy mal, airoso, y esa rabia se convirtió en lágrimas. Eso es lo que hace mi hermano al airarse, llora y se

encierra en su cuarto en ayunas, no sale a intentar asesinar personas. Debe creerme. —Rosemary tomó aire.

—¿Mi cliente golpeó a su hermano por besar a Lauren Lambert?

—Sí. Delante de todos en la feria.

—No tengo más preguntas. —Eike Neisser se sentó al lado de su cliente, Roger Bernard.

○

—¿Qué sabe de Masha Endler?

—No mucho. —Se abrazaba a sí misma y no quitaba los ojos del piso.

—Le refrescaré la memoria: era aquella mujer que era abusada por un grupo de hombres violentamente, causándole moretones y traumas en todo el cuerpo mientras usted observaba.

Empezó a llorar.

—Cuéntenos lo que pasó.

Aunque Katia estaba implicada, ella había aceptado declarar a favor de la fiscalía, por lo que estaba cubierta por la inmunidad.

—Mi novio tiene un tío.

—¿Quién es ese tío?

Katia se alzó de hombros. —No lo veo aquí, no está.

—¿Pero realmente es tío del joven Albert?

—No lo sé, tal vez sea uno postizo.

—Ese hombre y otro rubio molestaban a una mujer. La mojaban con agua helada y jugaban con ella como si fuera un trapo.

—¿Tu veías como lo hacían?

—Sí.

—¿Por qué?

Se puso a llorar de nuevo.

—No lo sé. —Titubeó, se pasó la mano por la cara.

—¿La mujer que vio, es esta mujer?, ¿Masha Endler?

Katia observó la foto.

—Sí, es ella.

—¿Qué hacían sus amigos, señorita Katia?

Katia estaba cubierta en llanto, inclusive hubo una pausa, para que se calmara, la cual terminó en diez minutos, Katia se tranquilizó, pero seguía llorando.

—¿Qué hacían sus amigos, señorita Katia, con la mujer que usted reconoció?

—Ellos le hacían daño también.

—¿Puede describir lo que ocurría?

—Albert le amagaba para que creyera que él lo iba a golpear, pero no la golpeaba, lo juro, nunca lo hizo, solo se reía cuando la mujer espantada gritaba anticipándose al golpe que nunca llegaba. Vladi se la llevaba a un cuarto, —Se tapó la cara—, yo no sé qué hacían.

—¿Reconoce a uno de los hombres que estaba allí en este lugar?

Katia miró, y después negó. El fiscal se quedó esperando que señalara a Roger Bernard, pero ese momento no llegó.

○

—¿Y cuando usted vio a esta mujer que era abusada por aquellos hombres, no se le ocurrió ayudarla?

Se alzó de hombros Vladimir.

—¿No sentía pena por ella al menos?

—No creí que le molestase.

—¿No creyó que le doliese que le halaran el pelo y le dejaran mojada en medio del frío del invierno en Múnich, mientras unos chiquillos observaban y no la salvaban de tal pesadilla?

Vladi negó.

—¿Por qué?, ¿qué ganabas?

—Me dejaban mantener relaciones con la mujer.

—¿Ah, en serio? —El fiscal alzó las cejas.

—Sí. La amarraba de los lingüetes de la cama y manteníamos relaciones cada vez que quisiese. Quería convertirme en uno de ellos, me gustaba lo que hacían.

El fiscal miraba con el ceño fruncido a Vladi, sin poder creer lo que decía, más bien pensando que mentía solo por molestar. Más adelante, su declaración, o por así decirlo, confesión, no fue tomada en cuenta, puesto que cuando Masha Endler despertó aseguró que: “ninguno de los chiquillos le puso un dedo encima, sino que observaban”

Vladimir Dinte no estaba relacionado al caso de Lauren Lambert, por lo que no fue interrogado en cuanto a eso.

○

—Yo le dije a Vladi, dejemos esto, pero el insistía en ir. Una y otra vez, una y otra vez. Katia iba con nosotros. Vid se desaparecía a veces, pero iba con nosotros.

—Joven Albert, ¿Cómo era su relación con Lauren Lambert?

—Casi no hablábamos. No la conozco bien —admitió, sin comprender el cambio en cuanto al tema de las preguntas.

La fiscalía no continuó con las preguntas a Albert. Las que seguían podían lesionar su acusación contra Roger Bernard, puesto que *ninguno* de ellos lo mencionó a él o a Lauren Lambert, o siquiera lo relacionaron al caso de Masha Endler.

○

—Roger Bernard, ¿Cómo lo trata la vida? —Eike Neisser se sentó en la silla frente a la mesa que estaba entre él y Roger Bernard.

—Mejor, desde que conseguiste que me cambiaran de celda, y que mi comida fuera más decente.

—Es bueno escucharlo. —Juntó sus manos encima de la mesa—, dicen que golpeaste a Vid, ¿es verdad?

—Tú sabes la respuesta Neisser.

—¿Sabes qué es eso? —preguntó entusiasmado.

Roger negó.

—Un móvil, una razón para que el inestable mental decidiera intentar matar a Lauren y echarte la culpa a ti, Roger. Es nuestra defensa, y nos agarraremos de eso hasta ahora.

El abogado se levantaba.

—Espera. —Roger pidió—. ¿Tienes un pedazo de papel?

Sacó una libreta de su maletín y se lo pasó junto a un lapicero azul.

Roger dibujó un mapa. —Aquí, donde está la marca de la fogata, diez pasos al sur hay una tabla cubierta con ramas y nieve, cuando la levantes, estará la entrada a una casa. En la habitación del fondo hay una mesita marrón, dentro está un libro de cuero, cubierto por un lazo. Toma ese libro, y desaparécelo antes de que la policía lo encuentre. Tengo dinero para pagarte.

—Sabes que lo haría sin el dinero. —Eike sonrió y salió de la sala.

Los zapatos de vestir del abogado se encontraba justamente donde estaba la marca de una antigua fogata. Había sido encendida hace un mes y medio tal vez. Contó diez pasos y después piso fuerte. Sonaba hueco. Despejó la nieve del lugar y descubrió una puerta de madera e intentó levantarla pero pesaba, era increíblemente pesada.

Esos hombres, quienes fueren, debían de ser cuatro mínimo para poder levantarla.

El abogado tuvo que irse y volver con herramientas. Una pala, un gato hidráulico, y unos cuantos palos para poder abrirla. Después de cuatro horas de intentos, logró romper un pedazo de la madera y a dura rastras logró meterse por el hoyo pequeño y bajar las escaleras.

Dentro era una casa común y corriente, una cocina y una sala de estar, un estante muy vacío, dos pasillos. El primer pasillo tenía tres puertas, una de las habitaciones estaba en muy malas condiciones, con solo un colchón en el suelo, en un rincón habían unos zapatos, y había un llavero con una botella de cerveza en miniatura. *Pertenecía a una de las mujeres.*

Salió de allí, pero se quedó con el llavero en el bolsillo, dejarlo ahí con su huella era muy riesgoso. Se puso los guantes y siguió investigando la casa. La otra habitación por dentro estaba dividida en tres, tres paredes, tres camas. No había nada interesante allí.

En la última habitación había una cama, y pocas cosas, había una ventana arriba, muy pequeña, por donde se podía ver el suelo y un poco del cielo. Dentro del armario había una sábana con sangre seca. La dejó allí. Debajo de la cama había pertenencias de ropa de mujer. La cama estaba tendida, arreglada. Una hebra de cabello rizado, mitad rubia, mitad castaña. Un escalofrío pasó por su medula cuando se dio cuenta de que en esa habitación había permanecido Lauren Lambert cautiva, y que todas las pruebas que podría inculpar a su cliente estaban en esa sola habitación.

Quizá debería prenderle fuego, destruir todo, ¿pero cómo, él solo?

—Tengo compañía.

Eike Neisser se golpeó la pierna con la esquina de la cama. Dios mío, un hombre rubio de ojos azules le miraba con una sonrisa, el cuaderno en la mano.

—¿Buscaba esto? —Le enseñaba el cuaderno. Una escopeta en la otra con la que le apuntaba a Eike.

○

En ese mismo momento, al otro lado de la ciudad, Masha Endler estaba despierta, y estable, pero sin capacidad de hablar aun, no porque no pudiese sino porque parecía estar atemorizada.

—Hola. —Lucas le sonrió a Masha Endler—. ¿Cómo estás?

Ella asintió. La mamá de Masha Endler observaba con el ceño fruncido.

—Masha, vine a hacerte unas preguntas, quiero que asientas si es un sí, y que muevas la cabeza hacia los lados si es un no. ¿Está bien?

Masha asintió.

—¿Conoces a este hombre? —Le presentó a un hombre pelinegro de ojos azules, que no era Kay. Masha negó—. ¿Y a este? —Le enseñó la foto del cadáver de Kay. Ella miró a Lucas con los ojos bien abiertos—. Está bien, puedes decirme.

Masha se levantó la bata del hospital y señaló el seis en su vientre.

Lucas tragó saliva.

—¿Lo conoces?

Asintió. Agarró la mano de Lucas y la puso en su corazón. Dicho corazón pretendía salirse del pecho a Masha. Intentaba decir algo, pero los doctores dijeron que el shock que la hipotermia tuvo en ella congeló sus sentidos, y que solo con terapia aprendería a formar oraciones de nuevo.

Lucas sacó la fotografía de Roger Bernard.

—¿Y este hombre?

Masha lo miró, y después de largo segundos, negó.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

Lucas estaba trastornado.

—¿Estás segura?

Masha cerró los ojos, volvió a asentir.

○

—Soy de los buenos. —Eike Neisser dijo después de tragar saliva y ver como su familia relampagueaba ante sus ojos.

—¿De los buenos?, ¿Cómo creerte?

Se tocó la nariz.

—Creo en la inocencia de Roger Bernard. Y necesito ese libro para ayudarlo.

Mayer alzó el libro.

—Este libro lo mantendrá en la cárcel cien años. Señor, Roger Bernard es tan culpable como yo.

—No, no —negó nervioso—, creo en las oportunidades, si el doctor sale de la cárcel no le hará daño a más nadie.

—Si Roger sale de la cárcel seguirá en lo mismo, está en su sangre. — Mayer aseguró la escopeta.

—El doctor me hizo un gran favor, después de que mi hija sufriera un accidente y se le desfigurara la cara, él la volvió a como era antes, ¡mi hija ya no es llamada un monstruo!, debe entender que yo defenderé a Roger Bernard porque creo que ese hombre no es vil, y porque su caso escalará mi carrera al tope, he estado leyendo los expedientes, y le aseguro, Roger Bernard saldrá de esta.

—Su hija podría ser la próxima víctima de Roger Bernard.

Eike cerró los ojos.

—Estoy siendo honesto, lo juro, si me deja salir de aquí con vida y con el libro, su amigo Roger Bernard será absuelto de los cargos.

Mayer le observó.

—Oh, claro que lo harás. La vida de tu familia depende de lo que tu boca vaya a decir. —Le tendió el libro.

Eike Neisser iba a huir, pero antes se devolvió.

—No, no, no, escúcheme bien señor, yo ayudo a Roger Bernard porque me place. —Adoptó un modo hostil, aunque él seguía sin armas, y el otro hombre le mirara atónito por su cambio de actitud—. No lo ayudo por amenazas de usted ni de nadie, quiero que lo sepa.

Entonces se marchó. Sin mirar a atrás a la casa subterránea ocultada por hielo.

○

Eike Neisser pensaba que en el libro encontraría una clara confesión de los hechos, pero al abrirlo, se encontró con dibujos. Dibujos un tanto extraños, pero con detalles bien definidos.

Ojeaba las páginas rápido. Había dibujos de hombres y mujeres, algunos dibujos de la anatomía sexual masculina y la femenina, el fenómeno de la

fecundación en detalles tan obscenos como perfectos, además de dibujos sexuales en posiciones físicamente imposibles. Pequeñas notas inentendibles en las esquinas de los dibujos.

En las páginas siguientes del libro el dibujo de una mujer debajo de la tierra, y un hombre que la lloraba con cabellera brillante. La nota decía: “Ida.”

Había dibujos de mujeres parecidas a la que se había muerto en el dibujo anterior, solo dos tenían notas: «semillas», «raíz». Pasó la página, un nuevo dibujo apareció. Había utilizado carboncillo marrón para tintar su piel, a diferencia de las demás.

—Es la muchacha. —Eike Neisser dijo en voz alta, su hija se paró en la puerta de su habitación.

—¿Papá?

—Mi amor, ve a dormir. —Eike cerró el libro—. Vamos, mañana escuela y papi tiene que trabajar.

—Acompáñame. —Hizo bembita.

Eike caminó al cuarto de la niña y la fue a acostar, al volver, siguió ojeando los dibujos. Roger Bernard dedicó al menos quince páginas de dibujos a Lauren Lambert, en unas desnuda, y en otras se dibujaba junto a ella.

Ninguna madre quisiera ver dibujos de su hija de esa forma tan escandalosa, ¿posaba la muchacha para él o todo era imaginación del doctor? Estaba claro que Roger Bernard la había visto desnuda en ocasiones.

La última imagen era de la chica de piel marrón, desmedidas lágrimas salían de su rostro y reunían un charco exagerado debajo de la nube flotante en donde yacía la chica. Una nota: «No merece morir».

Eike Neisser no tenía idea de si deshacerse del libro o guardarlo, los dibujos podrían ser fácilmente censurados, más cuando se trata de un doctor que conoce perfectamente la anatomía del cuerpo humano.

Pero los dibujos estaban muy bien hechos, un perfecto acabado y sus detalles eran realistas. Además de cirujano, era un artista.

Le sacó una copia al libro y lo guardó en su maletín, al original lo desató, porque las hojas estaban anudadas con una cuerda, y delicadamente sacó los dibujos de las dos mujeres con notas, y la de la muchacha que decía que «No merece morir», y lo guardó en el cofre de su hija, muy escondido entre sobres. Se llevó el libro original en su maletín también, estaba seguro, seguro, que eso era esperanza.



—Según el acta de declaración de fecha diez junio del dos mil siete, usted le dice al investigador Lucas Baum que vio a Lauren Lambert drogada en una habitación, ¿Qué pasó allí?

—No le hice daño a Lauren.

—Solo le preguntamos qué pasó.

—Fui donde ella y le pregunté cosas, me llamó *Roger*, me dijo: “Roger, tengo frío.”

—¿Y que usted hizo?

—Me enojé.

—¿Y por qué no la sacó de allí?

—No podía. Los hombres me harían daño.

—Entonces usted se metió en la habitación de Lauren, según usted ella estaba en cautiverio, ¿sabe llegar al lugar donde la mantenían?

—No. Nos tapaban la cabeza, pero, pregúntele a él. —Señaló a Roger Bernard—. Un día lo vi cargar a Lauren a otra habitación.

—¿Dónde estaba usted?

—Observando por una pequeña ventana. Hay un lugar en lo profundo.

Eike Neisser negó con la cabeza.

—¿No se entiende lo que hizo! —Había exclamado con sarcasmo.

—Permiso —dijo el fiscal, y continuó—, entonces, cuando “el hombre le dijo que podía tener sexo con Lauren”, ¿usted no lo hizo?

—No. No lo hice, porque me enojé porque ella pensaba que yo era ese hombre.

—¿Lauren Lambert está embarazada de usted?

Roger miraba la esquina de la mesa delante de él. Y entonces alzó la vista, frunciendo el ceño.

—¿Embarazada? —preguntó Roger a su abogado en voz baja, Eike Neisser asintió observando concentrado la declaración de Vid.

—N-no es mío. Yo-yo no to-toqué a Lauren. —Vid tartamudeó.

—¿Está hablando en serio? —Roger volvió a tocar el hombro de su abogado—. ¿Lauren está embarazada?

Su voz se escuchó en la sala, y los jueces y Lucas Baum miraron a Roger.

Lucas alzó las cejas sin entender porque de pronto a Roger Bernard se le habían cristalizado los ojos. Mas sorprendido se quedó cuando vio como escondía su rostro entre sus manos, lo cual lo distrajo de todo lo demás que se le interrogó a Vid Wolff.

## Capítulo 23

### Lo que el hielo ocultó: trae recuerdos.

Cuando Roger Bernard salió de la sala de audiencias, que lo llevaron a su celda, seguía con la cara caliente y la nariz roja al conjunto con sus ojos.

Un recuerdo vago llegó a su mente.

Lauren solía estar durmiendo cada vez que él entraba a la habitación donde ella pasaba los días y noches. Se espantaba de una manera terrible, y entonces él tenía que susurrarle: *Tranquila, soy yo.*

Que Lauren supiera que era él no debía calmarla de la forma en que lo hacía, si de todas formas él tenía la culpa de que ella estuviera allí, ¿o ella misma era la culpable? A la verdad, en esos momentos, la mente de Lauren no podía echar la culpa a nadie de su situación. Su espíritu estaba vencido, casi acostumbrándose a vivir encerrada allí sin ninguna razón.

Al menos conocía a Roger, al menos creía que a él, ella le importaba aunque sea en una diminuta porción.

No había sábanas, se pegaba de la pared y se acostaba a bocabajo para poder calentarse un poco, por eso, cuando Roger la visitaba en la madrugada, que volvía de la ciudad, lo abrazaba y se metía casi debajo de él, para ver si podía calentarse.

—Tengo tanta hambre y-y no soporto el frío. —Esa noche Roger acariciaba desde la coronilla de su cabeza hasta las puntas de su pelo rizado un poco enredado.

Lauren bajó de peso de golpe en esos días. ¿No podía ver él todo el daño que le hacía?

—¿Quieres... comer ahora? —preguntó poniendo la mano que acariciaba su cabello en su hombro.

Lauren movió la cabeza.

—Por favor Roger, quiero volver a casa. Aunque sea a la tuya, por favor, me quedaré contigo, pero sácame de aquí, ¿por favor?

Roger cerró los ojos, volvió a acariciar su espalda.

—¿Y nunca me dejaras?

—Nunca te dejaré, *lo juro, lo juro, lo juro...* por favor escúchame Roger, *lo juro*.

Abrió sus ojos y levantó la cabeza de Lauren, después la acercó para que subiera a la altura de él.

—¿Quieres comer algo ahora?

Lauren asintió.

Roger la cargó y la llevó por el pasillo oscuro hasta la cocina. Sacó del freezer una manzana y un ramillete de uvas. Cortaba la manzana mientras Lauren le observaba.

—Está bien, abre tu boca. —Roger puso una uva cerca de su boca.

Ella abrió su boca, y la masticó, pero las lágrimas le salían sin poderlas evitar.

Roger limpiaba sus lágrimas, y se aseguraba de darle una uva cuando terminara de masticar. La manzana en trozos se las dio en su mano. Lauren se calmó un poco, dejó de llorar y terminó de comer la manzana.

Roger salió de la cocina, volvió con un peine de dientes anchos y peinó el cabello de Lauren hacia atrás, para desenredarlo.

—Tan bonita.

Lauren alzó la mirada.

—¿Nunca me dejarías? —Le preguntó mirando sus ojos jade. Eran de un verde oscuro intenso, y los de él tan claros. ¿Cómo dos verdes podía ser tan distintos?

—Nunca —respondió.

—¿No me ibas a dejar ese día, con tu maleta?

Lauren negó repetida veces.

—Extrañaba a mami, quería verla, pero Roger yo te amo, iba a volver a ti porque en serio me gustabas.

—¿Te gustaba?

Ella volvió a llorar, debajo del aliento repetía por favor, muchas veces, agotando las pocas fuerzas que tenía.

—No ruegues Lauren, me haces lucir como si fuera cruel.

Se mordió los labios, se tapó la cara.

—Sácame de aquí.

A pesar de llevar tanto tiempo sin comer, poseía una pequeña barriga, diminuta... un rollito de grasa que apenas se divisaba, Roger pensó que estaba llena de gases estomacales, por no comer, por lo que no sospechó nada.

Guardó las uvas que quedaron, y después se acercó a Lauren, quitó las manos de su cara, para que ella lo mirara.

—¿Y estarás conmigo siempre?

Asintió. Acercó sus labios a los de ella despacio, pero Lauren bajó el rostro.

—No puedo, estoy cansada. —Lauren cubrió su rostro en el pecho de Roger mientras lo abrazaba—. En otra ocasión, te lo prometo, te amo. —Se aferraba a él tan fuerte, como si él fuera la vida.

El silbó mientras cubría su cuerpo con sus brazos.

—Sí, sí.



Cada respuesta de Vid demostraba inconsistencia. El abogado Eike Neisser concluyó pidiendo que se le hicieran unos exámenes a Vid para comprobar si sus declaraciones en contra de Roger, podrían tomarse en cuenta.

En el juicio, Masha Endler afirmó, por el movimiento de su cabeza, que el hombre que ahora estaba muerto, Kay, le había intentado ahogar, y también asintió para decir que él le había golpeado, pero no dijo nada en contra de Roger Bernard, otra vez.

Vladimir Dinte declaró que además de ver a Kay Kegler y a un hombre rubio de ojos azules (*Mayer*, pero la policía no lo había capturado a él), no vio nunca a Roger Bernard por esos lares.

Albert Lenz declaró ser testigo de todo lo que Kay Kleger y el otro sujeto hicieron a Masha Endler, pero dijo, igual que Vladimir, que nunca vio a Roger Bernard y que Vid quizás estaba un poco resentido con dicho hombre, porque estaba con la chica que le gustaba.

Katia Reber confesó estar arrepentida de no haber denunciado todo lo que había visto, también dijo que creía que Vid había secuestrado a Lauren Lambert queriendo completar las fantasías que ellos hacían con Masha Endler, y que Vid tenía un profundo odio a Roger Bernard, según le había dicho su hermana Rosemary y su otra amiga Tania, porque le había golpeado en la nariz y había golpeado a Lauren. Dijo no creer que el doctor le haría algo así a Lauren, aunque no conocía del todo bien ni a él, ni a Lauren. También dijo que nunca vio a Lauren Lambert y que nunca vio a Roger Bernard en el lugar de los hechos.

¿Y por qué Vladimir Dinte, Albert Lenz, y Katia Reber nunca vieron a

Lauren ni a Roger?, ¿Por qué ellos no y Vid sí?, ¿será porque realmente Vid estaba obsesionado con Lauren Lambert y Roger Bernard, y que tal vez todo había sido un invento de él para destruir al novio de su enamoramiento platónico?

Cuando el abogado Eike Neisser depositó un escrito de defensa de unas cincuenta páginas avaladas por el estudio que se le había hecho a Vid, las evidencias mostradas, los testimonios de los testigos, y los hechos, los jueces se sorprendieron.

Era una base sólida, muy sólida. Tan sólida que hizo que Lucas Baum planteara una teoría en la que Roger no fuera el culpable, pero se negó a presentarla después. Fue así como uno de los fiscales elaboró la siguiente teoría:

Masha Endler había sido secuestrada a finales de noviembre, y Lauren Lambert a inicios de abril. Kay Kleger, y el hombre del cual el nombre no se sabe, las sometían a diversas torturas como sumergirlas en agua helada, (creyéndose) que la razón por la que no se trataba igual a Masha Endler y a Lauren Lambert tenía que ver con algo racial.

Pero la verdad era esta: Lauren estaba a unos cuantos metros del lugar donde ellos cuatro veían a Masha Endler. Lauren Lambert no estaba destinada a ser parte de todo, por lo que Kay y Mayer no podían jugar con ella. Lauren Lambert, no estaba ni siquiera cerca de pertenecer a la lista de víctimas; porque Roger Bernard nunca tuvo intenciones de matarla de no ser porque había descubierto su secreto.

Y, como sea, así fue que el testimonio de Vid perdió valor, y con tres meses, todo el mundo ya estaba adivinando el veredicto de los jueces, porque no había más pruebas en contra del doctor y cirujano Roger Bernard, y solo quedaba su testimonio.

Prontamente, la oficina de Eike Neisser se llenó de personas y colegas, curiosos, que querían que el llevara su caso o que revelara su truco, porque simplemente, la defensa a Roger Bernard había sido espectacular. Escalofriantemente espectacular.

Lauren aun no despertaba.

○

La semana siguiente Roger Bernard subiría a testificar.

Pero antes Lucas Baum contraatacó, por primera vez en la audiencia,

diciendo que Masha Endler no reconocía a Roger Bernard porque el estado de coma en el que estuvo la indujo en una amnesia postraumática, que no le permitía recordar todo. Que los demás testigos no sabían de Roger Bernard porque este conocía a los jóvenes y logró esconderse de ellos y esconder a Lauren Lambert. Además alegó abiertamente que la reacción de Roger Bernard mientras se interrogaba a Vid Wolff, era una “confesión de culpabilidad al saber que había intentado asesinar a un bebé y su madre” planteamiento que fue desvirtuado por tratarse de alegatos sin base en prejuicio contra del imputado.

○

Laura se mordía el labio mientras observaba la cama de su hija y descansaba su cabeza del pecho de Herman. Hacia una hora y media había aseado y limpiado a Lauren y había tejido en una trenza su cabello.

Faltaba un día para agosto, ya Lauren tenía cuatro meses de embarazo, y el bebé estaba en estables condiciones. Pero por alguna razón el cuerpo de Lauren no despertaba de su hibernación, —así habían llamado la reacción del sistema inmunológico de Lauren; había entrado en un estado de “hibernación” para protegerse.

En pocas palabras, seguía en coma.

El doctor dijo que la cicatriz de la cabeza, ya había sanado. Y se podía notar, pues el cabello poco a poco crecía donde éste había sido rasurado. Tenía una pequeña contusión en su nariz, además de la cicatriz de la quemadura. No había sido golpeada brutalmente como Masha Endler, cosa que los abogados tomaron en cuenta para desligar los casos entre sí.

Quedaron en que tal vez, el sujeto desaparecido había sido quien había secuestrado a Lauren.

La narración de los hechos iba de la siguiente forma, si se descartaba la participación de Roger Bernard del delito:

Masha Endler fue secuestrada por Kay Kleger después que este le haya contratado para una noche en su casa. Y Lauren Lambert había sido secuestrada de la casa del bosque de su novio, y su novio, el cirujano Roger Bernard, afirma no haber reportado el desaparecimiento porque Lauren era “una adolescente rebelde, que amenazaba con dejarle”.

Los sujetos se llevaron a Lauren cuando ya había quedado embarazada de su novio. No se estaba seguro de por qué Kay Kleger y el sujeto desconocido

no mostraron a Lauren a los otros involucrados, ni por qué no la golpearon de la misma forma, al final concluyéndose con que ellos dos sabían del estado de preñez de la víctima. La razón, aun no es clara, ¿por qué asesinar a esas dos mujeres?, ¿se intentaba a asesinar o torturar?

El tres de julio se le pidió a Roger Bernard que subiera al estrado. Allí el fiscal hizo las siguientes preguntas:

—¿Cuándo inician usted y Lauren Lambert a salir juntos?

Roger Bernard estaba sentado con la espalda recostada del espaldar, los brazos cruzados, mirando a su abogado. No se le veía nervioso, pero mortificado.

—No podría decir la fecha exacta.

—Le refresco la memoria, en noviembre Laura Soares, y su hija, Lauren Lambert, visitaron su consultorio en una cita pre cirugía, ¿en ese tiempo usted demostró un interés en ella?

—No.

—¿Cuándo entonces?

—No tomo en cuentas detalles tan minuciosos como esos. Pero si le interesa, ella y yo pasamos la víspera de año nuevo juntos, como amigos.

—¿Y cuando inició el romance?

—Realmente no lo sé. —Se alzó de hombros.

—Está bien, ¿Cuándo inicia su vida de pareja?

—Tampoco sé.

—¿Pero mantuvo relaciones íntimas con la jovencita?

—Sí, lo hice.

—La primera vez que estuvieron juntos, ¿cómo se mostró Lauren Lambert, tenía alguna duda o temor?

—Antes de llegar a mi pent-house le di un trago fuerte para que se relajara. Así que en el momento se portó bien. —Sonrió de lado—. La verdad es que Lauren es muy quieta.

El fiscal prosiguió con las preguntas.

—Usted alegó en el interrogatorio que se llevó a cabo el 13 de junio que Lauren Lambert estaba en su casa del bosque, ¿habían tenido relaciones allí?

—Sí.

—¿Cree que el bebé de Lauren Lambert es suyo?

—No —respondió—. Soy estéril... —La sala se quedó en silencio, y Roger fruncía los labios, mirando al suelo, después soltó la respiración—. No puedo dar hijos.

—¿Tiene algún certificado médico que confirme lo que usted está declarando hoy?

Roger pensó.

—No, pero yo y la que era mi esposa lo intentamos por dos años, sin nada de éxito. Su doctor le dijo que yo era estéril.

—¿Y usted no intentó investigar por cuenta propia?

—Tuve un accidente cuando era joven, me habían dicho que podía ser estéril debido a eso.

—Que “*podía*”. Una posibilidad que no descarta el embarazo.

—Si entonces es mío sería el hombre más dichoso de la tierra.

○

¿El novio de Lauren Lambert era estéril? Sí era así, la fiscalía perdía uno de sus últimos recursos: alegar que Roger Bernard había violado a Lauren Lambert y después había pagado para deshacerse de ella porque ésta le denunciaría. Por esto, el abogado de la fiscalía mandó a hacer unos análisis al esperma del susodicho, y esta demostró que sus células reproductoras estaban sanas, y que no había signo de esterilidad en él.

Entonces, en una investigación más a fondo llegó a un impactante descubrimiento que cambió la vida de Roger Bernard: según el record médico de su difunta ex-esposa, ella no podía tener hijos debido a una mal formación en el útero que causaba que la muchacha fuera incapaz de concebir.

El análisis, hecho en el 1995, se encontraba en su expediente médico del hospital donde se trataba ella. Se trató de buscar las razones que llevaran a la ex-esposa de Roger Bernard a ocultarlo, y cuando se investigó más a fondo se halló que el ginecólogo que la trataba y ella habían tenido una aventura amorosa. ¿Olía a conspiración?, ¿una conspiración sin sentido?

Para Roger Bernard, descubrir que no era estéril le cambió la vida. Entonces, él bebé en el vientre de Lauren era de él, y él lo *quería*. Porque ese era su sueño. De pronto, ese era un rayo de esperanza.

Una semana después, se le realizó una prueba prenatal al bebé para saber si era el padre, el resultado era claro.

○

—Señora, soy Lucas Baum.



—Sí, lo conozco. —Laura le tendió la mano, Herman se había quedado dentro observando a Lauren.

—Bueno, vine hablarle del caso de su hija. Usted sabe, bueno, quizás no lo sabe porque no se ha presentado a ninguna de las audiencias, pero el supuesto novio de su hija es acusado de haber intentado matarla, necesito que usted vaya a testificar.

A Laura se le aguaron los ojos.

—Mire señor, yo no dispongo de tiempo para eso.

—¿Disculpe?

—Mi hija está viva, ¿Qué más podría desear yo?, ¿Qué gano yo con ir allí? no me importa quién le hizo esto, no me importa —negó mientras lloraba—, le doy gracias a Dios porque me la salvó, y lo único que quiero es que despierte para irme de aquí. Y no me importa que hagan ustedes con el desgraciado que dañó a mi hija así, no me importa nadie más que ella.

—Señora.

—¿Sabía que quizás nunca despierte?, ¿Qué puede quedar en estado vegetal? Señor, hay cosas más importantes que eso, no eduqué a Lauren en busca de venganza, sino en forma de sobrevivir. Por favor, déjenos en paz.

○

—Mira esto. —Eike Neisser le mostró a Roger Bernard la primera plana de un periódico.

Roger observó una foto de él saliendo del Tribunal junto a su abogado.

—¿Ves lo que dice? “el cirujano después de descubrir que era padre” escucha Roger Bernard, este periodista dijo que tú acababas de descubrir que eras padre del hijo de la muchacha que habían intentado matar, y de los cuales estabas enfrentado cargos. Ese hombre cree en tu inocencia. Este artículo es grandioso. Esa imagen del padre débil es lo que necesitamos ahora.

—No es una imagen.

—Sí, sí.

—Neisser, escúchame bien, quiero al bebé.

○

Después de las preguntas nerviosas del fiscal a Roger Bernard, Eike Neisser se levantó a preguntar a su cliente.

—Doctor Bernard, describa su relación con Lauren Lambert.

—Normal, intensa.

Eike sonrió.

—Honorables magistrados, las preguntas que le haré yo a Roger Bernard tienen el único objetivo de demostrar que, lo único existente entre Lauren Lambert y Roger Bernard, era una relación amorosa. Dichas personas se conocieron cuando la señorita fue a una consulta. Doctor, ¿Cómo eran en la relación?

—Simplemente salíamos.

—Prueba única. —el abogado sacó el cuaderno de dibujos. Sacó una copia para los jueces, y una para la fiscalía—. Este el diario de Roger Bernard, aquí está plasmada su vida desde que se casó y su esposa le mintió que era estéril, hasta que conoció a Lauren Lambert.

Los jueces y el fiscal, junto a Lucas Baum, observaban los dibujos.

—Estos dibujos solo muestran el interés que tenía el doctor en la jovencita, mayor de edad, y que nada estaba mal, ni planeaba matarla en ningún momento como alega el ministerio público, y como se ha escuchado, en boca de uno de los testigos, Lauren Lambert estaba enamorada del cirujano Roger Bernard, mi cliente, ya sea por un capricho o por sentimientos reales.

○

—¿Hay alguna posibilidad de que Lauren Lambert haya sido violada? —El fiscal preguntó al doctor que había sido traído por el ministerio público.

—En realidad no. No hay contusiones ni desgarramiento, cuando se le hicieron los exámenes al momento de llegar al hospital llegamos a una conclusión: Esa chica no fue abusada.

Y con eso cayó la última teoría planteada por el fiscal sobre que Roger Bernard había violado a Lauren Lambert, y después decidido eliminarla. Pero un día, presentó otra tesis, consistía en que: Roger Bernard era el cerebro en la operación, quien planeó todo, Kay Kleger y el sujeto sin identificar eran solo piezas en el juego. Roger Bernard sometía a ambas a torturas desagradables.

Que él era un misógino y que la causa de aquello había sido su esposa por dos años, quien había creado ese sumo odio y desprecio en él. Que Roger Bernard era culpable, no solo de intentar asesinar a Lauren Lambert, sino de planear el asesinato de Masha Endler, a esta teoría, Eike Neisser simplemente

respondió:

—Roger Bernad, doctor y cirujano que lleva más de diez años haciendo a las mujeres más bellas, y sus clientes son pruebas de ello, que dedica la mitad de su diario personal a admirar la belleza de la mujer, que se nota que adora a las mujeres por ser fuente de vida, un hijo de su madre, ¿misógino?

El fallo dejó a muchos boquiabiertos, la lectura íntegra de la sentencia sería la última semana de agosto.

## Capítulo 24

### Lo que el hielo ocultó: sale a la luz.

Eike Neisser caminaba al lago con calma, él sabía que había algo. Había un patrón en toda esta clase de antisociales, todos ellos, sin importar los motivos o el modo en que operaban, nunca iban a resistirse a volver al lugar de los hechos.

Roger Bernard pasó sólo seis meses en prisión por haber golpeado a Vid Wolff. Habiendo transcurrido los seis meses, que salió libre, no tenía idea de que haría primero, pero estaba en el lago cisne desde temprano. Roger escuchó el venir de una persona a pasos lentos, pero no se dio vuelta.

—Bernard, quería devolverte esto.

Roger no se movió, Eike Neisser se detuvo a su lado, le pasó las páginas.

—Son tuyas. Las saqué antes de entregar tu libro en el juicio.

—Gracias. —Roger las miró. Esas tres hojas eran la única evidencia, hasta ese momento, de todos los crímenes cometidos por Roger Bernard. Además de la mayor fuente, frente a ellos: el lago, inmóvil, en silencio, guardando secretos del olvido.

—¿Por qué no merecía morir? —preguntó después de un largo silencio. Luego de eso, le siguió uno mayor.

—Lauren Lambert fue transparente conmigo, —rompió el silencio—, fue la primera mujer que nunca me mintió. —Dobló las páginas, las guardó en su bolsillo.

Era casi primavera y la noche estaba fresca

—¿Crees que yo no lo sabía? Mi ex-esposa era estéril, solo me mentía porque quería dejarme por otro.

—¿Y por qué te hacías el que te lo creías?, Roger, ¿por qué dudabas que el bebé fuera tuyo?

—Con el tiempo, las mentiras se convierten en verdad para quien las repite. —Roger hizo una mueca—. Alexandra Koch, era rubia de nacimiento, pero se teñía de castaño. Ojos azules, como la mar, caprichosa.

—Alexandra su esposa, ¿cierto?

—Como la chica malcriada y prepotente que era creyó que me iba a dejar, así como así, humillado ante todos porque no podía dar hijos. —Roger alzó su vista al lago—. Recuerdo que pagué su ejecución con mis primeros cinco sueldos del hospital.

—Roger Bernard, usted no mató a su esposa, fue un robo a manos de un alcohólico.

—Yo le dije, —Se limpió la garganta—, le dije que simplemente la ejecutara, se lo merecía, —negó con la cabeza—, ni siquiera importa.

Eike Neisser miró al lago.

—Iris tenía tres años más que yo, y me mintió sobre su edad, también me mintió sobre toda su vida pasada, y sobre que había abandonado a sus mellizos, sobre que se teñía el pelo de castaño...

—¿Qué le pasó a Iris? —Casi tuvo miedo de preguntar.

—Me senté en el bar Baviera, y conocí a Mayer, él era nieto de un militar nazi, él me invitó un par de tragos, mientras me contaba sobre que había asesinado a dos prostitutas hacía dos noches.

Eike Neisser tragó en seco.

—Estaba borracho, yo no le creía. Llegó su otro amigo, Kay Kleger, y se emborrachó más rápido que Mayer y yo juntos, nos contó sobre una broma que le quería hacer a su novia infiel, que él sabía que ella les temía a los conejos. —Sonrió—. Corría el año 2000, fuimos a una tienda de disfraces y compramos disfraces de conejo y escopetas de juguete. Kay Kleger llevó a Susie, su novia, a orillas de este lago, y después de tener relaciones con ella, le dijo que iría a hacer pipí detrás de un árbol, donde se puso el disfraz, y salimos los tres, a asustarla.

—No lo creo —susurró.

—La chica se puso tan pálida cuando nos vio. Gritó, y gritó. Kay Kleger la agarró para abrazarla pero ella enloqueció más. Entonces Mayer no podía dejar de reír, y yo tampoco, y Kay Kleger decidió seguir jugando con su novia. Hasta que ella se desmayó.

—¿Jugando?

—Cuando ella se desmayó, Mayer la echó en el lago, para que despertara, pero no la pudimos sacar a tiempo, porque murió.

Eike Neisser soltó el aire, incluso lo sintió en sus costillas. Estaba escuchando la confesión de Roger Bernard, ¿de verdad era eso?

—Recuerdo que Kay Kleger dijo: *Ya, no importa, se lo merecía, por mentirosa*. Yo le dije: *estoy de acuerdo*. Y Mayer dijo: *todas las perras*

*mentirosas deberían morir así.* Mayer había sido contagiado por una de esas prostitutas, por eso las mató a ambas.

»La siguiente fue Iris, y la siguiente fue una completa desconocida que trajo Mayer, la otra fue Carla, ella cocinaba los mejores bizcochos, había huido de casa de sus padres, aunque nunca me lo dijera y se teñía de negro el pelo, Mayer trajo a otra desconocida, y la última, Masha Endler, una drogadicta que abandonó a sus hijos para dedicarse al libertinaje.

—Ninguna de ellas merecía morir, sin importar que hayan hecho Roger, espero que entiendas que no voy a guardar todo esto.

—Está bien. Yo lo sé. —Se volteó a mirarlo—. Neisser, todas ellas están aquí, debajo del lago, son eternas, ¿lo comprendes?

—Eres un maldito enfermo. —Eike Neisser gritó y lo señaló—. ¡Esas mujeres no merecían eso!

—La única que no lo merecía era Lauren, ni solo un poco.

El abogado se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¿Hay algo más que quieras saber? —Roger voceó a Neisser.

—Solo... ¿Si ella no lo merecía, porque le hicieron todo eso?

La explosión del pequeño cañón del arma rompió el silencio del lago para siempre.

Roger salió de allí, con calma, y se dirigió al domicilio de Eike Neisser, burló la puerta y después de estar adentro inspeccionó la casa. Estaba buscando alguna copia de su diario, conocía a los abogados y sabía que ellos siempre se quedaban con copia de todo lo que pasare por sus manos.

Abrió la puerta de una habitación color azul claro, se iba a devolver pero vio a una niña de espaldas, tenía una trenza hacia atrás y parecía estar en pijamas. Terminó de entrar y cerró la puerta.

La niña volteó con el sonido de los pasos, miró a Roger con sus inmensos ojos azules, y después volvió a pintar la casita del dibujo.

—¿Usted es el hombre con quien mi papá trabaja, verdad?

Roger se sentó en la cama, y le miró de nuevo. Era muy pálida, con el cabello rubio a mitad de espalda. Era delgada y alta para la edad que aparentaba.

—Lo vi en una foto, en el escritorio de mi papi.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez —contestó, sin dejar de mirar el dibujo.

—Bien, ¿tu nombre?

—Laia.

—Laia, es hora de dormir. —Roger se levantó de la cama—. Ven a la cama.

—No me acuesto sin mi papi, son las reglas. —Se negó, levantándose de la silla y dejando los colores y el dibujo encima de la mesa.

—Siéntate aquí. —Señaló su pierna.

La niña negó.

—¿No volverá mi papi, verdad?

Roger negó. La niña fue a sus brazos y se puso a llorar sin aviso. ¿Será qué había visto sus manos untadas de sangre o porque podía ver el mango de la pistola sobresalir de su pantalón? La niña, de seguro, ¿había notado en la cara de Roger la cara de pena, de culpa?

—¿Tienes a otra persona con quien vivir?

Los quejidos de la niña aumentaron, y se puso caliente y pesada. Roger la sacó de allí.

En el camino, veía la niña por el retrovisor, ella miraba desde el centro del asiento hacia afuera, sin moverse, como si estuviera muerta.

Mientras la niña miraba hacia afuera, él pensaba en Lauren, y en la pregunta del abogado, ¿Por qué le hizo todo eso a Lauren?

Roger Bernard ya tenía sus planes trazados. Con la sentencia que lo había condenado a cumplir seis meses en prisión tuvo tiempo de sobra para vender todo lo que tenía. La cuenta de banco a nombre de un tercero era lo único que le quedaba... Y la niña detrás de su auto.

¿Por qué mató a Eike Neisser?, porque éste obviamente le iba a delatar. No era como si su cadáver no haría lo mismo. Dejó de conducir alrededor del parque cuando se recordó de la niña, dormía ya. Sacó su revólver, apuntó en su frente, y esperó.

○

—Mamá, mamá. —Roger tocaba la puerta más duro que antes. Llevaba la hija de Eike Neisser en sus brazos. La pequeña apretaba su cuello al abrazarlo como si estuviere despierta, además sus piernitas parecían hacerle una llave en su torso. Por más momento en el que estuviere allí parado se recordaba de como Lauren lo abrazaba, con esa misma fuerza y ganas de ser sostenida y vivir.

Una vieja arrugada, con el cabello blanco y los ojos oscuros, abrió la puerta. La madre de Roger Bernard, Gertrudis, aun así, vieja, de unos setenta

años, poseía mucha fuerza y vida. En su rostro se veía que había sido una mujer adorable y muy atractiva.

Al ver a su hijo, sonrió. —Pequeño.

—Hola. —Entró a la casa, dejó a la niña en el mueble.

—¿Cómo estás, mi hijo?

—Mamá estoy bien, ¿Cómo estás tú? —Le sacudió los hombros con una sonrisa.

—Bien, ¿pero quién es la niña?

—Es un regalo, para ti.

Gertrudis hizo una mueca.

—¿Es hija tuya? No puedo creer que me lo ocultaras. —Sonaba ofendida.

—Te gusta criar niños. Cuida de ella, yo me voy por un tiempo. —Le pasó un sobre con dinero—. Esto generará intereses en el banco, será suficiente para unos meses. Cuando cumpla unos quince podrá trabajar y mantenerse a ella y a ti.

Gertrudis miró a la niña dormir.

—Estoy muy vieja.

Roger besó la frente de su mamá.

—Eres una jovencita. —Bromeó. Entonces después se marchó.



Después de que el Tribunal absolviera todos los cargos enfrentados en contra de Vid Wolff y de Katia Reber, ellos le fueron pagados rehabilitación psicológica por los daños a que fueron sometidos. Vladi y Albert aun no cumplían su año y seis meses en prisión por ser testigos y cómplices en las torturas a Masha Endler.

Después de tres meses Masha Endler murió, de un ataque al corazón en medio de la noche.

El caso se cerró y no habían encontrado al culpable de lo que le ocurrió a Lauren Lambert.

Cuando se descubrió el cuerpo de Eike Neisser cerca del lago cisne con aproximadamente una semana de haber sido asesinado, Roger estaba muy, muy lejos de allí.

También, que se encontrara su cuerpo fue más coincidencia que otra cosa, una patrulla se llevó el auto de Eike Neisser cuando personas reportaron que había un auto en la carretera de la salida por casi dos semanas completas sin



moverse. Cuando identificaron las cosas de Eike Neisser, se supo que había desaparecido.

El flamante y popular abogado de Múnich había desaparecido, y su hija también. Fue así como se inició la búsqueda de ellos dos, aunque sea vivos o muertos.

Unos sabuesos encontraron su cuerpo en casi putrefacción. La autopsia reveló que había muerto desangrado por el disparo cerca del cerebelo.

¿Por qué alguien había asesinado a Eike Neisser?, todo parecía indicar que había sido un ajuste de cuentas, hasta que se encontró una copia del diario de Roger Bernard, pero esta vez, con las hojas faltantes.

Después de un mes de análisis, hecho por especialistas de parte de la policía, se decidió hacer una búsqueda por todos los lares del lago cisne, y después de recorrer por el sur se encontró un espacio hueco: una casa subterránea llena de evidencias.

Una noche después el lago vomitaba sus muertos. Ocho cadáveres, de ocho mujeres, unos en peores estado que otros, costó identificarlas, aunque ellas estaban relativamente limpias, con el cabello recogido y un vestido crema únicamente.

Era escalofriante, los corazones de las personas se llenaron de vértigo. Descubrir un asesino serial que había estado operando por seis años era algo espelúznate, pero peor aún era descubrir a tres. Eso enfermaba a cualquiera. La historia corrió por toda Alemania y el mundo.

Roger Bernard y el sujeto desconocido, (Mayer), ellos, *prácticamente*, se habían salido con la suya.

Cuando se requisó todos los bienes y propiedades de Roger Bernard estos ya estaban vendidos, y aunque se buscó en todas partes no se encontró en Múnich nada de él.

Se lanzó una alerta nacional para encontrar al asesino Roger Bernard y su cómplice sin nombre, de quien se sospechaba tenía el control de las cuentas bancarias del exitoso cirujano. La policía aún no sabía que el cómplice se llamaba Mayer, y estaban lejos de saberlo.

Las autoridades alemanas se aseguraron de contactar a la única víctima viva de Roger Bernard: Lauren Lambert, pero esta ya no vivía en el país, sino que solo había quedado su madre en otra parte de Alemania, a cientos de kilómetros de Múnich. Por estas razones se le contactó y se le ofreció protección, junto a una nueva identidad en un lugar remoto, pero que perteneciera a Alemania. Era la única forma en que las autoridades podían

protegerla. Pero la joven madre se negó al pedido, no quería volver al país donde estaba quien quería acabar con su vida.

Pero Roger Bernard no estaba en Alemania.

## Capítulo 25

### Lo que el hielo ocultó: aísla.

#### *Cinco meses antes a su puesta en libertad*

Como cuando duermes en la oscuridad de la noche, que sueñas que estás a punto de saltar de la orilla de un despeñadero, y entonces despiertas, de golpe, aterrorizado, con el sentimiento a flor de piel de que te caíste y abres los ojos en la cama.

Así más o menos fue cuando desperté, con la diferencia de que al frente mío mi vientre estaba tan inflado que no parecía normal, sino como si hubiera vida allí dentro.

—Estoy embarazada —me quejé.

—Lauren mi amor, ¿Qué te pasa, porqué respiras así? —Escuché a mami preguntar. Me estaba mirando con el vientre de esa forma y me preguntaba que por qué respiraba así.

Cerré los ojos unos segundos, tal vez si lo hacía, podía despertar de verdad.

—¡Lauren!, ¡no, mantente despierta! —Laura se me tiró encima, abrazándome.

Abrí los ojos de nuevo, un hombre en bata blanca estaba en frente de mí, junto a mi mamá, quien ya no estaba encima de mí.

—Hola Lauren, soy tu doctor, ¿Cómo te sientes?

Estaba confundida. Cerré los ojos de nuevo.

—Mami, estoy embarazada —le repetí. Mis ojos se llenaron de lágrimas —. Lo siento tanto, sé que no querías esto.

—Mi amor, no digas eso...

—Lauren, ¿sabes lo que te pasó?

Aun con los ojos cerrados, me quedé quieta. Me dije: *no estoy embarazada de Roger Bernard*. Y justo en ese momento algo me golpeó de frente, la verdad, y junto a esa verdad volví a dormir.

*Tres meses antes a su puesta en libertad*

Estoy consciente de que desperté varias veces, pero la somnolencia no tenía nada que ver con mi pasado estado de coma. En esos momentos me sentía aérea, como si viviera flotando y en realidad no estuviese en esa habitación con toda esa gente visitándome y esa pediatra hablándome de mi bebé.

Mi vientre inflado se parecía a un tumor. No estaba acostumbrada a cargar con él y me sentía incomoda como sea que estuviese.

Tenía ocho meses y muy pronto nacería el bebé de Roger Bernard.

El recuerdo de Roger Bernard lo llevaba al fondo, algo leve, cosas pequeñas y dolorosas que me sacaban lágrimas. Yo quería saber dónde estaba él, pero hacer la pregunta era difícil. Decir en voz alta el nombre de Roger Bernard era como pasar un cuchillo por mi cuello que desgarraría todo a su paso y me dejaría sangrante.

Yo no sé qué lo detuvo, pero él me perdonó la vida, y junto a su perdón, me dejó algo: un bebé.

En enero nos citaron en la oficina del fiscal Lucas Baum, el pequeño era diminuto y solo tenía un mes y días de nacido. Lucas Baum me hizo preguntas, y yo las respondí.

—¿Conoces a Roger Bernard?

—Es el padre de mi hijo.

De eso no había duda. Era una réplica de él.

—¿Recuerdas lo que te hizo?

—Él no me hizo nada, ¿Dónde está él?

—Está cumpliendo condena por golpear a Vid Wolff, ¿lo recuerda? Digo, al muchacho y el altercado...

—Sí.

—¿Él le hizo daño?

—No.

—¿Usted recuerda algo de lo que le pasó?

—No, lo siento, no recuerdo nada.

—Señorita Lauren, creemos que Roger Bernard trató de asesinarla.

—Roger no sería capaz de eso, señor Baum.

—¿Dónde está su bebé señorita?

—Con mi mami, allá afuera.

—¿Usted piensa conservar a su bebé?

—Sí.

—¿Esperará que el padre salga de prisión, señorita Lauren?

—No.

—¿No?, ¿por qué sospecha que él le hizo esto?

—No sospecho nada porque no recuerdo nada. Le dije que “no... que no lo sé”

—Huh, nada bueno puede venir de allí, ¿Qué clase de bebé sería el hijo de un presunto asesino, qué clase de bebé, señorita Lauren?, todavía puede deshacerse de él. Todavía. Conocemos un orfanato cerca... mire, podemos ayudarla señorita Lauren. Si usted testifica en contra de Roger Bernard, nosotros la protegeremos a usted, y si se quiere quedar con él bebé, también a él. Todo quedará como una horrible pesadilla. Pero si usted no lo hace, ¿Quién alejará a Roger de usted y su bebé?

—Es que usted quiere que yo inculpe a un hombre inocente. No le haría eso a alguien como Roger. ¿Puedo irme?

—Puede irse señorita Lauren, pero recuerde que las puertas para denunciarlo siempre estarán abiertas.

### *Un mes y pocos días antes a su puesta en libertad*

El bebé estaba encima de la cama de mi habitación en la casa de Herman. Yo estaba en ropa interior y la fea cicatriz de la cesárea en mi bajo vientre me daba ganas de llorar frente al espejo.

La última vez que me había mirado así al espejo estaba por iniciar la escuela.

Me tiré en la cama al lado del bebé y lo miré. Para ser apenas un bebé de un mes y días era muy quieto, tenía ojos grandes y verdes y había nacido con poco pelo, el poco que tenía era tan claro que casi no se veía. El bebé me miraba y yo lo miraba de vuelta. Casi no le hablaba. Prácticamente no lo conocía, ni él a mí.

—Mami, él me dijo que era estéril... —le dije a mi mamá cuando la vi pararse al lado de mi cama—. Por eso no pude evitar esto.

—Pues está claro que no lo era.

Sonreí cuando sentí al niño agarrar mis dedos, lo apretaba fuerte y abría los ojos, queriendo llamar mi atención.

—Lauren, ¿es verdad lo que le dijiste, no recuerdas nada?

Dejé de mirar al niño, la miré a ella.

—¿Tú qué crees?

—Yo... solo quiero saberlo. Estoy muy preocupada porque ese hombre saldrá en pocas semanas. No quiero peligros para ti. Me descuidé contigo una vez y casi te pierdo. No te imaginas lo horrible que fue verte así en ese estado Lauren. Pensé que te iba a perder. —Respiró hondo, se le salieron lágrimas—. Estamos en un limbo, tú estás viviendo como si nada hubiese pasado, ¿mirar al bebé no te recuerda nada? Intentaron matarte Lauren, intentaron ahogarte en un lago y estabas embarazada mientras te hacían eso. Me hace sentir pequeña e inservible no saber qué clase de cosas te hicieron y que yo no pude defenderte. Incluso te marcaron... mi niña...

Bajé la mirada, y luego la desvié al bebé. El número siete seguía marcado en mi piel, como estaban marcadas todas las cosas que Roger Bernard me había hecho.

—Mami...

—Es que no entiendes, Lauren, yo quiero protegerte. No quiero quedarme sin nada, eres mi única hija y si hoy no estuvieras aquí me volvería loca.

—Es que yo no recuerdo nada.

Ella volvió a respirar hondo, cambió la dirección de la mirada. Se tapó el rostro y se sentó en la cama a llorar. El niño empezó a inquietarse y lo tomé en mis brazos.

—Mami, ¿qué es lo que quieres hacer para protegerme? Yo no puedo decirte que Roger me hizo esto, ni tampoco te sé decir si fue el hombre que apareció muerto, pero quien sea puede estar allá afuera, y estamos vulnerables. Yo y mi bebé, y tal vez tú.

Se quitó el cabello mojado de la cara. Miró al techo de la habitación.

—Maldito el día en que conociste a ese hombre, desde ese día todo salió mal.

—Mamá, Dios, no te afinques ahí. Yo amé a Roger, ya con todas las cosas malas que ustedes dicen de él no sé qué pensar. —Mentí. Yo nunca lo amé, no lo conocía a fondo. Estaba enamorada de su rostro y de la forma en que me hacía el amor en su pent-house. Estaba enamorada de nuestra relación. Estaba enamorada de sus ojos y de la forma en que hacían sentir insignificantes a los míos. Estaba enamorada de sentarme en sus piernas y besarle la boca.

Pero no estaba enamorada de la persona de Roger Bernard, ni de su corazón, no conocía su alma. Yo me paraba desnuda frente a él en alma y espíritu, pero él estaba camuflado, y pude ver parte de su interior solo cuando era muy tarde y ya pendía de un hilo en sus manos.

Sentí escalofríos solo de recordarlo. Apreté más el niño en mis brazos.

—Mami, no te quedes callada.

—Te vas a Brasil.

—¿Qué?

—Que estoy consiguiéndote un departamento en Brasil. Para que vivas allá.

Sonreí pensando que era una broma y al ver que no cambiaba su sonrisa me quedé seria.

—¿Estás hablando en serio?, ¿Bra-Brasil?

Se quedó en silencio.

—Mami, no puedo irme tan lejos.

—Herman dejará su hijo en casa de su mamá y nos acompañará a Brasil por unas semanas hasta que te adaptes a vivir allá. Roger Bernard está por salir, y cuando salga, ese desgraciado no te encontrará aquí.

En ese entonces tenía diecinueve años. Era apenas una niña cuando de mi vida se me arrebató todo lo que conocía. Mudarme de Alemania a Brasil era del cambio que estaba hablando. Era un cambio atroz para mí. Yo no quería irme, pero no le dije nada. La última vez que le había contradicho a mi mamá alguien había intentado asesinarme, entonces, no le hice la contraria.

Lloré a escondidas un par de noche antes de tomar el avión a Brasil, inclusive estando allá lloraba porque el sentimiento de estar sola y tener que cuidar de alguien me abrumaba.

El departamento era el número 17 de una torre de cincuenta pisos. Lo único bueno que había visto era la playa cercana. Los primeros tres días allí a Herman le había dado una alergia con increíbles manchas rojas en su cara por causa del sol. El bebé no se quejaba, ni siquiera sabía dónde estaba.

Por la alergia de Herman, ellos se fueron a la semana. Dejaron la despensa llena de comida enlatada y diez latas de leche para el bebé. Me prometió enviar remesas cada quincena y me dijo que me quería.

Donde estaba con mi bebé, no había hielo, solo calidez... pero podía sentir el frío a veces.

Sabía de más que el hielo ocultó los cadáveres de las víctimas y todas las cosas imperdonables que Roger me hizo. Pero no ocultó parte de mis recuerdos... porque su frialdad estaba grabada en mí, de tal forma, que cada vez que me veía frente al espejo de la forma más vulnerable, lo veía a él, y las cosas que me hizo volverían a mí.

Nada se queda oculto, sino que sale a la luz. Y una vez que sale, nunca se vuelve a enterrar.

Pero quizá todo estaba escrito, él siempre me buscaría.



## El sol de Alemania.

Nunca había sentido un sol tan fuerte en Alemania como el que sentía ahí. Me quemaba la piel. Los rayos candentes se adherían a mí y después salían en forma líquida y pegajosa, pero no molesta, que recorría mi cuerpo mientras yo cerraba los ojos.

Cerrar los ojos no me llevaba a ninguna parte. Aun con ellos cerrados podía ver el sol obstruir mi vista oscura. Aunque debía estar seca estaba mojada. Bañada en mi propio sudor.

—Te traje jugo de limón. —Sentí a Bea sentarse junto a mi silla de playa.

A veces, si cerraba mis ojos muy fuerte perdía de vista al sol. Y todo era oscuro y frío. Todos mis sentidos se alertaban sintiendo que estaba en peligro.

Debajo del sol, ¿Qué se podía ocultar?, si todo es una luz candente y todos los caminos son mostrados, pero el hielo, el hielo es sinónimo de que falta el sol, que no hay luz, que todo es frío y oscuro, el hielo calla a todos y los pone a temblar.

Es por eso que me gustaba quemarme con el sol. Me borraba lo que estaba tallado en mí por dentro, me borraba la historia quitándome el frío psicológico que sentía a cada segundo de mi vida.

Estar muerto en vida por tantos meses marca un antes y después, ves la vida diferente.

El pequeño *Luquitas* solo tenía cinco años. Le gustaba jugar en la arena, y me aterrorizaba su amor a jugar en la orilla del mar. Cuando jugaba a taclear a sus amiguitos debajo de su cuerpo pequeño y hundir sus cabezas en la arena, me imaginaba cosas, cosas que me ponían los pelos de punta.

Yo miraba sus ojitos, casi amarillos, como los de su padre, y veía sus mejillas rosadas, su piel lastimada por el sol, y me preguntaba, ¿crecería siendo amable?, ¿amaría siempre a su madre?

Quien me devolvía la vista era pura inocencia, era un ángel, un pequeño querubín.

Mi mamá decía, antes de volver allá, que Lucas sería la luz de mi vida, y

no se equivocaba. Tener un hijo a tan temprana edad te frustra los planes, un poco. ¿Tenía yo planes, en primer lugar?

Nuestro primer sustento consistió en el dinero de vacaciones que le habían dado a mi mamá para poder establecerme unos meses, pero no estábamos tan bien. Ahí entraba Bea, ella tenía veintiocho años y era madre soltera, como yo, ella parecía nuestro ángel de la guardia, cuidándonos a los dos siempre que podía.

Mi mamá estaba con Herman todavía, en Friburgo. Se fue con él porque en realidad lo amaba, porque no tenía que cuidarme ya, yo estaba grande. Porque, aunque me doliera admitir, se dio cuenta que era tiempo de dejarme ir, dejar que yo vuele sola. Yo le quería decir que no se fuera, que yo no podría volar sin alas y más si cargaba a alguien conmigo.

Me decía por teléfono: tu caso se quedó en el olvido o encontraron las pruebas que lo culpan, pero no a él.

Eso me llenaba de miedo, que no sepan dónde estaba él.

—¿Dónde está Luquitas? —preguntó Bea y abrí mis ojos.

—Está jugando con Patricia. —Me levanté de la silla para comprobar lo que había dicho. Estaba descalza y podía sentir la arena caliente entre mis dedos.

Lo busqué con la vista y lo encontré en la orilla del mar, construyendo montañas de arena junto a la pequeña niña hija de Bea. A su lado un niño de diez años que los cuida a ambos. Solté la respiración y volví a mi sitio.

—Mira allí —dijo Bea—. Ese tipo te está echando la mirada. Cuando te paraste a mirar al niño no quitó sus ojos de ti.

Miré al muchacho, era un joven de más o menos mi edad, cabello marrón brillante y cuerpo bronceado. Me estaba mirando directo a los ojos, me volví a recostar en la silla de playa, cerré mis ojos.

—¿Tampoco te interesa?

—No.

El miedo palpitaba en mi corazón, en cada momento. Era como si mi cuerpo, o inconscientemente mi mente, cada vez que un hombre mostraba interés en mi lo veía como una señal de peligro. No quería ser lastimada otra vez. Y ya no era solo yo, Luquitas estaba ahí.

Me puse las gafas del sol sin abrir los ojos.

—Lauren eres como extraña. Creo que el padre de Luquitas te dejó traumada, cuenta, ¿qué tiene él que no encuentras en ningún hombre lo que quieres? ¡Tienes a penas veintitrés años!, eres *tan* joven. No puedes dedicarte

al celibato.

—Bea, con respeto, ¿Qué sabes tú sí estoy en celibato o no?

—Espero que no lo estés lindura. —Una voz liviana comentó.

Me quité las gafas y miré al muchacho que me miraba. Sentí mi corazón acelerarse, le tenía terror a la atención masculina.

—Hola. —Bea le saludó.

—¿Y bien? —pregunta él ante mi notable silencio.

Me levanté nerviosa y les dejé solos. Me dirigí a buscar a Lucas. Ellos se quedaron hablando, no sabía lo que decían y no podía interesarme menos.

Muy a lo profundo sabía que Roger volvería por su hijo y tal vez por mí, y la espera me estremecía todo el cuerpo. Era una clase de chiste con humor negro. Estar esperando por él, así, en calma, aunque deseando con todas mis fuerzas que desapareciera de la tierra.

## El regreso de las nubes grises

Debí saberlo por como el sol no había salido. Por como olía a sal marina dentro de la casa. Por las nubes grises cargadas de agua. Por mi mareo. Por el silencio del lugar típico de los sábados a altas horas de la noche. Porque todo se sentía extraño.

Pero de todas formas, al salir de la cocina y ver a Roger con Lucas en el mueble mi corazón bajó a mis pies. Y pensé que me caería de ellos.

—Lucas —susurré.

Roger le estaba hablando en alemán. Pero el niño no lo entendía, y lo miraba con los ojos abiertos.

—Lucas no habla alemán.

—¿Se llama Lucas?, yo entendí *Luquitas*.

Lucas asomó la cabeza, y me miró, su carita inocente, tratando de entender lo que yo decía, porque la lengua le parecía extraña. Y no sabía si lo estaba regañando o felicitando por estar con un desconocido.

—Portugués, sabe un poco de inglés.

Asintió. Se me acercó, agarró mi cara, estando muy cerca, y me dijo un simple *vámonos*.

—¿A dónde? —Fruncí el ceño.

—A casa.

Yo me sentía como en un sueño, y quizá por eso no podía responder o ni siquiera moverme de allí. Saqué el teléfono celular de mi pantalón y marqué el número de Bea.

—¿Qué haces? —Me preguntó.

Subí el teléfono a mi oreja, se me acercó, y tomándolo, colgó la llamada.

Me quedé quieta esperando que me mirara a los ojos, cuando lo hizo, su mirada se quedó clavada en mí. Me besó suave, por un segundo el tiempo se detuvo, volví al pasado.

—No le hagas daño, es tu niño, Dios mío, no le hagas daño —supliqué en voz baja para evitar asustar al niño, aunque este no entendiese ni media palabra.

—¿Cómo no le enseñaste tu idioma natal?

Sentí que se me iba la vista, y después volvía, de golpe. Roger me sentó en el sofá.

—¿Lo planeaste verdad? —pregunté más despacio, más calmada—. ¿Qué fue lo que me diste?, ¿Dónde estaba eso? —Aspiré por la nariz, sin poder respirar.

—Tranquila. —susurró—. Te compré miles de regalos Lucas, anda, busca una maleta y mete un poco de tu ropa. —Le hablo en inglés, pero Lucas no se movió. Estaba paralizado mirando como un hombre que no conocía abrazaba a su mamá en el mismo sofá que él lo hacía.

○

Lucas en mis piernas, con el frente hacia Roger, mirándolo serio mientras éste conducía. Atrás dos maletas se movían en la camioneta de un lado a otro. Lucas cubierto con un abrigo del mismo Roger.

¿Qué pasaría por la mente de Lucas cuando veía a ese hombre?, ¿será que ya tenía conciencia y sabía que era su padre?, pensaría, de seguro, que la extraña era yo, que aquel hombre era tan semejante a él que asustaba.

Su mirada no era de miedo, sino de curiosidad. Lucas era tan inteligente que balbuceaba palabras en inglés para hablar con él. También me tocaba la mano y el hombro, y me preguntaba *qué cual era el nombre de ese extraño mami, qué a dónde íbamos*, lo último que me preguntó fue *que si yo me sentía bien ya*.

Yo no le respondí a ningunas de las interrogantes, solo miraba por la ventana, mi vida irse, con cada kilómetro que recorriamos.

## El idioma prohibido

Estaba temblando de frío, otra vez, desgraciadamente para mí. Pero en este caso mi vida no estaba al hilo de la muerte, no es que estaba segura, pero al menos no estaba agonizando.

Lucas dormía desde hacía una media hora en mis brazos, y yo seguía batallando para que mis ojos no se cerraran. Presentía, que de algún modo, en el momento en que cayera dormida mi hijo y yo pereceríamos en manos de él.

Ni siquiera sabía a donde nos dirigíamos. Nunca, en los cinco años que llevaba viviendo en Brasil, había salido de Recife. Nunca había tenido la necesidad de salir de allí.

Ahora con Roger, estaba descubriendo la interestatal. Estaba sumamente oscuro, puesto que estaba de madrugada, y en la carretera los autos que nos acompañaban eran pocos. Pero al menos había.

Cabeceé por tercera vez, y sentí que Roger me miró.

—Puedes dormir, amanecerá y yo estaré en vigilia.

No le respondí, moví la cabeza.

En una acrobacia, sacó de la parte de atrás de la camioneta una frazada azul.

—Toma, protégete del frío.

—¿A dónde vamos Roger? —Gemí—. Lucas necesita descansar. Y necesita comer. Él no merece esto...

—¿No merece una familia? Vamos Lauren, he estado esperando esto por mucho. —Tocó mi rodilla. Volvió a poner su mano en el volante—. En la mañana nos detendremos en un comedor.

Tomé la frazada y cubrí al niño completamente. La esperanza del cielo aclarándose fue lo único que me permitió cerrar los ojos.

○

Unos labios en mi frente me espantaron. Estaba cubierta con la misma frazada, y el sillón recostado. Lucas ya no estaba en mis piernas, se encontraba fuera de la camioneta, atrás de Roger, mirándome serio. Estaba de día. El sol

afuera y ese aire fresco común. Volví mi mirada a Roger, confundida.

No era una pesadilla. En realidad, él estaba *aquí*, y había venido por *mí* y nuestro hijo.

Le pregunté a Lucas que como estaba, y me respondió un seco bien, en inglés. Un poco más confundida que antes, le pregunté que por qué no me hablaba portugués. Entonces el niño miró a Roger, temeroso. Me pregunté qué había ocurrido mientras yo dormía. Me levanté del asiento.

—¿Qué le dijiste tú?

—Desde ahora, hablar portugués está prohibido para ustedes dos. —Nos dijo, mirándonos a ambos—. Para comunicarse entre sí usaran este idioma. —Él estaba usando el inglés—. Hasta que Lucas aprenda alemán.

La medida me parecía injusta. Pero era lógico, todo me parecía injusto. Yo y Lucas no merecíamos estar con él, como tampoco merecíamos estar solos.

Él pasó la mano por el cabello de Lucas y después lo cargó. Ellos dos parecían extranjeros, yo, no tanto. Después de cinco años, el sol había hecho cambios increíbles en mí.

Iban delante de mí y yo los seguí. Era un pequeño comedor en medio de la carretera. Un descanso para los viajeros que le falta mucho camino.

Lucas se sentó junto a Roger y yo me senté frente a ellos compartiendo la mesa.

—¿Qué quieren de comer? —Preguntó él, observando el menú—. No poseemos mucho dinero, pero algo podemos costearnos.

Lucas me miraba inquieto. Yo estaba intentado tener un momento a solas con él para que me dijera qué le ocurría.

—Ve por agua. Allá, a la nevera —pregunté.

Roger se levantó, y fue.

Lucas empezó a llorar silenciosamente, de repente. —¿Ya no podré hablar más así? —Me preguntó hablando el idioma prohibido.

Negué con la cabeza.

—¿Es verdad que es papi? ¿Para dónde vamos? ¿Es verdad que es una aventura?

Cuando iba a responderle, Roger había llegado, y detrás de él la mesera.

—¿A dónde vamos Roger? —Le pregunté.

—Alemania. —Comentó, moviendo los dedos de sus manos alrededor de un pote de sal, parecía estrangularlo, dejó de mirar sus dedos y subió la mirada hacia mí, me sonreía—. ¿No te emociona volver a casa?

Nos quedamos en un motel en lo que esperábamos la llegada de un “paquete”. En ese tiempo, el pequeño se la había pasado mudo, sin hablar. No encontraba qué hacer o con qué jugar. Pasamos todos esos días encerrados allí. Él salía por comida y nos la traía. Era verdad, él no tenía mucho dinero, solo tenía lo indicado para volver a “*casa*”.

Lucas se pasaba todo el día haciendo bembita. Quería demostrar que estaba triste pero no estaba autorizado a expresarlo con sus palabras. No sabía si él odiaba a su nuevo padre o sí en cambio le agarraba cariño.

El tercer día Roger vino con el paquete; eran pasaportes.

Entonces, si subía a ese avión, ¿significaba que lo perdonaba?

## La incertidumbre

Tal vez soy como los niños... así de inocentes, que perdonan todo.

Nunca iba a entenderlo, pero ahí estaban ellos, actuando normales.

Lucas pasaba toda la tarde tomando lecciones de alemán hasta dominarlo. Vivíamos en un poblado de menos ciento veinte mil habitantes, Salzgitter, en Alemania. Roger era dueño de un bar, y el dinero para iniciar el negocio había salido de la nada.

A veces pienso en mi madre, y en Bea, a veces pienso en Vid o en Rosemary, yo me pregunto si ellos pensarán en mí, si no se preguntan qué cosas me han ocurrido o donde rayos estoy, de si me buscan, o se han cansado de buscarme, si me extrañan o si me quisieron alguna vez.

Las lágrimas solo te hinchan los ojos, después, no te salvan de nada, ¿entonces, para qué sirven? Y justo en ese instante, si me negaba a subir al avión, ¿qué ocurriría con mi hijo? no quería saberlo. Quizá peor, o mejor. Pero estar acompañada es mejor que sola, estar amenazada es mejor que sola, querer a alguien es mejor que temerle.

Creo que ahí fue que empecé a vivir, cuando lo dejé pasar. Cuando volví a abrazar a Roger no para aferrarme a la vida sino para sentirme viva, cuando volví a mirar a los ojos de Lucas y ver amor, cuando sostenía a mi bebé de mi mismo nombre y solo no paraba de sonreír.



No sé qué es lo correcto, no sé qué es felicidad, no sé quién soy, ni quien era antes. Si estoy feliz... o triste. Solo sé que aquí estamos, por un largo rato quizá.

Pero no olvidaré.  
Nunca.

# Índice

## SINOPSIS

### NUBES OSCURAS

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: INTRIGA

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: PREOCUPA

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: ILUSIONA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: DESILUSIONA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: INVITA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: PROVOCA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: DESCUBRE.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: PERSUADE.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: AVERGÜENZA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: ASUSTA; EL CONEJO EN EL LAGO.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: CONVENCE

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: ADVIERTE.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: ATURDE.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: EMBOSCA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: GOLPEA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: TRAICIONA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: LASTIMA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: TE MARCA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: ALUMBRA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: PRUEBA LA VIDA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: CUESTIONA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: CAMBIA.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: TRAE RECUERDOS.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: SALE A LA LUZ.

LO QUE EL HIELO OCULTÓ: AÍSLA.

EL SOL DE ALEMANIA.

EL REGRESO DE LAS NUBES GRISES

EL IDIOMA PROHIBIDO

## LA INCERTIDUMBRE

## SOBRE LA AUTORA



Yatma Gabriela Montilla es una escritora dominicana que escribe historias desde los catorce años de edad. Actualmente tiene veinte años; estudia leyes, teatro y música.

“Nada” fue su novela debut en físico publicada en 2016 por Nova Casa Editorial. La misma ha sido distribuida en países hispano parlantes.

La presente obra, Lo que el Hielo ocultó, forma parte del catálogo de obras inéditas de esta joven escritora de Latino Americana, la cual escribió a los diecisiete años de edad.

Contacto:  
[gabyaqua3@gmail.com](mailto:gabyaqua3@gmail.com)

Redes sociales:  
[www.twitter.com/gabyaqua](http://www.twitter.com/gabyaqua)  
[www.instagram.com/gabyaqua](http://www.instagram.com/gabyaqua)  
[www.wattpad.com/gabyaqua](http://www.wattpad.com/gabyaqua)  
[www.facebook.com/y.gabriela.m](http://www.facebook.com/y.gabriela.m)

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los Derechos Reservados.

Hecho los depósitos legales de Ley correspondientes.

Registrada según los requerimientos de la Ley 65-00 de la República en la Oficina Nacional de Derechos de Autor.

Yatna Gabriela Montilla. 2015 ©

Yatna Gabriela Montilla. 2018 ©

Maquetación y diseño: Yatna Montilla.

---

[1] *¿Está molesta conmigo?*

[2] La duda favorece al acusado.